
Vendida
en
Matrimonio
L. RIVAS

Copyright © 2025 L. Rivas

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright. Cualquier uso no autorizado, total o parcial, de este texto, sus personajes, situaciones o universo narrativo será objeto de las acciones legales correspondientes conforme a la legislación vigente.

Contents

Copyright
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
EPÍLOGO DE LA SERIE

CAPÍTULO 1
La Convocatoria

Elena de Mendoza siempre había creído que el conocimiento era libertad, hasta la noche en que su padre le demostró que incluso la sabiduría tenía un precio.

La luna llena iluminaba el observatorio de la torre mientras Elena trazaba las órbitas de Júpiter en su cuaderno de notas. Las matemáticas eran puras, predecibles, reconfortantes de una manera que las personas nunca lo serían. Los planetas no mentían. No ocultaban secretos. No vendían a sus hijas como si fueran barricas de aceite de oliva.

El rasguño de su pluma contra el papel se detuvo cuando escuchó pasos pesados en la escalera de caracol. Nadie subía a la torre a medianoche excepto ella. Su santuario, su rebelión secreta contra un mundo que insistía en que las mujeres no debían pensar.

—¿Doña Elena? —la voz de Tomás, el mayordomo de la familia, llegó jadeante desde la escalera. Había subido los ciento veinte escalones con sus sesenta y ocho años a cuestas—. Don Rodrigo la requiere. Inmediatamente. En su despacho.

Elena dejó la pluma con cuidado, observando cómo la tinta formaba un pequeño charco oscuro sobre el papel. El tono formal de Tomás le heló la sangre. Su padre no la había convocado así desde que su madre murió tres años atrás.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta. Algo había ocurrido. Algo terrible.

—No me corresponde decirlo, señorita. Pero... —Tomás titubeó, sus ojos bondadosos llenos de una compasión que la asustó más que cualquier palabra—. Debería bajar. Ahora.

Elena se puso de pie, alisando las arrugas de su vestido sencillo de trabajo. No había tiempo para cambiarse a algo más formal, más apropiado para una hija de la nobleza menor. De todos

modos, su padre la había visto en peores estados, cubierta de tierra del jardín de hierbas o manchada de tinta hasta los codos.

El pasillo hacia el despacho de su padre parecía más largo de lo habitual. Las antorchas proyectaban sombras danzantes sobre los retratos de los ancestros Mendoza que observaban desde las paredes. Elena notó por primera vez los espacios vacíos donde antes colgaban pinturas. Vendidas, se dio cuenta con un escalofrío. Su padre había estado vendiendo los retratos de familia.

La puerta del despacho estaba entreabierta, un rectángulo de luz dorada en la oscuridad del pasillo. Elena respiró profundamente, cuadró los hombros de la manera en que su madre le había enseñado —"nunca dejes que te vean temer, mi corazón"— y entró.

Don Rodrigo de Mendoza estaba sentado tras su escritorio de nogal, medio oculto en las sombras. Una botella de brandy, medio vacía, descansaba junto a su codo. Documentos esparcidos cubrían cada superficie. Parecía haber envejecido una década en los últimos meses, su rostro demacrado y gris, con profundas ojeras bajo los ojos.

—Siéntate, Elena —su voz sonaba ronca, como si hubiera estado gritando. O llorando.

Elena se sentó en la silla frente al escritorio, con la espalda recta, las manos perfectamente dobladas sobre su regazo. Esperó. Las lecciones de su madre habían sido claras: en momentos de crisis, la compostura era poder.

Su padre no la miró. En cambio, deslizó un vaso de brandy por el escritorio hacia ella. Elena no lo tocó.

—Vas a necesitarlo —dijo él.

—Prefiero estar sobria para las malas noticias, padre.

Por primera vez en meses, Don Rodrigo casi sonrió. Casi.

—Siempre fuiste demasiado inteligente para tu propio bien. Tu madre te malcrió con esa educación. —No sonaba a crítica. Sonaba a nostalgia.

—Mamá me preparó para el mundo tal como es, no como los hombres desean que sea.

—Sí. Sí, lo hizo. —Don Rodrigo finalmente levantó la vista, y Elena vio algo en sus ojos que nunca había visto antes: miedo puro

y desnudo—. Lo que estoy a punto de decirte cambiará todo, hija. Y lo lamento. Lamento cada decisión que me trajo a este momento. Pero no veo otra salida.

El corazón de Elena comenzó a latir con fuerza contra sus costillas, pero mantuvo la voz firme.

—Dígame.

Don Rodrigo tomó un largo trago de brandy antes de hablar.

—Los olivares están enfermos. La plaga que pensamos que habíamos contenido... se ha extendido. Tres de las cinco arboledas están más allá de salvación. Tendremos que arrancar los árboles y replantar. Eso significa tres años sin producción de esas tierras.

Elena sintió que el suelo se movía bajo sus pies, pero procesó la información metódicamente. Tres arboledas. El sesenta por ciento de sus ingresos. Tres años.

—Tenemos reservas —dijo—. Y los viñedos aún producen. Podemos reducir gastos, despedir personal innecesario...

—Ya lo hice. Hace seis meses. —Don Rodrigo se pasó una mano temblorosa por el rostro—. Elena, las reservas se agotaron hace un año. He estado pidiendo prestado para mantener la casa funcionando, para pagar a los arrendatarios, para evitar que la Inquisición investigue nuestra biblioteca. Las deudas...

Se detuvo, incapaz de continuar. En cambio, empujó un libro mayor a través del escritorio.

Elena lo abrió con manos que apenas temblaban. Sus ojos, entrenados para leer ecuaciones complejas y textos en latín, absorbieron los números con horrible claridad.

Cincuenta mil reales. Debían cincuenta mil reales.

A prestamistas en Sevilla. Con intereses que se acumulaban mensualmente. Vencimiento en tres meses.

—Dios santo —susurró.

—He vendido todo lo que pude vender sin causar escándalo —continuó su padre—. Los cuadros, algunos muebles, las joyas de tu abuela. Pero no es suficiente. Ni cerca.

Elena cerró el libro mayor con un chasquido seco.

—¿Por qué no me lo dijiste? Llevo manejando las cuentas de la casa desde que mamá murió. Podría haber...

—¿Qué? ¿Solucionarlo con tus matemáticas? —La voz de Don Rodrigo se quebró—. Esto va más allá de los números, Elena. Esto es... —tosió, un sonido húmedo y desagradable que hizo que Elena lo mirara con más atención.

Había sangre en el pañuelo que presionaba contra su boca.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Elena en voz baja.

—El médico dice seis meses. Tal vez un año si tengo suerte. —Don Rodrigo rio amargamente—. La tuberculosis, al parecer. Irónico. Tu madre murió del corazón, roto por el estrés de mantener esta familia a flote. Ahora yo me ahogo en mi propia sangre. Los Mendoza siempre tuvimos un sentido del drama.

Elena sintió que algo se rompía dentro de su pecho, pero no dejó que se viera en su rostro. No todavía. Su padre necesitaba su fuerza ahora, no su dolor.

—Entonces tenemos tres meses para resolver las deudas y tal vez un año para asegurar el futuro de la hacienda antes de que... —no pudo terminar la frase.

—Antes de que muera y te deje a ti e Isabela solas en un mundo que no es amable con mujeres sin protección masculina. Sí.

Elena se permitió un momento de rabia pura, ardiente. ¿Por qué? ¿Por qué los hombres controlaban todo y lo arruinaban, y luego las mujeres debían arreglar los desastres? Su abuelo había despilfarrado fortunas en malas inversiones. Su tío Álvaro había robado durante años. Su padre había sido demasiado débil para detenerlo. Y ahora ella, Elena, con toda su brillantez e ingenio, debía encontrar la manera de salvar lo que los hombres de su familia habían destruido.

—Hay una solución —dijo Don Rodrigo en voz baja.

Y ahí estaba. La razón por la que la había convocado a medianoche. La razón por el miedo en sus ojos.

—No —dijo Elena inmediatamente.

—Ni siquiera sabes qué voy a decir.

—Sí lo sé. Vas a decirme que hay un hombre. Un hombre con dinero. Un hombre que pagará nuestras deudas a cambio de... ¿qué? ¿Mi mano en matrimonio?

El silencio de su padre fue confirmación suficiente.

Elena se puso de pie tan abruptamente que la silla cayó hacia atrás con un estruendo.

—No. Absolutamente no. No soy una vaca para ser vendida en el mercado.

—No te estoy vendiendo —protestó Don Rodrigo débilmente.

—¿No? ¿Entonces qué llamarías a esto? ¿Una transacción comercial conveniente? ¿Un arreglo mutuo? No me insultes con eufemismos, padre. Me estás vendiendo para saldar tus deudas.

—¡Para salvarte! —gritó Don Rodrigo, poniéndose de pie también. Su rostro se había puesto rojo, las venas visibles en su frente—. Cuando yo muera, ¿qué crees que pasará? La hacienda está vinculada al heredero masculino más cercano. Eso es Álvaro. Tu tío, que ha robado a esta familia durante años, que mató... —se detuvo abruptamente.

Elena se quedó inmóvil.

—¿Qué mató a quién?

Don Rodrigo volvió a sentarse pesadamente, toda la pelea drenándose de él.

—Nada. Olvídalo.

—No puedo olvidarlo. Dime.

—No es... no importa ahora. El punto es que Álvaro heredará. Y te echará. A ti y a Isabela. Sin dote, sin protección, sin nada. Al menos si estás casada, tendrás un marido que proporcione para ti legalmente.

—Preferiría vivir en la calle que ser propiedad de un extraño.

—Ese es el privilegio de la juventud hablando. No tienes idea de lo que significa ser una mujer sola sin recursos en España. Yo sí. Vi lo que le pasó a tu tía Beatriz cuando rechazó matrimonios. Murió en un convento, olvidada, miserable. No permitiré que eso te pase.

Elena cerró los ojos, forzándose a pensar, a calcular, a encontrar una solución matemática a un problema humano imposible.

—¿Quién es él?

—Un hombre de las Américas. Un comerciante que ha hecho una fortuna considerable en las minas de plata y el comercio de barcos.

—Un hombre común, entonces. Ni siquiera tiene título.

—No. Pero tiene dinero. Mucho dinero. Suficiente para pagar todas nuestras deudas y modernizar la hacienda también.

—¿Y qué obtiene él además de una esposa que lo despreciará?

Don Rodrigo vaciló.

—La hacienda.

—¿Perdón?

—Quiere comprar la Hacienda de las Estrellas. Completa. Los derechos, los títulos, todo. Como parte del acuerdo matrimonial.

Elena rio, un sonido sin humor.

—Así que no solo me estás vendiendo. Estás vendiendo nuestra historia familiar, las tierras que los Mendoza han tenido durante trescientos años, todo... a un comerciante advenedizo de las Américas.

—Elena...

—¿Cómo se llama? Este hombre que cree que puede comprarme.

—Rafael Domínguez.

El nombre le sonó vagamente familiar, pero no pudo ubicarlo.

—¿Y si me niego?

Don Rodrigo la miró con ojos cansados.

—Entonces en tres meses, los prestamistas embargarán la propiedad. La Inquisición, que ha estado buscando una excusa para investigar nuestra "biblioteca herética", tendrá su oportunidad. Álvaro heredará las ruinas. Tú e Isabela estaréis sin casa, sin dote, sin futuro. Yo moriré sabiendo que fracasé en lo único que importaba: proteger a mis hijas.

La manipulación era transparente. También era efectiva.

Elena caminó hacia la ventana, mirando hacia los olivares bañados por la luna. Su madre había amado esos árboles. Las había caminado todos los días, conociendo cada uno por su forma y edad. Habría roto el corazón de su madre ver las arboledas enfermas, moribundas.

Pero más que eso, habría roto el corazón de su madre ver a Elena enjaulada en un matrimonio sin amor.

O tal vez no. Tal vez su madre habría sido pragmática. Habría hecho los cálculos. Una hija sacrificada para salvar a otra. La supervivencia sobre la felicidad. Así era el mundo para las mujeres.

—¿Cuánto tiempo tengo para decidir? —preguntó Elena sin volverse.

—Una semana. Él quiere una respuesta para entonces.

—Una semana para decidir el resto de mi vida. Qué generoso.

—Elena...

Ella se dio la vuelta, y esta vez no ocultó las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Déjame ir, padre. Necesito pensar.

Don Rodrigo asintió, hundiendo la cabeza entre las manos. Parecía un hombre roto, derrotado por decisiones que nunca debería haber tenido que tomar.

Elena caminó hacia la puerta, luego se detuvo.

—¿Padre? Una pregunta más.

—¿Sí?

—¿Qué iba a decir antes? Sobre el tío Álvaro. Sobre a quién mató.

Don Rodrigo levantó la vista, y en sus ojos Elena vio algo que nunca había visto antes: culpa pura y destilada.

—Pregúntale a Rosa. Ella estaba aquí. Ella lo vio todo. —Su voz se quebró—. Yo era un cobarde entonces también. Algunos pecados nunca se expían, hija. Solo espero que los míos no te destruyan también.

Elena salió del despacho y cerró la puerta en silencio tras ella. En el pasillo, se permitió temblar. Se permitió sentir el terror y la rabia y la impotencia que había mantenido a raya durante toda la conversación.

Entonces enderezó la espalda, secó sus lágrimas y caminó hacia la torre.

Tenía una semana para decidir su futuro. Pero primero, tenía preguntas que hacer. Y los números nunca mentían.

Tal vez las personas tampoco, si hacías las preguntas correctas.

Elena no volvió a su observatorio. En cambio, caminó hacia las habitaciones de los sirvientes, donde Rosa había vivido durante cuarenta años. Si alguien conocía los secretos de esta familia, era ella.

Rosa abrió la puerta al primer golpe, como si hubiera estado esperando.

—Entra, niña. Te he estado esperando.

La habitación de Rosa era pequeña pero acogedora, llena del olor a lavanda y pan fresco. La anciana señaló una silla junto al fuego que ardía en una pequeña chimenea.

—Tu padre te lo dijo, entonces.

—Sobre el matrimonio, sí. Sobre Álvaro... empezó a decir algo. Que él mató a alguien. —Elena se inclinó hacia adelante—. ¿A quién, Rosa? ¿A quién mató mi tío?

Rosa suspiró profundamente, sus manos arrugadas apretándose en su regazo.

—A la mujer que amaba tu abuelo. A la madre del hijo bastardo que tu familia nunca reconoció.

Elena sintió que el mundo se inclinaba ligeramente.

—Espera. ¿Mi abuelo tuvo un hijo ilegítimo?

—Sí. Con una gitana hermosa llamada Marisol Santacruz. Trabajaba aquí, en la hacienda. Era partera, sabía de hierbas y medicina. Tu abuelo se enamoró de ella. Fue un escándalo silencioso.

—¿Y el niño?

—Un muchacho. Inteligente como un látigo, con los ojos de su madre. Tu abuelo lo dejaba jugar en las tierras, incluso le enseñó a leer en secreto. Pero nunca lo reconoció oficialmente. No podía. La mancha de sangre gitana...

—¿Qué pasó?

Los ojos de Rosa se llenaron de lágrimas.

—Álvaro lo odiaba. Al niño y a su madre. Veía cómo tu abuelo los favorecía, cómo tu propia madre trataba a Marisol como a una amiga en lugar de una sirvienta. Cuando tu abuelo murió, Álvaro... —su voz se quebró—. Hubo un incendio. En los establos. Marisol

quedó atrapada dentro. El niño, tendría doce años, lo vio todo desde donde se escondía. No pudo salvarla.

Elena sintió náuseas.

—¿Álvaro la mató?

—No puede probarse. El fuego se consideró un accidente. Pero vi la sonrisa en el rostro de Álvaro cuando encontraron su cuerpo. Y vi al niño, cubierto de hollín y lágrimas, huyendo de la hacienda. Nunca lo volvimos a ver.

—¿Qué le pasó?

—Nadie lo sabe. Desapareció. Algunos decían que había muerto en Sevilla. Otros que había escapado a las Américas. —Rosa miró a Elena con ojos penetrantes—. Tu madre buscó, ¿sabes? Durante años. Trató de encontrarlo, de ayudarlo. Se sentía culpable. Todos lo hacíamos.

Elena se quedó inmóvil, procesando. Las Américas. Un comerciante que había hecho fortuna allí. Un hombre que quería esta hacienda específicamente, no cualquier propiedad.

—Rosa —dijo lentamente—. ¿Cómo se llamaba el niño? El hijo de mi abuelo.

—Rafael. Se llamaba Rafael.

El mundo se cristalizó en un solo punto de claridad terrible.

—¿Rafael Domínguez?

Rosa la miró fijamente.

—Nunca usó el apellido Domínguez que yo sepa. Su madre le dio su apellido: Santacruz. Pero supongo que un hombre que se reinventa en las Américas podría elegir cualquier nombre.

Elena se puso de pie, su mente girando.

—Necesito ver a mi padre. Ahora.

Pero Rosa la agarró del brazo.

—Espera, niña. Piensa antes de actuar. Si este hombre es quien creo que es, ha vuelto por una razón. Y no es solo por la tierra.

—Ha vuelto por venganza.

—O por justicia. Hay una diferencia. —Rosa apretó su mano —. Tu abuelo le robó su derecho de nacimiento. Álvaro mató a su madre. Tu familia lo dejó huérfano y sin nombre. Si él es Rafael

Santacruz crecido, entonces tiene todo el derecho de reclamar lo que debería haber sido suyo.

—Pero ¿por qué casarse conmigo? Podría simplemente comprar la propiedad...

—Porque un matrimonio lo legitima. Lo hace parte de la familia en lugar de un extraño comprando propiedad robada. Y tal vez... —Rosa titubeó—. Tal vez porque tu madre fue amable con él. Con él y su madre. Tú te pareces a ella, Elena. Tal vez él ve una oportunidad de honrar su memoria.

O tal vez, pensó Elena, me ve como otra manera de lastimar a esta familia. Una hija Mendoza obligada a llevar el apellido del hijo bastardo que rechazaron.

Pero también significaba algo más. Significaba que Rafael Domínguez, quienquiera que fuera realmente, no era simplemente un advenedizo codicioso. Era alguien con historia aquí. Con derecho a estar furioso. Con motivos complicados.

Y eso lo hacía mucho más peligroso que un simple comerciante comprando una esposa.

Elena dejó la habitación de Rosa y subió de vuelta a su torre. Pero esta vez, no fue a mirar las estrellas.

Fue a su escritorio, sacó papel y pluma, y comenzó a escribir una carta.

Señor Domínguez,

O debería decir, Señor Santacruz, si mis sospechas son correctas.

Mi padre me ha informado de su oferta. Antes de dar una respuesta, tengo preguntas. Muchas preguntas.

Mañana al mediodía, véame en la arboleda sur de olivos. El que tiene un árbol antiguo con una "M" tallada en la corteza.

Si realmente es quien creo que es, conocerá el árbol.

Venga solo.

Elena de Mendoza

Selló la carta y llamó a Tomás.

—Lleva esto a Rafael Domínguez. Esta noche. Y Tomás... —miró al anciano a los ojos—. Gracias. Por ser amable con ese niño, hace tantos años. Por no olvidar.

Tomás parpadeó con sorpresa, luego asintió lentamente.

—Tu madre dijo lo mismo, una vez. Antes de morir. —Tocó la carta contra su corazón—. Llevaré esto ahora mismo.

Cuando se fue, Elena regresó a la ventana. El amanecer comenzaba a romper sobre los olivares, pintando el cielo de rosa y oro.

En una semana, su vida cambiaría para siempre. Pero si iba a ser vendida en matrimonio, al menos sería en sus propios términos.

Y si Rafael Domínguez pensaba que podía usarla como peón en su juego de venganza, estaba gravemente equivocado.

Después de todo, ella también era una Mendoza. Y los Mendoza, para bien o para mal, eran supervivientes.

Elena de Mendoza sonrió hacia el amanecer. Era una sonrisa sin humor, afilada como un cuchillo.

Que venga, pensó. Que venga y veamos quién vende a quién.

CAPÍTULO 2
El Arquitecto de Ruinas

Rafael Domínguez Santacruz había pasado quince años construyendo su fortuna y cinco minutos destruyendo la de los Mendoza.

Bueno, técnicamente había tomado dieciocho meses de manipulación cuidadosa de mercados, préstamos estratégicamente colocados a través de intermediarios, y la introducción discreta de una plaga de olivos importada de Italia. Pero el momento real de colapso, cuando Don Rodrigo finalmente comprendió la magnitud de su ruina financiera, había tomado exactamente cinco minutos.

Rafael lo sabía porque había estado observando desde las sombras del jardín, cronometrando cada segundo con el reloj de bolsillo de oro que había comprado con su primera ganancia grande en las minas de plata de Zacatecas.

Cinco minutos para destruir trescientos años de orgullo Mendoza. Su madre habría dicho que era poesía. Rafael lo llamaba justicia.

Ahora, sentado en el estudio de su casa en el Barrio de Santa Cruz en Sevilla, Rafael sostenía la carta de Elena de Mendoza y se obligaba a reconsiderar cada suposición que había hecho sobre esta familia.

"O debería decir, Señor Santacruz, si mis sospechas son correctas."

Brillante. Ella era absolutamente brillante.

Rafael dejó la carta sobre su escritorio de caoba importado —brasileño, naturalmente, porque le gustaba el simbolismo de usar la madera del imperio español para construir su propia fortuna— y caminó hacia la ventana. Las calles adoquinadas de Santa Cruz brillaban con la lluvia nocturna. El barrio que una vez fue el gueto judío, ahora hogar de comerciantes ricos que, como él, no encajaban del todo en la sociedad sevillana.

Extranjeros exitosos. Demasiado ricos para ignorar, demasiado diferentes para aceptar.

A Rafael le gustaba la ironía.

Tomás, el mayordomo que había sido uno de los pocos sirvientes amables con un niño bastardo de piel morena, había entregado la carta hace una hora. El anciano no había dicho nada, pero sus ojos lo habían reconocido inmediatamente.

—¿Cómo está? —había preguntado Rafael en voz baja.

—Viejo. Como todos nosotros. —Tomás había mirado el rostro de Rafael por un largo momento—. Tienes los ojos de tu madre.

—Lo sé.

—¿Esto traerá paz o más dolor?

—Eso depende de cuánta verdad puedan soportar los Mendoza.

Ahora, releyendo la carta de Elena, Rafael se preguntaba cuánta verdad podía soportar él mismo.

Había planeado esto meticulosamente. Cada paso, cada movimiento, cada contingencia. Quince años de trabajo conducían a este momento: tomar posesión de la Hacienda de las Estrellas, el lugar donde su madre había vivido y amado y muerto. El lugar que debería haber sido su hogar.

La boda era necesaria por razones legales. Un comerciante comprando una propiedad noble levantaría cejas y preguntas. Un matrimonio dinástico, aunque desigual, era aceptable. Especialmente cuando el novio pagaba tan generosamente por el privilegio.

Elena de Mendoza era un medio para un fin. Una hija menor sin dote propia, lo suficientemente educada para manejar una casa grande, lo suficientemente joven para darle herederos. Había sido una elección lógica.

Excepto que Elena de Mendoza aparentemente no era simplemente una hija obediente esperando ser vendida.

Elena de Mendoza había descubierto su identidad en menos de doce horas.

Rafael volvió a leer la carta, admirando a pesar de sí mismo. Ella no había acudido directamente a su padre con acusaciones. No había rechazado la oferta de matrimonio por pánico o indignación.

En cambio, había hecho exactamente lo que él habría hecho: investigar, pensar estratégicamente, y citar a su oponente en terreno neutral para una negociación.

"El que tiene un árbol antiguo con una 'M' tallada en la corteza."

El árbol de su madre. Marisol había tallado su inicial allí cuando tenía dieciséis años, recién llegada a la hacienda. Rafael había visto las líneas desvanecidas cuando tenía ocho años, trazándolas con dedos infantiles mientras su madre recolectaba aceitunas.

—¿Por qué tallaste tu nombre, mamá?

—Para que la tierra recuerde que existí, mi corazón. Los árboles viven más que las personas. Tal vez en cien años, alguien verá esta 'M' y se preguntará quién la hizo. Y así, un pedacito de mí seguirá viviendo.

No había vivido cien años. Había vivido treinta y dos años, tres meses y catorce días. Y ningún árbol en el mundo podía cambiar el hecho de que había muerto gritando mientras Álvaro de Mendoza sonreía entre las sombras y Don Rodrigo miraba hacia otro lado, demasiado cobarde para actuar.

Rafael cerró los ojos, forzando el recuerdo de vuelta a la caja mental donde lo guardaba. Concentrarse en la rabia lo hacía estúpido, y no podía permitirse estupidez ahora.

Elena lo había citado al árbol de su madre. Eso significaba que sabía exactamente quién era y estaba enviando un mensaje: *Te conozco. Conozco tu historia. Y no tengo miedo de ti.*

Temeraria o valiente, aún estaba por verse.

Rafael cruzó hacia su escritorio, donde un retrato descansaba boca abajo en un cajón. Lo sacó, pasando los dedos sobre la superficie pintada. Su madre, capturada por un artista itinerante que había pasado por la hacienda cuando Rafael tenía diez años. Don Rodrigo senior había pagado por el retrato como regalo, uno de sus muchos gestos de afecto que nunca se traducían en reconocimiento real.

Marisol Santacruz miraba desde la tela con ojos oscuros llenos de inteligencia y calidez. Llevaba su mejor vestido, rojo oscuro con

bordado dorado, y sus manos descansaban sobre su regazo en una pose que sugería dignidad, no servidumbre.

—¿Qué harías tú, mamá? —preguntó Rafael al retrato—. ¿Aprobarías esto?

Pero conocía la respuesta. Su madre había sido práctica hasta el final. *La venganza es una jaula que construyes para ti mismo, mi corazón. La justicia es diferente. La justicia libera.*

—Esto es justicia —dijo en voz alta—. No venganza.

El retrato no respondió, pero Rafael podía imaginar la expresión escéptica de su madre. Ella siempre había podido ver a través de sus mentiras.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos.

—Adelante.

Su secretario, un hombre delgado y eficiente llamado Bernardo, entró con una carpeta.

—Los documentos que solicitó, señor. Los registros financieros de todos los préstamos a Don Rodrigo de Mendoza, junto con los títulos de propiedad de la Hacienda de las Estrellas.

Rafael tomó la carpeta, hojeando los documentos. Todo estaba en orden. Cuando Don Rodrigo muriera, si el matrimonio no se realizaba, los acreedores tomarían la propiedad. Rafael había organizado discretamente para ser el acreedor principal a través de varios intermediarios.

De cualquier manera, la hacienda sería suya.

Pero el matrimonio facilitaba todo. Lo hacía legal, respetable, permanente.

—¿Algo más? —preguntó Bernardo.

—Sí. Quiero un informe completo sobre Elena de Mendoza. No los chismes de sociedad que ya tengo. Quiero saber qué lee, qué estudia, con quién corresponde, qué hace con su tiempo. Habla con los sirvientes, los comerciantes, cualquiera que la conozca.

Bernardo asintió.

—¿Puedo preguntar por qué el repentino interés? El matrimonio ya está prácticamente arreglado.

—Porque la novia resulta ser más inteligente de lo que anticipé. Y los oponentes inteligentes requieren estrategias

ajustadas.

Cuando Bernardo se fue, Rafael volvió a la carta de Elena. Había una posdata que había pasado por alto en su primera lectura:

"P.D. — Traiga el retrato. El de su madre. Sé que lo tiene. Quiero verla."

Rafael sintió algo extraño torciéndose en su pecho. ¿Cómo diablos sabía ella sobre el retrato? Había desaparecido de la hacienda la noche del incendio, escondido bajo la camisa de Rafael mientras huía. Nadie debería saber de su existencia.

A menos que...

Caminó hacia su biblioteca privada, extrayendo un libro de cuero que había comprado en una subasta hace tres años. Los diarios de Catalina de Mendoza, la esposa de Don Rodrigo. La madre de Elena.

Los había leído, buscando información sobre las finanzas familiares y secretos utilizables. Pero ahora los hojeó buscando referencias a su madre.

15 de marzo de 1777: "Marisol me trajo hierbas hoy para la fiebre de Elena. Tan amable, tan sabia. Desearía que Rodrigo tuviera el coraje de reconocer al hijo. El niño es brillante. Rafael leyó todo mi Cicerón en latín esta semana. Tiene siete años."

22 de julio de 1780: "El artista italiano terminó el retrato de Marisol hoy. Es hermoso, aunque nunca se exhibirá. Las apariencias, siempre las apariencias. Pero al menos existirá. Al menos alguien recordará su belleza."

3 de septiembre de 1781: "Álvaro está de vuelta de Madrid. Veo cómo mira a Marisol, cómo mira al niño. Hay odio allí. Le rogué a Rodrigo que los envíe lejos, a un lugar seguro. Él dice que estoy siendo dramática. Que Álvaro es familia. Pero yo sé. Dios me ayude, yo sé lo que viene."

La última entrada sobre su madre estaba fechada tres días después del incendio:

6 de septiembre de 1781: "Marisol está muerta. Rafael ha desaparecido. Álvaro sonríe. Rodrigo no dice nada. Y yo... yo soy una cobarde también. No pude salvarlos. No pude salvar a ninguno de ellos. Que Dios nos perdone. Que Dios perdone especialmente a

mis hijas, porque heredarán esta culpa junto con esta tierra maldita."

Rafael cerró el diario con manos que temblaban ligeramente. Catalina de Mendoza había sabido. Había tratado de ayudar. Y había cargado la culpa hasta su muerte.

Lo que significaba que Elena había leído estos diarios. Había aprendido la verdad de su propia madre. Probablemente había crecido escuchando historias sobre la gitana amable y su hijo inteligente.

Esto complicaba las cosas.

No, pensó Rafael. Esto las simplificaba. Porque si Elena sabía toda la historia, entonces sabía que él tenía derecho a estar aquí. Derecho a reclamar lo que su madre nunca pudo darle.

Y si ella entendía eso, entonces tal vez, solo tal vez, este matrimonio podría ser algo más que una transacción de negocios.

Rafael miró el reloj. Tres horas hasta el amanecer. Cuatro horas hasta que debía encontrarse con Don Rodrigo para finalizar los términos del contrato matrimonial. Nueve horas hasta su reunión con Elena en el olivar.

Se sirvió un vaso de brandy español, apreciando la ironía de beber el producto de la tierra que pronto sería suya. El líquido ardió en su garganta, familiar y amargo.

Pensó en su madre, quien había amado los olivos. Quien había caminado entre ellos todas las tardes, recolectando hierbas, cantando canciones gitanas en voz baja. Quien le había enseñado que la tierra recordaba a quienes la cuidaban.

Pensó en Elena, quien aparentemente también caminaba entre los olivos, quien llevaba tinta bajo las uñas y estudiaba las estrellas en secreto. Quien había descubierto su identidad y en lugar de huir o acusar, había citado una reunión.

Pensó en el matrimonio que se avecinaba. La transacción que había planeado tan cuidadosamente.

Y se preguntó, por primera vez en quince años, si tal vez había calculado mal.

Porque Elena de Mendoza no era solo una pieza en su tablero de ajedrez. Era una jugadora propia.

Y eso la hacía mucho más peligrosa, y potencialmente mucho más valiosa, de lo que jamás había anticipado.

A las once y media de la mañana siguiente, Rafael montó a caballo hacia la Hacienda de las Estrellas. Había pasado la mañana con Don Rodrigo, firmando contratos preliminares y escuchando las toses húmedas del hombre moribundo mientras negociaban los términos del futuro de su hija.

Cincuenta mil reales para saldar las deudas. Otros treinta mil para modernizar la propiedad. Derechos completos sobre la hacienda, transferidos a Rafael tras la boda. Elena recibiría una generosa asignación personal y autoridad total sobre las cuestiones domésticas.

Don Rodrigo había negociado débilmente por mejores términos, pero ambos sabían la verdad: Rafael tenía todo el poder aquí. Si la familia rechazaba, la propiedad sería embargada de todos modos. Al menos de esta manera, las hijas estarían provistas.

—Una pregunta —había dicho Don Rodrigo mientras Rafael se preparaba para irse—. ¿Por qué esta propiedad específicamente? Hay docenas de haciendas en mejores condiciones, más cerca de Sevilla, con menos... complicaciones.

Rafael había mirado al hombre que había observado mientras su madre moría y no había hecho nada.

—Razones sentimentales —había dicho fríamente—. Mi madre me habló de esta zona. De los olivares. Decía que eran los más hermosos de toda Andalucía.

Algo había parpadeado en los ojos de Don Rodrigo. Reconocimiento. Miedo. Tal vez incluso arrepentimiento.

—¿Tu madre era de por aquí?

—Sí. Murió aquí. Hace mucho tiempo.

Don Rodrigo había cerrado los ojos.

—Ya veo. —Su voz había sido apenas un susurro—. Entonces supongo que esto siempre fue inevitable.

—Sí —había dicho Rafael—. Lo fue.

Ahora, cabalgando hacia el olivar sur, Rafael llevaba el retrato de su madre envuelto en tela encerada bajo su brazo. El árbol con la

"M" tallada apareció a la vista, más viejo y más nudoso de lo que recordaba, pero inconfundible.

Elena ya estaba allí, esperando.

Vestía un vestido simple de trabajo color verde olivo, su cabello oscuro recogido en una trenza práctica. Sin joyas, sin maquillaje, sin nada que sugiriera que estaba tratando de impresionar. Sostenía un libro en sus manos —parecía ser un texto de matemáticas— y tenía manchas de tinta en los dedos.

Se parecía a su madre, Catalina. Pero había algo de su propia madre también en la forma en que ella se sostenía, erguida y sin miedo, como si tuviera todo el derecho del mundo a estar exactamente donde estaba.

Rafael desmontó, atando su caballo a un árbol cercano. Tomó el retrato envuelto y caminó hacia ella.

—Doña Elena.

—Señor Domínguez. —Ella cerró su libro—. O debería llamarle Señor Santacruz.

—Legalmente, mi nombre es Domínguez. Pero mi madre me llamaba Rafael Santacruz.

—¿Y cómo prefiere que lo llame?

—Eso —dijo Rafael— depende de si acepta mi propuesta matrimonial. Si se convierte en mi esposa, puede llamarme Rafael. Hasta entonces, Señor Domínguez servirá.

Una chispa de diversión cruzó los ojos de Elena.

—Qué formal. Y aquí estaba pensando que un hombre que creció entre gitanos podría ser menos rígido con el protocolo.

—Un hombre que creció entre gitanos aprendió que el respeto debe ganarse, no asumirse. —Rafael se detuvo a tres metros de distancia, manteniendo la distancia adecuada—. Traje lo que pidió.

Desenvolvió el retrato, sosteniéndolo de modo que Elena pudiera verlo.

Ella se acercó, sus ojos escaneando la pintura con una intensidad que le recordó a Rafael de un tasador evaluando una joya. Pero cuando habló, su voz era suave.

—Se parecía a mi madre. En los ojos. Tenía la misma forma de mirar, como si viera más de lo que la mayoría de la gente quería

revelar.

—¿Conociste a mi madre?

—No. Tenía dos años cuando murió. Pero leí los diarios de mi madre. Y hablé con Rosa, quien la recuerda bien. —Elena extendió la mano, deteniéndose justo antes de tocar la pintura—. ¿Puedo?

Rafael asintió, observando mientras Elena trazaba el borde del marco con dedos cuidadosos.

—Era hermosa —dijo Elena en voz baja—. Mi madre escribió que tu madre era la persona más sabia que había conocido. Que sabía más de medicina que cualquier médico en Sevilla, que podía leer a las personas como otros leían libros. ¿Es verdad?

—Sí. Mi madre podía curar fiebres que los médicos llamaban imposibles. Podía predecir el clima observando las hojas de los olivos. Podía mirar a un hombre y saber si estaba mintiendo. —Rafael hizo una pausa—. También podía amar a un hombre que nunca la reclamaría públicamente y criar a su hijo bastardo con dignidad en un mundo que la trataba como basura.

Elena levantó la vista hacia él, y por primera vez, Rafael vio compasión genuina en su expresión.

—Lo siento. Por lo que te pasó. Por lo que le pasó a ella. Mi familia...

—Tu familia —interrumpió Rafael, su voz afilándose— permitió que mi madre muriera. Tu tío la mató. Tu padre lo encubrió. Tu abuelo nos usó y nos desechó como si no fuéramos nada.

—Lo sé. —La voz de Elena era firme—. Y si espera que me disculpe por pecados cometidos antes de que yo naciera, se sentirá decepcionado. No puedo deshacer lo que hicieron. Pero puedo reconocer que fue malvado y cobarde y cruel.

—¿Y aún así está considerando casarse conmigo?

—Estoy considerando muchas cosas. —Elena se alejó del retrato, caminando hacia el árbol con la "M" tallada—. Por ejemplo, estoy considerando que ha pasado quince años planeando esto. Que orquestó la caída financiera de mi familia con precisión quirúrgica. Que manipuló los mercados de olivos para infectar nuestras arboledas. Que estructuró préstamos a través de intermediarios para que mi padre no supiera quién realmente controlaba su deuda.

Rafael sintió una admiración a pesar de sí mismo.

—Ha estado ocupada anoche.

—Hablé con nuestro contador, quien estaba más que dispuesto a compartir detalles una vez que mencioné que su discreción podría salvarlo del desempleo. —Elena trazó las líneas desvanecidas de la "M" en la corteza del árbol—. También revisé tres años de registros de comercio en la oficina de mi padre. Los patrones son bastante claros una vez que sabes qué buscar.

—¿Y qué encontró?

—Que es brillante. Despiadado. Paciente. Y probablemente tiene todo el derecho legal y moral de reclamar esta propiedad como suya. —Elena se volvió hacia él—. Mi abuelo debería haberlo reconocido. Mi tío debería estar en prisión por asesinato. Mi padre debería haber tenido el coraje de decir la verdad hace veinte años.

—Estamos de acuerdo en algo, entonces.

—Sí. Pero eso no responde mi pregunta real. —Elena cruzó los brazos—. ¿Por qué casarse conmigo? Si quiere la hacienda, puede simplemente tomar cuando las deudas venzan. Si quiere venganza contra mi familia, arruinarnos financieramente ya lo ha logrado. Entonces, ¿por qué quiere una esposa?

Rafael consideró cuánta verdad revelar. Luego decidió que Elena había ganado honestidad, al menos parcialmente.

—Porque un bastardo gitano que compra una propiedad noble levanta preguntas. Los vecinos se quejan. La Inquisición investiga. Los abogados encuentran tecnicismos para desafiar la venta. —Se acercó al árbol, parándose a un metro de distancia de ella—. Pero un matrimonio dinástico, aunque desigual, es aceptable. Especialmente cuando el novio paga generosamente. Me convierte en parte de la familia Mendoza en lugar de un extraño robando su patrimonio.

—Entonces soy una tapadera. Una legitimización.

—Sí.

—¿Y qué obtengo yo? Además de evitar la ruina y el asilo de pobres, claro.

—Seguridad. Una asignación generosa. Autoridad sobre el hogar. La hacienda restaurada a su antigua gloria. —Rafael hizo una pausa—. Y la oportunidad de evitar que su hermana menor sea

vendida al siguiente hombre dispuesto a saldar las deudas de su padre.

Elena se puso rígida.

—¿Qué sabe sobre Isabela?

—Que tiene dieciséis años. Que está enamorada del hijo del maestro de establos. Que está embarazada. —Rafael observó mientras la cara de Elena palidecía—. Sé que su padre planea casarla rápidamente con el primer noble dispuesto a pasar por alto la falta de dote, asumiendo que el hombre nunca sabrá que el niño no es suyo.

—Maldición —susurró Elena—. ¿Cómo...?

—Los sirvientes hablan. Y yo escucho. —Rafael se inclinó más cerca—. Acepte mi propuesta, y me aseguraré de que Isabela pueda casarse con el padre de su hijo. Estableceré al joven con una buena posición, tal vez administrando una de mis propiedades en Cádiz. Lejos de aquí, donde nadie conoce su historia.

Elena lo miró, sus ojos buscando mentiras.

—¿Por qué haría eso?

—Porque no soy mi tío. No destruyo vidas inocentes por conveniencia. —La voz de Rafael se suavizó ligeramente—. Y porque mi madre me crió para creer que el amor, especialmente el amor entre personas que la sociedad dice que no deberían estar juntas, es digno de protección.

Por un largo momento, Elena no dijo nada. Entonces:

—¿Eso fue manipulación o sinceridad?

—Ambos. Soy un hombre de negocios, Doña Elena. Sé cómo presentar ofertas que sean irresistibles. Pero también soy el hijo de mi madre, y ella me enseñó que la crueldad gratuita es la marca de hombres pequeños.

—Su madre suena como una mujer notable.

—Lo era. —Rafael miró el retrato, todavía en manos de Elena —. Y si me caso con usted, descubrirá exactamente cuán notable. Porque tengo la intención de honrar su memoria reconstruyendo esta propiedad, cuidando de sus tierras, y asegurándome de que todos sepan que Marisol Santacruz era digna de respeto, sin importar lo que la sociedad diga.

—Eso causará escándalo.

—Bien.

Elena rio, un sonido corto y sorprendido.

—Ha estado planeando esto meticulosamente, ¿no? Cada detalle, cada ángulo.

—Durante quince años. Sí.

—¿Y si me niego? ¿Si decido que prefiero la ruina a ser un peón en su juego de venganza?

Rafael la estudió, esta mujer brillante y testaruda que se negaba a ser intimidada.

—Entonces respetaría su elección. Y encontraría otra manera de adquirir la propiedad que no la involucre a usted. —Hizo una pausa—. Pero creo que es más inteligente que eso. Creo que ya ha calculado las probabilidades y se ha dado cuenta de que este matrimonio, por imperfecto que sea, ofrece el mejor resultado para todos los involucrados.

—"Todos los involucrados." Qué manera romántica de describirlo.

—No vine aquí a ofrecerle romance, Doña Elena. Vine a ofrecerle una sociedad. Un intercambio honesto: su nombre y posición por mi dinero y protección.

—¿Y el amor? ¿Qué pasa con eso?

Rafael la miró directamente.

—El amor no es parte de esta negociación. Pero el respeto lo es. Tráteme con honestidad y recibirá lo mismo. Trabaje conmigo en lugar de contra mí, y descubrirá que soy un socio generoso. Tráigame hijos legítimos, y se asegurará de que nunca más tenga que preocuparse por la seguridad financiera.

—Qué transaccional.

—Así es el matrimonio para la mayoría de las mujeres de su clase. Al menos estoy siendo honesto al respecto.

Elena se quedó en silencio por un largo momento, mirando entre el retrato y el rostro de Rafael. Finalmente, habló:

—Tengo condiciones.

Rafael sintió un destello de triunfo. Las condiciones significaban negociación. La negociación significaba que ella estaba

considerando aceptar.

—Las escucho.

—Primero: Isabela y Miguel se casan inmediatamente, con una ceremonia apropiada y vuestra bendición pública. No les envíe discretamente a Cádiz como si fueran una vergüenza.

—Acordado.

—Segundo: Quiero autoridad real sobre el manejo de la hacienda, no solo las "cuestiones domésticas". Tengo ideas sobre cómo restaurar los olivares, diversificar los cultivos, mejorar la productividad. Quiero que se tomen en serio mis contribuciones.

Rafael consideró esto. Era inusual, pero también... intrigante.

—Acordado, con la condición de que discutamos decisiones importantes juntos. Socios, como dije.

—Tercero: Mi torre y observatorio son míos. Privados. Nadie entra sin mi permiso. Ni siquiera usted.

—¿Está negociando por un espacio privado antes de aceptar casarse conmigo?

—Estoy negociando por autonomía. Hay una diferencia.

Rafael sonrió a pesar de sí mismo. Esta mujer. Esta mujer imposible y fascinante.

—De acuerdo. Su torre es santuario suyo.

—Y cuarto... —Elena dudó, luego continuó con voz firme— Si vamos a hacer esto, si voy a llevar su nombre y tener sus hijos, quiero justicia. No venganza, no más manipulaciones, sino justicia real. Mi tío Álvaro debe responder por lo que hizo. No quiero vivir sabiendo que el asesino de su madre camina libre mientras nos sentamos en las tierras que él manchó con su crimen.

Algo se movió en el pecho de Rafael. Algo peligroso y esperanzado.

—Álvaro ya ha pagado parcialmente. Mis manipulaciones financieras lo dejaron en bancarrota también. Pero tiene razón. La justicia real significa exposición pública. Cargos. Consecuencias.

—Entonces trabajaremos juntos para asegurarnos de eso. —Los ojos de Elena se encontraron con los suyos—. Si vamos a ser socios, como dice, entonces seamos socios en todo. Incluyendo esto.

Rafael extendió su mano.

—¿Entonces acepta? ¿Se casará conmigo, Elena de Mendoza?

Elena miró su mano por un largo momento. Luego, lentamente, extendió la suya y la tomó.

Su apretón era firme, su piel manchada de tinta contra las cicatrices de minería en las palmas de él. Un erudito y un obrero. Una noble y un bastardo. Una mujer que estudiaba las estrellas y un hombre que había excavado plata de la oscuridad.

—Sí —dijo ella—. Me casaré con usted, Rafael Domínguez Santacruz. Pero no porque no tenga otra opción. Me caso con usted porque elijo hacer de esta transacción algo más que la suma de nuestras mutuas desesperaciones.

—¿Y qué la hace?

Elena sonrió, y era la sonrisa de alguien aceptando un desafío.

—Una oportunidad. Para ambos. Para ser más de lo que nuestras familias nos hicieron. Para construir algo nuevo sobre las ruinas de algo viejo.

Rafael sostuvo su mano un momento más, sintiendo el peso de este momento. Quince años de planificación, conduciendo a esto. A esta mujer. A esta elección.

—Entonces que sea —dijo—. Socios.

—Socios —acordó Elena.

Y en el olivar donde su madre había tallado su inicial hace décadas, bajo el árbol que había sobrevivido fuegos e indiferencia y tiempo, Rafael y Elena sellaron un pacto que ninguno de los dos entendía completamente todavía.

Pero ambos sentían, en lo profundo de sus huesos, que este matrimonio de conveniencia sería cualquier cosa menos conveniente.

CAPÍTULO 3
Los Pecados de los Padres

Elena no le contó a su padre sobre su encuentro con Rafael en el olivar. Al menos, no inmediatamente.

En cambio, pasó los siguientes tres días haciendo lo que mejor sabía hacer: investigar, calcular y planear. Si iba a casarse con un hombre que había orquestado la ruina de su familia, necesitaba entender exactamente con quién estaba tratando.

Y más importante, necesitaba encontrar una manera de sobrevivir este matrimonio con su alma intacta.

La biblioteca de su madre se convirtió en su santuario. Catalina de Mendoza había sido una mujer de letras, educada secretamente por tutores franceses que su padre había contratado para escandalizar a la nobleza sevillana. Había llenado esta habitación pequeña y acogedora con libros prohibidos, correspondencia con pensadores de la Ilustración, y diarios personales que documentaban treinta años de vida en la Hacienda de las Estrellas.

Elena había leído algunos de los diarios antes, pero nunca sistemáticamente. Ahora, los revisaba con propósito, buscando cada mención de Marisol Santacruz y su hijo.

El tercer diario, fechado de 1774 a 1782, contenía la mayoría de las referencias. Elena se acurrucó en el sillón de lectura favorito de su madre mientras la luz de la tarde se filtraba a través de las ventanas emplomadas, y comenzó a leer.

3 de enero de 1774: "Conocí a la nueva partera hoy. Marisol Santacruz, apenas veinte años, pero con una sabiduría en sus ojos que sugiere vidas enteras vividas. Es gitana, lo que causa murmuración entre los sirvientes, pero su conocimiento de hierbas es extraordinario. Curó la fiebre de cocinera en dos días cuando el médico de Sevilla había declarado el caso perdido."

15 de marzo de 1774: "Marisol está embarazada. El padre es mi suegro, Don Fernando, algo que todos saben pero nadie menciona. Rodrigo está furioso, no por el embarazo en sí, sino porque su padre se niega a ser discreto. Lleva a Marisol a caminar por los jardines. Le lee poesía. La trata como si fuera su esposa, no su amante. Es escandaloso. También es... hermoso, en cierto modo. Desearía que mi propio marido me mirara con tal devoción."

22 de octubre de 1774: "Nació el hijo de Marisol. Un niño con los ojos de su madre y la nariz de los Mendoza. Don Fernando insiste en llamarlo Rafael, por su propio padre. Álvaro está furioso. Rodrigo evita el tema por completo. Yo... yo sostuve al bebé esta tarde. Marisol me dejó, confiando en mí de una manera que me hace llorar. El niño es perfecto. Y condenado desde el nacimiento."

Elena pasó las páginas, leyendo sobre los primeros años de Rafael. Su madre había documentado todo: sus primeras palabras (en gitano y español simultáneamente), su precoz inteligencia, su amor por los caballos y los libros por igual.

12 de abril de 1778: "Rafael tiene tres años y ya lee. Marisol le enseña en secreto, usando los libros que le presto. Don Fernando está encantado, Álvaro resentido, Rodrigo ambivalente. Yo... yo me pregunto qué será de este niño brillante. La ley no le reconocerá nunca. La sociedad lo rechazará. Pero su mente... su mente podría cambiar el mundo si se le diera la oportunidad."

8 de septiembre de 1780: "Rafael tiene casi seis años. Hoy lo encontré en mi biblioteca, leyendo a Cicerón. En latín. Me vio y se disculpó por entrar sin permiso, pero le dije que los libros son para ser leídos, no adorados como reliquias. Hablamos durante una hora. Es más inteligente que la mayoría de los adultos que conozco. Le presté mi copia de los Principia de Newton. Espero que Marisol no se moleste."

22 de noviembre de 1780: "Marisol vino hoy a agradecerme por ser amable con Rafael. Lloró en mis brazos, esta mujer fuerte que nunca muestra debilidad. Dice que tiene miedo. Que Álvaro la mira de maneras que la hacen temer por su vida y la de su hijo. Le rogué que huyera, que tomara a Rafael y escapara a algún lugar

seguro. Pero ¿adónde? Una gitana sola con un niño mestizo, sin dinero, sin protección. Sería cazada como un animal."

Las entradas se volvieron más oscuras a medida que avanzaba 1781.

15 de mayo de 1781: "Don Fernando murió anoche. Tranquilo, en su sueño, con el nombre de Marisol en sus labios. Álvaro sonrió durante todo el funeral. Rodrigo parece aliviado, como si la muerte de su padre de alguna manera aliviara su propia culpa. Marisol no estaba en el servicio, por supuesto. Las amantes no asisten a los funerales de sus amantes, sin importar cuántos años compartieron."

3 de junio de 1781: "Álvaro está presionando a Rodrigo para que despida a Marisol. Dice que la presencia de la gitana y su bastardo es una vergüenza para la familia ahora que Don Fernando no está vivo para protegerlos. Rodrigo vacila. Le supliqué que los defendiera, que recordara que son personas, no inconveniencias. Él dice que lo considerará. Pero veo la cobardía en sus ojos."

17 de julio de 1781: "Rodrigo le dijo a Marisol que debe irse. Le dio dinero, una suma generosa, y le dijo que encontrara un nuevo hogar en Cádiz o Madrid. Marisol se negó. Dice que esta tierra es su hogar, que su hijo nació aquí, que el fantasma de Don Fernando camina estos olivares y no puede abandonarlo. Álvaro se puso violento al oírlo. Llamó a Marisol bruja, puta, escoria gitana. Rafael, que tiene apenas siete años, se interpuso entre Álvaro y su madre. Vi el odio en los ojos de Álvaro. Vi el asesinato."

La mano de Elena temblaba mientras pasaba a la siguiente página.

4 de septiembre de 1781: "Hubo otro altercado hoy. Álvaro estaba borracho, furioso por algún asunto de negocios. Encontró a Rafael en los establos, leyendo. Arrancó el libro de las manos del niño y lo arrojó al estiércol. Le dijo a Rafael que los bastardos gitanos no merecen leer, que debería agradecer que se le permita vivir en tierras Mendoza en absoluto. Rafael no lloró. Solo miró a Álvaro con esos ojos oscuros e inteligentes y dijo: 'Algún día serás castigado por tu crueldad.' Álvaro se rio. Pero vi miedo en esa risa."

5 de septiembre de 1781: "Le rogué a Rodrigo que envíe a Marisol y Rafael lejos. Que les compre una casa en otra ciudad, que les dé suficiente dinero para comenzar de nuevo. Le dije que Álvaro planea hacerles daño, que lo veo en cada mirada, cada palabra venenosa. Rodrigo me llamó histérica. Dijo que Álvaro es todo palabras, que nunca actuaría realmente. Le dije que estaba siendo un tonto. Él me dijo que me ocupara de mis propios asuntos."

Elena tuvo que detenerse, limpiándose las lágrimas que habían comenzado a caer. Su padre. Su débil, cobarde padre, había tenido la oportunidad de salvarlos y no había hecho nada.

Con manos temblorosas, pasó a la siguiente entrada. Estaba fechada el día del incendio.

6 de septiembre de 1781:

La escritura de su madre estaba desordenada, las palabras manchadas como si hubiera estado llorando mientras escribía.

"Marisol está muerta. Rafael ha desaparecido. Y yo... yo soy tan culpable como Álvaro, tan cobarde como Rodrigo.

Sucedió esta noche. Yo estaba en mi habitación, escribiendo cartas. Escuché gritos del patio. Cuando llegué a la ventana, vi humo saliendo de los establos. Fuego. Llamas que alcanzaban el cielo nocturno.

Bajé corriendo. Los sirvientes ya estaban formando una línea de cubos. Rodrigo gritaba órdenes. Los caballos relinchaban, aterrorizados. Y Álvaro... Álvaro estaba parado en las sombras, observando. Sonriendo.

Tomás fue quien me lo dijo. Había visto a Álvaro entrar a los establos una hora antes con una lámpara de aceite. Había visto a Marisol seguirlo, preocupada porque había escuchado a los caballos inquietos. Había escuchado voces elevadas, una discusión. Luego, silencio. Luego, fuego.

Cuando las llamas finalmente se apagaron, encontraron el cuerpo de Marisol cerca de la puerta trasera. Había intentado escapar. Las vigas habían caído, atrapándola. La muerte habría sido por humo, dijeron. Rápida. Misericordiosa.

Pero sus ojos aún estaban abiertos. Y en ellos vi terror puro.

Rafael estaba en algún lugar afuera, dijeron los sirvientes. Había estado en el pajar cuando comenzó el fuego. Había visto todo. Había intentado entrar a salvar a su madre, pero las llamas eran demasiado intensas. Tomás lo había visto correr hacia las colinas, cubierto de hollín y lágrimas, gritando el nombre de su madre.

Envié equipos de búsqueda. Durante tres días buscamos. Pero Rafael Santacruz había desaparecido como si nunca hubiera existido.

Álvaro dijo que el fuego había sido un accidente. Una lámpara volcada. Rodrigo no cuestionó la historia. El magistrado, sobornado con vino Mendoza y monedas de oro, declaró muerte accidental.

Solo Tomás y yo conocemos la verdad. Y ninguno de nosotros tiene el coraje de hablar.

Que Dios me perdone. Le fallé a Marisol. Le fallé a ese niño brillante con ojos demasiado viejos. Los dejé morir y huir porque era más fácil que enfrentar a Álvaro, que desafiar a mi marido, que arriesgar mi propia posición.

Soy una cobarde. Y esta casa, esta familia, está construida sobre asesinato y mentiras.

Si hay justicia en este mundo, algún día pagaremos por esto. Todos nosotros."

La siguiente entrada estaba fechada una semana después, escrita con letra más controlada pero palabras llenas de dolor.

13 de septiembre de 1781: "Enterramos a Marisol hoy. No en el cementerio de la familia, por supuesto. Eso habría sido demasiado escandaloso. En su lugar, Tomás y yo la enterramos en su lugar favorito: bajo los olivos del sur, cerca del árbol donde había tallado su inicial años atrás. Es tranquilo allí. Hermoso. Tal vez su espíritu encuentre paz.

Le dejé flores. Le susurré disculpas que nunca podrá escuchar. Le prometí que si su hijo alguna vez regresaba, le diría la verdad. Toda ella.

Rodrigo me preguntó qué estaba haciendo en los olivares. Le dije que rezaba. No preguntó por quién."

Elena cerró el diario con manos temblorosas. Las lágrimas corrían libremente ahora por su rostro, cayendo sobre la cubierta de cuero.

Su madre había sabido. Había sabido todo. Y había cargado esa culpa hasta su muerte.

Un golpe suave en la puerta la sobresaltó.

—Adelante —dijo, limpiándose rápidamente las lágrimas.

Rosa entró, llevando una bandeja con té y galletas.

—Pensé que podrías necesitar esto —dijo la anciana, colocando la bandeja sobre la mesa pequeña—. Has estado aquí encerrada durante horas.

—Estaba leyendo los diarios de mi madre.

Rosa asintió, sin sorpresa.

—¿Encontraste lo que buscabas?

—Encontré la verdad. Sobre Marisol. Sobre Rafael. Sobre lo que realmente pasó. —Elena miró a Rosa—. Tú estabas allí. La viste morir.

Rosa se hundió en la silla junto a Elena, de repente pareciendo todos sus cincuenta y cinco años.

—Sí. Vi el fuego. Vi a Álvaro sonriendo. Vi al niño corriendo hacia las colinas, gritando. —Su voz se quebró—. Y no hice nada. Ninguno de nosotros hizo nada.

—No es tu culpa, Rosa. Eras una sirvienta. No tenías poder.

—Tenía voz. Podría haber testificado. Podría haber contado lo que vi.

—Y Álvaro te habría destruido. O peor. —Elena tomó la mano de Rosa—. Hiciste lo que pudiste. Ayudaste a mi madre a enterrarla. Mantuviste viva su memoria. Eso es algo.

—No es suficiente. Nunca será suficiente. —Rosa miró a Elena con ojos llorosos—. Ahora ese niño ha regresado, crecido y rico y hambriento de justicia. ¿Y sabes qué? Lo merece. Merece cada pedazo de esta tierra, cada moneda en nuestras arcas, cada gota de sangre que pueda tomar de esta familia.

—No estoy en desacuerdo —dijo Elena en voz baja.

Rosa parpadeó sorprendida.

—¿Entonces por qué estás de acuerdo con casarte con él? Si sabes que busca venganza...

—Porque la venganza no es lo mismo que la justicia. Y porque creo... espero... que Rafael Santacruz sea más como su madre que

como nuestro tío. —Elena se puso de pie, caminando hacia la ventana—. Mi madre escribió que Marisol era sabia. Amable. Que enseñó a su hijo a valorar el conocimiento, el honor, la compasión. Ese niño creció para ser un hombre que ofreció salvar a Isabela cuando no tenía que hacerlo. Que negoció términos justos cuando podría haberlo exigido todo. Que me trató con respeto cuando podría haberme tratado como propiedad.

—O está jugando un juego largo. Ganándose tu confianza antes de destruirte.

—Tal vez. —Elena se volvió hacia Rosa—. Pero no lo creo. Creo que Rafael está atrapado entre dos mitades de sí mismo: el niño que perdió a su madre y quiere castigar a quienes la mataron, y el hombre que su madre crió para ser mejor que sus enemigos.

—¿Y cuál mitad crees que ganará?

Elena sonrió tristemente.

—Eso depende de mí, creo. De si elijo ser otra Mendoza que lo lastima, o algo diferente. Algo mejor.

Rosa se quedó en silencio por un largo momento. Luego:

—Tu madre estaría orgullosa de ti. Tenía la misma creencia terca en que las personas podían ser mejores de lo que sus circunstancias sugerían.

—Espero que tengas razón. Porque en cuatro días, estaré casada con un hombre que tiene todas las razones del mundo para odiarme. Y mi única esperanza es convencerlo de que valgo más como aliada que como víctima.

Esa noche, Elena no podía dormir. Seguía viendo las palabras de su madre: *"Sus ojos aún estaban abiertos. Y en ellos vi terror puro."*

Finalmente, a medianoche, se rindió. Se envolvió en un chal y bajó las escaleras en silencio. Los pasillos estaban oscuros, iluminados solo por lámparas ocasionales que proyectaban sombras danzantes sobre las paredes.

Se encontró caminando hacia el despacho de su padre. Luz brillaba debajo de la puerta. Él también estaba despierto, entonces.

Elena iba a llamar cuando escuchó voces. Su padre no estaba solo.

—...términos son generosos, Don Rodrigo. Demasiado generosos, algunos dirían.

Esa era la voz de Rafael. Profunda, controlada, con un toque de acento que no era completamente español.

Elena se detuvo, su mano suspendida en el aire. Debería anunciar su presencia. Escuchar a escondidas era impropio. Deshonesto.

Pero también era la única manera de escuchar la verdad que los hombres nunca dirían a su cara.

Se quedó quieta, apenas respirando.

—Eres demasiado amable —dijo su padre, su voz ronca por el brandy y la enfermedad—. Después de todo... después de lo que esta familia te hizo...

—Lo que esta familia me hizo —interrumpió Rafael— no puede deshacerse con dinero o contratos matrimoniales. Pero puede ser... compensado. En cierta medida.

—¿Es por eso que quieres casarte con Elena? ¿Compensación?

Un largo silencio. Elena presionó su oído contra la puerta.

—En parte —dijo Rafael finalmente—. Tu hija es... inesperada. Inteligente, directa, nada de la noble sumisa y tonta que anticipé. Hacer de ella mi esposa es más complicado de lo que planeé.

—Entonces no tienes que...

—Oh, me casaré con ella. Eso nunca estuvo en duda. —El sonido de líquido vertiéndose en un vaso—. Pero mis razones han evolucionado.

—¿Qué significa eso?

—Significa que vine aquí buscando reclamar lo que me fue robado. Tierra, patrimonio, dignidad. Esperaba hacerlo a través de una esposa que sería... manejable. Una pieza de juego en un tablero de ajedrez. —Rafael hizo una pausa—. Elena de Mendoza no es manejable. Es un jugador propio. Lo que la hace mucho más valiosa que cualquier peón.

—No sigas ese pensamiento —dijo Don Rodrigo bruscamente —. Es mi hija de quien hablas.

—Precisamente. Tu hija, a quien estás vendiendo para saldar deudas. Así que perdona si no me siento obligado a tratarla con particular delicadeza.

—Le prometí a su madre... —la voz de Don Rodrigo se quebró —. Le prometí que cuidaría de nuestras hijas. Que nunca las dejaría ser tratadas como propiedad, como moneda de cambio. Y mira lo que he hecho.

—Has hecho lo que los hombres de tu clase siempre hacen. Proteges tu nombre, tu posición, tu comodidad. Y cuando eso falla, sacrificas a las mujeres en tu vida para cubrir tus propios fracasos.

—¿Y tú eres diferente?

—Sí —dijo Rafael fríamente—. Porque yo soy honesto al respecto. No me escondo detrás de pretensiones de honor o deber familiar. Tu hija sabrá exactamente qué esperar de este matrimonio. No habrá mentiras dulces sobre amor y devoción.

—Suena a una vida miserable para ella.

—Será una vida honesta. Con seguridad, autonomía, y la oportunidad de usar su mente de maneras que tu sociedad nunca permitiría de otro modo. —El sonido de pasos—. Lo que es más de lo que la mayoría de las mujeres de su clase reciben.

Don Rodrigo rio amargamente.

—Te pareces más a mi padre de lo que probablemente te gusta admitir. Él también racionalizaba sus acciones con lógica fría.

—La diferencia es que mi madre me amaba. Tu padre la amaba a ella. No hay amor en esta transacción. Solo negocio.

Elena sintió algo retorcerse en su pecho. Dolor. Rabia. Y debajo de eso, algo que se sentía peligrosamente cercano al desafío.

Solo negocio, pensó. *Veremos sobre eso.*

Se alejó de la puerta en silencio, sus pies descalzos sin hacer ruido sobre el suelo de piedra. Volvió a su habitación, a su observatorio, al cielo nocturno que nunca mentía ni manipulaba.

Pero esta vez, las estrellas no ofrecían consuelo. Porque Elena había escuchado la verdad en la voz de Rafael: la veía como una herramienta. Útil, quizás. Valiosa, incluso. Pero no como una persona con sus propios deseos, sueños, miedos.

Bueno. Si Rafael Domínguez Santacruz pensaba que había calculado cada variable en esta ecuación, estaba equivocado.

Elena de Mendoza no sería un peón ni un jugador en el juego de otra persona.

Sería el tablero completo. Y antes de que este matrimonio terminara, Rafael aprendería que subestimar a su esposa era el error más costoso que jamás había cometido.

Abrió su cuaderno de notas, pasando páginas llenas de cálculos astronómicos hasta encontrar una página en blanco. Levantó su pluma y comenzó a escribir.

Plan para sobrevivir el matrimonio con Rafael Santacruz:

1. Nunca mostrar debilidad. 2. Mantener autonomía intelectual y financiera siempre que sea posible. 3. Construir alianzas (Isabela, Rosa, Tomás, sirvientes leales). 4. Documentar todo (sus acciones, sus palabras, cualquier evidencia contra Álvaro). 5. Aprender sus vulnerabilidades (todos tienen alguna). 6. Recordar: Esto es guerra. Simplemente es una guerra que termina en matrimonio en lugar de rendición.

Miró las palabras, luego añadió una línea final:

7. No enamorarse de él. Bajo ninguna circunstancia.

Subrayó eso tres veces.

Porque si había algo que las matemáticas le habían enseñado, era que las variables no controladas arruinaban incluso las ecuaciones más cuidadosamente construidas.

Y el amor, pensó Elena, era la variable más no controlada de todas.

CAPÍTULO 4
El Juramento

Nueva España (México), 1796 - Quince años después del incendio

Rafael Domínguez Santacruz tenía veintisiete años cuando finalmente tuvo suficiente dinero para comprar su venganza.

Estaba de pie en la oficina de su mina de plata en Zacatecas, mirando los libros de contabilidad que documentaban quince años de trabajo brutal, riesgos calculados y suerte ocasional. Las cifras eran claras: tenía más que suficiente para regresar a España, arruinar a la familia Mendoza y reclamar lo que debería haber sido suyo desde el nacimiento.

Afuera, el sol mexicano golpeaba la tierra con furia implacable. Dentro, Rafael permanecía frío como siempre, calculando probabilidades y planeando jugadas.

Era el aniversario. Quince años exactos desde la noche que su madre murió gritando mientras él observaba impotente.

Cada año en esta fecha, Rafael hacía lo mismo: cerraba su oficina, montaba a caballo hacia las colinas fuera de la ciudad, y visitaba el árbol solitario donde había tallado el nombre de su madre en la corteza. Allí, se permitía recordar. Se permitía sentir.

El resto del año, era Rafael Domínguez, el comerciante despiadado que nunca mostraba debilidad. Pero un día al año, se permitía ser Rafael Santacruz, el niño roto que había perdido todo.

Cerró los libros de contabilidad con un golpe seco y se puso su sombrero. Bernardo, su secretario, sabía que no debía molestarlo en este día. Los mineros sabían que debían mantener la distancia. Todos habían aprendido, a lo largo de los años, que el patrón tenía demonios que solo podía enfrentar solo.

Rafael montó hacia las colinas, la familiaridad del camino permitiéndole que su mente vagara hacia atrás. Hacia la noche que cambió todo.

España, 6 de septiembre de 1781

Rafael tenía doce años y estaba leyendo en el pajar cuando escuchó a su madre gritar.

No era un grito de sorpresa o dolor menor. Era terror puro, el sonido de alguien que sabía que iba a morir.

Dejó caer su libro —los Ensayos de Montaigne, prestado de la biblioteca de Doña Catalina— y corrió hacia la ventana del pajar. Humo. Humo espeso y negro saliendo de los establos principales.

Y luego vio a su madre. Marisol corría hacia la salida trasera, su vestido ya en llamas en los bordes. Detrás de ella, las vigas del techo crujían, ardiendo.

Rafael no pensó. Saltó del pajar, una caída de tres metros que lo dejó sin aliento pero ileso. Corrió hacia los establos.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Marisol lo vio. Incluso a través del humo y el fuego, sus ojos encontraron los suyos. Y en su rostro, Rafael vio algo que nunca olvidaría: no pánico por sí misma, sino terror absoluto por él.

—¡Corre! —gritó ella—. ¡Rafael, corre! ¡No entres!

Pero ya lo estaba haciendo. El calor golpeó como un muro sólido, chamuscando su piel, quemando sus pulmones. Podía ver a su madre a apenas diez metros de distancia, tratando de alcanzar la puerta.

Entonces, con un rugido que sonaba como el fin del mundo, el techo comenzó a colapsar.

Una viga cayó, bloqueando el camino de Marisol. Luego otra. Y otra.

Rafael gritó, lanzándose hacia adelante, pero manos fuertes lo agarraron desde atrás, arrastrándolo hacia atrás.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! ¡Está ahí adentro!

—No puedes ayudarla, muchacho. —Era Tomás, el mayordomo, con lágrimas corriendo por su rostro cubierto de hollín —. Ya se fue. Ya se fue.

—¡No! ¡No, está justo ahí! ¡Puedo alcanzarla!

Pero incluso mientras luchaba, Rafael vio la verdad. Las llamas habían envuelto completamente a su madre. Ya no se movía. Ya no gritaba.

Su último pensamiento, Rafael lo sabría después, había sido para él. Para mantenerlo a salvo. Para salvarlo incluso cuando ella misma no podía ser salvada.

Algo dentro de Rafael se rompió en ese momento. Algo que nunca se repararía completamente.

Dejó de luchar. Se quedó flácido en los brazos de Tomás, observando mientras el fuego consumía todo lo que amaba.

Y entonces vio a Álvaro.

Su tío —su medio tío, técnicamente— estaba de pie en las sombras más allá del patio, observando el fuego con una expresión que Rafael reconoció incluso a través de su dolor: satisfacción.

Álvaro no estaba sorprendido por el fuego. No estaba angustiado. Estaba... complacido.

Y Rafael supo, con la terrible claridad que solo los niños pueden tener, que Álvaro había hecho esto. Había matado a su madre. A propósito.

—Lo mataré —susurró Rafael—. Algún día, lo mataré.

Tomás lo escuchó. Le apretó el hombro con fuerza.

—No, muchacho. No de esa manera. Tu madre no querría eso.

—Mi madre está muerta.

—Sí. Y tú estás vivo. Lo cual significa que tienes que mantenerte vivo. —Tomás se arrodilló, mirando a Rafael directamente a los ojos—. Escúchame. Esta noche, cuando todos estén distraídos con el fuego, vas a correr. Vas a ir a la habitación de tu madre, tomar lo que puedas llevar, y vas a huir de esta hacienda.

—¿Por qué?

—Porque Álvaro acaba de matar a tu madre. ¿Crees que se detendrá contigo? Eres testigo. Eres una vergüenza viviente a la familia. —Los ojos de Tomás estaban llenos de lágrimas y furia—. Corre, Rafael. Corre y no mires atrás. Y algún día, cuando seas lo suficientemente fuerte, regresa. Regresa y reclama lo que debería haber sido tuyo.

—Pero... ¿a dónde voy?

—A cualquier lugar que no sea aquí. Sevilla primero. Luego, tal vez, las Américas. Lejos de esta familia maldita.

Rafael asintió, entumecido. Observó el fuego un minuto más, memorizando cada detalle. El sonido de las llamas. El olor a carne quemada. La sonrisa en el rostro de Álvaro.

Luego corrió.

Corrió a la habitación de su madre, pequeña y ordenada, llena del olor a lavanda y hierbas medicinales. Agarró su chal favorito, el rojo con bordado dorado. Tomó el retrato que Don Fernando había encargado, el único registro de que Marisol Santacruz había existido. Tomó el pequeño libro de oraciones gitanas que ella le había dado.

Y tomó el cuchillo que ella mantenía escondido bajo su colchón. Porque incluso las mujeres gentiles necesitaban protección en un mundo que las odiaba.

Rafael envolvió todo en el chal, se lo ató a la espalda, y huyó hacia la noche.

Nunca miró atrás.

Las calles de Sevilla, septiembre-diciembre de 1781

Los primeros tres meses fueron los más difíciles. Rafael tenía doce años, ningún dinero más allá de las pocas monedas que había encontrado en la habitación de su madre, y ninguna habilidad que lo hiciera empleable.

Lo que tenía era inteligencia, gitano suficiente de su madre para mezclarse con los roma en el barrio de Triana, y una capacidad de supervivencia nacida de la desesperación absoluta.

Robó comida de los mercados. Durmió en callejones. Evitó a los guardias que ocasionalmente barrían las calles en busca de niños vagabundos para enviarlos a orfanatos o asilos de pobres.

Y leyó. Dondequiera que pudiera encontrar palabras impresas —periódicos desechados, carteles en paredes, libros en ventanas de tiendas— las devoraba. Porque su madre le había enseñado que el conocimiento era poder, y el poder era la única manera de escapar del ciclo de pobreza y violencia que atrapaba a los gitanos.

Fue en diciembre, helándose en un callejón cerca del puerto, cuando Rafael escuchó la conversación que cambiaría su vida.

Dos marineros, obviamente borrachos, se jactaban de las fortunas que se podían hacer en Nueva España. Plata, decían.

Montañas de plata, solo esperando ser excavadas. Un hombre trabajador podía hacerse rico en diez años si estaba dispuesto a sufrir las minas.

Rafael se acercó, tratando de parecer casual.

—¿Es verdad? —preguntó—. ¿Sobre la plata?

Los marineros lo miraron, evaluando. Un niño sucio con ropa andrajosa y ojos demasiado viejos para su rostro.

—Verdad suficiente —dijo uno—. Pero tienes que llegar allí primero. ¿Tienes pasaje?

—No.

—¿Familia allá?

—No tengo familia en ninguna parte.

El marinero se rio.

—Un huérfano, entonces. Bueno, muchacho, podrías alistarte como grumete. Trabajo duro, paga terrible, pero te lleva a través del océano.

—¿Cómo?

—Ve al muelle mañana. Busca el galeón Santiago. El capitán Méndez está buscando tripulación joven. No pregunta demasiadas preguntas.

Rafael asintió, memorizando el nombre. El Santiago. Capitán Méndez.

Esa noche, vendió lo último que tenía de valor —el libro de oraciones de su madre— por suficiente dinero para comprar ropa decente. Envolvió el retrato y el chal en tela encerada y los escondió dentro de su camisa, contra su corazón.

Al día siguiente, se presentó en el Santiago.

—¿Nombre? —preguntó el contramaestre.

Rafael dudó. Rafael Santacruz era un niño muerto, asesinado la misma noche que su madre. Necesitaba un nuevo nombre. Una nueva identidad.

—Rafael Domínguez —dijo. Domínguez, un apellido común. Anónimo. Seguro.

—¿Edad?

—Catorce. —Mentira. Pero a los catorce, legalmente podía contratar sin permiso paterno.

—¿Experiencia?

—Puedo leer. Puedo escribir. Puedo calcular. Y puedo trabajar más duro que cualquiera en este barco.

El contramaestre se rio.

—Confianza. Me gusta eso. Bien, Rafael Domínguez. Bienvenido al Santiago. Trataremos de no matarte antes de que lleguemos a Veracruz.

Dos semanas después, Rafael navegó hacia Nueva España, dejando atrás todo lo que conocía.

Excepto su odio. Ese viajó con él, anidado en su pecho como un carbón ardiente que nunca se enfriaría completamente.

Nueva España, 1782-1796

Los primeros cinco años en las minas de plata casi lo matan.

Rafael trabajó en las profundidades de la tierra, en túneles tan calientes y estrechos que apenas podía respirar. Trabajó junto a hombres desesperados —criminales, deudores, indígenas esclavizados— que morían regularmente de agotamiento, colapsos de minas o enfermedades pulmonares.

Pero sobrevivió. Sobrevivió porque su odio lo mantenía caliente cuando tenía frío, lo mantenía en movimiento cuando estaba exhausto, lo mantenía enfocado cuando la desesperación amenazaba con consumirlo.

Y aprendió. Aprendió cómo funcionaban las minas. Cómo evaluar la calidad del mineral. Cómo negociar con los capataces. Cómo hacer que cada real contara.

A los diecisiete años, Rafael había ahorrado suficiente para comprar una participación en una pequeña operación minera. Era apenas una grieta en una ladera, pero era suya.

A los veinte, había triplicado su inversión y comprado dos minas más.

A los veintitrés, poseía la operación minera más rentable en Zacatecas, empleando a cientos de hombres y produciendo toneladas de plata al mes.

No fue fácil. Rafael trabajó dieciocho horas al día. Arriesgó todo en cada inversión. Se ganó reputación como duro pero justo —

pagaba bien pero exigía excelencia. No toleraba robo ni pereza, pero tampoco permitía que sus capataces abusaran de los trabajadores.

Era, se dio cuenta, el tipo de hombre que su madre habría querido que fuera. Fuerte pero no cruel. Exitoso pero no corrupto.

Excepto por una cosa: la venganza que planeaba meticulosamente.

Cada real que ganaba, Rafael lo dividía en tres partes. Un tercio se reinvertía en las minas. Un tercio se ahorraba para su eventual regreso a España. Y un tercio se gastaba en información.

Pagó a informantes en Sevilla para rastrear a la familia Mendoza. Supo cuándo Don Rodrigo senior murió. Supo cuándo Álvaro se mudó a Madrid. Supo sobre las hijas de Don Rodrigo junior, sobre las finanzas en deterioro, sobre los escándalos silenciados.

Y esperó. Porque la venganza apresurada era venganza desperdiciada. Su madre le había enseñado paciencia, y Rafael había aprendido la lección bien.

Zacatecas, 6 de septiembre de 1796

Ahora, quince años después, Rafael estaba de pie bajo el árbol donde había tallado el nombre de su madre, mirando las montañas mexicanas que se habían convertido en su hogar.

Había traído brandy español —lo mejor que el dinero podía comprar— y dos vasos. Vertió uno para sí mismo y uno para el fantasma de su madre.

—Hola, mamá —dijo en voz baja—. Quince años hoy.

El viento susurró a través de las hojas del árbol, sonando casi como una voz. Casi como el canto suave que Marisol solía tararear mientras trabajaba.

—Tengo suficiente dinero ahora. Suficiente para regresar. Suficiente para destruirlos. —Rafael bebió, el brandy ardiendo en su garganta—. Álvaro primero. Lo arruinaré financieramente, luego lo expondré como asesino. Don Rodrigo también pagará. Y la hacienda... la hacienda será mía. Como debería haber sido desde el principio.

Silencio. Solo el viento.

—Sé lo que dirías —continuó Rafael—. Dirías que la venganza es una jaula. Que construyo prisión para mí mismo. Que debería dejarlo ir, seguir adelante, construir una vida aquí en lugar de vivir en el pasado.

Bebió de nuevo.

—Pero no puedo. No puedo dejarte ir no vengada. No puedo dejar que Álvaro viva feliz mientras tú estás en una tumba sin marcar en un olivar olvidado.

El viento se fortaleció, agitando las ramas. Y Rafael tuvo el pensamiento más extraño: su madre estaba decepcionada de él.

No enojada. Decepcionada.

Porque Marisol Santacruz había sido muchas cosas —orgullosa, apasionada, ferozmente protectora— pero nunca había sido cruel. Incluso cuando la sociedad la trataba como basura, ella había respondido con dignidad. Incluso cuando los Mendoza la rechazaban, ella había criado a su hijo para valorar el conocimiento sobre el resentimiento.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Rafael al viento—. ¿Que lo perdone? ¿Que actúe como si no importara que te mataran?

Una hoja cayó del árbol, aterrizando en el vaso que había vertido para su madre. Rafael la recogió, estudiándola. Verde todavía, no muerta. Prematura en su caída.

Como su madre. Treinta y dos años. Debería haber vivido otros cuarenta, cincuenta años. Debería haber visto a su hijo crecer, casarse, tener hijos propios.

En cambio, murió gritando porque un hombre celoso decidió que su existencia era inconveniente.

Rafael cerró su puño alrededor de la hoja, estrujándola.

—Justicia —dijo—. No venganza. Justicia. Eso es diferente, ¿verdad?

El viento no respondió.

Rafael se quedó bajo el árbol hasta que el sol comenzó a ponerse, pintando el cielo mexicano en tonos de naranja y rojo que le recordaban el fuego. Siempre el fuego.

Finalmente, se puso de pie. Vertió el segundo vaso de brandy sobre las raíces del árbol.

—Volveré a España el mes que viene —dijo—. Recuperaré lo que nos robaron. Pero lo haré de la manera correcta. Legalmente. Públicamente. Y si Álvaro paga por lo que hizo, será porque el sistema de justicia lo condena, no porque yo tome venganza privada.

Hizo una pausa, luego añadió:

—Probablemente me case con una de las hijas Mendoza. No por amor, obviamente. Por necesidad legal. Siento si eso te decepciona. Pero es la manera más limpia de reclamar la hacienda.

Colocó su mano sobre la corteza del árbol, sobre las letras "M. S." que había tallado años atrás.

—Te amo, mamá. Y lo siento. Siento no haber sido lo suficientemente fuerte para salvarte. Siento cada día que has estado muerta mientras yo he vivido. Y prometo... prometo que cuando todo esto termine, te daré un entierro apropiado. Con tu nombre en la lápida. Con reconocimiento de quién eras. Marisol Santacruz, no la amante de nadie, no la gitana de nadie. Solo tú.

El viento se calmó, como si su madre finalmente aceptara.

Rafael montó de vuelta a la ciudad mientras la oscuridad caía. Su decisión estaba tomada. En un mes, cerraría sus asuntos aquí. Nombraría un gerente para las minas. Empaquetaría sus cosas.

Y navegaría de vuelta a España para reclamar su derecho de nacimiento.

No sabía entonces que Elena de Mendoza resultaría ser mucho más que una necesidad legal. No sabía que encontraría en ella algo que no había esperado: un igual. Una aliada. Tal vez incluso, eventualmente, algo más.

Todo lo que sabía, mientras cabalgaba a través de la noche mexicana, era que quince años de planificación estaban a punto de culminar.

Y que nada —ni honor, ni compasión, ni el fantasma decepcionado de su madre— lo detendría.

Sevilla, España - Presente (1789)

Rafael volvió al presente, parado en su estudio en Sevilla, sosteniendo la carta de Elena.

Quince años. Había pasado quince años construyendo hacia este momento. Y ahora que estaba aquí, encontraba sus certezas tambaleándose.

Elena de Mendoza no era lo que esperaba. Era inteligente, sí. Pero también valiente. También estratégica. También determinada a hacer de este matrimonio algo más que una transacción.

Y eso... eso complicaba las cosas.

Porque parte de Rafael quería mantener todo simple. Frío. Transaccional. Casarse con ella, reclamar la hacienda, destruir a Álvaro, cumplir su juramento.

Pero otra parte —la parte que su madre había criado para valorar la honestidad, la bondad, la conexión— quería saber quién era realmente Elena. Qué soñaba. Qué temía. Qué haría cuando finalmente entendiera el alcance completo de su plan.

Rafael caminó hacia su biblioteca privada y sacó un libro pequeño, encuadernado en cuero desgastado. El libro de oraciones gitanas de su madre, el único que había recuperado años después cuando tuvo dinero para rastrear al hombre a quien se lo había vendido.

Lo abrió a una página marcada, donde su madre había escrito en los márgenes:

"Para mi Rafael: Recuerda siempre que la verdadera fuerza no está en destruir a tus enemigos, sino en elevarte por encima de su odio. Sé mejor que ellos, mi corazón. Sé el hombre que sé que puedes ser."

Rafael cerró el libro lentamente.

—Estoy tratando, mamá —susurró—. Pero no sé si soy lo suficientemente fuerte para ser ese hombre.

Afuera, la ciudad de Sevilla se preparaba para la noche. En cuatro días, se casaría con Elena de Mendoza en la catedral. En cuatro días, su plan de quince años entraría en su fase final.

Y en cuatro días, tendría que decidir: ¿Era Rafael Domínguez, el comerciante despiadado que construyó una fortuna sobre la necesidad de venganza?

¿O era Rafael Santacruz, el hijo de Marisol, criado para creer que la justicia y la bondad importaban más que el odio?

La respuesta, sospechaba, determinaría no solo su futuro, sino el de Elena también.

Y tal vez, solo tal vez, el tipo de hombre que finalmente se convertiría.

CAPÍTULO 5
El Primer Encuentro Real

Perspectiva de Elena

La invitación llegó en la mañana del tercer día después de su encuentro en el olivar.

Doña Elena:

He tomado la libertad de invitarla a cenar esta noche en mi residencia en Santa Cruz. Tenemos términos que discutir antes de la boda, y prefiero hacerlo en privado, lejos de los oídos de su padre y los chismes de los sirvientes.

Un carruaje la recogerá a las siete. Rosa es bienvenida a acompañarla como carabina, si lo desea.

Rafael Domínguez

Elena leyó la carta tres veces, buscando significados ocultos en cada palabra. "Tomado la libertad" era presuntuoso pero honesto. "Términos que discutir" sugería negociación, no dictado. "Privado" podría ser amenazante o simplemente práctico.

Y el hecho de que ofreciera incluir a Rosa como carabina mostraba... ¿qué? ¿Respeto por las convenciones? ¿O reconocimiento de que Elena podría desconfiar de estar sola con él?

—¿Vas a ir? —preguntó Rosa, leyendo por encima del hombro de Elena.

—Por supuesto. —Elena dejó la carta sobre su escritorio—. Pero tú vienes conmigo. Quiero tus ojos en todo. Su casa, sus sirvientes, cómo se comporta en su propio territorio. Las personas revelan más de sí mismas cuando están cómodas.

Rosa asintió con aprobación.

—Sabia. ¿Qué te pondrás?

Elena consideró. La ropa era armadura, su madre le había enseñado eso. Demasiado formal y parecería estar intentando impresionar. Demasiado casual y parecería desdeñosa. Necesitaba algo que dijera: *Soy tu igual, no tu inferior ni tu superior.*

—El vestido verde oscuro. El de terciopelo con el bordado de plata. Es elegante pero no ostentoso. Apropiado para una cena seria de negocios.

—¿Negocios? —Rosa arqueó una ceja—. Niña, estás negociando tu matrimonio, no un contrato de aceite de oliva.

—Para Rafael Domínguez, probablemente no hay diferencia. —Elena se puso de pie, caminando hacia su armario—. Lo cual está bien. Puedo hacer negocios. Soy buena en negocios.

—¿Y si quiere más que negocios?

Elena se detuvo, su mano suspendida sobre el vestido verde.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que es un hombre joven, rico y, según he oído, bastante atractivo. Tú eres una mujer joven e inteligente. Puede que haya comenzado como transacción, pero las personas tienen la tendencia de complicar incluso los arreglos más simples.

—No habrá complicaciones —dijo Elena firmemente—. Ambos sabemos exactamente qué es esto: un intercambio. Mi nombre y posición por su dinero y protección. Limpiar, simple, honesto.

Rosa la miró con la expresión que solía usar cuando Elena tenía diez años e insistía en que podía escalar el tejado sola sin ayuda.

—Si tú lo dices, niña. Si tú lo dices.

Perspectiva de Rafael

Rafael había cambiado de ropa cuatro veces, lo cual era ridículo.

Se quedó frente a su espejo, mirando críticamente al hombre en la reflexión. Había optado finalmente por un traje de corte español tradicional en azul marino profundo con bordado plateado en las mangas. Elegante pero no ostentoso. Rico pero no vulgoso. Un hombre que había ganado su fortuna, no uno que había nacido en ella.

—¿Nervioso, patrón? —Bernardo apareció en la puerta con una expresión que casi podría llamarse divertida.

—Cállate.

—Solo preguntaba. Nunca lo he visto cambiar de ropa cuatro veces para una reunión de negocios.

—Esto no es solo una reunión de negocios. Es... —Rafael se detuvo, incapaz de terminar la oración.

—¿Su futura esposa viniendo a cenar por primera vez? —suministró Bernardo útilmente.

—Una negociación crítica que determinará los términos de un contrato de por vida. —Rafael se ajustó el cuello por quinta vez—. ¿Está todo listo abajo?

—La cena está preparada. Vino español, no mexicano, como ordenó. La biblioteca está organizada. Y he instruido a los sirvientes que mantengan distancia a menos que se les llame.

—Bien. Y el retrato de mi madre...

—Colgado en la biblioteca, como pidió.

Rafael asintió, satisfecho. Quería que Elena viera el retrato en su contexto apropiado: no escondido en un cajón, sino exhibido con orgullo. Un recordatorio de quién era él y por qué estaba haciendo esto.

También quería... ¿qué? ¿Que Elena viera que honraba a su madre? ¿Que entendiera que no era solo un hombre de negocios sin corazón?

¿Por qué le importaba lo que Elena pensara de él?

La pregunta lo molestó mientras descendía las escaleras para esperar su llegada. Esto se suponía que era simple. Elena era un medio para un fin. Útil, sí. Intrigante, admitidamente. Pero no alguien cuya opinión debería importar.

Y sin embargo, se encontró verificando que los candelabros estuvieran perfectamente pulidos, que las flores en el vestíbulo fueran frescas, que todo proyectara exactamente la imagen correcta: éxito ganado honestamente, poder ejercido responsablemente, un hombre digno de... ¿qué?

¿Respeto? Tenía eso a través de su riqueza.

¿Temor? No quería eso de Elena.

¿Aprobación?

Rafael se detuvo en seco. ¿Buscaba la aprobación de Elena de Mendoza? ¿La hija de la familia que había arruinado su vida?

Sí, susurró una voz que sonaba sospechosamente como la de su madre. Porque ella es más que su apellido. Y tú eres más que tu

venganza.

—Cállate —murmuró Rafael a la voz.

—¿Señor? —Bernardo lo miró con preocupación.

—Nada. Avísame cuando llegue.

Diez minutos después, Bernardo anunció:

—Doña Elena de Mendoza y su carabina, Rosa.

Rafael se puso de pie, alisando su chaqueta innecesariamente, y caminó hacia el vestíbulo.

Y se detuvo.

Elena estaba de pie en su entrada, iluminada por los candelabros, y por un momento Rafael olvidó completamente por qué ella estaba aquí.

Vestía verde oscuro que hacía que sus ojos marrones parecieran tener profundidades doradas. Su cabello estaba recogido elegantemente, exponiendo la curva de su cuello. Y sostenía un libro —por supuesto sostenía un libro— bajo su brazo como si fuera tan esencial para ella como respirar.

Pero lo que lo golpeó no fue su apariencia física. Fue la forma en que lo miraba: directamente, sin coquetería ni timidez, evaluándolo de la misma manera que él la evaluaba a ella.

Como un igual.

—Señor Domínguez —dijo ella, extendiendo su mano para un saludo formal.

—Doña Elena. —Rafael tomó su mano, inclinándose sobre ella apropiadamente. Su piel estaba manchada de tinta, notó. Había estado escribiendo esta tarde—. Gracias por venir.

—Gracias por la invitación. Aunque "invitación" implica la opción de rechazar, y ambos sabemos que necesitábamos hablar.

Rafael sonrió a pesar de sí mismo.

—Directa como siempre. Es refrescante.

—Encuentro que la honestidad ahorra tiempo. Y el tiempo es uno de los pocos recursos que ninguno de nosotros puede comprar más.

—Una filósofa además de matemática.

—Una pragmática. Hay una diferencia.

Rosa tosió discretamente, y Elena se volvió.

—Señor Domínguez, conoce a Rosa. Mi carabina, confidente y la mujer más sabia que conozco.

Rafael inclinó la cabeza hacia la mujer mayor.

—Rosa. Gracias por venir. Y gracias por ser amable con mi madre, hace tantos años.

Los ojos de Rosa se llenaron de lágrimas.

—Marisol era una buena mujer. Merecia mucho mejor de lo que recibió de este mundo.

—Sí. Lo merecía.

Un momento de silencio, pesado con el pasado. Luego Elena habló:

—Trajiste el libro equivocado.

Rafael parpadeó.

—¿Perdón?

Elena levantó el libro que llevaba. Rafael reconoció el tomo: Principia Mathematica de Newton.

—Me pediste que viniera a discutir términos. Asumí que significaba términos intelectuales tanto como contractuales. Así que traje esto. —Golpeó el libro—. Tu madre me lo prestó a través de mi madre cuando tenías seis años. Nunca se devolvió. Pensé que podrías quererlo de vuelta.

Rafael se quedó mirándola, algo calentándose en su pecho.

—Conservaste un libro prestado hace más de quince años.

—Mi madre lo conservó. Yo solo lo redescubrí. —Elena se lo extendió—. Es tuyo por derecho.

Rafael tomó el libro, abriéndolo a la página del título. Allí, en tinta desvanecida, estaba la escritura de su madre: *"Para Rafael, quien preguntará por qué las manzanas caen y no se detendrá hasta encontrar la respuesta. Con amor, Mamá."*

Tuvo que tragar el nudo repentino en su garganta.

—Gracias —dijo en voz baja—. Esto... significa más de lo que sabes.

—Lo sé exactamente lo que significa. —Los ojos de Elena se encontraron con los suyos—. Por eso lo traje.

Perspectiva de Elena

La primera grieta en la armadura de Rafael Domínguez fue el Principia.

Elena lo vio: el modo en que sus manos temblaron levemente al sostener el libro, cómo sus ojos se humedecieron antes de parpadearlo, el suavizamiento momentáneo de su rostro antes de que la máscara de control volviera a su lugar.

Este hombre, que había orquestado la caída de su familia con precisión fría, tenía un corazón después de todo. Uno que podía romperse por la escritura de una madre muerta.

Bueno para saberlo.

—¿Cenamos? —dijo Rafael, su voz de vuelta a la neutralidad profesional—. Tenemos mucho que discutir.

Los guió a través de su casa, y Elena observó todo con ojo crítico. El lugar era hermoso sin ser ostentoso: paredes blancas con detalles en azulejo morisco, muebles de madera oscura de calidad, arte que mostraba gusto pero no exceso. Una casa ganada, no heredada.

La mesa del comedor estaba puesta para tres: Elena a la cabecera, Rafael a su derecha, Rosa a su izquierda. Un arreglo que ponía a Elena en la posición de poder, no a Rafael.

Interesante.

—Espero que el pescado esté bien —dijo Rafael mientras los sirvientes traían los platos—. Mero en salsa de almendras, preparado según la tradición andaluza.

—Está perfecto. —Elena probó un bocado. Estaba delicioso—. Tienes un buen cocinero.

—Tengo un cocinero que entiende que la comida es diplomacia. Y esta noche estamos negociando tratados.

Elena sonrió.

—Entonces tal vez deberíamos comenzar con los términos.

—Directo al negocio. Te admiro por eso. —Rafael tomó un sorbo de vino—. Muy bien. Has acordado casarte conmigo. Yo he acordado pagar las deudas de tu familia y proporcionar para ti e Isabela. ¿Qué más necesitamos acordar?

Elena dejó su tenedor.

—Varias cosas. Primero: los detalles del arreglo de Isabela con Miguel. Dijiste que los enviarías a Cádiz con una buena posición. Quiero especificidades.

—Miguel se convertirá en el gerente de una propiedad que poseo cerca de Cádiz. Pequeña pero rentable, principalmente viñedos. Salario de trescientos reales al año para empezar, más vivienda y un porcentaje de las ganancias. Suficiente para mantener a una familia cómodamente.

—¿Y su matrimonio?

—Arreglado para la próxima semana. Ceremonia discreta pero legítima. Sin preguntas sobre el momento del nacimiento del bebé. El niño será legítimo a ojos de todos.

Elena asintió, satisfecha.

—Segundo: mi autonomía personal. Dijiste que tendría autoridad sobre las cuestiones domésticas. Quiero eso expandido. Quiero voz igual en las decisiones sobre la hacienda. Manejo de cultivos, contratación de personal, inversiones en mejoras.

Rafael la estudió.

—Eso es inusual.

—Soy inusual. ¿Es un problema?

—No. Es... intrigante. —Se inclinó hacia atrás en su silla—. Pero requiere que confíe en tu juicio. ¿Por qué debería?

—Porque he estado manejando efectivamente las finanzas de la hacienda durante tres años, desde que mi madre murió. Mi padre firmaba los documentos, pero yo hacía los cálculos, negociaba con los proveedores, determinaba qué campos plantar. —Elena lo miró directamente—. Bajo mi administración, aumentamos la producción en un doce por ciento a pesar de la plaga de olivos que, ahora sé, tú introdujiste intencionalmente.

Un destello de algo —¿admiración?— cruzó el rostro de Rafael.

—Impresionante. ¿Cómo?

—Diversificación. Plantas medicinales entre los olivos. Generan menos ingresos por acre pero requieren menos mantenimiento y tienen mercado constante en Sevilla. También negocié mejores términos con los arrendatarios: tasas de renta más

bajas a cambio de un porcentaje de sus ganancias. Los incentiva a producir más, lo que significa que ganamos más a largo plazo.

Rafael se inclinó hacia adelante, genuinamente interesado.

—Eso es... en realidad brillante. La mayoría de los terratenientes simplemente exprimen rentas más altas y se preguntan por qué la productividad cae.

—La mayoría de los terratenientes son idiotas que no entienden que las personas trabajan más cuando se benefician del éxito. —Elena tomó un sorbo de vino—. Así que sí, confía en mi juicio. O al menos respétalo lo suficiente para escuchar mis ideas antes de descartarlas.

—De acuerdo. Sociedad completa en las decisiones de la hacienda. —Rafael levantó su copa—. Siguiente término.

—Tercero: nuestra... vida privada.

Perspectiva de Rafael

El aire en la habitación cambió en el momento en que Elena mencionó su vida privada.

Rafael había estado esperando esto. Temiendo esto, si era honesto. Porque aquí era donde el arreglo de negocios se convertía en matrimonio, donde lo transaccional se volvía personal.

—Soy consciente —dijo Elena, su voz firme pero con un ligero rubor en sus mejillas— de que el matrimonio requiere ciertos... deberes. Tanto para legitimarlo legalmente como para producir herederos.

—Sí —dijo Rafael con cuidado.

—También soy consciente de que muchos matrimonios arreglados operan con separación de dormitorios excepto cuando es necesario para esos deberes.

Rafael la observó. Ella estaba midiendo cada palabra, controlada pero claramente incómoda.

—¿Es eso lo que prefieres? —preguntó—. ¿Dormitorios separados?

—Prefiero autonomía. Privacidad. El derecho a mi propio espacio. —Los ojos de Elena se encontraron con los suyos—. Pero también soy pragmática. Si vamos a producir hijos juntos, probablemente requiere más que... visitas programadas.

A pesar de la tensión, Rafael casi sonrió. Solo Elena podría discutir la intimidad marital con la misma franqueza que las políticas agrícolas.

—Sugiero esto —dijo—. Dormitorios separados pero conectados. Una puerta entre ellos, que cualquiera de nosotros puede cerrar si necesita privacidad. Y cuando compartimos cama... lo hacemos como socios que eligen estar juntos, no como obligación.

Elena consideró esto.

—¿Y el tiempo? ¿Con qué frecuencia esperas...?

—No tengo expectativas. —Rafael se sorprendió al descubrir que era verdad—. Elena, no te quiero como víctima sacrificial en mi cama. Eso sería... —buscó la palabra— deshonroso para ambos. Cuando estemos juntos de esa manera, será porque ambos lo deseamos.

—¿Y si nunca lo deseo?

La pregunta fue un desafío, una prueba.

Rafael la sostuvo con la mirada.

—Entonces haremos lo necesario para legitimidad y herederos, con tanto respeto y gentileza como pueda manejar. Pero honestamente espero que no sea el caso.

—¿Por qué?

—Porque creo que podrías aprender a desearme. De la misma manera que creo que podría aprender a desearte como más que una necesidad contractual. —Rafael se inclinó hacia adelante—. Ambos somos inteligentes. Ambos valoramos la honestidad. Ambos entramos a esto con los ojos abiertos. Eso es más de lo que la mayoría de las parejas casadas tienen.

Elena estudió su rostro por un largo momento.

—Cuarta condición —dijo finalmente—. Fidelidad.

—Acordado. No tendré amantes.

—No. Quiero decir fidelidad emocional también. Si vamos a hacer de esto una sociedad, una real, entonces no puede ser solo conveniente. Cuando tengamos conflictos, los resolvemos entre nosotros. No con confidentes externos, no con familias, no escapando a otras relaciones.

Rafael sintió algo moverse en su pecho. Ella no estaba pidiendo amor. Estaba pidiendo algo potencialmente más difícil: compromiso real.

—De acuerdo —dijo—. Socios en todo. Éxito, fracaso, conflicto, resolución. ¿Algo más?

—Sí. —Elena respiró profundo—. Álvaro. Quiero estar involucrada en cómo lo expones. Activamente involucrada, no solo informada después.

—¿Por qué?

—Porque si voy a ser tu esposa, sus crímenes me implican por asociación. Si va a ser castigado públicamente, necesito entender la evidencia, la estrategia, las posibles consecuencias. —Hizo una pausa—. Y porque mi madre cargó la culpa de su muerte durante quince años. Quiero ayudar a corregir ese mal, no solo observar mientras tú lo haces.

Rafael miró a esta mujer extraordinaria que exigía igualdad en todo, incluso en venganza.

—De acuerdo. Pero Elena, necesitas entender: Álvaro es peligroso. Si sabe que estamos reuniendo evidencia contra él...

—Entonces tendremos que ser más inteligentes que él. —Una sonrisa tocó los labios de Elena—. Entre tu conocimiento financiero y mis conexiones sociales, creo que podemos manejarlo.

Rafael extendió su mano sobre la mesa.

—Entonces estamos de acuerdo. Sociedad completa. Autonomía mutua. Fidelidad. Y justicia juntos.

Elena tomó su mano. Su apretón era firme, cálido, y Rafael sintió algo pasar entre ellos. No amor, todavía. Pero reconocimiento. Respeto. El comienzo de algo que podría, con tiempo y cuidado, convertirse en más.

—De acuerdo —dijo ella.

Perspectiva de Elena

Después de la cena, Rafael la llevó a su biblioteca.

Era hermosa: estantes de piso a techo llenos de libros en múltiples idiomas, un escritorio grande cubierto de documentos y mapas, ventanas que daban al jardín privado iluminado por la luna.

Y en la pared opuesta, iluminado por velas, estaba el retrato de Marisol Santacruz.

Elena se acercó lentamente, estudiando la pintura. Marisol era hermosa, sí, pero lo que golpeó a Elena fue la inteligencia en sus ojos. La misma mirada aguda que Rafael tenía.

—Se parecía a ti —dijo Elena en voz baja—. En los ojos. En la forma en que sostiene la cabeza. Orgullosa.

—Ella era orgullosa. —Rafael se paró junto a Elena—. Incluso cuando el mundo le decía que no debería estarlo. Incluso cuando la trataban como inferior. Sabía su propio valor.

—Mi madre escribió sobre ella. Sobre cómo deseaba tener su fuerza.

—Tu madre era fuerte también. A su manera. —Rafael tocó el marco del retrato ligeramente—. Trató de ayudarnos. Trató de advertir a mi madre. No fue culpa suya que no pudiera.

—Aún cargó la culpa.

—Lo sé. Lo leí en sus diarios. Los que compré en una subasta hace tres años.

Elena se volvió bruscamente.

—¿Tú... compraste los diarios de mi madre?

—Tu tío Álvaro los vendió para pagar deudas de juego. No sabía lo que contenían, o probablemente los habría quemado. —Rafael caminó hacia su escritorio, abriendo un cajón—. Los he estado usando para investigación. Para entender a tu familia, tus motivaciones. Pero son tuyos por derecho. Tómalos.

Sacó tres libros encuadernados en cuero. Los diarios que Elena no había sabido que faltaban.

—Estos son... —Elena los tomó con manos temblorosas—. Estos son los últimos tres años de su vida. Pensé que se habían perdido.

—Ahora se encuentran. —Rafael la observó—. Hay información útil allí. Sobre las transacciones financieras de Álvaro, sus asociados, evidencia de malversación. Pero también... también hay cartas. Que tu madre escribió pero nunca envió. A mi madre. Disculpándose. Prometiendo justicia algún día.

Las lágrimas comenzaron a correr por las mejillas de Elena.

—¿Por qué me los das? Podrías usarlos. Podrías...

—Porque no son míos para guardar. Y porque... —Rafael dudó, luego continuó— porque quiero que entiendas que esto no es solo sobre venganza. Tu madre sufría también. Tu familia no son todos villanos, de la misma manera que mi madre no era solo una víctima. Las personas son complicadas.

Elena abrazó los diarios contra su pecho, incapaz de hablar.

Rosa, que había estado discretamente en una esquina durante toda la cena, se acercó.

—Señor, eso fue un gesto amable. Gracias.

Rafael asintió, incómodo con la gratitud.

—Elena —dijo—. Una cosa más antes de que te vayas.

—¿Sí?

—He arreglado que dos notarios estén presentes mañana en casa de tu padre. Vamos a firmar contratos formales delineando todos los términos que acordamos esta noche. Quiero todo legal, documentado, sin ambigüedad.

—Para protegerte.

—Para protegernos a ambos. —Rafael la miró directamente—. En tres días nos casaremos. En tres días serás legalmente mi esposa, bajo mi autoridad según la ley española. Estos contratos aseguran que a pesar de lo que diga la ley, tendrás derechos. Autonomía. Protección.

—Eso es... inusual.

—Tú eres inusual. Este matrimonio es inusual. Podríamos además hacer que los contratos coincidan con la realidad.

Elena sintió algo ablandarse en su pecho. Este hombre, que tenía todas las razones del mundo para ser cruel, estaba eligiendo bondad. Estaba eligiendo equidad.

Tal vez, solo tal vez, esto podría funcionar.

—Gracias —dijo—. Por la cena. Por los diarios. Por... todo esto.

—Gracias por venir. Y por traer el Principia. —Rafael sonrió ligeramente—. Creo que este matrimonio será muchas cosas, Elena de Mendoza. Pero aburrido no será una de ellas.

—No —acordó Elena—. Definitivamente no aburrido.

Mientras el carruaje la llevaba de vuelta a la hacienda esa noche, Elena miró los diarios en su regazo y pensó en el hombre al que se casaría en tres días.

Rafael Domínguez Santacruz era peligroso. Brillante. Manipulador. Herido. Honorable. Contradictorio.

Y por primera vez desde que su padre anunció este matrimonio, Elena sintió algo que no esperaba:

Esperanza.

Tal vez podrían construir algo real de esta transacción. Tal vez podrían ser socios en verdad, no solo en nombre.

Tal vez, solo tal vez, podrían ser felices.

O al menos... no miserables.

Por ahora, era suficiente.

CAPÍTULO 6
Promesas Cumplidas

Perspectiva de Elena

Elena encontró a su hermana llorando en el jardín de hierbas.

Isabela estaba acurrucada en el banco de piedra bajo la higuera, sus hombros temblando con sollozos silenciosos. A sus dieciséis años, parecía aún más joven en este momento, vulnerable y aterrorizada de maneras que rompían el corazón de Elena.

—Bella —Elena se sentó junto a su hermana, pasando un brazo alrededor de sus hombros—. ¿Qué pasa?

—Padre me dijo esta mañana. —La voz de Isabela estaba ronca de llorar—. Dice que hay un viudo en Madrid. Don Cristóbal de Soto. Tiene cincuenta y tres años, tres hijos mayores que yo, y necesita una esposa joven para administrar su casa. Padre dice que es mi única opción ahora que... ahora que...

No pudo terminar, pero no necesitaba hacerlo. Elena entendió perfectamente.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos meses. Padre dice que para entonces mi condición no se notará bajo los vestidos correctos. Don Cristóbal asumirá que el bebé es suyo. —Isabela se volvió hacia Elena, sus ojos rojos e hinchados—. Elena, no puedo. No puedo casarme con ese hombre. No puedo entregar mi bebé a un extraño que pensará que es suyo. Y Miguel... Miguel me ama. Quiere casarse conmigo. Pero es solo el hijo del maestro de establos. Padre dice que es imposible.

Elena apretó a su hermana más fuerte.

—No lo es. No es imposible.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que Rafael... Señor Domínguez... ha acordado ayudarte. A ti y a Miguel.

Isabela se separó, mirando a Elena con desconfianza.

—¿Por qué haría eso? ¿Qué gana él?

—Porque es parte de nuestro acuerdo matrimonial. Exigí que te ayudara como condición para aceptar su propuesta.

—Entonces estás vendiéndote para salvarme. —Nuevas lágrimas corrieron por el rostro de Isabela—. Elena, no puedo dejar que hagas eso.

—No es solo por ti. Es por mí también, por la hacienda, por todos nosotros. —Elena tomó las manos de su hermana—. Pero Bella, necesito que confíes en mí. Rafael ha prometido establecer a Miguel en una propiedad en Cádiz. Una posición real, con salario y vivienda. Y arreglar tu matrimonio discretamente, para que nadie cuestione la legitimidad del bebé.

—¿Es verdad? —La esperanza iluminó el rostro de Isabela—. ¿De verdad haría eso?

—Ya está haciéndolo. Le envió una carta a Miguel ayer, ofreciéndole el puesto. Miguel viene esta tarde para discutir los detalles.

Isabela comenzó a llorar de nuevo, pero esta vez de alivio.

—No puedo creer... después de todo lo que les hicimos a él y a su madre... ¿por qué sería tan amable?

Elena pensó en la conversación que había escuchado entre Rafael y su padre. *"No soy mi tío. No destruyo vidas inocentes por conveniencia."*

—Porque no es como Álvaro —dijo simplemente—. Y porque aprendió de su madre a valorar el amor, especialmente el amor que la sociedad dice que no debería existir.

Isabela abrazó a Elena con fuerza.

—Gracias. Gracias por salvarnos. A mí y a mi bebé.

—Gracias después de que todo esté arreglado. Por ahora, ve a lavarte la cara y prepárate para ver a Miguel. Necesitan hacer planes.

Cuando Isabela se fue, Elena se quedó en el jardín, mirando las plantas medicinales que su madre había cultivado. Marisol Santacruz también había trabajado aquí una vez, recolectando hierbas, preparando remedios. Ahora su hijo estaba salvando a otra generación de amantes de ser destruidos por el orgullo familiar.

Tal vez había esperanza para todos ellos después de todo.

Perspectiva de Rafael

Miguel Vargas tenía diecinueve años, manos encallecidas de trabajar con caballos, y el tipo de mirada directa y honesta que Rafael respetaba.

También estaba absolutamente aterrorizado, lo cual era comprensible. No todos los días el hijo de un maestro de establos era convocado para reunirse con un comerciante rico que estaba a punto de casarse con la hermana de su amante embarazada.

—Siéntate —dijo Rafael, señalando la silla frente a su escritorio—. Y relájate. No estoy aquí para castigarte.

Miguel se sentó, pero no se relajó.

—Señor Domínguez, yo... si esto es sobre Isabela...

—Lo es. Y antes de que empieces a disculparte o explicar, déjame ser claro: no me importa cómo sucedió. Me importa qué vas a hacer al respecto.

—Quiero casarme con ella. —Las palabras salieron como un torrente—. La amo. Sé que no soy digno, sé que es una Mendoza y yo soy nadie, pero la amo y amaré a nuestro hijo y trabajaré cada día de mi vida para darles la vida que merecen.

Rafael estudió al joven. Había sinceridad allí, y determinación. Recordaba esa combinación. Su propio padre, Don Fernando, había sentido lo mismo por su madre. La diferencia era que Don Fernando había sido demasiado cobarde para actuar según esos sentimientos.

Miguel no sería cobarde. Rafael se aseguraría de eso.

—Bien —dijo Rafael—. Entonces aquí está lo que va a pasar. En cinco días, tú e Isabela se casarán. Ceremonia pequeña, discreta, pero completamente legal. El Padre Mateo, quien me debe un favor, oficiará. Rosa y Tomás serán testigos.

Los ojos de Miguel se ensancharon.

—¿De verdad?

—De verdad. Inmediatamente después, viajarán a Cádiz, donde he arreglado una posición para ti como gerente de una de mis propiedades. Viñedos principalmente, con algo de producción de aceite de oliva. Trescientos reales al año para empezar, más vivienda y un porcentaje de las ganancias.

—Yo... no sé qué decir.

—Di que aceptas los términos.

—Sí. Sí, por supuesto. Pero... ¿por qué? ¿Por qué hace esto por nosotros?

Rafael se recostó en su silla, considerando cuánta verdad compartir.

—Porque hace mucho tiempo, alguien que amaba fue destruido por una familia que valoraba el orgullo más que las personas. Y porque aunque no puedo deshacer ese mal, puedo evitar que vuelva a suceder.

Miguel asintió lentamente.

—Isabela me contó sobre su madre. Sobre Marisol. Dijo que usted es... que usted es...

—El hijo bastardo que la familia Mendoza rechazó. Sí. —Rafael se inclinó hacia adelante—. Lo cual significa que entiendo exactamente lo que enfrentas. La sociedad dirá que no eres lo suficientemente bueno para Isabela. Dirá que tu hijo es ilegítimo, sin importar los papeles de matrimonio. Dirá que eres un advenedizo que se casó por encima de su estación.

—Lo sé.

—Pero si trabajas duro, si cuidas a tu familia, si demuestras tu valor con acciones en lugar de palabras... eventualmente, esas voces se callan. —Rafael sacó un conjunto de documentos—. Aquí están los contratos. Léelos cuidadosamente. Si hay algo que no entiendes, pregunta. Esta es una asociación, no caridad.

Miguel tomó los documentos con manos temblorosas, leyéndolos lentamente. Rafael esperó pacientemente. Después de varios minutos, Miguel levantó la vista.

—Esto dice que después de cinco años de servicio exitoso, tengo la opción de comprar la propiedad. A precio reducido.

—Sí. Si demuestras que puedes administrarla bien, deberías tener la oportunidad de poseerla. Eso es lo que yo habría querido, si alguien me hubiera dado una oportunidad en lugar de obligarme a tomarla.

—No sé cómo agradecerle.

—Hazme orgulloso. Trata bien a Isabela. Cría a tu hijo para que sea mejor que las generaciones que vinieron antes. Eso es

gracias suficientes.

Miguel se puso de pie, extendiendo su mano.

—Tiene mi palabra, señor. No le fallaré.

Rafael estrechó su mano.

—Lo sé. Ahora ve. Isabela estará esperando en el jardín de hierbas. Tienen planes que hacer.

Cuando Miguel se fue, Rafael caminó hacia la ventana, observando al joven correr a través del patio con la energía de alguien que acababa de recibir el regalo de una vida.

Sintió una mano ligera en su hombro. Bernardo había entrado silenciosamente.

—Eso fue generoso, patrón.

—Fue estratégico. Elena exigió que ayudara a su hermana. Estoy cumpliendo nuestro acuerdo.

—Si usted lo dice. —El tono de Bernardo sugería que no le creía—. Aunque me pregunto qué diría su madre sobre todo esto.

Rafael sonrió a pesar de sí mismo.

—Probablemente diría que finalmente estoy aprendiendo la lección que intentó enseñarme durante doce años: que la bondad no es debilidad, y que ayudar a otros no te hace tonto.

—Era una mujer sabia.

—Sí. Lo era.

Perspectiva de Elena

La firma del contrato matrimonial se llevó a cabo al día siguiente en el despacho de su padre.

Elena llegó temprano, vestida con su mejor vestido azul oscuro, llevando su propio conjunto de documentos que había preparado con la ayuda de Rosa y Tomás. Si Rafael quería hacer esto legal y vinculante, ella se aseguraría de que cada término fuera exactamente como acordaron.

Su padre estaba sentado detrás de su escritorio, luciendo más enfermo que nunca. La tuberculosis avanzaba rápidamente, Elena podía verlo en la palidez de su piel, la forma en que cada respiración parecía un esfuerzo.

—Elena —dijo Don Rodrigo débilmente—. Gracias por venir.

—Padre. —Elena se sentó, colocando sus documentos sobre el escritorio—. ¿Dónde están los notarios?

—En camino. Llegarán con Señor Domínguez. —Don Rodrigo la miró con ojos tristes—. Hija, antes de que lleguen... necesito decirte algo.

—¿Sí?

—Lo siento. Por todo esto. Por ponerte en esta posición. Por ser demasiado débil para protegerte de la manera que tu madre habría querido. —Su voz se quebró—. Cuando me case, le prometí que nuestras hijas nunca serían tratadas como moneda de cambio. Y mira lo que he hecho.

Elena sintió ira y compasión mezcladas en su pecho.

—No puedes cambiar el pasado, padre. Solo puedes asegurarte de que lo que viene después sea lo mejor posible.

—¿Y este matrimonio? ¿Con el hijo de...? —Don Rodrigo no pudo terminar.

—Con el hijo de Marisol Santacruz, a quien nuestra familia trató abominablemente. Sí. —Elena se inclinó hacia adelante—. Padre, Rafael tiene todo el derecho de odiarnos. Tiene todo el derecho de tomar esta propiedad y dejarnos en la ruina. Pero en cambio, está salvando a Isabela, pagando tus deudas, y ofreciéndome una sociedad. Eso es más honor del que nuestra familia le mostró jamás.

—¿Confías en él?

Elena consideró la pregunta.

—No completamente. Todavía no. Pero respeto su honestidad. Y creo que podría, con tiempo, convertirse en un buen esposo. Lo cual es más de lo que la mayoría de las mujeres en mi posición pueden decir.

Un golpe en la puerta interrumpió su conversación. Tomás asomó la cabeza.

—Señor Domínguez y los notarios han llegado.

—Hazlos pasar.

Rafael entró, vestido formalmente en negro con detalles plateados. Detrás de él venían dos hombres mayores con

expresiones serias, llevando carpetas de cuero llenas de documentos.

—Don Rodrigo. Doña Elena. —Rafael se inclinó apropiadamente—. Les presento a Don Antonio Ruiz y Don Felipe Navarro, notarios certificados de Sevilla. Revisarán nuestros contratos y servirán como testigos legales.

Durante la siguiente hora, repasaron cada documento línea por línea. Los notarios leyeron en voz alta, verificaron lenguaje, hicieron preguntas aclaratorias.

El contrato principal establecía los términos financieros: Rafael pagaría cincuenta mil reales para cubrir todas las deudas de la familia Mendoza. Otros treinta mil se destinarían a mejorar la Hacienda de las Estrellas. A cambio, recibiría derechos completos sobre la propiedad tras el matrimonio.

Pero luego venían los anexos, las cláusulas especiales que Elena y Rafael habían negociado:

Anexo A: Elena de Mendoza tendría control exclusivo sobre una asignación personal de quinientos reales anuales, sin necesidad de aprobación de su esposo.

Anexo B: Elena tendría voz igual en todas las decisiones que afectaran el manejo de la Hacienda de las Estrellas, incluyendo pero no limitándose a selección de cultivos, contratación de personal y mejoras de capital.

Anexo C: Los aposentos personales de Elena, específicamente su torre observatorio y biblioteca adjunta, serían considerados espacio privado donde ella tendría completa autonomía.

Anexo D: En caso de muerte de Rafael Domínguez sin herederos, Elena de Mendoza heredaría la Hacienda de las Estrellas en plena propiedad, en lugar de que revirtiera a la familia Mendoza o a parientes de Rafael.

Anexo E: Isabela de Mendoza recibiría una dote de tres mil reales para su matrimonio con Miguel Vargas, pagadera inmediatamente.

Don Antonio, el notario senior, levantó la vista de los documentos con una expresión de sorpresa.

—Debo decir, estos términos son... altamente inusuales.

—Pero son legales, ¿verdad? —preguntó Rafael.

—Sí, siempre que ambas partes consientan y el padre de la novia apruebe. —Don Antonio miró a Don Rodrigo—. ¿Aprueba estos términos, Don Rodrigo?

Don Rodrigo miró a Elena, luego a Rafael.

—¿Tratarás bien a mi hija?

—La trataré con el respeto y la asociación que merece —dijo Rafael—. No puedo prometerte amor, Don Rodrigo. Pero puedo prometerte honestidad, lealtad y un esfuerzo genuino por hacer de este matrimonio algo más que una transacción.

—Eso es... más de lo que esperaba. —Don Rodrigo firmó los documentos con mano temblorosa—. Apruebo los términos.

Elena firmó a continuación, su firma clara y decidida. Rafael firmó último. Los notarios añadieron sus sellos y firmas de testigos.

Y así, con tinta sobre papel, el futuro de Elena quedó sellado.

—La ceremonia matrimonial está programada para pasado mañana —dijo Don Felipe—. En la Catedral de Sevilla a las diez de la mañana. ¿Ambas partes confirman su asistencia?

—Confirmado —dijo Rafael.

—Confirmado —repitió Elena.

Cuando los notarios se fueron, Rafael se volvió hacia Elena.

—¿Caminarías conmigo? Me gustaría mostrarte algo.

Elena miró a su padre, quien asintió débilmente.

—Ve. Creo que tú y tu futuro esposo deberían tener una conversación privada.

Perspectiva de Rafael

Rafael guió a Elena a través de los jardines de la hacienda, más allá de los olivares, hacia el cementerio familiar pequeño donde generaciones de Mendozas estaban enterrados bajo elaboradas lápidas de mármol.

Pero no se detuvo allí. En cambio, continuó caminando hacia un área remota bajo los olivos más antiguos, donde la hierba crecía silvestre y no había senderos mantenidos.

—¿A dónde vamos? —preguntó Elena.

—A cumplir una promesa. —Rafael se detuvo bajo un olivo particular, el que tenía una "M" tallada en la corteza—. Aquí.

—Aquí... ¿qué?

—Aquí es donde está enterrada mi madre. Rosa y tu madre la enterraron aquí en secreto, después del incendio. No hay lápida, no hay marca. Solo este árbol.

Elena ahogó un grito, mirando el suelo bajo el árbol.

—No sabía.

—Tu madre escribió sobre ello en sus diarios. Los que me devolviste. —Rafael se arrodilló, colocando su mano sobre la tierra —. He estado planeando construirle una lápida apropiada. Con su nombre completo: Marisol Santacruz. Amada madre, sanadora sabia, mujer de dignidad.

—Es hermoso.

—Pero antes de hacerlo, quería preguntarte algo. —Rafael levantó la vista hacia Elena—. Esta es tierra Mendoza. Pronto será nuestra tierra. Pero tu familia... algunos podrían objetar tener una tumba gitana tan cerca del cementerio familiar oficial.

Elena se arrodilló junto a él, colocando su propia mano sobre la tierra.

—Entonces objetarán. Esta es su tumba. Este es su lugar. Y permanecerá.

Rafael sintió algo aflojarse en su pecho, una tensión que había estado sosteniendo desde que regresó a España.

—Gracias.

—No me agradezcas por hacer lo correcto. —Elena miró el árbol—. Mi madre escribió que quería que Marisol fuera recordada. Que la historia conociera su historia. Hagámoslo.

—¿Cómo?

—La lápida, sí. Pero también... cuando tengamos hijos, les contaremos sobre ella. Sobre su conocimiento, su bondad, su fuerza. La haremos parte de nuestra historia familiar, no un secreto vergonzoso.

Rafael la miró, esta mujer extraordinaria que seguía sorprendiéndolo.

—¿Harías eso? ¿Reclamar una gitana como parte de tu patrimonio familiar?

—Voy a casarme con su hijo. Eso la hace parte de mi familia, ¿no? —Elena sonrió ligeramente—. Además, me gusta la idea de escandalizar a la sociedad sevillana. Suena... liberador.

Rafael rio, un sonido genuino de diversión.

—Vas a ser una esposa problemática, ¿no?

—Sin duda. Espero que estés preparado.

—No estoy seguro de que alguien pueda prepararse para ti, Elena de Mendoza.

Se quedaron sentados juntos bajo el olivo por un largo momento, en el lugar donde yacía Marisol Santacruz, mientras el viento susurraba a través de las hojas como una bendición.

Y por primera vez desde que Rafael había regresado a España, sintió algo que no había esperado sentir jamás:

Paz.

No completa. No todavía. Álvaro aún caminaba libre. La justicia aún necesitaba ser servida. La venganza... no, la justicia... aún necesitaba cumplirse.

Pero aquí, en este momento, con Elena junto a él honrando la memoria de su madre, Rafael sintió el primer atisbo de lo que la vida podría ser después de que la venganza terminara.

Y era mejor de lo que había imaginado.

Perspectiva de Elena

Esa noche, Elena se sentó en su torre observatorio, mirando las estrellas y pensando en todo lo que había cambiado en una semana.

En siete días, había pasado de ser hija soltera de un noble en quiebra a prometida de un comerciante rico con pasado complicado. En dos días, sería su esposa.

Y en algún lugar entre la transacción comercial y la ceremonia real, había comenzado a ver a Rafael como algo más que un adversario o socio.

Había comenzado a verlo como... ¿qué? ¿Un aliado? Definitivamente. ¿Un amigo potencial? Tal vez.

¿Alguien a quien podría amar?

Elena se estremeció ante el pensamiento. No. Amor no estaba en los contratos. Amor no era parte del acuerdo.

Pero respeto lo era. Honestidad lo era. Asociación lo era.

Y tal vez, con el tiempo, eso sería suficiente.

Un golpe suave en su puerta la sobresaltó.

—Adelante.

Rosa entró, llevando una bandeja con té y galletas.

—Pensé que podrías necesitar esto. Grandes días se avecinan.

—Gracias, Rosa. —Elena aceptó la taza de té gratamente—. ¿Has oído sobre Isabela?

—Oí. Ella y Miguel se casarán antes de tu propia boda. El Padre Mateo ya ha aceptado oficiar. —Rosa sonrió—. Tu Rafael es un hombre de palabra.

—No es mi Rafael todavía.

—En dos días lo será.

Elena bebió su té, saboreando el sabor familiar de manzanilla y miel.

—Rosa, ¿puedo preguntarte algo?

—Siempre.

—¿Estoy cometiendo un error? ¿Casándome con él?

Rosa se sentó en la silla junto a Elena, tomándose su tiempo para responder.

—Tu madre me hizo la misma pregunta el día antes de su boda con tu padre. Le dije entonces lo que te diré ahora: el matrimonio es lo que tú haces de él. Puede ser una jaula o un hogar. Una transacción o una asociación. Un campo de batalla o un refugio.

—¿Y qué fue para mi madre?

—Al principio, una jaula. Tu padre era débil, controlado por su propia familia, incapaz de defender a tu madre cuando importaba. —Rosa hizo una pausa—. Pero con el tiempo, tu madre encontró maneras de hacer su propia libertad. Su biblioteca, su correspondencia con pensadores europeos, su educación para ti e Isabela. Construyó un mundo dentro del mundo que se le permitía.

—No quiero tener que construir un mundo separado. Quiero compartir uno.

—Entonces esa es la diferencia entre tú y tu madre. Ella aceptó limitaciones y trabajó dentro de ellas. Tú exiges igualdad y no aceptarás menos. —Rosa tocó la mejilla de Elena—. Rafael Domínguez te está dando esa igualdad, al menos en papel. Si se sostiene en la práctica... bueno, eso depende de ambos.

—Tengo miedo.

—Bueno. El miedo te mantiene cautelosa. Solo no dejes que te paralice. —Rosa se puso de pie—. Ahora, a la cama. Mañana necesitas estar en tu mejor momento. La boda de Isabela es por la mañana, y necesitas estar allí.

Cuando Rosa se fue, Elena se volvió de nuevo a las estrellas. En algún lugar allá arriba, las constelaciones seguían sus caminos predecibles, gobernadas por leyes matemáticas que nunca cambiaban.

Pero aquí abajo, en la tierra, las personas eran mucho menos predecibles.

Y Elena de Mendoza estaba a punto de unir su vida a la persona más impredecible que había conocido.

Dios ayúdela a ambos.

CAPÍTULO 7
Fuego y Promesas

6 de septiembre de 1781 - Hacienda de las Estrellas Perspectiva de Rafael (12 años)

Rafael supo que algo estaba mal en el momento en que vio a su tío Álvaro regresar de Madrid.

Era primera hora de la tarde, y Rafael estaba en los establos ayudando a su madre a recolectar hierbas medicinales que crecían cerca de las caballerizas. Marisol siempre decía que las plantas que crecían cerca de los animales tenían propiedades especiales, que absorbían la fuerza de los caballos.

Rafael pensaba que eso sonaba más a superstición gitana que a ciencia real, pero no lo decía. Le gustaba pasar tiempo con su madre, escuchando sus historias mientras trabajaban juntos.

—Ese es gordolobo —dijo Marisol, señalando una planta alta con flores amarillas—. Bueno para la tos y los pulmones débiles. Recuerda siempre, mi corazón, que la naturaleza proporciona medicina si sabes dónde buscar.

—¿Y ese? —Rafael señaló una planta con hojas puntiagudas.

—Consuelda. Para huesos rotos y heridas profundas. Pero ten cuidado, muy poco cura, demasiado envenena. El equilibrio es todo en la medicina.

Rafael estaba a punto de preguntar sobre otra planta cuando escuchó el sonido de cascos de caballo en el camino de entrada. Un carruaje elegante se detenía frente a la casa principal.

Y de él descendió Álvaro de Mendoza.

Rafael sintió que su madre se ponía rígida junto a él.

—¿Mamá?

—Vuelve a los establos, Rafael. Ahora.

—Pero...

—Ahora. —La voz de Marisol era urgente, casi asustada. Rafael nunca la había escuchado asustada antes.

Pero antes de que pudiera moverse, Álvaro los había visto. Una sonrisa se extendió por su rostro, pero no era una sonrisa amable. Era la sonrisa de un gato que había acorralado a un ratón.

—Marisol. —La voz de Álvaro goteaba falsa cortesía—. Qué placer verte. Y el pequeño bastardo también.

Rafael sintió que su madre lo empujaba detrás de ella, protegiéndolo con su cuerpo.

—Don Álvaro. No sabíamos que regresabas de Madrid.

—Claramente. De otro modo, sin duda habrías asegurado estar fuera de la vista. Después de todo, ahora que mi padre ha muerto, no hay necesidad de que permanezcas aquí, ¿verdad?

—Esta es mi casa.

—Esta es la Casa Mendoza. Tú eres simplemente una... ¿cómo decirlo educadamente? Una residente temporal cuya utilidad ha expirado.

Rafael sintió rabia ardiendo en su pecho. Nadie hablaba así a su madre. Nadie.

—Mi madre tiene tanto derecho a estar aquí como tú —dijo, saliendo de detrás de Marisol—. Mi abuelo la amaba. Nos quería a ambos.

Álvaro rio, un sonido frío y cruel.

—Tu abuelo era un tonto sentimental que manchó el honor de nuestra familia con su perversión gitana. Pero está muerto ahora. Y yo soy el heredero. Lo que significa que tengo el derecho de decidir quién permanece y quién se va.

—Mi hermano Rodrigo está a cargo de la hacienda —dijo Marisol firmemente—. No tú.

—Ah, sí. Mi hermano débil que no puede tomar una decisión sin consultar a su esposa primero. —Álvaro se acercó más—. Pero incluso Rodrigo entiende que algunas decisiones son inevitables. Ya he hablado con él esta mañana. Estás despedida, gitana. Tienes una semana para empacar tus cosas y largarte.

El mundo pareció inclinarse bajo los pies de Rafael.

—No puedes...

—Puedo. Y lo haré. —Álvaro miró a Rafael con disgusto—. Y llévalos contigo, bastardo. Tu presencia aquí es una vergüenza

constante para el nombre Mendoza.

Marisol agarró la mano de Rafael con fuerza.

—Nos iremos. Dame la semana, y nos iremos en paz.

—Oh, no creo que sea tan simple. —Álvaro sacó un documento de su chaqueta—. Verás, hay el asunto de... compensación. Por los años que mi padre malgastó en ti. El dinero que gastó en tu comodidad, en tu ropa, en educar a tu bastardo.

—No le debemos nada.

—El juez Méndez en Sevilla no está de acuerdo. Ya he presentado una demanda. Quince mil reales por los costos de mantener a una amante y su hijo ilegítimo. Pagaderos inmediatamente.

Marisol palideció. Rafael podía hacer los cálculos incluso a los doce años. Quince mil reales era una fortuna. Más dinero del que su madre jamás vería en su vida.

—No tengo esa cantidad.

—No. No la tienes. —La sonrisa de Álvaro se ensanchó—. Lo que significa que pasarás el resto de tu vida trabajando para pagarla. Tú y tu hijo. He arreglado posiciones para ambos en las minas de mercurio de Almadén. Trabajo duro, pero pagarán tu deuda. En diez o quince años, tal vez.

Las minas de mercurio. Rafael había oído de ellas. Lugares donde las personas iban a morir lentamente, envenenadas por los vapores, trabajadas hasta la muerte.

—Monstruo —susurró Marisol—. Eres un monstruo.

—Soy un Mendoza protegiendo el honor de su familia. —Álvaro guardó el documento—. Tienen hasta mañana para decidir: irse voluntariamente y aceptar las posiciones en las minas, o ser expulsados por la fuerza y aún así deber el dinero. Su elección.

Dio media vuelta y caminó hacia la casa, dejándolos de pie en el polvo.

Rafael miró a su madre. Las lágrimas corrían silenciosamente por su rostro, pero su expresión era una de determinación feroz.

—No iremos a esas minas —dijo en voz baja—. Nos iremos esta noche. A Cádiz, tal vez. O Madrid. En algún lugar donde Álvaro no pueda encontrarnos.

—Pero la deuda...

—No hay deuda real. Es solo la manera de Álvaro de torturarnos. No tiene poder legal real sobre nosotros. Solo amenazas. —Marisol se arrodilló, tomando el rostro de Rafael entre sus manos—. Escúchame, mi corazón. Esta noche, después de que todos estén dormidos, empacamos lo que podamos llevar y nos vamos. ¿Entiendes?

—Sí, mamá.

—Bien. Ahora ve al pajar. Lee tus libros. Mantente fuera de la vista de Álvaro. Vendré por ti cuando sea hora de irnos.

Rafael asintió, pero no fue al pajar. En cambio, se escondió en las sombras cerca de la casa principal, observando. Escuchando.

Presente - Capilla Privada de Santa Cruz, Sevilla Perspectiva de Elena

La capilla era pequeña e íntima, apenas lo suficientemente grande para una docena de personas. Luz de la mañana se filtraba a través de las vidrieras, pintando el interior en tonos de azul y oro.

Elena estaba de pie junto a su hermana, ajustando el velo sencillo de Isabela. No había vestido elaborado, no había invitados llenando los bancos, no había música grandiosa. Solo Isabela y Miguel, Rosa y Tomás como testigos, y el Padre Mateo esperando en el altar.

Y Rafael, de pie discretamente en la parte trasera de la capilla, asegurándose de que todo procediera sin problemas.

—¿Estás nerviosa? —susurró Elena a su hermana.

—Aterrorizada. —Isabela sonrió a través de sus lágrimas—. Pero de la manera correcta. No nerviosa porque me estén obligando. Nerviosa porque estoy eligiendo esto. Eligiendo a Miguel. Eligiendo nuestra vida juntos.

—Eso es todo lo que importa.

Elena miró a Miguel, que esperaba en el altar en su mejor ropa, su rostro radiante con amor tan obvio que hacía que el corazón de Elena se retorciera. Eso era lo que se suponía que era el matrimonio: elección mutua, amor mutuo, esperanza compartida.

No un contrato comercial firmado por notarios.

Pero luego Elena vio a Rafael mirando la escena, y algo en su expresión la detuvo. No era cinismo ni aburrimiento. Era... anhelo. Como si estuviera viendo algo que él mismo deseaba pero no creía que pudiera tener.

El Padre Mateo carraspeó.

—¿Están listos para comenzar?

Isabela apretó la mano de Elena una vez más, luego caminó hacia el altar. No había nadie para entregarla; su padre estaba demasiado enfermo para viajar, y de todos modos había dejado claro que no aprobaba esta unión.

Pero Isabela caminó con la cabeza en alto, con dignidad y propósito, hacia el hombre que amaba.

El Padre Mateo comenzó la ceremonia, su voz resonando en el espacio pequeño.

—Estamos reunidos aquí ante Dios para unir a este hombre y esta mujer en santo matrimonio...

6 de septiembre de 1781 - Tarde Perspectiva de Rafael

Rafael pasó la tarde escondido, observando a Álvaro moverse por la hacienda como si ya fuera su dueño.

Lo vio hablar con Don Rodrigo en el despacho, su hermano claramente incómodo pero sin hacer nada para desafiar a Álvaro. Lo vio inspeccionar los libros de contabilidad, hacer notas, discutir números con el contador de la hacienda.

Y lo vio mirar hacia los establos con una expresión que hizo que la sangre de Rafael se helara.

Al caer la noche, Rafael se escabulló a la habitación de su madre. Era pequeña pero ordenada, llena del olor a lavanda y las hierbas medicinales que ella cultivaba. Su chal rojo con bordado dorado estaba colgado en un gancho. El retrato que Don Fernando había encargado descansaba sobre su mesilla de noche.

Rafael comenzó a empacar silenciosamente: ropa, el retrato, los pocos objetos de valor que su madre poseía. Esperaría hasta medianoche, luego él y su madre se irían. Caminarían a Sevilla si era necesario. Cualquier cosa para escapar de Álvaro.

Escuchó pasos en el pasillo y se congeló. Pero era solo Rosa, la sirvienta amable que siempre había sido buena con él y su madre.

—Rafael —susurró—. Necesitas esconderte. Álvaro está bebiendo. Y cuando bebe, se vuelve violento.

—Lo sé. Mamá y yo nos vamos esta noche.

Rosa asintió.

—Bien. Pero hasta entonces, ve al pajar. Hay un escondite en la esquina trasera, detrás de las balas de heno. Quédate allí hasta que tu madre venga por ti.

—¿Dónde está mi madre?

—En los establos, preparando hierbas para el viaje. Ve ahora. Rápido.

Rafael agarró su pequeño bulto y corrió hacia el pajar, su corazón latiendo con fuerza. Se metió en el escondite que Rosa había descrito, cubriéndose con heno.

Y esperó.

Las horas pasaron lentamente. Rafael sacó el libro que había estado leyendo —los Ensayos de Montaigne— e intentó leer a la luz de la luna que se filtraba entre las grietas en las paredes.

Pero no podía concentrarse. Seguía pensando en la expresión del rostro de Álvaro. La crueldad. El odio.

¿Por qué? ¿Por qué Álvaro los odiaba tanto?

Era casi medianoche cuando Rafael escuchó voces. Se quedó inmóvil, apenas respirando.

—...no puedes simplemente echarlos. —Esa era la voz de Doña Catalina, la esposa de Don Rodrigo. La madre de Elena—. Marisol no ha hecho nada malo.

—Su mera existencia es un mal. —La voz de Álvaro, pastosa por el vino—. Ella y su bastardo son recordatorios vivientes de la debilidad de mi padre. De su... perversión.

—Era amor. Fernando amaba a Marisol.

—Fernando era un tonto que se dejó hechizar por brujería gitana. —Un golpe, como si Álvaro hubiera dado un puñetazo a algo —. Pero yo corregiré sus errores. Borraré la mancha de nuestra familia.

—Álvaro, por favor. Al menos déjalos irse en paz...

—¡No!

El grito fue tan repentino y violento que Rafael se estremeció.

—No habrá paz. No habrá misericordia. Esa gitana puta pagará por cada humillación que causó a esta familia. Y su bastardo aprenderá lo que significa ser nada.

Silencio. Luego los pasos de Álvaro, tambaleándose y pesados, alejándose hacia los establos principales.

Rafael se quedó helado. Algo estaba mal. Algo estaba terriblemente mal.

Se arrastró fuera de su escondite, mirando por la ventana del pajar.

Y vio a Álvaro entrar a los establos con una lámpara de aceite.

Vio a su madre seguirlo, preocupada por los caballos inquietos.

Escuchó voces elevadas. Una discusión.

Luego—

Fuego.

Presente - Capilla Perspectiva de Rafael

—Miguel Vargas, ¿tomas a Isabela de Mendoza como tu legítima esposa?

—Sí, la tomo.

—¿Prometes amarla, honrarla y protegerla, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

—Lo prometo.

Rafael observaba desde las sombras, sus manos apretadas en puños. Esta era la manera en que se suponía que funcionaba el matrimonio. Promesas hechas libremente. Amor dado voluntariamente.

No venganza disfrazada de negocio.

No justicia que se sentía sospechosamente como odio.

Miró a Elena, que estaba llorando abiertamente ahora mientras su hermana intercambiaba votos. Había amor en el rostro de Elena, alegría pura de que su hermana hubiera encontrado felicidad.

¿Podría Rafael darle eso alguna vez? ¿Alegría en lugar de transacción? ¿Amor en lugar de negocio?

—Isabela de Mendoza, ¿tomas a Miguel Vargas como tu legítimo esposo?

—Sí, lo tomo.

—¿Prometes amarlo, honrarlo y respetarlo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

—Lo prometo. Con todo mi corazón, lo prometo.

Las palabras resonaron en el espacio pequeño, sagradas y verdaderas.

Rafael se preguntó qué promesas haría mañana en su propia boda. Y si significarían algo en absoluto.

6 de septiembre de 1781 - Medianoche Perspectiva de Rafael

El mundo se convirtió en llamas.

Rafael saltó del pajar, gritando el nombre de su madre. El calor golpeó como un muro sólido, abrasando su piel, quemando sus pulmones.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Podía verla a través del humo y el fuego, cerca de la puerta trasera de los establos. Estaba tratando de alcanzar la salida, pero las llamas bloqueaban su camino.

Sus ojos encontraron los de Rafael a través del infierno.

—¡Corre! —gritó—. ¡Rafael, corre! ¡No entres!

Pero ya lo estaba haciendo. Corrió hacia el edificio en llamas, desesperado por alcanzarla, por salvarla.

Entonces manos fuertes lo agarraron desde atrás, arrastrándolo hacia atrás.

—¡No puedes ayudarla, muchacho!

—¡Suéltame! ¡Está ahí! ¡Puedo alcanzarla!

—¡Ya se fue! ¡Ya se fue!

Rafael luchó como un animal salvaje, pateando y mordiendo, tratando de liberarse. Pero Tomás lo sostuvo con fuerza, obligándolo a observar mientras el techo se derrumbaba.

El último sonido que Rafael escuchó de su madre no fue un grito. Era una canción.

Una canción gitana que ella solía cantarle, sobre estrellas y viajes y encontrar el camino a casa.

Luego, silencio.

Y Rafael supo, con terrible certeza, que su madre estaba muerta.

Se desplomó en los brazos de Tomás, todo la pelea drenándose de él. Las lágrimas corrían por su rostro cubierto de hollín mientras veía el edificio colapsar en cenizas.

A través del humo, vio a Álvaro. De pie en las sombras. Observando.

Sonriendo.

Y Rafael hizo una promesa. Una promesa que llevaría con él durante quince años, a través de tres océanos y mil noches solitarias.

Algún día, pagarás por esto. Algún día, te haré responder por lo que le hiciste. Y cuando lo haga, no será rápido. No será misericordioso. Será justicia. Justicia lenta, dolorosa, completa.

Lo juro por la memoria de mi madre. Lo juro por su amor. Lo juro por cada lágrima que he derramado y cada noche que he pasado solo.

Pagarás, Álvaro de Mendoza. Lo prometo.

Presente - Capilla Perspectiva de Elena

—Por el poder que me ha sido conferido por la Santa Madre Iglesia, yo os declaro marido y mujer. —El Padre Mateo sonrió—. Puedes besar a tu novia.

Miguel tomó el rostro de Isabela entre sus manos con tanta ternura que Elena sintió que su corazón se rompía y se reparaba simultáneamente.

El beso fue casto pero lleno de promesa. De amor. De esperanza.

Cuando se separaron, Isabela estaba llorando y riendo al mismo tiempo.

—Estamos casados —susurró—. De verdad casados.

—De verdad casados —acordó Miguel.

Los testigos aplaudieron, Rosa sollozando abiertamente, Tomás limpiándose los ojos discretamente.

Elena se volvió para compartir el momento con Rafael y lo vio salir de la capilla abruptamente, su rostro pálido.

Ella lo siguió, encontrándolo afuera en el pequeño jardín de la capilla, de pie bajo un naranjo.

—¿Rafael?

Él se volvió, y Elena vio lágrimas en sus ojos.

—Lo siento. Yo... necesitaba aire.

—¿Estás bien?

—No. —Su voz se quebró—. Hoy es el aniversario. De su muerte. Han pasado exactamente ocho años desde que mi madre murió.

Elena sintió que su aliento se detenía. Por supuesto. Por supuesto que él había programado la boda de Isabela para este día específicamente.

No como crueldad. Como redención.

—Salvaste a Isabela en el día en que no pudiste salvar a tu madre.

Rafael asintió, incapaz de hablar.

Elena se acercó, haciendo algo que nunca había hecho antes: envolvió sus brazos alrededor de él en un abrazo.

Por un momento, Rafael se quedó rígido. Luego, lentamente, sus brazos la rodearon, sosteniéndola como si fuera lo único que lo mantenía de pie.

—Ella habría estado orgullosa de ti —susurró Elena—. Por salvarlos. Por elegir bondad sobre venganza.

—No sé si es bondad o solo... cansancio. —La voz de Rafael era amortiguada contra el hombro de Elena—. He cargado este odio durante tanto tiempo. A veces no recuerdo cómo se siente no estar furioso.

—Entonces déjame recordarte. —Elena se separó lo suficiente para mirarlo a los ojos—. Tu madre te enseñó a valorar el conocimiento. El honor. La compasión. Esas son las cosas que te hacen quien eres, no tu ira.

—¿Cómo puedes ser tan amable conmigo? —Rafael tocó su mejilla con dedos temblorosos—. Tu familia...

—Mi familia le falló a tu madre. Le falló a ti. Y si no rompo ese ciclo, si no elijo ser diferente, entonces soy tan culpable como ellos. —Elena sostuvo su mano contra su mejilla—. Así que esto es lo que elijo: ser tu esposa mañana. Tu socia. Y tal vez, con tiempo, tu amiga.

—Y tal vez, algún día... algo más.

—Tal vez. —Elena sonrió a través de sus propias lágrimas—. Pero primero, volvamos adentro. Tu regalo de boda a Isabela y Miguel merece ser celebrado adecuadamente.

Rafael asintió, limpiándose los ojos. Juntos regresaron a la capilla, donde la pequeña fiesta de bodas estaba compartiendo vino y tortas, riendo y haciendo planes para el futuro.

Y por primera vez en quince años, Rafael Domínguez Santacruz sintió algo más que rabia cuando pensaba en la familia Mendoza.

Sintió esperanza.

Más tarde esa noche - Habitación de Elena Perspectiva de Elena

Elena se sentó en su escritorio, escribiendo en su diario por primera vez en semanas.

28 de septiembre de 1789

Isabela está casada. Felizmente, increíblemente casada. Mañana se van a Cádiz, a una nueva vida lejos de las expectativas de nuestra familia y el juicio de la sociedad.

Y pasado mañana, yo también me caso.

He pasado semanas pensando en este matrimonio como una transacción. Un intercambio comercial de mi nombre por la riqueza de Rafael. Y es eso, legalmente hablando.

Pero hoy vi a Rafael llorar por su madre. Vi su dolor, su amor, su desesperada necesidad de hacer que su muerte signifique algo redimiendo las vidas de otros.

Y me di cuenta: no me estoy casando con el hombre que destruyó las finanzas de mi familia. Me estoy casando con el niño que vio morir a su madre y pasó quince años tratando de convertir ese trauma en justicia.

No sé si amaré alguna vez a Rafael Domínguez Santacruz. Pero creo que puedo entenderlo. Y tal vez entendimiento es una base mejor para el matrimonio que el amor apasionado que se desvanece.

Mamá, si estás leyendo esto desde donde estés: espero estar haciendo lo correcto. Espero que elija bondad sobre amargura. Espero que—

Un golpe en su puerta interrumpió sus pensamientos.

—Adelante.

Rosa entró, llevando un paquete envuelto en seda.

—Esto llegó para ti. De Señor Domínguez.

Elena tomó el paquete, desenvolviéndolo cuidadosamente. Dentro había un libro: una primera edición de Diálogos sobre los Dos Máximos Sistemas del Mundo de Galileo. Prohibido por la Inquisición, casi imposible de encontrar en España.

Y una nota:

Elena,

Pensé que podrías apreciar esto. Tu madre le prestó el Principia de Newton a mi madre hace años. Parecía apropiado devolver el favor.

Gracias por hoy. Por entender. Por elegir bondad cuando podrías haber elegido juicio.

Nos casamos mañana. Estoy aterrorizado. Pero también... esperanzado.

Tu futuro esposo, Rafael

Elena sostuvo el libro contra su pecho, sonriendo a pesar de las lágrimas en sus ojos.

Sí, pensó. Esto podría funcionar.

De alguna manera, contra todas las probabilidades, esto realmente podría funcionar.

CAPÍTULO 8
La Ceremonia y el Enemigo

29 de septiembre de 1789 - Amanecer Perspectiva de Elena

Elena no durmió la noche antes de su boda.

No porque estuviera nerviosa, aunque lo estaba. No porque tuviera dudas, aunque las tenía. Sino porque su mente no dejaba de girar con cálculos y posibilidades y preguntas sin respuesta.

En doce horas sería Elena Domínguez. Elena de Mendoza y Domínguez, técnicamente, pero todos sabrían que su identidad principal había cambiado. Ya no sería la hija de una casa en quiebra. Sería la esposa de un comerciante rico con sangre gitana.

Un escándalo social. Un matrimonio desigual. Una mancha en el nombre Mendoza.

O, como Elena prefería verlo: libertad.

Porque como esposa de Rafael, tendría recursos. Autoridad. La capacidad de hacer cambios reales en lugar de simplemente soñar con ellos desde su torre.

Y tal vez, si tenía suerte, tendría un compañero que valoraba su mente tanto como su nombre.

Rosa entró con la primera luz del amanecer, llevando una bandeja con chocolate caliente y pan dulce.

—No dormiste.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco. Y porque has estado escribiendo. —Rosa señaló las páginas de cálculos esparcidas por el escritorio de Elena—. ¿Qué es todo eso?

—Planes. Para la hacienda. Para los olivares. —Elena tomó una taza de chocolate—. Rafael dice que quiere mi opinión sobre el manejo de la propiedad. Así que estoy preparada.

Rosa rio suavemente.

—Solo tú trabajarías en la mañana de tu boda.

—El trabajo me calma. Los números tienen sentido de maneras que las personas no.

—¿Y Rafael? ¿Él tiene sentido para ti ahora?

Elena consideró la pregunta.

—Más que antes. Pero todavía hay mucho que no sé. Mucho que él guarda cerca. —Bebió su chocolate—. ¿Rosa? ¿Crees que estoy cometiendo un error?

—No. Creo que estás eligiendo el mejor camino posible de un conjunto de opciones malas. —Rosa se sentó en el borde de la cama —. Pero Elena, necesito advertirte sobre algo.

—¿Qué?

—Álvaro. Ha estado silencioso desde que Rafael apareció. Demasiado silencioso. Los hombres como él no aceptan la derrota con gracia.

—¿Crees que intentará algo?

—Creo que es peligroso. Y creo que Rafael subestima cuán peligroso puede ser. —Los ojos de Rosa eran serios—. Ten cuidado hoy. Mantén los ojos abiertos. Y si Álvaro aparece...

—Si Álvaro aparece, tendré a mi nuevo esposo junto a mí. Juntos somos más fuertes que cualquier cosa que Álvaro pueda lanzarnos.

—Espero que tengas razón, niña. De verdad lo espero.

Perspectiva de Rafael

Rafael se vistió con cuidado, eligiendo cada prenda con precisión calculada.

El traje era español tradicional: chaqueta corta de terciopelo negro con bordado de plata, chaleco de seda color crema, pantalones negros ajustados, botas de cuero pulidas hasta brillar. Elegante pero no ostentoso. Rico pero no vulgar.

Un hombre que había ganado su fortuna, no heredado.

Bernardo lo ayudó con los botones finales, sus dedos temblando ligeramente.

—Nervioso, patrón.

—¿Tú o yo?

—Ambos, creo. —Bernardo retrocedió, inspeccionando a Rafael críticamente—. Te ves bien. Como un novio apropiado.

—Me veo como un fraude.

—¿Por qué dices eso?

Rafael caminó hacia la ventana, mirando la ciudad de Sevilla despertar bajo el sol de otoño.

—Porque hoy me paro en una catedral y hago votos. Prometo amar, honrar, proteger. Pero mis razones para este matrimonio no tienen nada que ver con amor.

—¿Estás seguro de eso?

Rafael se volvió bruscamente.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que te he visto con Doña Elena. La forma en que la miras cuando ella no está prestando atención. La forma en que sonríes cuando ella dice algo particularmente inteligente. —Bernardo cruzó los brazos—. Tal vez no es amor todavía. Pero es algo. Algo más que negocios.

—Es respeto. Admiración por su mente.

—Si tú lo dices.

Rafael agarró su chaqueta, poniéndosela bruscamente.

—¿Está todo listo en la catedral?

—Sí. Flores, músicos, el sacerdote. Don Rodrigo ya está allí, aunque apenas puede mantenerse de pie. Los invitados comienzan a llegar.

—¿Cuántos?

—Cincuenta, tal vez. Principalmente su lado. Algunos curiosos de la sociedad sevillana que quieren ver al comerciante advenedizo casarse con una Mendoza.

—Que miren. Que vean. —Rafael se enderezó, encontrando los ojos de Bernardo en el espejo—. Hoy me convierto en parte de la familia que destruyó la mía. Es poético, ¿no?

—Es justicia. De cierto tipo.

—Sí. —Rafael tocó el bolsillo donde llevaba dos cosas: el anillo de su madre, una simple banda de plata que pensaba darle a Elena, y una carta sellada dirigida a Álvaro de Mendoza.

La carta era simple: *Ven a mi boda. Hay asuntos que debemos discutir.*

La había enviado hace tres días. Y esta mañana, había recibido respuesta de un mensajero: *Estaré allí. Tenemos mucho de qué hablar, sobrino.*

El veneno en esa última palabra —sobrino— era inconfundible. Álvaro sabía quién era Rafael. Y vendría preparado para guerra.

Bien. Rafael también.

La Catedral de Sevilla, 10:00 AM Perspectiva de Elena

La Catedral de Sevilla era enorme, imponente, diseñada para hacer que los humanos se sintieran pequeños ante el poder de Dios.

Elena se paró en el atrio, mirando el espacio masivo lleno de columnas de mármol y vidrieras. En algún lugar allá adelante, Rafael esperaba. Y entre ellos, cincuenta pares de ojos llenos de curiosidad, juicio y chisme.

Su vestido era hermoso: seda color marfil con bordado de plata, mangas largas con puños de encaje, un tren que Rosa había pasado horas perfeccionando. El velo de su madre, guardado durante años, cubría su cabello oscuro.

Se veía como una novia apropiada. Se sentía como un soldado yendo a la batalla.

—¿Lista? —preguntó su padre, de pie junto a ella con su brazo extendido. Don Rodrigo estaba pálido, temblando, claramente enfermo. Pero había insistido en escoltar a su hija por el pasillo.

—Lista —dijo Elena, tomando su brazo.

Las puertas se abrieron. La música comenzó —algo solemne y hermoso que Elena no reconoció.

Y comenzaron a caminar.

Elena mantuvo su mirada hacia adelante, rehusándose a mirar a la multitud. Pero podía sentir sus ojos sobre ella. Podía escuchar los susurros:

"¿De verdad se casa con ese comerciante?"

"Dicen que es gitano por parte de madre."

"Pobre chica, vendida para saldar las deudas de su padre."

"Aunque dicen que él es terriblemente rico..."

Elena bloqueó las voces, enfocándose en el altar. En Rafael.

Él estaba de pie junto al sacerdote, vestido completamente de negro excepto por el bordado de plata que capturaba la luz. Su cabello oscuro estaba perfectamente peinado, su postura impecable.

Pero lo que capturó la atención de Elena fueron sus ojos. Estaban fijos en ella con una intensidad que la atravesaba, llenos de algo que no podía nombrar del todo. No amor, no todavía. Pero reconocimiento. Respeto. Y tal vez, solo tal vez, el comienzo de algo más profundo.

Cuando Elena llegó al altar, su padre colocó su mano en la de Rafael. Las manos de Rafael eran cálidas, fuertes, ligeramente callosas del trabajo.

—Cuida de ella —susurró Don Rodrigo—. O que Dios te ayude.

—La cuidaré —prometió Rafael—. Tiene mi palabra.

Don Rodrigo asintió, luego se tambaleó hacia su asiento, claramente exhausto por el esfuerzo.

Elena se volvió para enfrentar a Rafael completamente, y por un momento, el resto del mundo se desvaneció. Era solo ellos dos, de pie ante Dios y los testigos, a punto de unir sus vidas.

El Padre García, un hombre mayor con expresión amable, comenzó la ceremonia.

—Hermanos y hermanas, estamos reunidos aquí en la presencia de Dios para unir a este hombre y esta mujer en santo matrimonio...

Perspectiva de Rafael

Rafael había estado en batallas. Había enfrentado la muerte en las minas, había navegado tormentas en alta mar, había negociado con hombres que habrían matado por mucho menos de lo que él les quitaba.

Pero nada lo había preparado para este momento: estar de pie en una catedral, sosteniendo las manos de Elena de Mendoza, a punto de hacer votos que lo atarían a ella de por vida.

Ella era hermosa. Eso era innegable. Pero lo que lo golpeaba no era su apariencia física. Era la forma en que lo miraba: directamente, sin coquetería ni timidez, como si estuviera evaluando su alma y encontrándola... ¿qué? ¿Aceptable? ¿Digna?

El Padre García continuó:

—El matrimonio es una institución sagrada, establecida por Dios para el mutuo consuelo y compañía de hombre y mujer...

Rafael sintió una puntada de culpa. ¿Consuelo mutuo? ¿Compañía? Él había entrado a esto por venganza. Por justicia. Por reclamar lo que le fue robado.

Pero mirando a Elena, sintió algo cambiar dentro de él. Ella no era una herramienta. No era un medio para un fin. Era una persona, brillante y compleja y valiente, que merecía más de lo que él había planeado darle.

—Rafael Domínguez Santacruz —el Padre García se volvió hacia él—, ¿tomas a Elena María de Mendoza y Silva como tu legítima esposa?

Este era el momento. La última oportunidad de retroceder, de admitir que esto era un error.

Pero Rafael miró a Elena, vio el desafío en sus ojos —*atrévete a rechazarme ahora*— y supo que no había vuelta atrás.

—Sí, la tomo.

—¿Prometes amarla, honrarla y protegerla, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

—Lo prometo.

Las palabras salieron más fácilmente de lo que esperaba. Y para su sorpresa, las sentía. Tal vez no podía prometerte amor todavía. Pero honor, protección, respeto... eso podía dar.

El Padre García se volvió hacia Elena.

—Elena María de Mendoza y Silva, ¿tomas a Rafael Domínguez Santacruz como tu legítimo esposo?

Elena no dudó.

—Sí, lo tomo.

—¿Prometes amarlo, honrarlo y respetarlo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

—Lo prometo. —La voz de Elena era clara, fuerte, sin vacilación.

—Los anillos, por favor.

Rafael sacó dos anillos de su bolsillo. Uno era la banda de plata de su madre, pulida hasta brillar. El otro era una nueva banda de oro que había encargado para sí mismo.

Deslizó el anillo de su madre en el dedo de Elena, sintiendo el peso del simbolismo. Su madre, que había sido rechazada por esta familia, ahora era honrada por el matrimonio con la hija de la casa.

—Con este anillo, te desposo —dijo Rafael—. Y con todos mis bienes te doto.

Elena tomó el anillo de oro, sus dedos temblando ligeramente mientras lo deslizaba en el dedo de Rafael.

—Con este anillo, te desposo. Y todo lo que soy comparto contigo.

El Padre García sonrió.

—Por el poder que me ha sido conferido por la Santa Madre Iglesia y Su Majestad el Rey, yo os declaro marido y mujer. —Hizo una pausa dramática—. Puedes besar a tu novia.

Rafael vaciló por una fracción de segundo. Este sería su primer beso. Su primer toque real de intimidad.

Luego se inclinó, tomando el rostro de Elena suavemente entre sus manos, y la besó.

Era casto, apropiado para una iglesia. Pero incluso en ese toque ligero, Rafael sintió algo pasar entre ellos. Una chispa. Una promesa. El comienzo de algo que no podía nombrar del todo.

Cuando se separaron, Elena tenía las mejillas sonrojadas, sus ojos brillantes.

—Esposo —susurró.

—Esposa —respondió Rafael.

Y por primera vez en quince años, sintió algo más que venganza en su corazón.

Sintió esperanza.

La Recepción, 1:00 PM Perspectiva de Elena

La recepción se llevó a cabo en la casa townhouse de Rafael en Santa Cruz, transformada para la ocasión con flores, velas y mesas cargadas de comida.

Elena se movía por la multitud en su brazo, sonriendo y aceptando felicitaciones de personas que una semana antes la

habrían ignorado. Ahora era la Señora Domínguez, esposa de un hombre rico, y eso la hacía digna de atención.

La hipocresía era asfixiante.

—¿Estás bien? —murmuró Rafael en su oído mientras sonreían para otro grupo de invitados.

—Detesto esto. Todo esto. Las sonrisas falsas, las felicitaciones vacías de personas que no nos conocen ni les importamos.

—Bienvenida al matrimonio en la alta sociedad. —Rafael levantó su copa en un brindis sarcástico—. Al menos la comida es buena.

A pesar de sí misma, Elena rio.

Estaban circulando entre los invitados, haciendo conversaciones triviales, cuando Elena notó que Rafael se ponía tenso junto a ella.

—¿Qué pasa?

—Acaba de llegar.

—¿Quién?

—Álvaro.

Elena siguió la mirada de Rafael hacia la entrada. Un hombre alto vestido elegantemente había entrado, su cabello canoso perfectamente peinado, su expresión una máscara de cordialidad que no alcanzaba sus ojos.

Álvaro de Mendoza. El asesino de Marisol. El villano de esta historia.

Y estaba caminando directamente hacia ellos.

—Rafael, mi querido sobrino —dijo Álvaro, su voz goteando falsa calidez—. Qué celebración tan encantadora. Y Elena, querida sobrina, te ves absolutamente radiante.

Elena sintió que Rafael se tensaba aún más, sus manos apretándose en puños. Ella colocó su mano suavemente sobre su brazo, un gesto de apoyo.

—Tío Álvaro. No esperábamos que vinieras desde Madrid.

—Oh, no me perdería esto por nada del mundo. —Los ojos de Álvaro se movieron entre ellos, calculando—. Después de todo, no

todos los días un... comerciante... se casa en la familia. Es un evento histórico.

El insulto apenas estaba velado. Comerciante, no caballero. Advenedizo, no noble.

Rafael sonrió, pero no alcanzó sus ojos.

—Qué amable de tu parte notarlo. Aunque creo que "comerciante exitoso" es más preciso. Después de todo, he acumulado más riqueza en quince años de lo que tu familia ha visto en tres generaciones.

Álvaro se puso rígido.

—La riqueza no es todo, muchacho. El linaje, el honor, la sangre... estas cosas importan.

—¿Sangre? —La voz de Rafael se volvió peligrosamente baja —. Hablemos de sangre, tío. Particularmente la sangre de gitanos. He oído que la familia Mendoza tiene una historia... complicada... con personas de herencia romana.

El rostro de Álvaro palideció, luego se enrojeció de ira.

—No sé de qué hablas.

—¿No? Qué extraño. Porque yo sé exactamente de qué hablo. —Rafael se inclinó más cerca—. Y creo que tú también. Pero esta no es la ocasión para discutir... asuntos familiares antiguos. Quizás podríamos tener una conversación privada. Más tarde.

—Me encantaría. —Los ojos de Álvaro eran fríos como hielo—. Tenemos mucho que discutir, sobrino. Mucho en verdad.

Dio media vuelta y se alejó, desapareciendo en la multitud.

Elena exhaló un aliento que no sabía que estaba conteniendo.

—Eso fue...

—Una declaración de guerra —terminó Rafael—. Sabe quién soy. Y vino aquí para desafiarme en mi propio terreno.

—¿Qué hacemos?

—Lo que planeamos. Reunimos evidencia. Construimos un caso. Y cuando tengamos suficiente para destruirlo legalmente, atacamos. —Rafael la miró—. Pero Elena, necesitas entender: a partir de este momento, estás en peligro. Álvaro no dudará en lastimarte para llegar a mí.

—Entonces es bueno que tenga un esposo para protegerme.

—Hablo en serio.

—Yo también. —Elena apretó su mano—. Estamos juntos en esto, Rafael. Socios, ¿recuerdas? Y los socios se protegen mutuamente.

Algo suavizó en el rostro de Rafael.

—¿Qué hice para merecer una esposa como tú?

—Orquestaste la ruina financiera de mi familia. Es muy romántico, realmente.

Rafael rio a pesar de la tensión.

—Solo tú encontrarías eso romántico.

—Soy una mujer de gustos únicos.

10:00 PM - La Noche de Bodas Perspectiva de Rafael

Los invitados finalmente se habían ido, dejando la casa en silencio.

Rafael estaba de pie en su... en su dormitorio, mirando la puerta que conectaba su habitación con la de Elena. La puerta que cualquiera de ellos podía cerrar con llave si necesitaba privacidad.

Esta noche, estaba abierta.

Se había cambiado a ropa más cómoda, quitándose el traje formal en favor de una camisa de lino y pantalones. Sus manos temblaban ligeramente mientras se desabrochaba los últimos botones.

Esto era ridículo. Era un hombre de veintisiete años, no un niño virgen. Había estado con mujeres antes, aunque no muchas, y siempre transaccionales. Placer comprado y pagado, sin complicaciones emocionales.

Pero esto era diferente. Esto era su esposa. Elena, quien era brillante y desafiante y merecía mucho más que una noche de bodas torpe con un hombre que no sabía cómo separar deseo de venganza.

Un golpe suave en la puerta de conexión lo sobresaltó.

—¿Rafael? ¿Puedo entrar?

—Sí. Por supuesto.

La puerta se abrió, y Elena entró.

Llevaba un camisón de seda color marfil, su cabello suelto cayendo sobre sus hombros en ondas oscuras. Sin el vestido de

novia elaborado, sin maquillaje, sin joyas, parecía más joven. Más vulnerable.

Y absolutamente hermosa.

—Hola —dijo ella, luciendo tan nerviosa como Rafael se sentía.

—Hola.

Se quedaron parados torpemente por un momento, ninguno seguro de cómo proceder.

Finalmente, Elena habló:

—Así que. Estamos casados.

—Sí.

—Y se espera que... consumemos este matrimonio.

—Sí. —Rafael se aclaró la garganta—. Pero no esta noche, si no quieres. No hay prisa.

—Excepto que legalmente, un matrimonio no es válido hasta que se consume. —Elena caminó hacia él, su camisón susurrando contra el suelo—. Y prácticamente, mientras más esperemos, más incómodo se vuelve.

—¿Así que estás sugiriendo que lo saquemos del camino? ¿Como una tarea desagradable pero necesaria?

—Estoy sugiriendo que somos adultos que han acordado una asociación. Y esta es parte de esa asociación. —Elena se detuvo frente a él—. ¿A menos que no me quieras?

—Te quiero. —Las palabras salieron más roncas de lo que Rafael pretendía—. Dios, Elena, te he querido desde que entraste a mi estudio llevando ese maldito libro de Newton.

Los ojos de Elena se ensancharon.

—¿De verdad?

—De verdad. —Rafael levantó su mano, trazando la línea de su mandíbula con dedos temblorosos—. Pero no quiero que esto sea solo deber. No quiero ser otro hombre tomando lo que quiere sin considerar lo que tú quieres.

—Entonces pregunta. —Elena se inclinó hacia su toque—. Pregúntame qué quiero.

—¿Qué quieres, Elena?

—Quiero olvidar, por una noche, que este matrimonio fue una transacción. Quiero sentir algo real. Algo verdadero. —Sus ojos se encontraron con los suyos—. Y creo... creo que tal vez podríamos darnos eso mutuamente.

Rafael no necesitó más invitación.

La besó, no el beso casto de la catedral sino algo más profundo, más verdadero. Elena se derritió contra él, sus brazos envolviéndose alrededor de su cuello, sus labios abriéndose bajo los suyos.

Sabía a vino y promesa, a futuro y posibilidad.

Rafael la levantó, llevándola hacia la cama, sus manos explorando las curvas bajo la seda delgada de su camisón. Elena suspiró contra su boca, sus propias manos moviéndose sobre su espalda, aprendiendo la forma de él.

—Nunca... —comenzó Elena, luego se detuvo.

—¿Nunca qué?

—Nunca he hecho esto antes. No completamente. —Sus mejillas se sonrojaron—. No sé exactamente qué...

—Yo tampoco —admitió Rafael—. Quiero decir, he... pero nunca con alguien que importara. Nunca con alguien a quien respetara.

—Entonces descubrámoslo juntos.

Y lo hicieron.

Perspectiva de Elena

Elena había leído sobre intimidad física. Había estudiado textos médicos, había escuchado a sirvientas chismear, había visto caballos aparearse en los establos.

Ninguna de esas cosas la había preparado para esto.

Para la forma en que las manos de Rafael temblaban mientras desabrochaba los botones de su camisón, tratándola como si fuera algo precioso. Para el calor de su piel contra la suya, músculo y fuerza envueltos alrededor de ella. Para la forma en que la miraba como si ella fuera la única cosa en el mundo que importaba.

—¿Estás segura? —preguntó Rafael, su voz ronca—. Podemos parar en cualquier momento.

—No quiero parar.

Y no lo hizo.

Hubo incomodidad, sí. Un dolor agudo que la hizo jadear. Pero Rafael se movió lentamente, pacientemente, murmurando palabras de aliento contra su cabello hasta que su cuerpo se ajustó, se abrió, lo aceptó.

Y luego hubo algo más. Algo que no tenía nombre en los textos médicos o el chisme de sirvientas. Una conexión que iba más allá de lo físico, un entrelazamiento de almas tanto como cuerpos.

Cuando terminó, yacían enredados juntos, respiraciones agitadas, pieles húmedas de sudor.

—¿Estás bien? —susurró Rafael, besando su frente.

—Estoy... —Elena buscó palabras—. No sé qué estoy. Pero no me arrepiento.

—Yo tampoco.

Se quedaron en silencio por un largo momento, escuchando los sonidos de la noche a través de la ventana abierta.

Finalmente, Elena habló:

—Rafael, sobre Álvaro...

—¿Hablamos de eso ahora? ¿En nuestra noche de bodas?

—No podemos ignorarlo. Vino hoy por una razón. Para amenazarnos. Para advertirnos.

—Lo sé. —Rafael se movió, apoyándose en un codo para mirarla—. Por eso necesitamos ser inteligentes. Cuidadosos. Reunir evidencia antes de hacer acusaciones.

—Tengo acceso a los documentos financieros de mi padre. Años de registros. Si Álvaro malversó fondos de la hacienda, estará documentado allí.

—Y yo tengo contactos en Madrid que pueden investigar sus actividades allí. Apuestas, amantes, tal vez evidencia de más crímenes.

—Entonces trabajamos juntos. —Elena tocó su mejilla—. Como socios.

—Como socios. —Rafael capturó su mano, besando su palma —. Y tal vez, con tiempo, como algo más.

—¿Como qué?

—Como personas que realmente se preocupan mutuamente. No solo por conveniencia, sino porque elegimos hacerlo.

Elena sintió algo aflojarse en su pecho, algo que había estado sosteniendo con fuerza desde que su padre anunció este matrimonio.

—Me gustaría eso —susurró.

—A mí también.

Rafael la atrajo más cerca, y Elena se permitió hundirse en su calor. Mañana habría consecuencias que enfrentar. Álvaro que desafiar. Justicia que perseguir.

Pero esta noche, en esta habitación, con su esposo sosteniéndola como si fuera algo precioso, Elena se permitió creer que tal vez, solo tal vez, este matrimonio podría convertirse en algo real.

Algo verdadero.

Algo que valía luchar por ello.

CAPÍTULO 9
Evidencia y Rabia

14 de octubre de 1789 - Dos semanas después de la boda Perspectiva de Elena

El matrimonio, descubrió Elena, era una serie interminable de pequeños ajustes.

Ajustar sus horarios para que coincidieran: Rafael trabajaba hasta tarde en su estudio, Elena se levantaba al amanecer para observar las estrellas. Ajustar sus expectativas: él era más solitario de lo que ella anticipaba, ella más terca de lo que él esperaba. Ajustar sus cuerpos: aprender a dormir en la misma cama, a compartir espacio, a navegar la intimidad física que ahora era parte de sus vidas.

Pero en general, pensó Elena mientras revisaba los archivos polvorientos en el despacho de su padre, el matrimonio no era tan terrible como había temido.

De hecho, había momentos en que era casi... agradable.

Como las noches cuando Rafael venía a su observatorio y se sentaba en silencio mientras ella hacía cálculos, su mera presencia reconfortante. O las mañanas cuando desayunaban juntos, discutiendo planes para la hacienda con el mismo fervor que otros discutirían el clima. O las noches en que se acostaban juntos, aprendiendo los cuerpos del otro con una curiosidad que iba más allá del simple deber.

No era amor. Todavía no. Pero era compañerismo. Asociación. Los cimientos sobre los cuales algo más profundo podría construirse.

Si sobrevivían a Álvaro.

Elena sacó otro libro mayor del estante, tosiendo mientras el polvo se elevaba en nubes. Su padre había sido meticuloso en mantener registros, incluso cuando el resto de la hacienda se desmoronaba a su alrededor. Cada transacción, cada pago, cada préstamo estaba documentado con precisión obsesiva.

Lo que significaba que si Álvaro había robado fondos, la evidencia estaría aquí.

Llevaba tres días buscando, tres días de ojos cansados y dedos manchados de tinta. Rafael pensaba que estaba organizando los documentos de la hacienda para su nueva administración, lo cual era parcialmente cierto. Pero principalmente estaba buscando.

Y finalmente, en un libro mayor fechado 1780-1782, encontró algo.

Una serie de retiros. Cinco mil reales aquí. Ocho mil allí. Tres mil. Diez mil.

Todos autorizados por Álvaro de Mendoza como "administrador de la propiedad" durante la larga enfermedad de su padre.

Todos sin documentación correspondiente de a dónde fueron los fondos.

El corazón de Elena comenzó a latir más rápido. Continuó buscando, encontrando más libros mayores, más transacciones sospechosas.

En total, entre 1780 y 1785, Álvaro había retirado más de sesenta mil reales de las arcas de la hacienda.

Sesenta mil. Suficiente para modernizar toda la operación. Suficiente para saldar todas sus deudas actuales con espacio de sobra.

Todo robado.

Elena agarró los libros mayores y corrió hacia el estudio de Rafael.

Perspectiva de Rafael

Rafael estaba revisando contratos de embarque cuando Elena irrumpió en su estudio, sin aliento, con libros bajo los brazos.

—Lo encontré. —Sus ojos brillaban de emoción—. Rafael, lo encontré.

Él se puso de pie inmediatamente.

—¿Encontraste qué?

—Evidencia. De la malversación de Álvaro. —Elena dejó caer los libros sobre su escritorio con un golpe—. Mira. Aquí, aquí y aquí.

Retiros durante cinco años. Todos sin justificación. Todos firmados por Álvaro.

Rafael se inclinó sobre los libros, su pulso acelerándose mientras escaneaba los números. Elena tenía razón. Esto era evidencia real, documentada, irrefutable.

—Sesenta mil reales —dijo en voz baja—. Robó sesenta mil reales de tu familia.

—Y probablemente más que no está documentado. —Elena pasó las páginas—. Pero esto es suficiente. Con estos registros, podemos presentar cargos formales. Malversación, robo, abuso de autoridad fiduciaria...

—Asesinato.

Elena se detuvo.

—¿Qué?

—Si robó tanto dinero, tu padre eventualmente lo habría descubierto. Lo que significa que Álvaro necesitaba una distracción. Algo tan grande que nadie mirara demasiado de cerca las finanzas. —La voz de Rafael se volvió fría—. Como un incendio que mató a la amante de su padre y casi mató a su sobrino bastardo.

Elena palideció.

—Estás diciendo que el incendio fue... ¿qué? ¿Cobertura para el robo?

—Estoy diciendo que Álvaro mató a mi madre por dinero tanto como por odio. Dos pájaros de un tiro. —Rafael cerró el libro mayor con un golpe—. Lo cual lo hace no solo un asesino, sino un asesino calculador y premeditado.

—Entonces lo exponemos. Llevamos esta evidencia a las autoridades. Presentamos cargos formales.

—¿A qué autoridades? —Rafael rio amargamente—. ¿Al magistrado que Álvaro sobornó para declarar el incendio un accidente? ¿Al juez que es primo segundo de la familia Mendoza? ¿Al capitán general en Sevilla que le debe favores a Álvaro?

—Entonces vamos más alto. A Madrid. A la corona.

—Y esperamos meses para una audiencia mientras Álvaro usa ese tiempo para destruir evidencia, sobornar testigos, y

posiblemente lastimarnos. —Rafael caminó hacia la ventana, su control deslizándose—. No. Hay otra manera.

—¿Qué manera?

Rafael no respondió inmediatamente. En cambio, miró hacia el patio donde los sirvientes trabajaban, ajenos a la tormenta que se gestaba.

Había planeado esto meticulosamente. Justicia a través de canales apropiados. Exposición pública. Consecuencias legales.

Pero ahora, sosteniendo evidencia de la corrupción de Álvaro en sus manos, sintió algo más oscuro surgiendo. Algo primitivo y violento que había estado conteniendo durante quince años.

—Rafael. —La voz de Elena era cautelosa—. ¿Qué estás pensando?

—Estoy pensando que la justicia es demasiado lenta. Y Álvaro es demasiado peligroso. —Se volvió hacia ella—. Estoy pensando que hay formas más directas de resolver esto.

—No.

—¿No?

—No vas a lastimarlo. No vas a tomar venganza personal. —Elena caminó hacia él, agarrando sus brazos—. Rafael, escúchame. Si haces esto, si cruzas esa línea, te conviertes en él. Te conviertes en el tipo de hombre que tu madre crió para no ser.

—Mi madre está muerta por él.

—Lo sé. Y merecía justicia. Pero la justicia no es lo mismo que venganza. —Los ojos de Elena buscaron los suyos—. Prometimos trabajar juntos. Como socios. Eso significa que no tomas decisiones unilaterales sobre algo tan importante como esto.

Rafael sintió su control deslizándose más.

—¿Me estás diciendo qué hacer?

—Te estoy recordando quién eres. —Elena no retrocedió—. Eres el hombre que salvó a Isabela cuando no tenías que hacerlo. El hombre que me dio derechos en nuestro contrato matrimonial cuando podrías haberme tratado como propiedad. El hombre que pone flores en la tumba sin marcar de su madre cada semana aunque nadie esté mirando.

—Ese hombre es débil.

—Ese hombre es honorable. Hay una diferencia. —Elena apretó sus brazos—. Por favor, Rafael. No hagas algo de lo que te arrepentirás. No cuando estamos tan cerca de exponerlo correctamente.

Rafael quería creerle. Quería ser el hombre que ella pensaba que era.

Pero la rabia que había estado cargando durante quince años exigía liberación. Y cada día que Álvaro caminaba libre era otro día que la muerte de su madre quedaba sin vengar.

—Necesito pensar —dijo finalmente, alejándose de su toque —. Solo... dame tiempo para pensar.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. —Rafael agarró su chaqueta—. Voy a cabalgar. No me esperes despierta.

—Rafael...

Pero ya había salido, dejando a Elena sola con los libros mayores y una creciente sensación de terror.

Perspectiva de Elena

Elena sabía exactamente a dónde había ido Rafael.

Lo siguió a caballo, manteniéndose lo suficientemente atrás como para no ser notada pero lo suficientemente cerca como para no perderlo. No era difícil rastrearlo; solo había un lugar al que iría en este estado.

El olivar sur. La tumba de su madre.

Para cuando Elena llegó, Rafael estaba arrodillado bajo el árbol con la "M" tallada, una botella de brandy en una mano.

—Sabía que vendrías —dijo sin volverse.

—Entonces sabes que no voy a dejarte aquí solo para ahogarte en autocompasión y rabia.

—No es autocompasión. Es... procesamiento.

Elena desmontó, caminando hacia él.

—Es esconderte. Hay una diferencia.

Rafael finalmente la miró, y Elena vio lágrimas corriendo por su rostro.

—No sé cómo hacer esto, Elena. No sé cómo ser el hombre que quieres que sea y también obtener justicia para mi madre.

—No son mutuamente excluyentes. —Elena se arrodilló junto a él—. Puedes ser honorable y también buscar justicia. Pero tienes que hacerlo correctamente. Legalmente. Públicamente.

—¿Y si no funciona? ¿Y si Álvaro compra su salida? ¿Y si la justicia falla?

—Entonces lo intentamos de nuevo. Y de nuevo. Hasta que funcione. —Elena tomó su mano—. Pero no cruzamos la línea hacia la violencia. Porque una vez que lo hagas, no puedes deshacerlo. Y te perderías a ti mismo en el proceso.

Rafael miró sus manos entrelazadas.

—¿Por qué te importa? ¿Por qué te importa qué tipo de hombre soy?

—Porque eres mi esposo. Porque te estoy empezando a... —Elena se detuvo, incapaz de decir la palabra—. Porque me importas. Y no quiero verte destruirte en nombre de la venganza.

—¿Empezando a qué? —Rafael la miró con intensidad—. Ibas a decir algo.

—No importa.

—Importa para mí.

Elena respiró profundo.

—Me estoy empezando a enamorar de ti, idiota. Y eso me aterroriza porque no estaba en el plan. No era parte del acuerdo. Pero está sucediendo de todos modos, y no puedo detenerlo. —Las palabras salieron en una avalancha—. Así que sí, me importa qué tipo de hombre eres. Me importa si eliges honor o venganza. Porque tu elección determina si este matrimonio tiene futuro más allá de la transacción con la que comenzó.

Rafael la miraba como si nunca la hubiera visto antes.

—Estás enamorándote de mí.

—Aparentemente soy masoquista.

—Yo también.

—¿Tú también qué?

—Me estoy enamorando de ti. —Rafael tocó su mejilla—. Ha estado sucediendo desde que trajiste ese maldito libro de Newton. Tal vez incluso antes, cuando te vi en el olivar y te negaste a ser intimidada por mí.

—Eso es... —Elena buscó palabras—. Inconveniente.

—Extremadamente.

—Complica todo.

—Absolutamente.

—¿Entonces qué hacemos al respecto?

Rafael la besó, lento y profundo, vertiendo todas las emociones que no podía articular en ese toque.

Cuando se separaron, descansó su frente contra la de ella.

—Hacemos lo que sugeriste. Exponemos a Álvaro correctamente. Legalmente. Construimos un caso tan fuerte que no pueda escapar. —Hizo una pausa—. Pero Elena, necesito que entiendas: si la justicia falla, si los sistemas que se supone deben protegernos fallan, entonces tendré que tomar otras medidas.

—Lo sé. Y estaré contigo, cualquiera que sea la medida que tomes. —Elena lo miró a los ojos—. Pero prometamos intentar primero la forma correcta. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Se sentaron juntos bajo el árbol mientras caía la oscuridad, sosteniéndose mutuamente, dos personas dañadas tratando de construir algo bueno de las cenizas de sus pasados.

—Tu madre estaría orgullosa de ti —dijo Elena en voz baja—. Por elegir honor sobre venganza.

—Espero que tengas razón.

—Siempre tengo razón. Soy matemática.

Rafael rio a pesar de las lágrimas.

—Arrogante.

—Confiada. Hay una diferencia.

—Te amo.

Las palabras salieron antes de que Rafael pudiera detenerlas. Pero una vez dichas, se dio cuenta de que eran verdaderas. Completamente, terriblemente verdaderas.

Elena se quedó inmóvil.

—¿Qué dijiste?

—Dije que te amo. Lo cual es ridículo porque nos conocemos desde hace menos de un mes y este matrimonio se suponía que era transaccional y estoy bastante seguro de que esto no estaba en

ninguno de nuestros contratos. —Rafael hablaba rápido, nervioso—. Pero es verdad. Te amo. Tu mente, tu fuerza, tu negativa a aceptar menos de lo que mereces. Te amo, Elena Domínguez, y no tengo idea de qué hacer al respecto.

Elena comenzó a llorar.

—Me estás haciendo llorar, idiota.

—¿Esas son lágrimas felices o tristes?

—No lo sé. Ambas. —Ella lo abrazó con fuerza—. Te amo también. Lo cual es aterrador y maravilloso y completamente inesperado.

—Entonces supongo que nuestro matrimonio de conveniencia acaba de volverse muy inconveniente.

—Extremadamente inconveniente.

Se quedaron así por largo tiempo, sosteniendo el uno al otro bajo el árbol donde yacía Marisol Santacruz, dos personas que habían entrado a un matrimonio buscando seguridad y habían encontrado algo mucho más precioso.

Habían encontrado amor.

Tres días después - El Estudio de Rafael Perspectiva de Rafael

Rafael, Elena, Bernardo y Tomás estaban reunidos alrededor del escritorio de Rafael, los libros mayores de evidencia esparcidos entre ellos.

—Entonces tenemos evidencia financiera sólida —estaba diciendo Bernardo, haciendo notas—. Sesenta mil reales malversados durante cinco años. Suficiente para acusaciones criminales.

—Pero no evidencia directa del asesinato —dijo Tomás en voz baja—. Solo circunstancias que sugieren que el incendio fue una distracción conveniente.

—¿Qué hay de testigos? —preguntó Elena—. Rosa te vio entrar a los establos con la lámpara de aceite.

—Rosa testificaría, pero es una sirvienta. Los tribunales valoran su testimonio menos que el de un noble. —Tomás negó con la cabeza—. Necesitamos algo más.

—¿Qué hay del contador? —sugirió Rafael—. El que manejaba los libros durante el tiempo de Álvaro. Debe haber sabido sobre el dinero faltante.

—Murió hace dos años —dijo Elena—. Conveniente, ¿no?

—¿Hay alguien más que pudiera haber sabido? —presionó Bernardo—. Cualquiera que trabajara cercanamente con Álvaro durante ese período.

Tomás frunció el ceño, pensando.

—Había un abogado. Mateo Ruiz. Manejaba los documentos legales de la hacienda. Si Álvaro movía grandes cantidades de dinero, Ruiz habría tenido que facilitar algunas transacciones.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Rafael.

—Sevilla. Tiene una práctica cerca de la catedral.

—Entonces vamos a hablar con él. —Rafael se puso de pie—. Hoy. Ahora.

—Rafael, espera. —Elena agarró su brazo—. Piensa esto. Si nos acercamos demasiado abiertamente, Álvaro se enterará. Podría destruir evidencia, amenazar testigos...

—O podría atacar. —Tomás miraba a Rafael con preocupación —. Elena tiene razón. Debemos ser cuidadosos.

Rafael quería argumentar, quería actuar inmediatamente. Pero miró a Elena, recordó su promesa, y se obligó a calmarse.

—Bien. ¿Entonces qué sugieres?

—Acercamiento indirecto —dijo Elena—. Envío a Bernardo a hablar con Ruiz. Consulta legal sobre nuestro nuevo matrimonio, organización de propiedades, ese tipo de cosas. Naturalmente, la conversación deriva hacia la historia de la hacienda. Bernardo menciona casualmente encontrar irregularidades en registros viejos. Ve cómo reacciona Ruiz.

—Es más lento —gruñó Rafael.

—Es más inteligente. —Elena lo miró firmemente—. ¿Recuerdas? Prometimos hacer esto correctamente.

Rafael exhaló.

—Tienes razón. De acuerdo. Bernardo, ve a ver a Ruiz. Sé sutil. Y reporta directamente a mí.

—Sí, patrón. —Bernardo reunió algunos documentos—. Iré esta tarde.

Cuando Bernardo y Tomás se fueron, Rafael se hundió en su silla.

—Esto está tomando demasiado tiempo.

—La justicia toma tiempo. —Elena caminó detrás de él, masajeando sus hombros tensos—. Pero lo lograremos. Juntos.

—¿Qué hice para merecerte?

—Sobreviviste. Te hiciste fuerte. Te negaste a dejar que tu pasado te destruyera. —Elena se inclinó, besando su cabeza—. Esas son cosas dignas de merecer.

Rafael giró su silla, tirando de Elena hacia su regazo.

—Te amo.

—Lo sé. —Ella sonrió—. Me lo dijiste hace tres días. Múltiples veces. En varias posiciones.

—Quería asegurarme de que lo escucharas.

—Oh, lo escuché. Creo que toda la casa lo escuchó.

Rafael rio, sintiendo algo de la tensión drenar de su cuerpo.

—Entonces, mientras esperamos a Bernardo, ¿qué hacemos?

—Trabajamos en la hacienda. Como planeamos. —Elena se puso de pie, extendiendo su mano—. Ven. Quiero mostrarte mis ideas para los olivares enfermos.

—¿Ahora?

—Ahora. Porque la vida no se detiene porque estemos cazando criminales. Todavía tenemos una propiedad que administrar, trabajadores que dependen de nosotros, responsabilidades que cumplir.

Rafael tomó su mano, dejándose guiar hacia una vida que era más que venganza.

Y por primera vez en quince años, sintió algo parecido a la paz.

Esa noche - Una Taberna en Sevilla Perspectiva de Álvaro

Álvaro de Mendoza se sentó en una esquina oscura de la taberna, bebiendo vino caro y escuchando al hombre frente a él hacer su reporte.

—...el secretario de Domínguez visitó al abogado Ruiz esta tarde. Preguntó sobre la administración histórica de la Hacienda de las Estrellas. Específicamente sobre transacciones financieras de principios de los ochenta.

Álvaro se tensó.

—¿Y qué dijo Ruiz?

—Nada útil. Pero estaba nervioso. Sudando. Claramente recordaba algo que preferiría olvidar.

—¿Domínguez sabe sobre la malversación?

—Tiene que saberlo. ¿Por qué más haría preguntas tan específicas? —El hombre bebió su propio vino—. Están construyendo un caso contra usted, Don Álvaro. La pregunta es, ¿qué va a hacer al respecto?

Álvaro miró su vino, viendo su reflejo distorsionado en el líquido oscuro.

El bastardo gitano había regresado. Después de todos estos años, el mocoso que debería haber muerto en ese incendio había regresado rico, poderoso y sediento de venganza.

Y peor, había seducido a Elena. La niña inteligente que podría haber sido manejable se había convertido en aliada de su enemigo.

—Necesitan ser detenidos —dijo Álvaro en voz baja—. Permanentemente.

—¿Qué está sugiriendo?

—Estoy sugiriendo que los accidentes suceden. Especialmente a comerciantes advenedizos que no entienden los peligros de vivir en España. —Álvaro sacó una bolsa de monedas—. Encuentra hombres. Hombres discretos. Y arregla un accidente para Señor Domínguez.

—¿Y la esposa?

Álvaro consideró.

—Déjala. Por ahora. Elena es familia, después de todo. Y sin su esposo, será vulnerable. Manipulable.

—Como usted ordene.

Cuando el hombre se fue, Álvaro permaneció sentado en la oscuridad, planeando.

Rafael Domínguez pensaba que podía regresar y reclamar lo que nunca fue suyo. Pensaba que podía exponer a Álvaro, destruir su reputación, tomar venganza por una gitana puta que había muerto hace ocho años.

Pero Álvaro había matado antes. Y lo haría de nuevo.

Esta vez, se aseguraría de que el bastardo estuviera realmente muerto.

CAPÍTULO 10
Sangre y Fuerza

20 de octubre de 1789 - Medianoche Perspectiva de Rafael

Rafael cabalgaba a casa desde los muelles cuando escuchó el primer disparo.

La bala silbó pasando su cabeza, tan cerca que sintió el desplazamiento de aire. Su caballo relinchó, asustado, cabeceando violentamente.

Rafael reaccionó por instinto, tirando de las riendas, tratando de controlar al animal aterrorizado mientras escaneaba las sombras en busca del atacante.

Había estado en los muelles revisando un cargamento que llegaba de las Américas. Negocio rutinario que había tomado más tiempo de lo anticipado. Ahora era pasada la medianoche, las calles de Sevilla estaban vacías, y alguien le estaba disparando.

Un segundo disparo. Este golpeó su hombro izquierdo, atravesando músculo y hueso con fuerza brutal. Rafael gritó, cayendo del caballo mientras el dolor explotaba por su brazo.

Golpeó el suelo duro, piedra de adoquín raspando su cara. El sabor de sangre llenó su boca.

Levántate, gritó su cerebro. *Levántate o mueres aquí.*

Rafael se arrastró hacia una entrada cercana, buscando cobertura. Podía escuchar pasos. Múltiples atacantes. Viniendo más cerca.

Un tercer disparo golpeó la pared sobre su cabeza, rociando fragmentos de piedra.

Rafael sacó su propio cuchillo —siempre llevaba un cuchillo, lección aprendida en las calles de Sevilla cuando tenía doce años— y esperó.

Dos hombres aparecieron de las sombras. Grandes, vestidos de oscuro, rostros cubiertos. Profesionales, no criminales comunes.

—No está muerto todavía —dijo uno.

—Entonces terminémoslo.

Levantaron sus pistolas, apuntando.

Rafael se lanzó hacia adelante, ignorando el dolor atroz en su hombro. Su cuchillo encontró el muslo del primer hombre, quien gritó y cayó. El segundo giró, pero Rafael ya estaba moviéndose, golpeando la pistola hacia arriba.

El arma disparó, la bala perdiéndose en el cielo nocturno.

Lucharon, tres hombres sangrando y desesperados en una calle oscura. Rafael peleó como había aprendido en las minas —sucio, brutal, sin honor— pero estaba herido y superado en número.

El primer hombre se recuperó, cojeando pero funcional, levantando su pistola de nuevo.

Rafael vio su muerte apuntándolo y supo que no había escapatoria.

Entonces, milagrosamente, escuchó cascos de caballos. Voces gritando. La guardia de la ciudad haciendo su ronda.

Los atacantes maldijeron, huyendo hacia las sombras.

Rafael se desplomó contra la pared, presionando su mano contra su hombro herido. La sangre bombeaba entre sus dedos, caliente y pegajosa.

—¡Ayuda! —intentó gritar, pero salió como un susurro.

El mundo se inclinó, oscureciéndose en los bordes.

Su último pensamiento antes de perder la consciencia fue de Elena.

Lo siento, pensó. *Lo siento por no ser más cuidadoso. Por no protegerme mejor. Por dejarte sola.*

Entonces todo se volvió negro.

Perspectiva de Elena

Elena estaba en su torre observatorio, trabajando en cálculos, cuando Rosa irrumpió por la puerta.

—¡Elena! ¡Ven rápido!

—¿Qué pasa?

—Es Rafael. Hay sido atacado. Los guardias de la ciudad lo trajeron a casa. Está sangrando...

Elena ya estaba corriendo.

Bajó las escaleras tomando dos a la vez, su corazón golpeando tan fuerte que pensó que podría explotar. A través del pasillo, hacia su dormitorio donde podía escuchar voces, gritando, caos.

Entró y se detuvo.

Rafael estaba tirado en su cama, inconsciente, su camisa empapada de sangre. Bernardo estaba presionando una toalla contra su hombro, su cara pálida de pánico. Tomás corría con agua y más toallas. Un guardia de la ciudad estaba de pie incómodamente cerca de la puerta.

—¿Qué pasó? —Elena se obligó a mantener la voz firme aunque todo en ella gritaba.

—Fue atacado cerca de los muelles —dijo el guardia—. Pistolas. Al menos dos atacantes, tal vez tres. Mató a uno, hirió a otro. Pero fue baleado en el hombro.

Elena caminó hacia la cama, obligando a sus manos a no temblar mientras examinaba la herida. Era mala. Muy mala. La bala había atravesado su hombro, destrozando músculo. Sangre bombeaba constantemente a pesar de la presión de Bernardo.

—Necesitamos un médico. Ahora.

—Ya mandé por uno —dijo Tomás—. Pero es tarde, podría tomar...

—No tenemos tiempo. —Elena empujó a Bernardo suavemente a un lado, presionando sus propias manos contra la herida—. Rosa, necesito hierbas. Para detener el sangrado, prevenir infección. Lo mismo que Marisol habría usado.

Rosa asintió, corriendo hacia su cuarto.

—Bernardo, más toallas limpias. Y brandy, todo el que puedas encontrar. Tomás, necesito agua hirviendo, agujas, hilo. El más fino que tengas.

—¿Agujas? —Bernardo la miraba con confusión—. Elena, no puedes...

—Puedo y lo haré. —Elena lo miró con fiereza—. He leído textos médicos. He estudiado anatomía. Y he visto a Marisol trabajar a través de los diarios de mi madre. Si no cierro esta herida, se desangrará antes de que llegue cualquier médico.

—Pero...

—¡Ve! ¡Ahora!

Todos corrieron para obedecer.

Elena se quedó sola con Rafael, presionando contra su hombro, sintiendo su pulso débil bajo sus dedos.

—No te atrevas —susurró ferozmente—. No te atrevas a morir en mí, Rafael Domínguez. Recién estamos empezando. Recién te dije que te amo. No puedes dejarme ahora.

Los ojos de Rafael parpadearon abiertos, enfocando en ella con dificultad.

—Elena...

—Shhh. No hables. Conserva tu fuerza.

—Álvaro... fue Álvaro...

—Lo sé. Y se lo haremos pagar. Pero primero sobrevives. ¿Entiendes? Primero sobrevives.

—Duele...

—Lo sé. Lo siento. —Las lágrimas corrían por el rostro de Elena ahora, pero su voz permanecía firme—. Pero vas a estar bien. Te lo prometo. No voy a dejarte morir.

Los ojos de Rafael se cerraron de nuevo.

Elena presionó más fuerte contra la herida, rezando a un Dios en quien no estaba segura de creer.

Por favor, rezó. *Por favor no me lo quites. No ahora. No cuando apenas lo encontré.*

Una hora después Perspectiva de Elena

Rosa había regresado con hierbas: milenrama para detener el sangrado, consuelda para la curación, sauce para el dolor. Elena las preparó rápidamente, siguiendo instrucciones que había leído en los diarios de su madre sobre el trabajo de Marisol.

El médico de la ciudad llegó finalmente, un hombre mayor llamado Doctor Herrera que olía a brandy y parecía dudoso sobre encontrar una mujer tratando la herida.

—Señora Domínguez, con todo respeto, esto es trabajo de hombres...

—Con todo respeto, Doctor, llevo manteniendo a mi esposo vivo durante la última hora. Puede ayudar o puede irse. —Elena no

levantó la vista de su trabajo—. Si ayuda, lávese las manos primero. A fondo. Con jabón.

—¿Jabón? ¿Por qué diablos...?

—Porque los médicos árabes han documentado que las manos limpias previenen infección. Ahora lávese o váyase.

El Doctor Herrera, sorprendido por ser ordenado por una mujer, en realidad obedeció.

Juntos trabajaron para estabilizar a Rafael. Elena limpió la herida con brandy, haciéndolo gemir incluso inconsciente. Empaquetó las hierbas de Rosa en la herida. Luego, con manos que de alguna manera no temblaban, cosió la carne rasgada con puntadas pequeñas y precisas.

Era como geometría, se dijo. Solo que con carne en lugar de papel. Mismo principio de precisión, alineación, estructura.

Su estómago se revolvía, pero sus manos permanecían firmes.

Después de lo que pareció horas, estaba hecho. La herida estaba limpia, cerrada, vendada. La hemorragia se había detenido. El pulso de Rafael era débil pero constante.

—Bien hecho —dijo el Doctor Herrera con sorpresa—. Señora, tiene un don natural para esto.

—Tengo un don para sobrevivir. Y para asegurar que la gente que amo sobreviva también. —Elena se limpió manos ensangrentadas en un paño—. ¿Vivirá?

—Si no desarrolla fiebre, si la herida no se infecta... sí. Tiene buenas posibilidades. —El Doctor Herrera empacó sus instrumentos —. Pero necesitará cuidado constante. Reposo en cama, cambios de vendajes, vigilancia de signos de infección.

—Lo tendrá. —Elena miró a Rosa—. Nos turnamos. Alguien con él en todo momento.

—Yo tomo el primer turno —dijo Rosa inmediatamente.

—No. Yo lo hago. —Elena se sentó junto a la cama—. Es mi esposo. Mi responsabilidad.

Y mi corazón, pensó pero no dijo.

Cuando el doctor se fue, Elena se quedó sola con Rafael. Bueno, no completamente sola. Rosa estaba en la esquina, tejiendo

silenciosamente. Bernardo había colapsado en una silla, exhausto. Tomás hacía guardia en la puerta.

Pero Elena se sentía sola de todos modos, mirando al hombre que amaba luchar por cada respiración.

—Esto fue Álvaro —dijo en voz baja—. Intentó matarte.

—Sí —dijo Bernardo—. Y casi tuvo éxito.

—Entonces la guerra ha comenzado oficialmente. —Elena miró su esposo inconsciente—. Y Álvaro acaba de cometer su error más grande.

—¿Qué quieres decir?

Elena se puso de pie, caminando hacia la ventana. El amanecer estaba rompiendo sobre Sevilla, pintando el cielo en tonos de rosa y oro.

—Quiero decir que Álvaro piensa que las mujeres son débiles. Que somos tontas, indefensas, fáciles de manipular. —Se volvió, y en sus ojos había acero—. Está a punto de aprender cuán equivocado está.

Dos días después Perspectiva de Rafael

Rafael despertó al dolor.

Era un dolor total, palpitante, consumiendo todo. Su hombro se sentía como si estuviera en llamas. Su cabeza martillaba. Su boca sabía a sangre seca.

Pero estaba vivo.

Abrió los ojos lentamente, enfocando en el techo de su dormitorio. Luz del sol se filtraba a través de las cortinas. Algún lugar cercano, podía escuchar voces bajas.

—¿Rafael? —Esa era la voz de Elena—. ¿Puedes oírme?

Giró su cabeza, ignorando el mareo resultante. Elena estaba sentada junto a su cama, luciendo agotada. Círculos oscuros bajo sus ojos, su cabello desordenado, su vestido arrugado como si hubiera dormido con él puesto.

—Hola —croó.

El alivio inundó el rostro de Elena.

—Gracias a Dios. Has estado inconsciente durante dos días. Empezaba a preocuparme que... —Su voz se quebró.

—¿Dos días?

—Dos días. La fiebre fue mala la primera noche. Estábamos seguros de que perderíamos... pero luchaste. —Elena tomó su mano —. Siempre luchas.

Rafael trató de sentarse, inmediatamente arrepintiéndose cuando el dolor explotó a través de su hombro.

—No te muevas, idiota. —Elena lo empujó suavemente de vuelta—. Te balearon. Casi moriste. El reposo en cama no es negociable.

—Necesito...

—Lo que necesitas es sanar. Todo lo demás puede esperar.

—Álvaro...

—Está siendo manejado. —Algo peligroso cruzó el rostro de Elena—. Confía en mí.

Rafael estudió su rostro. Había algo diferente en ella. Algo más duro, más agudo. Como si algo hubiera despertado durante su inconsciencia.

—¿Qué hiciste?

—Lo que era necesario. —Elena se levantó, caminando hacia la ventana—. Has estado durmiendo, así que déjame ponerte al día. Primero: uno de tus atacantes murió. Lo apuñalaste en la arteria femoral. Se desangró antes de que pudiera escapar.

—Bien.

—Segundo: el otro atacante sobrevivió pero fue capturado por la guardia de la ciudad. Bajo... persuasión... reveló quién lo contrató.

—¿Álvaro?

—Álvaro. Tenemos testimonio firmado. —Elena se volvió hacia él—. Tercero: he presentado cargos formales con el magistrado. Intento de asesinato, conspiración, pagar por sicarios. Junto con la evidencia de malversación que encontré.

Rafael la miraba con asombro.

—¿Hiciste todo eso en dos días?

—No dormí mucho. —Elena se encogió de hombros—. Y tuve ayuda. Bernardo fue incansable. Tomás conoce a todos en Sevilla, lo que resultó útil. Rosa mantuvo la casa funcionando.

—¿Y tú?

—Yo descubrí que cuando el hombre que amas está muriendo, eres capaz de mucho más de lo que pensabas. —Elena regresó a la cama, sentándose en el borde—. Asusté al magistrado sometiéndolo. Soborné al atacante capturado ofreciéndole clemencia. Amenacé al Doctor Herrera con arruinar su reputación si hablaba de tu condición antes de que estuvieras listo.

—Eres aterradora.

—Lo sé. Es liberador. —Elena sonrió levemente—. Resulta que treinta años de ser educada y obediente construyeron mucha rabia suprimida. Y cuando intentaron matarte, toda salió de una vez.

Rafael levantó su mano buena, tocando su mejilla.

—Te amo.

—Lo sé. Me lo dijiste. Justo antes de desmayarte. —Elena besó su palma—. Y yo te amo. Por eso Álvaro va a pagar por esto. No con violencia. No con venganza. Con consecuencias reales, legales, públicas.

—¿Dónde está ahora?

—Bajo arresto domiciliario en Madrid. El magistrado envió guardias hace dos días. Álvaro está esperando juicio.

—Podría huir. Sobornar su salida.

—No puede. Confisqué todos sus activos financieros. Resulta que como esposa de un comerciante rico, tengo más influencia económica de la que Álvaro anticipó. —La sonrisa de Elena se volvió feroz—. También pude haber dejado saber a ciertos acreedores que Álvaro es un riesgo de fuga. Ahora están vigilándolo más de cerca que los guardias.

Rafael la miró con absoluto asombro.

—¿Quién eres y qué hiciste con mi tímida esposa académica?

—Tu esposa académica descubrió que leer sobre poder es muy diferente de ejercerlo. —Elena se inclinó, besándolo suavemente—. Y me gusta ejercerlo.

—Dios, eres magnífica.

—Lo sé. Ahora calla y descansa. Tienes que sanar para que podamos testificar juntos en el juicio de Álvaro.

—¿Testificar juntos?

—Por supuesto. Somos socios, ¿recuerdas? —Elena se acomodó junto a él en la cama, cuidadosa de no tocar su hombro herido—. Y los socios se presentan mutuamente.

Rafael la atrajo más cerca con su brazo bueno, inhalando su aroma familiar.

—Te amo más de lo que las palabras pueden expresar.

—Entonces muéstramelo viviendo. Sanando. Dejándome cuidarte sin argumentar. —Elena descansó su cabeza contra su pecho—. ¿Puedes hacer eso?

—Puedo intentarlo.

—Bien. —Elena bostezó, finalmente sucumbiendo al agotamiento—. Porque si mueres después de todo el trabajo que puse en mantenerte vivo, estaré extremadamente molesta.

—No puedo tener eso.

—No. No puedes.

Se quedaron así, sosteniéndose mutuamente, dos personas que habían entrado a un matrimonio buscando seguridad y habían encontrado algo mucho más profundo.

Habían encontrado asociación. Habían encontrado amor. Y habían descubierto que juntos eran más fuertes que cualquier enemigo.

Incluso Álvaro de Mendoza.

Una semana después - El Estudio Perspectiva de Elena

Elena estaba revisando documentos legales cuando Bernardo entró con noticias.

—El juicio de Álvaro ha sido programado. Tres semanas desde hoy. En Madrid, ante un panel de jueces reales.

—¿Jueces reales? —Elena levantó la vista—. Eso es...

—Inusual. Sí. —Bernardo sonrió levemente—. Aparentemente tu carta al Conde de Floridablanca causó impresión. Quiere que este caso sea manejado apropiadamente.

Elena había escrito al Primer Ministro una semana antes, detallando los crímenes de Álvaro y solicitando su intervención personal. Había sido una apuesta —Floridablanca podría haber ignorado a una mujer comerciante— pero aparentemente había funcionado.

—¿Qué tan inusual?

—Juicios por asesinato y malversación usualmente son manejados por magistrados locales. Jueces reales solo se involucran cuando hay... implicaciones políticas más amplias. —Bernardo dudó —. Elena, creo que Floridablanca ve esto como oportunidad para hacer un ejemplo. Para mostrar que incluso nobles pueden ser castigados por crímenes.

—Bueno. Eso es exactamente lo que queremos.

—Sí. Pero también significa mayor escrutinio. Mayor riesgo. Si perdemos...

—No perderemos. —Elena volvió a sus documentos—. Tenemos evidencia. Tenemos testimonio. Tenemos justicia de nuestro lado.

—La justicia no siempre gana.

—Entonces nos aseguramos de que gane esta vez.

Rafael entró cojeando, su brazo todavía en cabestrillo pero claramente sanando. Elena frunció el ceño.

—Se supone que debes estar descansando.

—He estado descansando durante una semana. Estoy aburrido. —Rafael se dejó caer en una silla con cuidado—. ¿Qué me perdí?

—El juicio de Álvaro ha sido programado —dijo Bernardo—. Tres semanas. Madrid. Jueces reales.

Algo oscuro cruzó el rostro de Rafael.

—Finalmente.

Elena estudió a su esposo. Había algo en su expresión que la preocupaba. Algo que se parecía demasiado a sed de sangre.

—Rafael. Recuerda: esto es sobre justicia. No venganza.

—Lo sé.

—¿De verdad?

Rafael la miró directamente.

—Elena, ese hombre intentó matarme. Mató a mi madre. Robó de tu familia. Ha lastimado a innumerables personas. Así que perdona si no me siento particularmente caritativo hacia él.

—No estoy pidiendo caridad. Estoy pidiendo que te apegues a la ley. Que dejes que el sistema funcione.

—El sistema falló a mi madre.

—Lo sé. —Elena caminó hacia él, arrodillándose junto a su silla—. Pero no fallará esta vez. Porque nos tenemos mutuamente. Porque tenemos evidencia real. Porque tenemos el oído del Primer Ministro.

Rafael tocó su rostro.

—¿Qué si no es suficiente?

—Entonces lo intentamos de nuevo. Y de nuevo. Hasta que lo sea. —Elena cubrió su mano con la suya—. Pero Rafael, si tomas venganza personal, si cruzas esa línea, te pierdes a ti mismo. Y yo te pierdo a ti. ¿Entiendes?

Un largo silencio. Entonces:

—Entiendo. —Rafael suspiró—. Haremos esto a tu manera. Legalmente. Públicamente. Correctamente.

—A nuestra manera —corrigió Elena—. Somos socios.

—Socios. —Rafael la besó suavemente—. Dios, ¿qué hice para merecerte?

—Sobreviviste a un intento de asesinato. Eso cuenta como algo.

Rafael rio a pesar de la tensión.

—Solo tú harías bromas sobre mi casi muerte.

—Alguien tiene que aligerarte. Te pones tan dramático sobre estas cosas.

—Me balearon.

—Sí, sí. Y te cosí de vuelta. Así que estamos empatados.

Bernardo tosió discretamente.

—¿Debo dejarlos solos?

—No. Necesitamos prepararnos para el juicio. —Elena se puso de pie, pasando a modo de negocios—. Necesitamos cada pieza de evidencia organizada, cada testigo preparado, cada argumento perfeccionado. Álvaro tendrá los mejores abogados que el dinero pueda comprar. Necesitamos ser mejores.

—Ya eres mejor —dijo Rafael—. Eres la mujer más brillante que conozco.

—Adulación no te librará del reposo en cama.

—¿Puedo adularte para unirte a mí en reposo en cama?

Elena se ruborizó.

—¿Estás coqueteando conmigo? ¿Ahora?

—Siempre. —Rafael sonrió—. Casarme contigo fue lo mejor que he hecho en mi vida.

—Casarte conmigo fue estratégico.

—Enamorarme de ti fue lo mejor que he hecho en mi vida. —Rafael se puso serio—. Gracias, Elena. Por salvarme. Por luchar por mí. Por ser exactamente quien eres.

Elena sintió lágrimas picar en sus ojos.

—Gracias por darme razón para luchar. Por ver en mí más que solo un nombre y una dote. Por hacerme tu socia en todo.

Se miraron, estas dos personas que habían entrado a un matrimonio por todas las razones equivocadas y habían encontrado todas las razones correctas para quedarse.

—Tres semanas —dijo Elena finalmente—. Tres semanas hasta que Álvaro enfrente justicia.

—Tres semanas —acordó Rafael—. Y esta vez, la justicia ganará.

Elena esperaba que tuviera razón.

Porque si el sistema fallaba de nuevo, si Álvaro escapaba de las consecuencias de nuevo, no estaba segura de poder detener a Rafael de tomar la justicia en sus propias manos.

Y honestamente, no estaba segura de que quisiera detenerlo.

CAPÍTULO 11
El Viaje a Madrid

10 de noviembre de 1789 - Preparación para el viaje
Perspectiva de Elena

Elena estaba empacando documentos cuando Rafael entró en el estudio, luciendo significativamente mejor que hacía tres semanas. Su brazo todavía estaba en cabestrillo, pero el color había regresado a su rostro y se movía con algo parecido a su gracia normal.

—El Doctor Herrera dice que puedo viajar —anunció—. Con precauciones, pero puedo hacerlo.

—¿Y qué precauciones son esas?

—Cambios regulares de vendaje. Sin actividad extenuante. Reposo frecuente. —Rafael hizo una mueca—. Básicamente me trató como un inválido.

—Fuiste baleado hace tres semanas. Eres un inválido.

—Soy un hombre herido. Hay una diferencia.

Elena dejó los documentos, caminando hacia él. Con cuidado, tocó su hombro vendado.

—¿Duele todavía?

—Como el infierno. Pero puedo manejarlo. —Rafael cubrió su mano con la suya—. Elena, necesito estar allí. En Madrid. Para el juicio. No puedo quedarme aquí mientras tú enfrentas a Álvaro sola.

—No estaría sola. Bernardo vendría. Tomás. Rosa si la necesitara.

—Pero no yo. Tu esposo. El hombre que más razones tiene para querer ver a Álvaro castigado. —Los ojos de Rafael buscaron los suyos—. Por favor. Déjame hacer esto.

Elena consideró. Parte de ella quería protegerlo, mantenerlo a salvo en casa mientras ella manejaba la corte. Pero esa no era su asociación. No eran quienes eran juntos.

—De acuerdo. Pero seguimos las órdenes del doctor. Al pie de la letra. El primer signo de que te estás esforzando demasiado, descansas. Sin argumentos.

—Sin argumentos.

—Y yo manejo el interrogatorio cruzado inicial. No puedes perder los estribos si Álvaro dice algo provocador.

Rafael se tensó.

—Elena...

—Es negociable o te quedas en casa. Tu elección. —Elena cruzó los brazos—. Sé que quieres confrontarlo. Pero si pierdes el control en la corte, debilita nuestro caso. Hace que parezcas emocional, irracional. Los jueces favorecerán a Álvaro.

—Entonces ¿qué? ¿Me siento allí en silencio como un niño castigado?

—Te sientas allí como mi socio, apoyándome mientras presento el caso que construimos juntos. —Elena se acercó—. Rafael, tú me enseñaste sobre negocios, sobre estrategia. Ahora déjame enseñarte sobre tribunales. En un tribunal, quien controla sus emociones gana. Siempre.

Rafael exhaló lentamente.

—Tienes razón. Lo sé que tienes razón. Es solo... —Se pasó la mano buena por el cabello—. He esperado este momento durante quince años. Y ahora que está aquí, tengo miedo de arruinarlo.

—No lo arruinarás. Porque no estarás solo. —Elena tomó su mano—. Estaremos juntos. Cada paso del camino.

—Juntos. —Rafael besó su frente—. ¿Cuándo partimos?

—Mañana al amanecer. El juicio es en cinco días. Eso nos da tiempo para establecernos en Madrid, reunirnos con el abogado que contraté, repasar estrategia.

—¿Contrataste un abogado?

—Por supuesto. El mejor abogado criminal en Madrid. Don Sebastián Navarro. Le costará una fortuna, pero vale cada real. —Elena sonrió levemente—. Resulta que cuando le dices a un abogado que vas a procesar a un noble corrupto con el respaldo del Primer Ministro, de repente se vuelve muy interesado en tu caso.

Rafael la miró con algo cercano al temor.

—¿Cuándo te volviste tan formidable?

—Cuando intentaron matarte. Descubrí que la ira es increíblemente motivadora.

—Recuérdame nunca hacerte enojar.

—Demasiado tarde. Ya me haces enojar constantemente. —Elena volvió a empacar—. Como ahora. Se supone que debes estar descansando, no de pie en mi estudio siendo terco.

—Nuestra oficina.

—¿Qué?

—Dijiste 'mi estudio'. Es nuestro estudio. Así como esta es nuestra casa, nuestro matrimonio, nuestra batalla. —Rafael caminó hacia ella—. Socios, ¿recuerdas?

Elena sintió algo calentarse en su pecho.

—Socios. —Se puso de puntillas, besándolo suavemente—. Ahora ve a descansar antes de que tenga que coserte de nuevo.

—Tus amenazas médicas son extrañamente atractivas.

—Es porque secretamente amas que sea mandona.

—No es un secreto. —Rafael robó otro beso—. Es una de tus cualidades más entrañables.

—Adulador.

—Realista.

Mientras Rafael salía cojeando, Elena se volvió hacia su empaque con una sonrisa que no podía suprimir.

Hace dos meses, este matrimonio había sido una transacción. Ahora era... ¿qué? ¿Asociación? Definitivamente. ¿Amor? Sí, eso también.

Pero más que eso, era una elección. Cada día, elegían estar juntos. Elegían luchar juntos. Elegían construir algo más grande que cualquiera de ellos solo.

Y mañana, llevarían esa elección a Madrid, donde finalmente enfrentarían al hombre que había tratado de destruirlos.

Elena solo esperaba estar lista.

11 de noviembre - En el camino a Madrid Perspectiva de Rafael

El carruaje era cómodo, pero cinco días de viaje eran cinco días de viaje. Rafael observaba el paisaje de Castilla pasar por la

ventana, su hombro palpitando con cada bache en el camino.

Elena estaba sentada frente a él, revisando documentos incluso mientras viajaban. Bernardo cabalgaba adelante, escoltándolos. Rosa había insistido en venir también, diciendo que alguien necesitaba asegurarse de que Elena comiera y durmiera apropiadamente.

—Deberías descansar tus ojos —dijo Rafael—. Has estado leyendo durante horas.

—Estoy memorizando fechas. Si voy a interrogar testigos, necesito conocer cada detalle de cada transacción. —Elena no levantó la vista—. Álvaro tratará de confundir la cronología, hacer que parezca que los retiros fueron legítimos. Necesito poder refutar cada afirmación.

—Elena. Mírame.

Ella levantó la vista, parpadeando.

—¿Qué?

—Estás obsesionándote. —Rafael se inclinó hacia adelante con cuidado—. Sé que quieres estar perfectamente preparada. Pero también necesitas estar descansada, clara, capaz de pensar en el momento.

—Puedo hacer ambas cosas.

—No si te agotas antes de que lleguemos. —Rafael le quitó suavemente los documentos—. Estos estarán aquí mañana. Por ahora, solo... habla conmigo. Como mi esposa, no como mi abogado.

Elena suspiró, recostándose contra los cojines.

—Lo siento. Tienes razón. Es solo que... esta es nuestra única oportunidad. Si fallamos, Álvaro sale libre. Y todas las personas que lastimó nunca obtienen justicia.

—Lo sé. Pero también confío en ti. En nosotros. —Rafael le tendió la mano sobre el espacio entre ellos—. Hemos llegado hasta aquí. No fallaremos ahora.

Elena tomó su mano, entrelazando sus dedos.

—¿Asustado?

—Aterrorizado. —Rafael sonrió débilmente—. De perder. De decir algo equivocado. De que Álvaro escape de nuevo.

—Yo también. —Elena apretó su mano—. Pero me ayuda recordar que no estoy sola. Que te tengo.

—Siempre me tendrás. —Rafael levantó su mano, besando sus nudillos—. Sin importar lo que pase en Madrid, sin importar el resultado del juicio, me tienes. Para siempre.

—Esa es una promesa grande.

—Es una que pretendo mantener.

Se sentaron en silencio por un momento, el suave traqueteo del carruaje calmante en su predecibilidad.

Finalmente, Elena habló:

—Rafael, ¿puedo preguntarte algo?

—Cualquier cosa.

—Si ganamos. Si Álvaro es condenado, encarcelado, castigado por todo lo que hizo... ¿será suficiente? ¿Para ti?

Rafael consideró la pregunta cuidadosamente.

—Honestamente, no lo sé. Parte de mí quiere su sangre. Quiere verlo sufrir como mi madre sufrió. —Hizo una pausa—. Pero otra parte... la parte que tú has estado nutriendo... quiere simplemente dejarlo ir. Dejar que la ley lo castigue y seguir adelante con mi vida. Nuestra vida.

—¿Y qué parte ganará?

—La parte que escucha tu voz recordándome quién quiero ser. —Rafael la miró directamente—. Has hecho de mí un hombre mejor, Elena. Más de lo que jamás esperé ser.

—No te hice nada. Solo te recordé quién ya eras.

—Entonces gracias por el recordatorio.

Elena se deslizó sobre el asiento, sentándose junto a él con cuidado de no golpear su hombro. Descansó su cabeza contra su pecho, escuchando el latido constante de su corazón.

—Tengo miedo —admitió en voz baja—. De enfrentar a Álvaro. De decir las palabras que enviarán a un miembro de mi familia a prisión.

—Es tu tío de sangre. Es natural sentirse conflictuada.

—No estoy conflictuada sobre su culpa. Está absolutamente culpable. Pero decir las palabras, en público, en la corte... se sentirá como una traición a mi familia.

—Tu familia lo traicionó primero. A mi madre, a mí, a tu propio padre robándolo ciego. —Rafael acarició su cabello—. Y de todos modos, no eres responsable de los crímenes de Álvaro. Solo de decir la verdad sobre ellos.

—¿Y si la verdad no es suficiente?

—Entonces es que el sistema está roto, no nosotros.

Elena se acurrucó más cerca.

—Prométeme algo.

—¿Qué?

—Si ganamos, si Álvaro es condenado... prometeme que lo dejarás ir. Que no pasarás el resto de nuestra vida definido por lo que él hizo.

Rafael estuvo en silencio por un largo momento.

—Te prometo que lo intentaré. Es lo mejor que puedo ofrecer ahora mismo.

—Es suficiente. —Elena besó su mandíbula—. Eres suficiente.

15 de noviembre - Madrid, la noche antes del juicio
Perspectiva de Elena

La posada en Madrid era elegante pero discreta, el tipo de lugar donde comerciantes ricos se quedaban cuando no querían la atención de una casa noble.

Elena estaba de pie en su habitación, mirando por la ventana el bullicio de la capital. En algún lugar allá fuera, en una casa bajo arresto, Álvaro esperaba. ¿Tenía miedo? ¿Planeaba su defensa? ¿O confiaba tanto en su posición que creía que saldría libre?

Un golpe en la puerta la sacó de sus pensamientos.

—Adelante.

Rafael entró, ya vestido para la cena. Su brazo todavía estaba en cabestrillo, pero por lo demás lucía recuperado. Fuerte. Listo para la batalla.

—El abogado está aquí. Navarro. Quiere repasar la estrategia de mañana una última vez.

—Bien. Déjame solo... —Elena miró su vestido desaliñado—. Dame cinco minutos para cambiarme.

—Elena. Espera. —Rafael cerró la puerta detrás de él—. Antes de que bajemos, antes de que todo esto comience... quiero decirte

algo.

—¿Qué?

Rafael caminó hacia ella, tomando sus manos.

—Gracias. Por todo. Por salvarme. Por luchar por esto. Por ser más fuerte de lo que yo jamás podría ser solo. —Su voz se quebró ligeramente—. Mi madre habría amado conocerte. Habría visto en ti lo que yo veo: brillantez, coraje, un corazón que se niega a aceptar injusticia.

Lágrimas picaron en los ojos de Elena.

—Ojalá pudiera haberla conocido.

—Yo también. Pero la honramos mañana. Obteniendo justicia. Asegurándonos de que su muerte no fue en vano. —Rafael tocó su mejilla—. Y la honramos viviendo bien. Construyendo algo bueno de algo terrible.

—Ya hemos comenzado. —Elena cubrió su mano con la suya —. Esta asociación. Este amor. Nada de eso existiría si no fuera por todo lo que pasamos. Todo lo que ella sufrió.

—Entonces hagamos que valga la pena. Mañana, y todos los días después.

Se besaron, lento y dulce, vertiendo en ese toque todas las promesas que las palabras no podían capturar.

Cuando se separaron, Elena descansó su frente contra la suya.

—Mañana enfrentamos a tu demonio.

—Nuestro demonio. —Rafael la corrigió—. Juntos.

—Juntos. —Elena respiró profundo—. Entonces cambiémonos y bajemos. Tenemos una batalla que ganar.

Abajo en el comedor privado Perspectiva de Rafael

Don Sebastián Navarro era exactamente lo que Rafael había esperado: cincuenta y tantos, cabello plateado perfectamente peinado, traje impecable, ojos que perdían nada.

Era también, claramente, un depredador en la sala del tribunal.

—Señor Domínguez, Señora Domínguez. —Navarro se inclinó —. Gracias por reunirse conmigo esta noche. Sé que deben estar cansados del viaje.

—Estamos bien. —Elena se sentó, toda negocios—. ¿Qué necesita repasar?

Rafael admiró su transformación. Esta era Elena el erudito, Elena el estratega. Enfocada, precisa, sin espacio para emoción que pudiera nublar el juicio.

—Varios puntos. —Navarro extendió documentos—. Primero, la composición del panel de jueces. Tres jueces reales: Don Felipe García, Don Antonio Ruiz, y Don Miguel Serrano. Los tres nombrados por Floridablanca, todos con reputación de integridad.

—¿Qué tan integridad? —preguntó Rafael—. ¿Pueden ser sobornados?

—Cualquiera puede ser sobornado con suficiente dinero. —Navarro se encogió de hombros—. Pero estos hombres están bajo el escrutinio del Primer Ministro. Arriesgar su posición por Álvaro de Mendoza sería... poco sabio.

—¿Entonces tenemos jueces justos? —presionó Elena.

—Tienen jueces que están inclinados a parecer justos. Lo cual, en este caso, favorece. —Navarro se inclinó hacia adelante—. Pero necesitamos ser estratégicos. Álvaro tiene abogados excelentes. Argumentarán que los retiros fueron autorizados, que el incendio fue un accidente, que el intento de asesinato contra el Señor Domínguez fue perpetrado por criminales actuando independientemente.

—¿Pero tenemos evidencia que refuta todo eso? —dijo Elena.

—Tenemos evidencia. Lo que necesitamos es presentarla perfectamente. —Navarro miró a Elena—. Señora Domínguez, tengo entendido que desea testificar.

—Sí. Como hija de la familia, puedo hablar sobre las finanzas de la hacienda, sobre el comportamiento de Álvaro, sobre cómo su malversación afectó nuestra operación.

—Y también puede ser destrozada en interrogatorio cruzado como esposa vengativa de un comerciante resentido tratando de destruir a un miembro noble de su propia familia. —Navarro sostuvo su mirada—. Disculpe la franqueza, pero necesita estar preparada para eso.

—Lo estoy. —La voz de Elena era fría—. Deje que traten de retratarme como histérica o emocional. Solo necesito mantener la calma y presentar los hechos. Los números hablan por sí mismos.

—¿Y usted, Señor Domínguez? —Navarro se volvió hacia Rafael—. ¿Puede mantener la calma cuando Álvaro esté sentado a metros de distancia? ¿Cuando sus abogados sugieran que su madre era una prostituta gitana que manipuló a un anciano? ¿Cuando insinúen que el incendio fue su propia culpa?

Rafael sintió que su control se deslizaba inmediatamente, la ira subiendo caliente y rápida.

Elena puso su mano sobre la suya, apretando con advertencia.

—Puede y lo hará —dijo ella firmemente—. Porque entiende que perder el control significa perder el caso. ¿No es así, Rafael?

Rafael respiró profundo, obligándose a calmarse.

—Sí. Puedo mantener la calma. Tengo que hacerlo.

—Bien. Porque su testimonio es crítico. —Navarro sacó más documentos—. Usted es el único testigo vivo del incendio que puede hablar sobre la presencia de Álvaro esa noche. Su testimonio conecta todos los puntos.

—¿Qué hay de Rosa? —preguntó Elena—. Ella vio a Álvaro entrar con la lámpara de aceite.

—Una sirvienta. Útil como evidencia de apoyo, pero fácilmente descartada. —Navarro negó con la cabeza—. No, esto depende de ustedes dos. Sus testimonios, su evidencia, su capacidad de permanecer creíbles bajo presión.

—Entonces lo seremos —dijo Rafael—. Creíbles. Calmados. Preparados.

—Bien. Porque mañana, la guerra comienza. —Navarro reunió sus documentos—. Los abogados de Álvaro tratarán de atacar su carácter, su matrimonio, sus motivos. Tratarán de hacer que esto parezca una disputa familiar en lugar de un caso criminal. No se lo permitan.

—No lo haremos. —Elena se puso de pie—. ¿Algo más que necesitemos saber?

—Sí. Una cosa. —Navarro los miró seriamente—. Incluso con toda nuestra evidencia, toda nuestra preparación... este juicio podría ir de cualquier manera. Los nobles se protegen mutuamente. La familia Mendoza tiene conexiones. Álvaro podría caminar libre.

—Si lo hace... —Rafael comenzó.

—Si lo hace, apelamos. Llevamos el caso más alto. Hacemos suficiente ruido que Floridablanca no puede ignorarlo. —Navarro se puso de pie—. Pero yo no planeo perder. Y ustedes tampoco deberían. Así que descansen esta noche. Porque mañana, les mostramos a esos jueces exactamente qué tipo de monstruo es Álvaro de Mendoza.

Cuando Navarro se fue, Rafael y Elena se quedaron solos en el comedor privado.

—¿Lista? —preguntó Rafael.

—No. Pero lo estaré. —Elena tomó su mano—. Vamos a la cama. Necesitamos dormir.

Arriba en su habitación, se acostaron juntos, sosteniéndose mutuamente en la oscuridad.

—Elena —murmuró Rafael—. Pase lo que pase mañana...

—Te amo. Lo sé. Y yo te amo también. —Elena besó su mandíbula—. Ahora duerme. Necesitas tu fuerza.

Rafael cerró los ojos, escuchando el latido constante del corazón de Elena junto al suyo.

Mañana, enfrentaría al hombre que mató a su madre.

Y con Elena a su lado, finalmente obtendría justicia.

O moriría intentándolo.

CAPÍTULO 12
El Juicio - Día Uno

16 de noviembre de 1789 - Palacio de Justicia de Madrid Perspectiva de Elena

La sala del tribunal era intimidante de maneras que Elena no había anticipado.

No era solo el tamaño —aunque era enorme, con techos abovedados y ventanas altas que dejaban entrar luz fría de noviembre. No era solo la formalidad —aunque los tres jueces en sus togas negras, sentados en un estrado elevado, parecían figuras de juicio divino más que hombres mortales.

Era el peso de la historia. Generaciones de justicia y injusticia, verdad y mentiras, habían ocurrido en este espacio. Y ahora Elena estaba parada aquí, a punto de añadir su propia historia a esas capas.

Rafael estaba sentado junto a ella en la mesa del acusador, su postura perfectamente controlada a pesar de que Elena podía sentir la tensión vibrando a través de él. Navarro estaba a su otro lado, revisando notas de última hora.

Y al otro lado de la sala, sentado en la mesa de la defensa con dos abogados impecablemente vestidos, estaba Álvaro de Mendoza.

Elena lo obligó a mirarlo directamente.

Su tío lucía menor de lo que recordaba. Todavía elegante, todavía con esa arrogancia innata de la nobleza, pero había líneas de tensión alrededor de sus ojos que no habían estado allí antes. Arresto domiciliario, aparentemente, no le había sentado bien.

Los ojos de Álvaro se encontraron con los suyos a través de la sala. Por un momento, Elena vio algo que podría haber sido remordimiento. Luego desapareció, reemplazado por frío desprecio.

Bien, pensó Elena. *Desprecio puedo manejar. Desprecio significa que me ve como una amenaza.*

Un alguacil golpeó su bastón contra el suelo.

—¡Todos de pie para los Honorables Jueces del Tribunal Real!

La sala se puso de pie mientras los tres jueces entraban. Don Felipe García en el centro —mayor, calvo, con una expresión que sugería que había visto todo y se impresionaba con poco. Don Antonio Ruiz a su izquierda —más joven, tal vez cuarenta, con ojos agudos que perdían nada. Don Miguel Serrano a su derecha —cincuenta y tantos, con el aire de un académico obligado a juzgar en lugar de estudiar.

Los jueces se sentaron. La sala los siguió.

Don Felipe se aclaró la garganta, su voz resonando en el espacio.

—Este tribunal está ahora en sesión. El caso ante nosotros: La Corona versus Don Álvaro de Mendoza y Silva, acusado de malversación, intento de asesinato, y complicidad en homicidio. —Hizo una pausa, mirando alrededor de la sala—. Este es un asunto grave. Un miembro de la nobleza acusado de crímenes capitales. Procederemos con decoro, con evidencia, y con respeto por la justicia. ¿Entendido?

—Entendido, Su Señoría —respondieron ambos equipos legales al unísono.

—Señor Navarro. Presente su caso de apertura.

Navarro se puso de pie, caminando hacia el centro de la sala con la confianza de un hombre que había hecho esto mil veces.

—Sus Señorías, la evidencia que presentaremos durante este juicio pintará un cuadro de un hombre consumido por la codicia y el odio. Don Álvaro de Mendoza, durante un período de cinco años, robó sistemáticamente sesenta mil reales de su propia familia. Cuando su crimen estaba a punto de ser descubierto, orquestó un incendio que mató a una mujer inocente —Marisol Santacruz— para distraer la atención y destruir evidencia. Y cuando el hijo de esa mujer regresó buscando justicia, Don Álvaro contrató asesinos para matarlo.

Murmullos corrieron por la galería. Los jueces permanecieron impasibles.

Navarro continuó:

—Tenemos documentos financieros que demuestran la malversación. Tenemos testimonios de testigos del incendio. Tenemos la confesión de un hombre contratado para matar. Y tenemos a las víctimas mismas —Señor Rafael Domínguez y su esposa, Señora Elena Domínguez— dispuestos a testificar sobre los crímenes cometidos contra ellos.

—Alegatos impresionantes, Señor Navarro. —Don Felipe miró a la mesa de la defensa—. Señor Márquez, su respuesta.

El abogado principal de Álvaro se puso de pie. Era mayor que Navarro, con cabello completamente blanco y una voz que goteaba condescendencia aristocrática.

—Sus Señorías, lo que mi estimado colega describe como 'crimen' fue en realidad administración familiar legítima. Don Álvaro, como heredero de la familia Mendoza, tenía todo el derecho de mover fondos según lo considerara necesario para el bienestar de la propiedad. El incendio fue una tragedia, sí, pero un accidente —investigado en su momento y declarado tal por autoridades locales. Y en cuanto al supuesto 'intento de asesinato'... —Márquez gesticuló desdeñosamente— ...mi cliente estaba en Madrid bajo arresto domiciliario cuando ocurrió. Cualquier sugerencia de que estuvo involucrado es pura especulación.

—Veremos si la evidencia apoya esa afirmación. —Don Felipe hizo un gesto—. Señor Navarro, llame a su primer testigo.

—La acusación llama a Señora Elena Domínguez, nacida de Mendoza.

Elena sintió que su pulso se aceleraba. Este era el momento. Todo por lo que había estado preparándose.

Se puso de pie, alisó su vestido —azul oscuro, formal pero no ostentoso— y caminó hacia el estrado de testigos. Cada ojo en la sala estaba sobre ella.

Colocó su mano sobre la Biblia que le ofrecía el alguacil.

—¿Jura decir la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad, ante Dios y este tribunal?

—Lo juro.

Elena se sentó, posicionándose para ver tanto a Navarro como a los jueces. Rafael estaba en su línea de visión periférica, un

ancla constante.

Navarro se acercó, su expresión amable.

—Señora Domínguez, por favor dígale al tribunal su relación con el acusado.

—Álvaro de Mendoza es mi tío. El hermano de mi padre. —La voz de Elena era clara, firme—. También fue administrador de la Hacienda de las Estrellas durante la enfermedad de mi abuelo, desde 1780 hasta 1785.

—¿Y durante ese tiempo, tenía acceso a las finanzas de la hacienda?

—Acceso completo. Control de facto sobre todos los fondos.

—¿Puede describir el estado financiero de la hacienda durante ese período?

Elena respiró profundo, cambiando a modo académico. Esto ella podía hacer. Los números eran seguros. Los números no mentían.

—En 1780, la Hacienda de las Estrellas era solvente. No rica, pero estable. Reservas de aproximadamente ochenta mil reales, ingresos anuales de veinticinco mil de producción de aceite de oliva y vino. Para 1785, cuando mi abuelo murió y mi padre asumió control oficial, las reservas se habían reducido a dieciséis mil reales. Los ingresos anuales se habían desplomado a quince mil.

—¿Sesenta y cuatro mil reales desaparecidos en cinco años?

—Sí.

—¿Y tiene documentación de esto?

—Sí. Libros mayores que muestran cada transacción. —Elena gesticuló hacia la pila de documentos en la mesa del acusador—. Todos firmados por Álvaro de Mendoza como administrador.

Navarro caminó hacia la mesa, tomando un libro mayor específico.

—Exhibición A, Sus Señorías. ¿Puede identificar esto, Señora Domínguez?

—Es el libro mayor de 1781. Muestra retiros significativos en marzo, junio y septiembre. Totalizando veintitrés mil reales ese año solo.

—¿Y hay documentación de a dónde fueron estos fondos?

—No. Las entradas solo dicen 'gastos administrativos' o 'mejoras de la propiedad'. Pero no hay recibos correspondientes, sin contratos con comerciantes, sin registro de qué mejoras específicas se hicieron.

—En su evaluación profesional —porque entiendo que ha estado manejando las finanzas de la hacienda durante varios años— ¿estos retiros parecen legítimos?

Elena miró directamente a los jueces.

—No. Son exactamente el patrón que se esperaría de malversación sistemática. Cantidades lo suficientemente grandes para ser significativas pero lo suficientemente pequeñas para no levantar alarmas inmediatas. Etiquetado vago que hace difícil cuestionar. Sin documentación de respaldo que permitiría auditoría.

Márquez se puso de pie.

—Objeción. La testigo está especulando sobre las intenciones de mi cliente.

—No estoy especulando sobre intenciones —dijo Elena fríamente antes de que Navarro pudiera responder—. Estoy declarando hechos sobre prácticas contables. Estos retiros son, objetivamente, inconsistentes con administración apropiada.

Don Felipe casi sonrió.

—Objeción denegada. La testigo está calificada para hablar sobre prácticas contables. Continúe, Señor Navarro.

Perspectiva de Rafael

Rafael observaba a Elena destrozar metódicamente el caso de Álvaro con nada más que hechos y lógica.

Estaba magnífica. Cada pregunta respondida con precisión. Cada objeción de la defensa rechazada con calma. Nunca emocional, nunca histérica, solo implacablemente racional.

Era exactamente el tipo de testigo que los jueces respetarían.

Navarro continuó por una hora, guiando a Elena a través de cada transacción sospechosa, cada año de declinación financiera. Para cuando terminó, el caso de malversación era abrumador.

—Sin más preguntas, Sus Señorías.

Don Felipe asintió.

—Señor Márquez, puede interrogar.

Márquez se puso de pie, y Rafael sintió cada músculo tensarse. Esto era lo que habían estado preparando. El intento de la defensa de desacreditar a Elena.

Márquez se acercó al estrado, su expresión condescendiente.

—Señora Domínguez, o debería decir, Señora de Mendoza, ya que ese sigue siendo su apellido legal...

—Mi apellido legal es Domínguez. Cambió al matrimonio, como es costumbre. —Elena no parpadeó—. Pero puede llamarme como guste.

—Muy bien. Señora... Domínguez. —Márquez casi escupió el nombre—. ¿No es verdad que se casó con Rafael Domínguez hace menos de dos meses?

—Sí.

—¿Y no es verdad que este matrimonio fue... precipitado? Arreglado rápidamente debido a las dificultades financieras de su familia?

—Mi familia tenía dificultades financieras porque su cliente las robó. —Elena sostuvo su mirada—. Así que sí, el tiempo fue influenciado por las acciones de Don Álvaro.

—¿O tal vez el tiempo fue influenciado por el deseo de su esposo de venganza contra un hombre al que culpa por la muerte de su madre?

—Mi esposo busca justicia, no venganza. Hay una diferencia.

—¿De verdad? Porque parece bastante conveniente que usted, miembro de la familia Mendoza, de repente se case con un extraño y inmediatamente lo ayude a presentar cargos contra su propio tío. —Márquez se inclinó más cerca—. ¿Cuánto le pagó el Señor Domínguez por su cooperación?

Elena se puso de pie abruptamente, su voz cortando como un látigo.

—No me pagó nada. Me casé con él porque es un hombre honorable que ofreció salvar a mi familia de la ruina que su cliente creó. Y estoy testificando porque, a diferencia de generaciones de Mendozas antes que yo, me niego a permanecer en silencio mientras un criminal se esconde detrás de su título.

La sala estalló en murmullos. Don Felipe golpeó su martillo.

—¡Orden! Señora Domínguez, siéntese. Señor Márquez, haga sus preguntas sin impugnar el carácter de la testigo.

Márquez retrocedió, claramente sin haber esperado tal ferocidad de una mujer noble.

—Sin más preguntas.

Elena bajó del estrado, caminando de vuelta a su asiento con la cabeza en alto. Cuando se sentó junto a Rafael, él tomó su mano bajo la mesa, apretando con orgullo.

Perfecta, quería decir. *Absolutamente perfecta.*

Navarro se inclinó.

—Bien hecho. Los tiene replanteándose toda su estrategia.

Don Felipe miró su reloj.

—Es casi mediodía. Haremos un receso de dos horas para el almuerzo. El tribunal se reanudará a las dos en punto. —Golpeó su martillo—. Desestimado.

Sala privada - Receso del almuerzo Perspectiva de Elena

Elena colapsó en una silla en el momento en que entraron a la sala privada que Navarro había asegurado.

—Dios. Eso fue...

—Brillante —terminó Rafael—. Fuiste absolutamente brillante.

—Estuve a segundos de gritarle. —Elena se cubrió el rostro—. Cuando sugirió que me habías pagado por testificar, quería...

—Lo manejaste perfectamente. Le mostraste a los jueces que no eres una esposa intimidable. —Navarro vertió vino para todos ellos—. Los tiene nerviosos. Márquez no esperaba que fueras tan formidable.

—¿Entonces vamos ganando? —preguntó Rafael.

—Ganando el caso de malversación, absolutamente. Los números son irrefutables. —Navarro se recostó—. Pero el asesinato y el intento de asesinato son más difíciles. Necesitamos establecer el patrón: Álvaro mata para cubrir sus crímenes. Por eso esta tarde, Rafael, testificarás sobre el incendio.

Rafael se tensó inmediatamente.

—Ya hablamos de esto. Puedo manejarlo.

—¿Puedes? —Navarro lo estudió—. Porque tendrás que describir ver morir a tu madre. En detalle. Mientras Álvaro se sienta a metros de distancia. Y mantener el control emocional todo el tiempo.

—Puedo hacerlo.

Elena tomó la mano de Rafael.

—Si se vuelve demasiado...

—No lo hará. —Rafael la miró—. Hemos llegado demasiado lejos para fallar ahora.

2:00 PM - El tribunal se reanuda Perspectiva de Rafael

—La acusación llama a Señor Rafael Domínguez Santacruz.

Rafael se puso de pie, caminando hacia el estrado de testigos. Cada paso se sentía ponderado, significativo. Este momento había estado llegando durante quince años.

Juró, se sentó, obligó a sus manos a estar quietas en su regazo.

Navarro se acercó.

—Señor Domínguez, por favor dígale al tribunal su nombre completo y fecha de nacimiento.

—Rafael Domínguez Santacruz. Nacido el veintidós de octubre de 1774.

—¿Y sus padres?

Rafael respiró profundo.

—Mi madre era Marisol Santacruz. Mi padre era Don Fernando de Mendoza, padre del acusado.

Más murmullos de la galería. Los jueces se inclinaron hacia adelante, interesados.

—¿Entonces es el medio hermano de Don Álvaro?

—Soy su sobrino biológico. Su hermano bastardo, técnicamente, aunque nunca fui reconocido legalmente.

—¿Dónde creció?

—En la Hacienda de las Estrellas. Mi madre trabajaba allí como partera y herbalista. Yo... vivíamos en los terrenos de la propiedad.

—¿Cómo lo trataba Don Álvaro?

Rafael mantuvo su voz nivelada.

—Con desprecio. Me llamaba bastardo gitano. Decía que mi madre era una puta, que yo no era nada. Cuando mi padre murió, ese desprecio se convirtió en algo más oscuro. Odio activo.

—¿Puede describir la noche del seis de septiembre de 1781?

Este era el momento. Rafael miró directamente a los jueces, negándose a mirar a Álvaro.

—Yo tenía doce años. Estaba leyendo en el pajar cuando escuché a mi madre gritar. Corrí hacia la ventana y vi humo saliendo de los establos principales. —Su voz quería quebrarse. La mantuvo firme—. Salté del pajar y corrí hacia el fuego. Pude ver a mi madre atrapada dentro, tratando de alcanzar la puerta trasera.

—¿Qué pasó después?

—Traté de entrar. Pero el mayordomo, Tomás, me agarró. Me detuvo. Dijo que era demasiado peligroso. —Rafael cerró los ojos brevemente—. Observé el techo colapsar. Escuché a mi madre gritar. Y luego... silencio.

La sala estaba completamente quieta.

—¿Vio a Don Álvaro esa noche?

—Sí. Estaba de pie en las sombras, observando el fuego. Sonriendo.

—Objeción. —Márquez se puso de pie—. El testigo está atribuyendo emociones que no podría haber conocido en la oscuridad, desde distancia, mientras estaba traumatizado.

—Conocía esa sonrisa. —Rafael miró directamente a Álvaro por primera vez—. La había visto antes. Cada vez que me insultaba, cada vez que amenazaba a mi madre. Era la sonrisa de un hombre que había obtenido exactamente lo que quería.

—Objeción sostenida. —Don Felipe miró a Rafael—. Señor Domínguez, apéguese a lo que vio objetivamente, no a interpretaciones.

—Lo que vi objetivamente fue a Álvaro de Mendoza observando mientras mi madre se quemaba viva. Y no hizo nada para salvarla. —Rafael sostuvo la mirada del juez—. Eso es un hecho.

Don Antonio, el juez más joven, habló por primera vez.

—¿Alguna vez vio a Don Álvaro entrar a los establos antes del incendio?

—No directamente. Pero la sirvienta Rosa lo hizo. Ella testificará que lo vio entrar con una lámpara de aceite aproximadamente una hora antes de que comenzara el fuego.

—Esa servidumbre testificará después. —Navarro asintió—. Señor Domínguez, después del incendio, ¿qué pasó?

—Huí. Esa noche. Tomás me dijo que corriera, que Álvaro no se detendría conmigo. —Rafael tragó saliva—. Tenía doce años. Sin dinero, sin familia, ningún lugar a donde ir. Pero sabía que si me quedaba, estaría muerto.

—¿Y fue a dónde?

—Sevilla primero. Luego trabajé mi paso a Nueva España como grumete. Pasé los siguientes quince años construyendo una fortuna para que algún día pudiera regresar y obtener justicia para mi madre.

—¿Y cuando regresó, qué encontró?

—Encontré que la familia Mendoza estaba en bancarrota, saqueada por las mismas manos que mataron a mi madre. Encontré que Álvaro había robado sesenta mil reales para financiar su estilo de vida en Madrid. Encontré que el incendio había sido declarado accidente, sin investigación real. —Rafael se inclinó hacia adelante—. Así que hice lo que mi madre habría querido: busqué justicia legal. Me casé con Elena de Mendoza para legitimar mi reclamo sobre la hacienda. Pagué las deudas de la familia. Y comencé a reunir evidencia.

—¿Y cómo respondió Don Álvaro cuando supo que estaba investigándolo?

—Contrató hombres para matarme. —Rafael señaló su brazo en cabestrillo—. Fui baleado tres semanas atrás. Uno de los atacantes murió, el otro fue capturado. Bajo interrogatorio, confesó que Álvaro de Mendoza lo contrató.

Márquez se puso de pie de un salto.

—Objeción. Esa supuesta confesión es hearsay...

—Tenemos el testimonio firmado. —Navarro sostuvo un documento—. Exhibición F, Sus Señorías. La confesión de Miguel

Ortiz, uno de los hombres contratados para matar a Señor Domínguez.

Don Felipe tomó el documento, leyéndolo cuidadosamente.

—La objeción es denegada. El testimonio firmado es admisible. Continúe.

Navarro se volvió de nuevo a Rafael.

—Una pregunta final, Señor Domínguez. ¿Por qué esperar quince años? ¿Por qué no regresar antes y buscar justicia?

Rafael sonrió amargamente.

—Porque un niño gitano de doce años acusando a un noble de asesinato habría sido ignorado en el mejor de los casos, colgado por difamación en el peor. Necesitaba dinero, posición, influencia. Necesitaba ser alguien a quien escucharían. —Miró a los jueces—. Así que me construí en alguien que no podían ignorar. Y ahora estoy aquí, pidiendo justicia para una mujer que nunca la obtuvo. Mi madre, Marisol Santacruz, merece ser recordada. Merece que su muerte signifique algo. Y Álvaro de Mendoza merece enfrentar consecuencias por lo que hizo.

—Sin más preguntas. —Navarro regresó a su asiento.

Don Felipe miró a Márquez.

—Puede interrogar.

Márquez se acercó, y Rafael se preparó para la batalla.

—Señor... Domínguez. O debería llamarlo Señor Santacruz, ya que ese es el nombre que aparentemente lleva cuando le conviene. —La voz de Márquez estaba llena de condescendencia—. Tiene una historia bastante dramática. Niño huérfano, fortuna hecha propia, regreso triunfal. Casi como un cuento de hadas.

—Mi vida no ha sido un cuento de hadas. —Rafael sostuvo su mirada—. Ha sido una lucha por sobrevivir en un mundo que me dijo que no era nada.

—Y sin embargo aquí está. Rico, casado con una noble, acusando a su propio tío de asesinato. —Márquez se inclinó—. ¿No es posible, Señor Domínguez, que toda esta historia es solo eso? ¿Una historia? Una manera de justificar su resentimiento contra un hombre que simplemente ejerció su derecho legal de administrar una propiedad familiar?

—No estoy resentido. Estoy justificado. —Rafael sintió su control deslizándose pero lo sujetó—. Y cada afirmación que he hecho está respaldada por evidencia.

—¿Evidencia? ¿O interpretación conveniente? Por ejemplo, dice que vio a mi cliente 'sonriendo' mientras ardía el fuego. Pero estaba oscuro, estaba distante, usted era un niño traumatizado. ¿Cuán confiable es realmente esa memoria?

—Completamente confiable. —Rafael se inclinó hacia adelante —. Porque esa imagen —Álvaro parado en las sombras, observando a mi madre morir— ha estado grabada en mi cerebro durante quince años. La veo cada noche antes de dormir. La veo cada mañana al despertar. No es un recuerdo borroso. Es una cicatriz.

—O es una fantasía creada por la mente de un niño tratando de darle sentido a una tragedia.

—Entonces explique la malversación. —La voz de Rafael se volvió fría—. Explique los sesenta mil reales robados. Explique por qué Álvaro contrató hombres para matarme cuando comencé a hacer preguntas. Explique todo eso si soy solo un bastardo resentido con una fantasía.

Márquez titubeó, claramente sin haber esperado tal respuesta directa.

—Sin más preguntas. —Se retiró rápidamente.

Rafael bajó del estrado, sus piernas apenas sosteniéndolo. Elena lo agarró del brazo en el momento en que alcanzó su asiento, sosteniéndolo firme.

—Lo lograste —susurró—. Perfecto.

Don Felipe miró su reloj.

—Es tarde. El tribunal se levantará por el día. Nos reanudamos mañana a las nueve en punto. —Golpeó su martillo—. Desestimado.

Mientras todos se ponían de pie, Rafael finalmente miró directamente a Álvaro.

Su tío lo estaba mirando con odio puro, sin disfraz.

Y por primera vez, Rafael vio miedo también.

Álvaro finalmente entendía: esto no era una disputa familiar que podría manipular. Esto era justicia real, viniendo con el peso de

la ley detrás de ella.

Y no había escape.

Esa noche - La posada Perspectiva de Elena

Elena encontró a Rafael en su habitación, mirando por la ventana a Madrid bajo la luz de la luna.

—No cenaste.

—No tengo hambre.

Elena caminó hacia él, envolviendo sus brazos alrededor de su cintura desde atrás.

—Hablaste sobre ella hoy. Sobre tu madre. En la corte, frente a todos esos extraños. Eso debe haber sido...

—Devastador. —La voz de Rafael se quebró—. Y también... liberador. Como si finalmente, después de todos estos años, alguien más estuviera escuchando su historia. Conociendo su nombre.

—Todos la conocen ahora. Marisol Santacruz. El tribunal la escuchó. Los jueces la escucharon. —Elena descansó su mejilla contra su espalda—. Estaría orgullosa de ti.

—No lo sé. Todavía no hemos ganado.

—Pero lo haremos. —Elena lo giró para enfrentarla—. ¿Viste el rostro de Álvaro? Tiene miedo. Porque finalmente entiende que no puede salir de esto.

—O está planeando algo. —Rafael tocó su rostro—. Elena, si algo sale mal, si Álvaro intenta lastimarte...

—No lo hará. Estamos en Madrid, rodeados de guardias reales, bajo la protección de Floridablanca. Estamos a salvo. —Ella lo besó suavemente—. Y mañana seguimos luchando. Juntos.

—Juntos. —Rafael la abrazó fuerte—. Gracias. Por todo. Por creer en mí. Por luchar por esto. Por ser la persona más extraordinaria que he conocido.

—Soy solo yo. Elena. Mujer común con mancha de tinta en sus dedos y demasiadas opiniones.

—No hay nada común en ti. —Rafael la besó profundamente —. Eres magnífica. Y te amo más de lo que las palabras pueden expresar.

—Entonces muéstramelo. —Elena lo guió hacia la cama—. Muéstramelo esta noche. Porque mañana luchamos de nuevo.

Y lo hizo.

CAPÍTULO 13
El Día del Juicio Final

17 de noviembre de 1789 - Día Dos del Juicio Perspectiva de Elena

Elena despertó antes del amanecer, encontrando el lado de Rafael de la cama vacío. Lo encontró en la pequeña sala de estar de su suite, completamente vestido, mirando documentos a la luz de una vela.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto?

—Nunca dormí. —Rafael no levantó la vista—. Seguía repasando todo en mi cabeza. Cada testimonio, cada pieza de evidencia. Buscando debilidades que Márquez pueda explotar.

Elena se sentó junto a él, quitándole suavemente los documentos de las manos.

—Rafael. Necesitas confiar en el proceso. Tenemos un caso sólido.

—¿Y si no es suficiente? ¿Y si los jueces deciden que un noble merece el beneficio de la duda sobre un comerciante advenedizo y su esposa traidora?

—Entonces apelamos. Y seguimos luchando. —Elena tomó su rostro entre sus manos—. Pero no anticipemos la derrota. Hoy, Rosa testifica. Tomás testifica. Y el sicario que confesó. Tres testigos más martillando clavos en el ataúd de Álvaro.

—A menos que Márquez los desacredite.

—No puede desacreditar tres testimonios separados que todos cuentan la misma historia. —Elena lo besó—. Ahora vístete apropiadamente. Te ves terrible.

Rafael casi sonrió.

—Gracias por tu honestidad brutal.

—Es uno de mis muchos encantos.

9:00 AM - El Tribunal se Reanuda Perspectiva de Rafael

La sala del tribunal estaba aún más llena que el día anterior. La noticia del juicio aparentemente se había extendido por Madrid, atrayendo espectadores curiosos que querían ver a un noble en el banquillo.

Álvaro estaba sentado en la mesa de la defensa, luciendo más compuesto que la noche anterior. Pero Rafael notó las líneas de tensión alrededor de sus ojos, la forma en que sus manos temblaban ligeramente.

Bien, pensó Rafael. *Que sufra.*

Don Felipe golpeó su martillo.

—El tribunal está en sesión. Señor Navarro, su próximo testigo.

—La acusación llama a Rosa María Fernández.

Rosa entró en la sala, luciendo pequeña pero digna en su mejor vestido negro. Elena le había ayudado a prepararse, asegurándose de que luciera respetable, confiable. Una mujer que había dedicado su vida al servicio honesto.

Después de jurar, Rosa se sentó, sus manos dobladas perfectamente en su regazo.

Navarro se acercó con gentileza.

—Señora Fernández, por favor dígale al tribunal cuánto tiempo ha trabajado para la familia Mendoza.

—Cuarenta y dos años, señor. Comencé cuando tenía trece años como criada de cocina. Trabajé hasta convertirme en ama de llaves principal.

—¿Entonces conocía bien a todos los miembros de la familia?

—Sí, señor. Muy bien.

—¿Conocía a Marisol Santacruz?

Los ojos de Rosa se suavizaron.

—La conocía. Buena mujer. Sabia, amable. Tenía un don con las hierbas y la sanación. Salvó mi vida una vez, cuando tuve fiebre que los médicos decían que me mataría.

—¿Y su hijo, Rafael?

—Niño brillante. Siempre leyendo, siempre haciendo preguntas. Marisol estaba muy orgullosa de él. —Rosa miró a Rafael

brevemente, sus ojos brillando—. Merecían mejor de lo que recibieron.

—¿Puede decirnos qué vio la noche del seis de septiembre de 1781?

Rosa respiró profundo.

—Yo estaba cerrando la cocina cuando vi a Don Álvaro salir de la casa. Llevaba una lámpara de aceite, caminando hacia los establos. Pensé que era extraño, tan tarde en la noche, pero no era mi lugar cuestionar.

—¿Qué hora era?

—Pasadas las once. Tal vez las once y media.

—¿Y luego?

—Vi a Marisol siguiéndolo. Parecía preocupada. Escuché voces elevadas desde los establos. Álvaro gritando algo sobre gitana y bastardo. Marisol tratando de calmarlo. —Rosa se limpió los ojos—. Entonces escuché a los caballos asustándose. Y luego... humo.

—¿Vio salir a Don Álvaro?

—Sí. Salió caminando justo antes de que comenzaran las llamas reales. Sin prisa, sin pánico. Como si supiera exactamente lo que estaba a punto de pasar.

—Objeción. —Márquez se puso de pie—. La testigo está especulando sobre el estado mental de mi cliente.

—Estoy describiendo lo que vi. —Rosa miró a Márquez directamente—. Y vi a un hombre salir caminando tranquilamente de un edificio que estaba a punto de explotar en llamas, dejando a una mujer atrapada dentro.

—Objeción sostenida. —Don Felipe miró a Rosa—. Señora, por favor limite su testimonio a lo que observó directamente.

—Sí, Su Señoría. —Rosa asintió—. Observé directamente a Don Álvaro entrar a los establos con una lámpara de aceite. Observé directamente que salió justo antes del incendio. Y observé directamente que cuando todos corrían para ayudar, él se paró en las sombras, observando.

Navarro se volvió hacia los jueces.

—Sin más preguntas.

Márquez se acercó para el interrogatorio cruzado, su expresión condescendiente.

—Señora Fernández, ¿cuántos años tiene?

—Cincuenta y cinco, señor.

—¿Y cuán buena es su vista, especialmente de noche?

—Lo suficientemente buena para ver lo que vi.

—¿Pero estaba oscuro? ¿Pasadas las once, como dijo?

—Había luna llena. Y antorchas en el patio.

—Aun así, identificar a alguien desde distancia, en la oscuridad... ¿No es posible que se equivocara? ¿Que vio a algún otro miembro de la familia?

—No me equivoqué. —La voz de Rosa era firme—. Conozco cómo camina Don Álvaro. Conozco su voz. Era él.

—¿O quiere que sea él porque está leal a su actual empleador, Señor Domínguez, quien convenientemenete paga su salario?

Rosa se enderezó, ofendida.

—No soy leal a quien me paga. Soy leal a la verdad. Y la verdad es que Don Álvaro mató a Marisol Santacruz. Lo vi entonces, y lo digo ahora, sin importar quién me emplee.

—Sin más preguntas. —Márquez se retiró, claramente sin haber hecho mella en el testimonio de Rosa.

Cuando Rosa bajó del estrado, pasó por la mesa del acusador y apretó brevemente el hombro de Rafael.

Él cubrió su mano con la suya, sin palabras necesarias.

Perspectiva de Elena

El siguiente testigo fue Tomás, el mayordomo anciano que había servido a la familia Mendoza durante más de cuarenta años.

Su testimonio corroboró el de Rosa: había visto a Álvaro cerca de los establos, había escuchado la discusión, había encontrado a Rafael tratando de entrar al edificio en llamas.

—Traté de detener al muchacho —dijo Tomás, su voz quebrándose—. Le dije que su madre había ido. Pero me llamó mentiroso, luchó como un animal salvaje. Tuve que arrastrarlo físicamente mientras gritaba su nombre.

—¿Y Don Álvaro? —preguntó Navarro—. ¿Dónde estaba durante todo esto?

—Observando. Solo... observando. —Tomás miró directamente a Álvaro—. Le supliqué que ayudara, que hiciera algo. Él me dijo que algunos incendios necesitan arder.

La sala estalló en murmullos. Los jueces se inclinaron hacia adelante.

Don Antonio habló:

—¿Está diciendo que Don Álvaro dijo explícitamente que el incendio necesitaba arder?

—Sí, Su Señoría. Esas palabras exactas.

Márquez se puso de pie inmediatamente.

—Objeción. Este supuesto comentario nunca fue reportado en ninguna investigación en ese momento. ¿Por qué el testigo espera quince años para mencionarlo?

—Porque hace quince años, nadie quería escuchar a un mayordomo acusar a un noble. —Tomás miró a Márquez firmemente —. Pero ahora alguien está escuchando. Así que estoy diciendo la verdad que he cargado durante todos estos años.

Don Felipe consideró.

—La objeción es denegada. El testimonio es admisible, aunque el tribunal nota el retraso en el reporte.

Márquez intentó desacreditar a Tomás durante el interrogatorio cruzado, pero el anciano se mantuvo firme en cada detalle. Para cuando terminó, quedaba claro que el testimonio había dañado gravemente la defensa de Álvaro.

Elena apretó la mano de Rafael bajo la mesa.

—Casi ahí —susurró.

—Todavía necesitamos al sicario. Su testimonio conecta el pasado con el presente.

—Y lo tendremos. —Elena miró a Navarro, quien asintió—. Confía en el proceso.

11:30 AM - Testimonio del Sicario Perspectiva de Rafael

Miguel Ortiz entró en la sala del tribunal encadenado, escoltado por dos guardias. Era un hombre grande, de treinta y

tantos, con cicatrices que sugerían una vida de violencia.

Pero cuando juró y se sentó, Rafael vio miedo en sus ojos. Este era un hombre que había aceptado un trato para su propia supervivencia.

Navarro no perdió tiempo.

—Señor Ortiz, está actualmente encarcelado por intento de asesinato, ¿correcto?

—Sí, señor.

—¿Y ha firmado una confesión completa a cambio de una sentencia reducida?

—Sí, señor. Veinte años en lugar de la horca.

—Dígale al tribunal: ¿quién lo contrató para matar a Rafael Domínguez?

Ortiz señaló directamente a Álvaro.

—Ese hombre. Don Álvaro de Mendoza.

Un murmullo corrió por la sala. Álvaro se puso pálido pero se mantuvo compuesto.

—¿Cómo se hizo el contacto?

—Un intermediario. Hombre llamado Vargas. Dijo que un noble en Madrid necesitaba un trabajo hecho discretamente. Me ofreció quinientos reales. —Ortiz se encogió de hombros—. Buen dinero para trabajo fácil. O eso pensé.

—¿Cuál era el trabajo?

—Matar a Rafael Domínguez. Hacerlo parecer un robo salido mal. —Ortiz miró a Rafael—. Lo siento, señor. No es personal. Solo negocios.

Rafael sintió náuseas pero mantuvo su expresión neutral.

—¿Y cómo sabía que Don Álvaro lo había contratado si el contacto fue a través de un intermediario?

—Porque Álvaro cometió un error. —Una sonrisa leve cruzó el rostro de Ortiz—. Quería asegurarse de que entendí cuán importante era el trabajo. Así que vino personalmente a confirmar detalles. Se reunió conmigo en una taberna en Sevilla tres días antes de que lo intentara.

—¿Tiene alguna prueba de esta reunión?

—Tengo esto. —Ortiz sacó algo de su bolsillo—. Carta firmada por Álvaro, confirmando pago. La guardé como seguro.

Navarro tomó la carta, examinándola, luego la pasó a los jueces.

—Exhibición K, Sus Señorías. Carta firmada por Don Álvaro de Mendoza acordando pago de quinientos reales a Miguel Ortiz para "resolver un asunto familiar urgente."

Don Felipe leyó la carta, sus cejas elevándose.

—Esta es ciertamente la firma de Don Álvaro. La hemos visto en múltiples documentos financieros. —Miró a la mesa de la defensa —. Señor Márquez, ¿su cliente desea responder a esta evidencia?

Márquez susurró furiosamente con Álvaro, luego se puso de pie.

—Mi cliente admite haber pagado al Señor Ortiz. Sin embargo, el pago fue por servicios de seguridad legítimos, no por asesinato.

—¿Servicios de seguridad? —Navarro se volvió hacia Ortiz—. ¿Es eso lo que entendió?

—No, señor. Entendí muy claramente: matar a Rafael Domínguez. Álvaro incluso me mostró un dibujo del objetivo, me dijo dónde encontrarlo, cuál era el mejor momento para atacar. —Ortiz se encogió de hombros—. No hay confusión. Era un contrato de asesinato.

Navarro se volvió hacia los jueces.

—Sin más preguntas.

Márquez se acercó para el interrogatorio cruzado, pero era claro que estaba luchando.

—Señor Ortiz, es un criminal confeso. ¿Por qué deberíamos creer algo de lo que dice?

—Porque ya estoy yendo a prisión por veinte años. Mentir no me ayuda. —Ortiz miró a Márquez directamente—. Su cliente me contrató para matar a un hombre. Fallé. Ahora estoy pagando por ello. Simple.

—¿O está mintiendo para obtener una sentencia reducida?

—Mi sentencia ya está acordada. Firmada por el magistrado. No gano nada con mentir ahora. —Ortiz se inclinó hacia adelante—.

Mire, hago muchas cosas malas. Pero no tomo la culpa por crímenes que no cometí. Y su cliente definitivamente trató de hacer matar a alguien.

Márquez no tenía más preguntas.

Cuando Ortiz fue escoltado fuera, Elena le susurró a Rafael:

—Acabamos de ganar.

—Todavía no. —Rafael miraba a Álvaro, quien susurraba furiosamente con sus abogados—. Algo está mal. Está demasiado tranquilo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que un hombre enfrentando evidencia abrumadora de asesinato e intento de asesinato debería estar entrando en pánico. Pero Álvaro parece... confiado. Como si tuviera un as bajo la manga.

Elena miró a Álvaro, viendo lo que Rafael veía: un hombre que no actuaba como alguien a punto de ser condenado.

—¿Qué crees que está planeando?

—No lo sé. Pero sea lo que sea, viene pronto.

2:00 PM - La Defensa Presenta su Caso Perspectiva de Elena

Después del receso del almuerzo, Márquez se puso de pie para presentar el caso de defensa de Álvaro.

—Sus Señorías, la acusación ha presentado una narrativa convincente. Pero una narrativa no es lo mismo que verdad. —Márquez caminó hacia el centro de la sala—. Mi cliente admite que movió fondos como administrador de la hacienda. Admite que estaba presente la noche del incendio. Incluso admite haber pagado al Señor Ortiz. Pero contexto importa.

—¿Qué contexto justifica asesinato y malversación? —murmuró Rafael.

—Escuchemos. —Elena apretó su mano—. Mejor saber lo que argumentará.

Márquez continuó:

—Don Álvaro de Mendoza es un hombre de honor que ha servido a su familia durante décadas. Los fondos que movió fueron usados para inversiones legítimas que eventualmente beneficiarían a

la hacienda. El incendio fue una tragedia, sí, pero accidentes ocurren en propiedades antiguas. Y el pago al Señor Ortiz fue para servicios de seguridad después de que mi cliente recibió amenazas de muerte de un hombre —Rafael Domínguez— que culpaba abiertamente a mi cliente por la muerte de su madre.

—Eso es una mierda completa —siseó Rafael.

—Tranquilo. —Elena lo mantuvo sentado—. Los jueces ven a través de esto.

—La defensa llama a Don Álvaro de Mendoza.

La sala quedó en silencio.

Álvaro se puso de pie, caminando hacia el estrado de testigos con la dignidad innata de un noble. Juró, se sentó, y miró directamente a los jueces con una expresión de calma ultrajada.

Márquez se acercó.

—Don Álvaro, ¿mató a Marisol Santacruz?

—No.

—¿Robó de su familia?

—No. Moví fondos como administrador autorizado. Cada real fue usado para el beneficio de la hacienda.

—¿Entonces puede documentar a dónde fueron esos fondos?

Álvaro vaciló apenas una fracción de segundo.

—Muchos de los registros se perdieron en... varios incidentes a lo largo de los años. Pero actué con autoridad completa otorgada por mi hermano.

—¿Y el incendio? ¿Qué puede decirnos sobre esa noche?

—Fue una tragedia. Una terrible tragedia. —Álvaro miró apropiadamente entristecido—. Yo estaba en los establos verificando los caballos. Escuché una discusión entre Marisol y uno de los mozos de cuadra sobre el cuidado apropiado. Me fui. Minutos después, el incendio comenzó. Presumiblemente una lámpara volcada, una chispa de heno seco... estos accidentes son comunes.

—¿Por qué no ayudó a combatir el fuego?

—Estaba en shock. Conmocionado. —Álvaro sostuvo la mirada de Márquez—. Y honestamente, para cuando me di cuenta de la gravedad, ya era demasiado tarde. El edificio estaba engullido.

Era bueno, Elena tenía que admitir. Álvaro estaba presentando una narrativa alternativa que explicaba todo sin admitir crimen.

Pero Rafael estaba vibrando con rabia reprimida junto a ella.

—Está mintiendo —susurró—. Cada palabra es mentira.

—Lo sabemos. Los jueces lo saben. Mantén la calma. —Elena lo sostuvo con fuerza.

Márquez continuó:

—¿Y Señor Domínguez? ¿Por qué pagaría a alguien como Miguel Ortiz?

—Porque Rafael Domínguez me amenazó explícitamente. —Álvaro miró directamente a Rafael—. Me envió cartas diciendo que me haría pagar por la muerte de su madre. Que me destruiría. Temía por mi seguridad, así que contraté protección.

—¿Protección que resultó en un intento de asesinato contra el Señor Domínguez?

—Eso no es lo que pedí. Pedí guardaespaldas. Si Ortiz malinterpretó y actuó criminalmente, eso es su responsabilidad, no la mía.

Era inteligente. Admitiendo suficiente para parecer honesto mientras negaba responsabilidad penal.

Navarro se puso de pie para el interrogatorio cruzado, y Elena pudo ver que estaba listo para destrozar el testimonio de Álvaro.

—Don Álvaro, dice que los fondos que movió fueron para inversiones legítimas. ¿Puede nombrar una sola inversión específica?

Álvaro vaciló.

—Hubo... varios proyectos. Mejoras de riego. Nuevo equipo...

—¿Puede nombrar específicamente uno? ¿Con fechas, cantidades, comerciantes involucrados?

—Como dije, muchos registros se perdieron...

—¡Qué conveniente! —Navarro se volvió hacia los jueces—. Sus Señorías, el acusado no puede nombrar una sola inversión específica porque no hubo ninguna. El dinero fue a su bolsillo.

—Objeción. El consejo está argumentando, no interrogando.

—Sostenida. Señor Navarro, haga preguntas.

Navarro se volvió de nuevo a Álvaro.

—Muy bien. ¿Dónde estaba el veintidós de octubre cuando Rafael Domínguez fue atacado?

—En Madrid. Bajo arresto domiciliario.

—¿Y cómo se comunicó con Miguel Ortiz si estaba bajo arresto?

—Yo... no lo hice. Como dije, simplemente lo contraté para protección antes...

—¿Entonces cuándo lo contrató exactamente?

Álvaro vaciló de nuevo, viendo la trampa.

—No recuerdo la fecha exacta...

—¿Pero afirma que fue antes del arresto, lo que sería antes del primero de octubre? Sin embargo, el testimonio de Ortiz dice que se reunió con usted el dieciocho de octubre. Tres semanas después de su arresto. —Navarro sostuvo la carta—. ¿Y esta carta está fechada diecinueve de octubre? ¿Cómo explica eso?

Álvaro se puso pálido.

—Debo haber... la fecha debe estar equivocada...

—¿O está mintiendo? —Navarro se inclinó más cerca—. De hecho, contrató a Ortiz mientras estaba bajo arresto domiciliario, usando intermediarios, para matar a Rafael Domínguez antes de que pudiera testificar. ¿No es verdad?

—¡No!

—¿Entonces explique la carta fechada! ¿Explique el testimonio de Ortiz! ¡Explique cómo un hombre que supuestamente contrató 'protección' de alguna manera resultó en un asesino profesional disparándole a Rafael Domínguez!

Álvaro estaba sudando ahora, su compostura deslizándose.

—Yo... fue un malentendido...

—¿Un malentendido? ¿O un intento calculado de silenciar al único testigo de su crimen? —Navarro se volvió hacia los jueces—. Sus Señorías, este hombre no solo mató a Marisol Santacruz. Intentó matar a su hijo quince años después para cubrir su crimen. Eso no es malentendido. Eso es maldad sistemática.

—¡Objeción!

—¡Sostenida! Señor Navarro, modera tu lenguaje.

Pero el daño estaba hecho. Los jueces estaban mirando a Álvaro con clara desconfianza.

Navarro dio la estocada final:

—Una última pregunta, Don Álvaro. Si realmente amaba a su familia, si realmente actuó en su mejor interés... ¿por qué los dejó en bancarrota? ¿Por qué dejó a su hermano morir en deuda? ¿Por qué forzó a su sobrina a un matrimonio apresurado para salvar a la familia de la ruina que usted creó?

Álvaro lo miró con odio puro.

—Porque esa familia estaba manchada. Manchada por sangre gitana, por el pecado de mi padre. Alguien tenía que limpiar...

Se detuvo abruptamente, dándose cuenta de lo que había dicho.

La sala explotó.

—¡Orden! —Don Felipe golpeó su martillo repetidamente—. ¡Orden!

Pero era demasiado tarde. Álvaro había admitido que vio a la familia como "manchada" por Marisol y Rafael. Había admitido que alguien necesitaba "limpiar" esa mancha.

Había admitido motivo.

Navarro sonrió.

—Sin más preguntas.

Álvaro bajó del estrado, su rostro rojo de rabia e humillación. Márquez lucía derrotado.

Rafael agarró la mano de Elena con tanta fuerza que dolió.

—Lo tenemos —susurró—. Finalmente lo tenemos.

4:00 PM - Argumentos Finales Perspectiva de Rafael

Navarro se puso de pie para su argumento final, caminando hacia el centro de la sala con propósito.

—Sus Señorías, este caso se reduce a un patrón simple. Don Álvaro de Mendoza robó de su familia. Cuando su crimen estaba a punto de ser descubierto, mató para cubrirlo. Y cuando el hijo de su víctima regresó buscando justicia, intentó matar de nuevo. —Hizo una pausa—. Pero esta vez, falló. Y ahora ustedes tienen la oportunidad de hacer lo que debería haberse hecho hace quince años: entregar justicia a Marisol Santacruz y su hijo.

Márquez dio su contra-argumento, pero fue débil. No podía explicar la evidencia financiera. No podía explicar la carta fechada a Ortiz. Y no podía deshacer las palabras de Álvaro sobre "limpiar" la "mancha" en la familia.

Cuando terminó, Don Felipe se volvió hacia sus colegas jueces.

—Nos retiraremos para deliberar. El veredicto será entregado mañana a las diez de la mañana. —Golpeó su martillo—. El tribunal se levanta.

Rafael se sentó aturdido mientras la sala se vaciaba.

—¿Mañana? —dijo—. ¿Tenemos que esperar toda otra noche?

—Es estándar. Los jueces necesitan tiempo para deliberar apropiadamente. —Navarro empacó sus documentos—. Pero honestamente, con la admisión de Álvaro hoy, creo que la deliberación será corta. Espero un veredicto de culpable en todos los cargos.

—¿Y si no? —Rafael no podía permitirse esperanza todavía—. ¿Y si deciden que un noble merece clemencia?

—Entonces apelamos. Y seguimos luchando. —Navarro puso su mano en el hombro de Rafael—. Pero no creo que sea necesario. Ganaste hoy. Solo necesitas esperar unas horas más para hacerlo oficial.

Cuando Navarro se fue, Rafael se volvió hacia Elena.

—¿Qué hacemos ahora?

—Ahora volvemos a la posada, cenamos, tratamos de dormir, y esperamos. —Elena tomó su mano—. Juntos. Como siempre.

—No sé si puedo dormir.

—Entonces te sostendré despierto mientras no duermes. —Elena sonrió levemente—. Hemos llegado tan lejos, Rafael. Un día más.

—Un día más. —Rafael la besó—. Y luego, finalmente, justicia.

Esa noche - La Posada Perspectiva de Elena

Elena encontró a Rafael en el balcón, mirando las estrellas sobre Madrid.

—No dormiste anoche. No vas a dormir esta noche. A este ritmo, estarás demasiado exhausto para disfrutar la victoria.

—Si hay victoria.

—Habrá. —Elena se paró junto a él, siguiendo su mirada—. ¿Ves esa constelación? Orión el Cazador. Tu madre me enseñó sobre él, a través de los diarios de mi madre.

—¿Mi madre escribió sobre estrellas?

—Escribió que incluso en la noche más oscura, las estrellas siguen brillando. Que la luz siempre encuentra una manera. —Elena tomó su mano—. Tu madre fue esa luz para muchas personas. Y tú eres su legado. Su luz continua.

Rafael se volvió hacia ella, lágrimas brillando en sus ojos.

—¿Qué hice para merecerte?

—Sobreviviste. Luchaste. Te negaste a dejar que la oscuridad ganara. —Elena lo abrazó con fuerza—. Y mañana, cuando los jueces lean su veredicto, le dirás al mundo que Marisol Santacruz importó. Que su vida tuvo significado. Que su muerte no fue en vano.

—Y si dicen inocente...

—Si dicen inocente, lo intentamos de nuevo. Apelamos a tribunales superiores. Hacemos tanto ruido que el mundo entero debe escuchar. —Elena lo miró directamente—. Pero Rafael, necesitas prepararte para la victoria también. Porque mañana, probablemente ganemos. Y luego tendrás que decidir: ¿quién eres después de que la venganza termine?

Rafael descansó su frente contra la de ella.

—Soy tuyo. Tu esposo. Tu socio. El hombre que construye en lugar de destruir. —Hizo una pausa—. Al menos, quiero ser ese hombre.

—Ya eres ese hombre. Solo necesitas creerlo. —Elena lo besó profundamente—. Ahora ven a la cama. No para dormir, porque ambos sabemos que no lo harás. Pero para que te sostenga y te recuerde que sin importar lo que pase mañana, no estás solo.

—Nunca más estaré solo.

—Nunca más. —Elena lo guió adentro—. Esa es una promesa.

Se acostaron juntos en la oscuridad, sosteniéndose mutuamente, dos personas esperando que el amanecer traiga justicia, o al menos cierre, al capítulo más oscuro de sus vidas.

Y mañana, finalmente, sabrían.

CAPÍTULO 14
Veredicto

18 de noviembre de 1789 - 10:00 AM - Palacio de Justicia Perspectiva de Rafael

Rafael no recordaría después cómo llegó del carruaje a la sala del tribunal. Sus piernas lo llevaron automáticamente, su cuerpo funcionando por memoria muscular mientras su mente giraba con posibilidades.

Culpable. Inocente. Culpable. Inocente.

Las palabras se repetían como un tambor funeral.

La sala estaba aún más llena que los días anteriores. Parecía que todo Madrid había escuchado sobre el juicio del noble acusado de asesinato. La galería estaba repleta de espectadores, periodistas con sus cuadernos, nobles curiosos, ciudadanos comunes atraídos por el espectáculo.

Elena caminaba junto a él, su mano firmemente entrelazada con la suya. Ancla. Salvavidas. La única cosa manteniéndolo conectado a tierra.

—Respira —susurró ella mientras tomaban sus asientos—. Solo respira.

Rafael inhaló profundamente, exhalando lentamente. Sus ojos encontraron a Álvaro sentado en la mesa de la defensa.

Su tío lucía demacrado. Las ojeras bajo sus ojos sugerían que tampoco había dormido. Su traje, aunque impecable, colgaba ligeramente más suelto de lo que debería. El arresto domiciliario y el peso de la evidencia en su contra claramente habían cobrado su precio.

Pero aún había arrogancia en la forma en que sostenía su cabeza. Aún creía, contra toda evidencia, que su nacimiento lo protegería.

Rafael esperaba que estuviera equivocado.

El alguacil golpeó su bastón.

—¡Todos de pie para los Honorables Jueces del Tribunal Real!

La sala se puso de pie. Los tres jueces entraron, sus expresiones completamente neutras. Profesionales. Imposibles de leer.

Rafael sintió que su estómago se retorcía.

Después de que todos se sentaran, Don Felipe se aclaró la garganta. En sus manos sostenía un documento —el veredicto.

—Este tribunal se ha reunido para deliberar sobre el caso de La Corona versus Don Álvaro de Mendoza y Silva. Se nos presentaron tres cargos: malversación, intento de asesinato, y complicidad en homicidio. —Hizo una pausa, sus ojos escaneando la sala—. Estos son cargos graves contra un miembro de la nobleza española. Los hemos considerado cuidadosamente.

Dilo, pensó Rafael. *Por el amor de Dios, solo dilo.*

—En el cargo de malversación —Don Felipe continuó—, la evidencia fue abrumadora. Registros financieros documentando sesenta mil reales desaparecidos durante cinco años. Sin documentación correspondiente de gastos legítimos. Firma del acusado autorizando cada transacción. —Miró directamente a Álvaro —. Encontramos al acusado culpable.

Un murmullo corrió por la sala. Rafael sintió que Elena apretaba su mano.

Uno abajo. Dos por recorrer.

—En el cargo de intento de asesinato contra Rafael Domínguez —Don Felipe continuó—, la evidencia incluyó el testimonio del perpetrador confesado, una carta firmada fechada durante el arresto domiciliario del acusado, y admisión del propio acusado de haber pagado al perpetrador. —Otra pausa—. Encontramos al acusado culpable.

Más murmullos. Álvaro se puso pálido pero permaneció sentado erguido.

Rafael apenas podía respirar. Dos culpables. Pero el tercero era el que importaba. El cargo que honraría a su madre.

—El cargo final —la voz de Don Felipe se volvió más grave—, complicidad en el homicidio de Marisol Santacruz, es el más grave. Y el más difícil de probar más allá de duda razonable. —Miró hacia

Rafael—. No tenemos evidencia física del incendio mismo. No tenemos confesión directa. Lo que tenemos es testimonio de testigos, circunstancias sospechosas, y motivo claro.

Por favor, rezó Rafael. *Por favor.*

—Después de cuidadosa deliberación, considerando toda la evidencia presentada... —Don Felipe sostuvo la mirada de Álvaro—. Encontramos al acusado culpable de complicidad en homicidio.

La sala estalló.

Rafael no pudo moverse. No pudo respirar. Las palabras se repetían en su cabeza.

Culpable. Culpable. Culpable en todos los cargos.

Elena se lanzó hacia él, abrazándolo con fuerza, su cuerpo sacudiéndose con sollozos.

—Lo lograste —lloraba—. Rafael, lo lograste.

Don Felipe golpeó su martillo repetidamente.

—¡Orden! ¡Orden en la sala!

Gradualmente, el ruido se calmó. Rafael logró mirar hacia adelante, enfocando en los jueces a través de sus propias lágrimas.

Don Felipe continuó, su voz resonando con autoridad:

—Don Álvaro de Mendoza, ha sido encontrado culpable de malversación, intento de asesinato, y complicidad en homicidio. Estos crímenes traicionaron no solo a su familia sino los principios mismos de honor y justicia que la nobleza debe representar. —Se inclinó hacia adelante—. Es la sentencia de este tribunal que sea despojado de todos los títulos y propiedades, que pague restitución completa de sesenta mil reales más intereses a la familia Mendoza, y que pase el resto de su vida natural encarcelado sin posibilidad de libertad condicional.

Cadena perpetua. No la horca, pero cadena perpetua.

Rafael sintió algo quebrarse dentro de su pecho. Quince años de rabia, odio, sed de venganza... todo drenándose de una vez.

Su madre tenía justicia. Finalmente, después de todos estos años, tenía justicia.

Álvaro se puso de pie abruptamente, su rostro retorcido de rabia.

—¡Esto es un ultraje! ¡Soy un noble de España! ¡No pueden...!

—Ya no eres noble. —Don Felipe lo cortó—. Tus títulos son revocados efectivos inmediatamente. Ahora eres simplemente Álvaro de Mendoza, criminal condenado. —Miró a los guardias—. Llévenselo.

Los guardias se acercaron. Álvaro luchó, gritando incoherencias mientras lo arrastraban de la sala.

—¡Bastardo gitano! ¡Tú y tu puta madre! ¡Esto no ha terminado! ¡Te encontraré! ¡Te...!

Su voz se desvaneció mientras los guardias lo sacaban a la fuerza.

Don Felipe golpeó su martillo una última vez.

—Este tribunal está levantado. Justicia ha sido servida.

La sala estalló en conversaciones, periodistas corriendo para reportar la noticia, espectadores debatiendo el veredicto.

Pero Rafael solo podía sentarse, aturdido, mientras todo se hundía.

Había terminado. Después de quince años de planificación, meses de investigación, días de juicio... había terminado.

Y habían ganado.

Navarro se acercó, una rara sonrisa en su rostro usualmente serio.

—Felicidades. No podría haber pedido un mejor resultado.

—Gracias. —Rafael se puso de pie con piernas temblorosas, estrechando la mano del abogado—. Por todo. Por creer en este caso.

—No creía en el caso. Creía en ustedes. —Navarro miró entre Rafael y Elena—. Hicieron un equipo formidable. —Se inclinó—. Ahora vayan. Celebren. Lloren. Hagan lo que necesiten hacer. Me encargaré de los papeles.

Rafael asintió, incapaz de formar más palabras.

Elena lo guió fuera de la sala del tribunal, a través de la multitud de espectadores curiosos, hacia el aire fresco de afuera.

El sol brillaba sobre Madrid. Un día hermoso de noviembre, fresco pero claro.

Rafael miró el cielo y sintió algo que no había sentido en quince años.

Libertad.

Perspectiva de Elena

Elena observaba mientras Rafael se desmoronaba en el momento en que estaban solos en su carruaje.

Los sollozos lo sacudían, quince años de dolor y rabia finalmente saliendo en olas incontrolables. Elena lo sostuvo, dejándolo llorar contra su hombro, murmurando palabras reconfortantes sin sentido.

—Se acabó —seguía diciendo entre sollozos—. Finalmente se acabó.

—Sí —susurró Elena—. Se acabó. Y ganamos.

—Ella tiene justicia. Mi madre finalmente tiene justicia.

—Sí. Gracias a ti. —Elena besó su cabeza—. Le diste voz. Le diste validación. Te aseguraste de que el mundo supiera que su vida importó.

Rafael lloró hasta que no quedaron más lágrimas, hasta que estaba exhausto y temblando en sus brazos.

Cuando finalmente se calmó, levantó su rostro manchado de lágrimas para mirarla.

—¿Y ahora qué?

—¿Ahora qué qué?

—He pasado quince años definido por esto. Por la búsqueda de justicia para mi madre. Y ahora que la tengo... no sé quién soy sin ella.

Elena tomó su rostro entre sus manos.

—Eres Rafael Domínguez Santacruz. Eres mi esposo. Eres un comerciante exitoso que construyó una fortuna de la nada. Eres el hombre que salvó a Isabela cuando no tenía que hacerlo. Eres el hijo de Marisol, que heredó su bondad junto con su fuerza. —Lo besó suavemente—. Eres todas esas cosas. La venganza no te definió. Solo pensaste que lo hacía.

—Entonces, ¿quién quiero ser? ¿Yendo hacia adelante?

—Esa es una pregunta que solo tú puedes responder. —Elena se recostó, estudiándolo—. Pero puedo decirte quién espero que

seas.

—¿Quién?

—Un hombre que usa su riqueza e influencia para ayudar a otros como él. Bastardos, gitanos, personas que la sociedad dice que no importan. —Elena sonrió levemente—. Un hombre que transforma la Hacienda de las Estrellas de un símbolo de dolor en un lugar de sanación. Un hombre que ama a su esposa, cría a sus futuros hijos para que sean mejores que las generaciones que vinieron antes, y construye un legado que honra a su madre sin estar definido por su muerte.

Rafael la miró por un largo momento.

—Ese es un hombre alto.

—Eres capaz de ello. —Elena tomó su mano—. Pero primero, necesitas una cosa más.

—¿Qué?

—Cierre. Verdadero cierre. —Elena vaciló—. Rafael, sé que el veredicto fue justicia. Pero creo que necesitas hablar con Álvaro. Una vez. Sin audiencia, sin jueces. Solo tú y él, diciendo lo que necesita ser dicho.

Rafael se tensó inmediatamente.

—No quiero verlo nunca más.

—Lo sé. Pero si no lo haces, siempre habrá palabras sin decir. Rabia sin resolver. —Elena apretó su mano—. No estoy diciendo que lo perdones. Estoy diciendo que lo enfrentes por última vez, digas tu verdad, y luego dejes ir.

—¿Y si no puedo dejarlo ir?

—Entonces seguiré recordándote hasta que puedas. —Elena sonrió—. Esa es mi trabajo como tu esposa, ¿no? Mantenerte honesto contigo mismo.

Rafael casi sonrió.

—Una de tus muchas tareas.

—Tengo una lista. Es bastante larga.

Esta vez sí sonrió, aunque débilmente.

—De acuerdo. Le pediré a los guardias que organicen una visita. Una vez. Y luego nunca más.

—Una vez es todo lo que necesitas.

Dos días después - Prisión de Madrid Perspectiva de Rafael

La prisión olía a humedad, descomposición y desesperación.

Rafael siguió al guardia a través de pasillos de piedra, pasando celdas llenas de hombres que habían perdido toda esperanza. Criminales, deudores, los olvidados de la sociedad.

Y ahora, Álvaro de Mendoza.

El guardia se detuvo frente a una celda en el extremo del pasillo. Más grande que las otras, pero aún apenas una caja de piedra con un catre, un balde, y una pequeña ventana con barrotes.

Álvaro estaba sentado en el catre, mirando la pared. Había perdido peso en los dos días desde el veredicto. Su ropa estaba sucia. Su cabello, usualmente perfectamente peinado, estaba despeinado.

Lucía... roto.

—Quince minutos —dijo el guardia—. Estaré justo afuera si lo necesitas.

Rafael asintió, entrando a la celda. La puerta se cerró detrás de él con un clang metálico final.

Álvaro no se volvió.

—Viniste a regodearte.

—No. Vine a decirte algo. Y luego nunca más volveré a pensar en ti.

—Qué magnánimo. —Álvaro finalmente se volvió, y Rafael vio odio puro en sus ojos—. El bastardo gitano triunfa sobre la nobleza española. Qué historia conmovedora.

—No vine aquí para eso. —Rafael se obligó a mantener la voz firme—. Vine a decirte que mi madre era mejor persona de lo que tú jamás serás. Era más sabia, más amable, más digna. Y sí, era gitana. Pero eso la hacía hermosa, no inferior.

—Era una puta que sedujo a mi padre.

—Era una mujer que tu padre amaba. Realmente amaba. Lo que nunca entendiste es que el amor no reconoce clase o sangre. Solo reconoce conexión. —Rafael se acercó—. Y tú, Álvaro, nunca has sido amado por nadie. Porque no eres capaz de amor. Solo odio.

Álvaro se puso de pie, acercándose a Rafael hasta que estaban casi nariz con nariz.

—Te destruiré. En algún momento, de alguna manera...

—No. No lo harás. —Rafael lo sostuvo con la mirada—. Porque estás acabado. Despojado de título, de dinero, de poder. Pasarás el resto de tu vida en esta celda, recordando cómo un 'bastardo gitano' tomó todo de ti.

—Maté a tu madre. —Álvaro sonrió con crueldad—. ¿Sabes cómo sonaba cuando gritaba? Como un animal. Como...

Rafael lo golpeó.

Su puño conectó con la mandíbula de Álvaro, enviándolo tambaleándose hacia atrás. Sangre brotó de su labio partido.

Por un momento, Rafael quiso seguir golpeando. Quería hacer que Álvaro pagara no solo legal sino físicamente. Quería...

Entonces escuchó la voz de Elena en su cabeza. *Cierre. Verdadero cierre. Di tu verdad y déjalo ir.*

Rafael bajó su puño.

—Eso —dijo tranquilamente— fue por mi madre. Y ahora terminó. —Caminó hacia la puerta, luego se detuvo—. Ganarás el resto de tu vida pensando en esto, Álvaro. Pensando en cómo el niño que trataste de matar creció para destruirte. Pensando en cómo la justicia finalmente te alcanzó. Y espero que cada momento de ese pensamiento sea agonía.

Llamó al guardia, quien abrió la puerta.

Mientras Rafael salía, Álvaro gritó tras él:

—¡No has ganado! ¡Nunca serás más que un bastardo! ¡Nunca serás...!

La puerta se cerró, silenciando su voz.

Rafael caminó por el pasillo, sus pasos haciéndose eco en la piedra.

Y con cada paso, sintió el peso en su pecho volverse más ligero.

Se acabó, pensó. *Finalmente, verdaderamente, se acabó.*

Perspectiva de Elena

Elena esperaba afuera de la prisión cuando Rafael emergió.

Un vistazo a su rostro le dijo todo lo que necesitaba saber. Algo había cambiado. Algo había desplazado.

—¿Cómo te sientes?

—Como... —Rafael buscó palabras—. Como si hubiera estado cargando cadenas durante quince años y finalmente alguien las cortó.

—¿Dijiste lo que necesitabas decir?

—Sí. Y lo golpeé. Una vez. —Rafael miró su mano—. Probablemente no debí hacer eso.

—Probablemente lo merecía. —Elena tomó su mano, besando sus nudillos magullados—. ¿Qué ahora?

—Ahora... —Rafael la miró, y Elena vio algo en sus ojos que no había visto antes. Paz. Esperanza real—. Ahora volvemos a casa. A nuestra casa. Y comenzamos a construir la vida que mi madre habría querido que tuviera.

—¿Qué tipo de vida?

—Una llena de amor. De propósito. De ayudar a otros. —Rafael la atrajo hacia él—. Una contigo.

Elena se puso de puntillas, besándolo profundamente.

—Entonces vayamos a casa.

Una semana después - Hacienda de las Estrellas Perspectiva de Rafael

Rafael estaba parado bajo el olivo donde su madre estaba enterrada, sosteniendo una pala.

Había llegado el momento.

Elena estaba junto a él, junto con Rosa, Tomás, y una docena de trabajadores que recordaban a Marisol con cariño.

Y un cantero de Sevilla, quien había tallado la lápida más hermosa que Rafael jamás había visto.

Era mármol blanco, grabado con letras elegantes:

MARISOL SANTACRUZ 1757 - 1781 Amada Madre, Sanadora Sabia, Mujer de Dignidad Su Luz Continúa en Aquellos Que Ama

Debajo de las palabras había una talladura: un olivo con raíces profundas y ramas alcanzando el cielo.

Rafael cavó cuidadosamente junto a la tumba sin marcar donde su madre había yacido durante quince años. Con la ayuda de

Tomás, colocaron la lápida en posición, asegurándola en su lugar.

Cuando terminaron, Rafael retrocedió, mirando el marcador.

Su madre tenía un nombre ahora. Reconocimiento. Permanencia.

—¿Qué piensas? —preguntó Elena en voz baja.

—Pienso que finalmente, después de todos estos años, tiene lo que merece. —Rafael se limpió los ojos—. Un lugar apropiado. Con su nombre para que el mundo lo vea.

Rosa se adelantó, colocando flores frescas en la base de la lápida.

—Marisol habría amado esto. Especialmente el árbol. Siempre amó los olivos.

—Entonces cuidaremos este particularmente bien. —Rafael se volvió hacia los trabajadores—. Este árbol y esta tumba deben ser mantenidos a perpetuidad. Es parte del patrimonio de esta hacienda tanto como cualquier edificio o campo.

—Sí, señor —dijeron al unísono.

Cuando los trabajadores se dispersaron, Rafael, Elena y Rosa permanecieron.

—Debería decir algo —dijo Rafael—. Unas palabras. Pero no sé qué.

—Di lo que está en tu corazón. —Elena tomó su mano.

Rafael se arrodilló junto a la tumba, colocando su mano sobre la piedra fría.

—Hola, mamá. —Su voz se quebró—. Lo siento por tardar tanto. Siento que hayas estado sola aquí durante quince años. Pero... te conseguí justicia. Álvaro pagará por lo que te hizo. Y esta tierra, esta hacienda donde viviste y amaste y moriste, ahora es mía. Nuestra. Elena y mía.

Se detuvo, reuniendo sus pensamientos.

—Vas a amarla, mamá. Elena. Es brillante, obstinada, más fuerte de lo que ella misma sabe. Me hace querer ser mejor. Me hace querer construir algo bueno. —Sonrió a través de las lágrimas —. Vamos a tener hijos algún día. Y les contaré sobre ti. Sobre tu sabiduría, tu bondad, tu fuerza. Te aseguraré de que nunca seas olvidada.

Elena se arrodilló junto a él, añadiendo su propia mano a la piedra.

—Desearía haberte conocido, Marisol. Pero conociendo a Rafael, conociendo el hombre que criaste, puedo ver quién eras. Y prometo honrar tu memoria. Prometo hacer de esta tierra un lugar de sanación, no de dolor. Prometo cuidar a tu hijo de la manera que te habrías enorgullecido. —Su voz tembló—. Gracias por darle vida. Por amarlo. Por hacerlo el hombre que amo.

Rosa añadió sus propias palabras, lágrimas corriendo por su rostro arrugado.

—Eras mi amiga, Marisol. La única persona que me trataba como igual, no como sirvienta. Cuidaré esta tumba como cuidé tu memoria. Y me aseguraré de que cada persona que trabaje en esta tierra sepa tu nombre, tu historia. —Besó sus dedos, presionándolos contra la piedra—. Descansa ahora. Tu hijo está a salvo. Tu legado está asegurado. Puedes descansar.

Se quedaron allí por un largo tiempo, tres personas honrando la memoria de una mujer que había sido tratada como nada por el mundo pero significaba todo para ellos.

Finalmente, Rafael se puso de pie, ayudando a Elena a levantarse.

—Adiós, mamá. Te amo. Siempre lo haré.

Caminaron de vuelta a la casa juntos, dejando la lápida brillando bajo el sol de otoño.

Y Rafael sintió, por primera vez desde que tenía doce años, que tal vez, solo tal vez, podía dejar ir.

No olvidar. Nunca olvidar. Pero dejar ir la rabia, el odio, la sed de venganza que lo había consumido durante tanto tiempo.

Su madre tenía justicia. Tenía reconocimiento. Y él tenía un futuro.

Un futuro con Elena. Con la hacienda. Con la posibilidad de felicidad que alguna vez pensó imposible.

Era hora de comenzar a vivir en lugar de simplemente sobrevivir.

Esa noche - Observatorio de Elena Perspectiva de Elena

Elena encontró a Rafael en su observatorio, mirando las estrellas a través de su telescopio.

—¿No puedes dormir?

—No quiero dormir. Quiero absorber esto. —Rafael gesticuló hacia el cielo—. Toda mi vida he estado tan enfocado en el pasado que olvidé mirar hacia arriba. Olvidé que hay belleza en el mundo.

Elena se unió a él en el telescopio.

—¿Qué estás mirando?

—No estoy seguro. Tu madre escribió sobre una constelación... Casiopea, creo. Formada como una W. ¿Puedes encontrarla?

Elena ajustó el telescopio, localizando la constelación.

—Ahí. ¿Ves? Cinco estrellas formando una W o M dependiendo de la época del año.

—M. —Rafael sonrió levemente—. Para Marisol.

—Para Marisol. —Elena se apartó del telescopio—. Tu madre habría amado saber que estás mirando las estrellas. Habría dicho que es señal de esperanza.

—¿Es eso lo que sientes? ¿Esperanza?

—Siento posibilidad. —Elena tomó sus manos—. Por quince años has estado definido por una misión. Ahora esa misión está completa. Lo que significa que puedes elegir quién ser a continuación.

—¿Y si elijo mal?

—Entonces ajustamos y volvemos a elegir. Así es como funciona la vida. —Elena se acercó—. Pero Rafael, necesito que sepas algo.

—¿Qué?

—Sin importar quién elijas ser, a dónde elijas ir, qué elijas construir... estaré contigo. Somos socios. Para siempre.

Rafael la besó, profundamente, vertiendo todo el amor y gratitud que sentía en ese toque.

—Te amo más de lo que las palabras pueden expresar.

—Lo sé. Me lo muestras cada día. —Elena descansó su cabeza contra su pecho—. Entonces, Señor Domínguez, ¿cuál es el plan? Para nuestra vida juntos.

—Primero, modernizamos la hacienda. Nuevas técnicas agrícolas, mejor tratamiento de los trabajadores, hacerla rentable de nuevo.

—Bien. ¿Qué más?

—Establecemos una escuela. Para niños que de otro modo nunca aprenderían a leer. Gitanos, bastardos, niñas... cualquiera que la sociedad dice que no merece educación.

—Me encanta. ¿Qué más?

Rafael sonrió.

—Llenamos esta casa con niños. Nuestros hijos. Quienes crecerán sabiendo que fueron amados, queridos, valorados. Quienes nunca cuestionarán su derecho de existir.

Elena sintió lágrimas picar en sus ojos.

—¿Cuántos niños?

—Tantos como nos dé Dios. —Rafael puso su mano sobre su vientre—. Empezando lo más pronto posible.

—Bueno, hemos estado practicando bastante. —Elena sonrió —. Las probabilidades están a nuestro favor.

—¿Acabas de usar estadísticas para discutir procreación?

—Soy matemática. Es lo que hago.

Rafael rio, el sonido genuino y libre de la manera que Elena rara vez había escuchado.

—Te amo, Elena Domínguez. Eres la persona más extraordinaria que he conocido.

—Te amo también. Incluso cuando eres dramático sobre cosas.

—Solo soy dramático sobre cosas importantes.

—Como tu casi muerte.

—Eso fue bastante importante.

—Sí, pero te cosí de vuelta. Así que estamos empatados.

Se miraron, luego ambos comenzaron a reír. Risa real, no teñida de dolor o rabia o miedo. Solo alegría pura.

Y en ese momento, parados en el observatorio bajo las estrellas que habían guiado a generaciones antes que ellos, Rafael y Elena supieron que habían encontrado algo raro.

No solo amor. No solo asociación. Sino hogar.

Un hogar construido no sobre el pasado sino sobre el futuro que elegirían crear juntos.

CAPÍTULO 15
Nuevos Comienzos

20 de febrero de 1790 - Tres meses después del juicio
Perspectiva de Elena

Elena despertó con náuseas por quinta mañana consecutiva.

Se tambaleó fuera de la cama, apenas llegando a la palangana antes de que su estómago se rebelara. Cuando terminó, se limpió la boca con mano temblorosa y se sentó en el borde de la cama, esperando que el cuarto dejara de girar.

Rafael entró del dormitorio contiguo, ya vestido para el día, deteniéndose abruptamente al verla.

—¿Otra vez?

—Otra vez. —Elena respiró profundo—. Debe ser algo que comí.

—Has dicho eso durante cuatro días. —Rafael se arrodilló frente a ella, tocando su frente—. No tienes fiebre. ¿Dolor en algún lado?

—No. Solo náuseas. Principalmente en la mañana. —Elena hizo una pausa, una comprensión repentina atravesándola—. Oh.

—¿Oh qué?

—Rafael. ¿Qué fecha es hoy?

—Veinte de febrero. ¿Por qué?

Elena contó mentalmente. Su último sangrado mensual había sido... diciembre. A principios de diciembre. Lo que significaba que había pasado casi tres meses.

Tres meses sin sangrado. Náuseas matutinas. Senos sensibles que había atribuido al frío invernal.

—Dios mío —susurró.

—¿Qué? Elena, me estás asustando.

Elena lo miró, viendo el pánico creciendo en sus ojos, y sintió que una sonrisa se extendía por su rostro a pesar de las náuseas.

—Creo que estoy embarazada.

Rafael se quedó completamente inmóvil.

—¿Qué?

—Embarazada. Con un bebé. Tu bebé. —Elena rio, el sonido algo histérico—. O más precisamente, nuestro bebé. Dado que la concepción requiere dos...

—Elena. —Rafael la agarró por los hombros—. ¿Estás segura?

—No completamente. Necesitaría que un médico o partera confirmara. Pero todos los signos están ahí. Sangrados perdidos, náuseas matutinas, cansancio... —Tocó su vientre—. Creo que hay un bebé aquí.

Rafael miró su mano sobre su estómago, su expresión cambiando de shock a algo parecido al temor.

—Un bebé. Vamos a tener un bebé.

—Al parecer, sí.

—¿Cuándo?

Elena hizo los cálculos rápidamente.

—Si concebimos en diciembre, como sospecho... entonces probablemente finales de agosto o principios de septiembre. Unos seis meses más.

Rafael se sentó pesadamente en la cama junto a ella.

—No estoy listo para esto.

—Nadie está listo para esto. Es parte del punto. —Elena tomó su mano—. Pero lo descubriremos. Juntos. Como todo lo demás.

—¿Y si soy un padre terrible? ¿Y si no sé cómo...?

—Serás un padre maravilloso. —Elena apretó su mano—. Porque tuviste una madre maravillosa que te enseñó sobre amor y bondad. Y porque te importa. Esa es la mitad de la batalla.

Rafael levantó su mano, besando sus nudillos.

—Tengo miedo.

—Yo también. —Elena sonrió débilmente—. Pero también estoy emocionada. Asustada y emocionada simultáneamente.

—Necesitamos conseguir un médico. O una partera. Alguien que sepa qué hacer. —Rafael ya estaba en modo de resolución de problemas—. Y necesitas descansar más. Sin trabajo pesado. Sin subir escaleras innecesariamente...

—Rafael. Respira. —Elena tocó su mejilla—. Soy fuerte. Saludable. Las mujeres han estado teniendo bebés durante milenios. Estaré bien.

—Tu madre murió de un corazón débil. ¿Y si heredaste...?

—No heredé eso. He sido examinada. Mi corazón es perfectamente fuerte. —Elena lo besó suavemente—. Pero aprecio tu preocupación. Muestra que ya eres un buen padre.

—Ni siquiera hay un bebé todavía. Solo... posibilidad de bebé.

—Hay definitivamente un bebé. Puedo sentirlo. —Elena puso su mano sobre su vientre—. No sé cómo lo sé, pero lo sé.

Rafael cubrió su mano con la suya, ambos tocando el lugar donde su hijo —su futuro— estaba creciendo.

—Un bebé —dijo en voz baja—. Nuestra bebé.

—¿Por qué asumes que es niña?

—Intuición. —Rafael sonrió levemente—. Y secretamente espero que se parezca a ti. Inteligente, obstinada, perfectamente capaz de conquistar el mundo.

—O se parecerá a ti. Determinado, leal, con tu sonrisa que hace que mi corazón se salte un latido.

—¿Mi sonrisa hace que tu corazón se salte un latido?

—Siempre lo ha hecho. Incluso cuando estaba tratando de odiarte. —Elena descansó su cabeza contra su hombro—. Vamos a ser padres.

—Vamos a ser padres. —Rafael la abrazó con fuerza—. Dios ayúdenos a ambos.

Más tarde esa mañana - Llamando a una Partera Perspectiva de Rafael

Rafael envió por la partera más experimentada en Sevilla —Doña Mercedes, una mujer de sesenta años con reputación de ser tanto sabia como discreta.

Mientras esperaba que llegara, se paseaba por el estudio como un animal enjaulado.

—Dejarás un surco en el suelo —comentó Elena desde donde estaba sentada, revisando libros de contabilidad como si no acabara de anunciar que estaba cultivando una vida humana.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila?

—Porque pánico no me ayudará. —Elena no levantó la vista —. Además, solo es confirmación. Ya sabía en mi corazón.

—¿Hace cuánto tiempo has sabido?

—Unas dos semanas. Pero no estaba segura, así que no quería decir nada hasta... —Gesticuló hacia su estómago—. Hasta que las náuseas hicieran obvio.

—Me has estado ocultando esto durante dos semanas.

—No ocultando. Esperando confirmación. —Elena finalmente levantó la vista—. Rafael, ven aquí.

Él se acercó, permitiéndole tomar sus manos.

—Sé que tienes miedo. Yo también. Pero esto es algo bueno. Estamos creando vida. Estamos construyendo familia. Estamos haciendo exactamente lo que dijimos que haríamos. —Sonrió—. Además, dijiste que querías tantos hijos como Dios nos diera. Bueno, Dios está entregando. No puedes quejarte ahora.

Rafael rio a pesar de su ansiedad.

—No me estoy quejando. Solo... procesando.

—Procesa más rápido. Doña Mercedes estará aquí pronto y necesitas no lucir como si estuvieras a punto de desmayarte.

—No voy a desmayarme.

—Bien. Porque yo podría desmayarme, y solo uno de nosotros puede hacer eso a la vez.

Cuando Doña Mercedes llegó una hora después, era exactamente como Rafael había imaginado: robusta, confiada, con manos firmes y ojos que perdían nada.

—Entonces —dijo después de que Rafael explicara la situación —, su joven esposa cree que está con niño.

—Sí. Tres meses de síntomas. Pero queríamos confirmación profesional.

—Sabia. —Doña Mercedes miró a Rafael—. Y usted, Señor Domínguez, esperará afuera mientras examino a su esposa.

—Pero...

—Afuera. Los esposos solo se ponen bajo los pies. —Hizo un gesto de despido—. Fuera.

Rafael se encontró empujado fuera de su propia habitación, la puerta cerrada firmemente en su cara.

Esperó afuera, paseándose de nuevo, durante lo que pareció horas pero probablemente fueron solo veinte minutos.

Finalmente, la puerta se abrió. Doña Mercedes salió, su expresión neutral.

—¿Y bien?

—Felicidades, Señor Domínguez. Su esposa está definitivamente embarazada. Aproximadamente tres meses, como sospechaba. Bebé debido en finales de agosto. —Hizo una pausa—. Pero hay cosas que necesita saber.

El estómago de Rafael se hundió.

—¿Qué cosas?

—Su esposa es fuerte, saludable, joven. Todos buenos signos. Pero el parto es peligroso. Siempre. Incluso para las mujeres más fuertes. —Los ojos de Doña Mercedes eran serios—. Una de cada diez madres no sobrevive. Una de cada tres bebés no sobrevive el primer año. Estas son realidades que debe aceptar.

—No. No voy a aceptar...

—No estoy diciendo que le pasará a su esposa. Estoy diciendo que el riesgo existe. Y necesita estar preparado. —Doña Mercedes puso una mano en su brazo—. La mejor manera de protegerla es asegurar que tenga atención apropiada. Yo seré su partera. La visitaré semanalmente a medida que se acerque el parto. Y cuando llegue el momento, estaré allí, usando cada pedazo de conocimiento que tengo para traer a su bebé al mundo de forma segura.

Rafael tragó saliva con dificultad.

—¿Qué necesita de mí?

—Mantenerla calmada. Alimentada apropiadamente. Sin estrés excesivo. Sin levantar cosas pesadas. Sin montar a caballo después del sexto mes. —Doña Mercedes sacó una lista—. Aquí están mis instrucciones. Sígalas al pie de la letra.

—Lo haré. Lo prometo.

—Bien. Ahora vaya con su esposa. Ella está esperando hablar con usted.

Rafael entró a la habitación a encontrar a Elena sentada en la cama, luciendo pequeña y vulnerable de maneras que rara vez se veía.

—¿Entonces es oficial? —preguntó.

—Oficial. —Rafael se sentó junto a ella—. Vamos a tener un bebé.

Elena comenzó a llorar.

—¿Por qué estoy llorando? No estoy triste. Estoy feliz. Pero no puedo parar de llorar.

—Doña Mercedes dijo que las emociones pueden volverse locas durante el embarazo. Aparentemente eso incluye llanto inexplicable. —Rafael la atrajo hacia él—. Está bien llorar.

—No soy una llorona.

—Lo sé. Pero ahora puedes serlo. Tengo seis meses para acostumbrarme.

Elena rio a través de sus lágrimas.

—¿Te dijo los riesgos?

—Sí.

—¿Y?

—Y vamos a hacer todo lo que ella dice. Vamos a ser tan cuidadosos que será aburrido. Y tú y nuestro bebé sobrevivirán porque me niego a aceptar cualquier otra posibilidad. —Rafael la besó—. ¿Entendido?

—Entendido.

Se quedaron así por un largo momento, sosteniéndose mutuamente, dos personas que acababan de darse cuenta de que su mundo estaba a punto de expandirse de maneras que no podían imaginar completamente.

Finalmente, Elena habló:

—Necesitamos decirle a la gente.

—¿Ya?

—Rosa ya sabe. Probablemente lo descubrió semanas antes que yo. Y si no le decimos a Isabela pronto, se ofenderá. —Elena se secó los ojos—. Además, habrá mucho que preparar. Una habitación infantil, ropa de bebé, un cuarto de niños apropiado...

—Un heredero. —Rafael tocó su vientre—. Estamos creando un heredero para la Hacienda de las Estrellas.

—O una heredera. Las niñas pueden heredar propiedades también, con las disposiciones legales correctas.

—Lo cual incluiré en mi testamento. Ya sea hijo o hija, este bebé heredará todo. —Rafael se inclinó, hablándole al vientre de Elena—. ¿Escuchas eso, pequeño? Vas a ser amado, querido, y dado cada oportunidad que tus padres nunca tuvieron.

—Hablarle a mi estómago. Esto será interesante durante seis meses.

—Acostúmbrate. Planeo tener muchas conversaciones con nuestro bebé. —Rafael sonrió—. Empezando con lecturas nocturnas. Newton, Galileo, tal vez algo de poesía...

—¿Vas a leerle al bebé textos científicos?

—¿Por qué no? La exposición temprana a conocimiento solo puede ayudar.

Elena lo miró con tanto amor que dolía.

—Vas a ser el padre más ridículamente dedicado.

—Voy a intentarlo. —Rafael la besó—. Porque este bebé, este milagro que estamos creando, es el futuro. No solo nuestro futuro. El futuro de todo por lo que hemos trabajado.

—Sin presión sobre el bebé.

—Sin presión. Solo... amor. Mucho, mucho amor.

Una semana después - La Hacienda Perspectiva de Elena

Transformar la Hacienda de las Estrellas resultó ser más difícil de lo que Elena había anticipado.

No era solo cuestión de dinero, aunque eso era parte. Rafael había invertido treinta mil reales en mejoras, pero el dinero solo llegaba hasta cierto punto cuando lidiasbas con trabajadores que habían estado haciendo las cosas de cierta manera durante generaciones.

—No funciona —estaba diciendo Miguel Torres, el mayordomo principal—. Este nuevo sistema de riego que quiere instalar. Es complicado, caro, y los hombres no confían en él.

Elena miró los planos que había dibujado, basados en técnicas de riego moriscas que había leído en textos antiguos.

—Pero es más eficiente. Usa menos agua, distribuye más uniformemente, reduce enfermedades en los árboles...

—Con todo respeto, Señora Domínguez, usted es una mujer joven sin experiencia real en agricultura. Los hombres que trabajan estos campos han estado haciéndolo durante décadas. Saben lo que funciona.

—Y lo que han estado haciendo ha resultado en pérdida de cultivos, tierra agotada y producción decreciente. —Elena mantuvo su tono firme pero no hostil—. No estoy diciendo que sus métodos sean malos. Estoy diciendo que hay mejores.

—¿Mejores según libros escritos por hombres que nunca ensuciaron sus manos?

—Mejor según matemáticas. Según ciencia. Según evidencia de lugares donde estos sistemas han funcionado durante siglos. —Elena extendió los planos—. Mire. Este diseño mueve agua cuesta arriba usando presión natural. Sin bombas, sin mano de obra constante. Solo ingeniería inteligente.

Miguel estudió los planos con claro escepticismo.

—¿Y si falla?

—Entonces lo ajustamos. Experimentamos. Aprendemos. —Elena se inclinó hacia adelante—. Miguel, entiendo que el cambio es aterrador. Pero si no cambiamos, morimos. Esta hacienda estaba en quiebra cuando la tomamos. Necesitamos hacerlo mejor, o todo el trabajo, todos los empleos, todo se pierde.

Un largo silencio. Entonces:

—Lo intentaré. En un campo pequeño primero. Si funciona, expandimos.

—Gracias. Eso es todo lo que pido.

Cuando Miguel se fue, Rafael entró en la oficina.

—Escuché eso. Manejaste bien.

—Manejé con frustración. Pero lo oculté. —Elena se recostó en su silla—. ¿Por qué es tan difícil que la gente acepte nuevas ideas?

—Porque nuevas ideas significan admitir que las viejas formas estaban equivocadas. Y eso hiere el orgullo. —Rafael se sentó en el borde de su escritorio—. Pero cambiarán. Eventualmente. Cuando vean resultados.

—¿Y si los resultados toman demasiado tiempo? ¿Y si los trabajadores se rebelan contra nosotros?

—Entonces los manejaremos juntos. —Rafael tomó su mano —. Elena, has estado trabajando catorce horas al día durante una semana. Necesitas descansar. Por ti y por el bebé.

—El bebé está bien. Y yo estoy bien. Solo frustrada.

—La frustración es estrés. El estrés no es bueno. —Rafael tiró de ella para que se pusiera de pie—. Ven. Vamos a caminar por los olivares. Aire fresco. Sol. Perspectiva.

—Tengo trabajo...

—El trabajo estará aquí mañana. —Rafael la guió hacia la puerta—. Ahora mismo, necesitas recordar por qué estamos haciendo esto.

Caminaron por los olivares, Rafael adaptando su paso al de Elena, quien había descubierto que el embarazo la hacía más fácil de cansar de lo que esperaba.

Los árboles estaban comenzando a florecer, pequeñas flores blancas cubriéndolos como nieve. El aire olía a tierra y crecimiento.

—Tu madre caminaba aquí todos los días —dijo Elena en voz baja—. Rosa me contó. Decía que los árboles la calmaban.

—Lo hacían. Solía traerme con ella a veces. —Rafael tocó la corteza de un árbol particularmente viejo—. Me enseñaba sobre cómo leer el suelo, cómo decir si un árbol estaba enfermo, cómo escuchar lo que la tierra necesitaba.

—Quiero que nuestro bebé conozca eso. Ese conocimiento. Esa conexión. —Elena descansó su mano sobre su vientre—. Quiero que crezcan sabiendo que la tierra no es solo algo para explotar. Es algo para cuidar.

—Lo harán. —Rafael puso su mano sobre la suya—. Porque les enseñaremos. Juntos.

Se detuvieron bajo el árbol donde Marisol estaba enterrada. La lápida que Rafael había encargado brillaba en el sol de la tarde, las flores frescas que Rosa dejaba semanalmente dobladas contra la base.

Elena se arrodilló, tocando la piedra.

—Hola, Marisol. Soy yo de nuevo. —Sonrió levemente—. Tengo noticias. Vas a ser abuela. Bueno, ya eres abuela en cierto sentido. Pero ahora tendrás otro nieto. O nieta. No lo sabemos todavía.

Rafael se arrodilló junto a ella, añadiendo su propia mano a la piedra.

—Espero que esté bien con esto, mamá. Con traer nueva vida a esta tierra. Sé que este lugar tiene memoria dolorosa. Pero quiero transformarlo. Quiero que donde moriste se convierta en donde crece vida.

El viento susurró a través de las hojas, sonando casi como aprobación.

Elena descansó su cabeza contra el hombro de Rafael.

—Creo que ella estaría orgullosa. De lo que estás construyendo. De quién te has convertido.

—Espero que tengas razón.

Se sentaron allí por largo tiempo, dos personas honrando el pasado mientras construían el futuro.

Y en algún lugar profundo dentro de Elena, una nueva vida crecía. Un bebé que llevaría el legado de Marisol Santacruz hacia adelante en maneras que nadie podía predecir todavía.

Pero sería amado. Eso, al menos, estaba seguro.

Dos semanas después - La Escuela Perspectiva de Rafael

El edificio que Rafael había elegido para la escuela era un antiguo granero que no se había usado en años. Con algún trabajo, podría transformarse en un aula apropiada.

Contrató trabajadores para limpiar, reparar el techo, instalar ventanas apropiadas, construir bancos y mesas. En dos semanas, el espacio fue transformado de ruina a promesa.

Ahora estaba parado adentro, mirando las filas vacías de bancos, imaginando niños llenando el espacio.

Elena entró, llevando una pila de libros.

—Encontré estos en la biblioteca de mi padre. Textos básicos en lectura, escritura, aritmética. Suficientes para empezar.

Rafael tomó uno, hojeándolo. Era un texto de lectura simple, diseñado para niños nobles. Pero serviría.

—¿Cuántos estudiantes esperas?

—Para empezar, tal vez diez o doce. Niños de trabajadores principalmente. Algunos gitanos de Triana si podemos convencerlos de que es seguro. —Elena puso los libros en el escritorio del maestro —. Pero eventualmente, esperanzadamente más.

—¿Encontraste un maestro?

—Todavía no. Es más difícil de lo que pensé. La mayoría de los maestros educados no quieren enseñar a hijos de trabajadores y gitanos. Dicen que es desperdiciar conocimiento en personas que nunca lo usarán.

—Entonces encontraremos a alguien con mente más abierta. —Rafael caminó por el aula—. ¿Qué hay de ese sacerdote que conociste en Sevilla? Padre... ¿cómo se llamaba?

—Padre Miguel. —Elena consideró—. Realmente podría funcionar. Es progresista, habla múltiples idiomas, y realmente cree que la educación es un derecho, no un privilegio.

—Entonces pregúntale. Ofrécele un salario generoso. Vivienda aquí en la propiedad. Libertad completa para enseñar como vea apropiado.

—Lo haré. —Elena caminó hacia él—. ¿Sabes qué estamos haciendo aquí? No solo construyendo una escuela. Estamos desafiando siglos de tradición que dice que ciertas personas no merecen conocimiento.

—Lo sé. Y asustaremos a mucha gente haciéndolo. —Rafael la atrajo hacia él—. Pero es lo correcto. Y si nuestra hija...

—O hijo.

—O hijo. Si nuestro hijo va a heredar esta tierra, quiero que crezcan en un mundo donde el conocimiento no está restringido por clase o sangre. —Rafael besó su frente—. Tu madre creía eso. La mía también. Estamos continuando su trabajo.

—Entonces hagámoslo bien. —Elena miró alrededor del aula —. Este edificio, este espacio, representa esperanza. Para niños que de otro modo nunca aprenderían a leer. Para familias atrapadas en ciclos de pobreza. Para un futuro diferente.

—Sin presión.

—Algo de presión. Pero buena presión. —Elena sonrió—. El tipo de presión que hace diamantes.

Un mes después - Resistencia Perspectiva de Elena

La resistencia vino de donde Elena menos la esperaba: otras familias nobles en la región.

Don Fernando de Castro apareció sin invitación un martes por la tarde, acompañado por otros dos terratenientes locales.

Elena los recibió en la sala principal, Rafael junto a ella, ambos presentando un frente unido.

—Don Fernando. Qué... inesperado. —Elena gesticuló hacia los asientos—. ¿En qué podemos ayudarle?

Don Fernando no se sentó. En cambio, miró alrededor de la sala con clara desaprobación.

—Señora Domínguez. Señor Domínguez. Hemos venido a expresar preocupación sobre... desarrollos recientes en su propiedad.

—¿Qué desarrollos?

—Esta escuela que planean abrir. Para niños comunes. Gitanos. —Don Fernando escupió la palabra como si fuera maldición —. Es inapropiado. Peligroso. Y debe detenerse.

Elena sintió que su columna se enderezaba.

—¿Perdón?

—Educar a las clases bajas solo crea descontento. Les da ideas por encima de su estación. Crea problemas para todos nosotros. —Don Fernando se volvió hacia Rafael—. Seguramente lo entiende, Señor Domínguez. Como hombre de negocios. Trabajadores educados son trabajadores que cuestionan autoridad.

—Trabajadores educados son trabajadores que son más productivos, más innovadores, más valiosos. —Rafael mantuvo su tono educado pero firme—. Y francamente, Don Fernando, lo que hagamos en nuestra propiedad no es asunto suyo.

—Se convierte en nuestro asunto cuando amenaza el orden social en toda la región. —Uno de los otros nobles se adelantó—. Ya hemos escuchado rumores. Trabajadores en nuestras propiedades

preguntando por qué sus hijos no pueden asistir a esta escuela. Cuestionando por qué pagamos salarios más bajos que usted.

—Tal vez deberían pagar salarios más altos —dijo Elena fríamente—. Y tal vez deberían educar a sus trabajadores. Los resultados podrían sorprenderlos.

—Los resultados serían caos. —Don Fernando se volvió hacia Elena—. Con todo respeto, Señora, es joven. No entiende cómo funcionan estas cosas. La sociedad española se construye sobre jerarquía, sobre todos conociendo su lugar. Interrumpir eso...

—Interrumpir eso es exactamente lo que pretendemos hacer. —Elena se puso de pie, obligando a los hombres a mirar hacia arriba a ella—. Don Fernando, esta conversación ha terminado. Abriremos nuestra escuela. Educaremos a quien deseemos. Y si no le gusta, puede irse de nuestra propiedad. Ahora.

Los tres nobles miraban boquiabiertos.

—Joven dama...

—Señora Domínguez —corrigió Elena—. Y no soy joven ni dama tonta sin comprender consecuencias. Soy dueña de propiedad junto con mi esposo. Tomo decisiones que creo correctas. Y usted, Don Fernando, no tiene voz en esas decisiones.

Don Fernando se puso rojo de ira.

—Esto no ha terminado. Hablaremos con el obispo. Con el gobernador. Encontraremos maneras de detener esto.

—Inténtelo. —Rafael se puso de pie junto a Elena—. Pero debería saber: tenemos el oído del Conde de Floridablanca. Quien apoya completamente nuestros esfuerzos educativos. Así que a menos que quiera explicarle al Primer Ministro por qué se opone a educación...

La amenaza quedó colgando en el aire.

Don Fernando miró entre ellos, claramente sopesando opciones. Finalmente, dio media vuelta bruscamente.

—Esto no ha terminado —murmuró mientras salía, los otros nobles siguiéndolo.

Cuando se fueron, Elena se dejó caer en su silla, temblando.

—Eso fue...

—Magnífico —terminó Rafael—. Absolutamente magnífico. ¿Los viste retroceder?

—Estaba aterrorizada.

—No se notó. —Rafael se arrodilló junto a ella—. Elena, acabas de defender nuestros principios contra tres nobles que pensaron que podían intimidarte. Eso fue...

—¿Estúpido? ¿Imprudente? ¿Potencialmente peligroso para nuestro bebé si deciden tomar represalias? —Elena enterró su rostro en sus manos—. Dios, ¿qué acabo de hacer?

—Hiciste lo correcto. Y sí, tal vez haya consecuencias. Pero enfrentaremos esas juntos. —Rafael levantó su barbilla—. Estoy orgulloso de ti.

—Incluso si acabo de hacer enemigos de cada noble en cincuenta kilómetros.

—Especialmente porque hiciste eso. Significa que estamos haciendo algo que importa.

Elena rio a pesar de su ansiedad.

—Cambiar el mundo es agotador.

—Entonces descansa. —Rafael la ayudó a levantarse—. La escuela puede esperar un día. El mundo puede esperar un día. Ahora mismo, cuidas de ti y de nuestro bebé.

—¿Nuestra hija?

—Definitivamente hija. Lo presiento.

—¿Y si es hijo?

—Entonces lo amaremos igual. —Rafael puso su mano sobre su vientre—. Pero secretamente espero por niña. Con tu inteligencia y mi terquedad. Imagina el caos que causará.

—Caos. Exactamente lo que este mundo necesita.

Se miraron, luego comenzaron a reír. Risa que liberaba tensión, miedo, preocupación sobre todo lo que habían puesto en movimiento.

Pero también risa que celebraba. Porque estaban construyendo algo. Algo importante. Algo que importaría mucho después de que se fueran.

Y eso valía cualquier enemigo que hicieran en el proceso.

CAPÍTULO 16
Crecimiento y Protección

15 de abril de 1790 - Cuatro meses de embarazo Perspectiva de Elena

Elena estaba comenzando a mostrar.

No mucho todavía, solo un ligero redondeo de su vientre que podía ocultar bajo vestidos sueltos. Pero cuando estaba desnuda por las mañanas, podía ver el cambio. Su cuerpo transformándose, expandiéndose para acomodar la vida creciendo dentro.

Era aterrador y fascinante en igual medida.

Se paró frente al espejo, girándose de lado, estudiando su perfil. Definitivamente un bulto. Pequeño pero innegable.

Rafael entró del baño, deteniéndose al verla.

—Estás hermosa.

—Estoy gorda.

—Estás embarazada. Hay una diferencia. —Caminó hacia ella, poniendo sus manos sobre su vientre—. Y esto no es grasa. Es nuestro bebé. Nuestro milagro.

—Tu milagro está dando patadas a mi vejiga a todas horas del día.

—¿El bebé está pateando? —Los ojos de Rafael se iluminaron —. ¿Puedo sentirlo?

—Todavía no. Es demasiado temprano. Solo puedo sentirlo yo, y apenas. Como... aleteos. Mariposas. —Elena cubrió sus manos con las suyas—. Pero pronto. Doña Mercedes dice que para el quinto mes, definitivamente podrás sentir patadas.

—No puedo esperar. —Rafael se arrodilló, hablándole a su vientre—. Hola, pequeño. Soy tu papá. Solo quiero que sepas que te esperamos con ansias. Y que ya te amamos. Mucho.

Elena sonrió, acariciando su cabello.

—Hablas con mi estómago todos los días ahora.

—Estoy estableciendo conexión temprano. Los estudios muestran que los bebés pueden escuchar voces desde el vientre.

—¿Qué estudios?

—Estudios que leí. En libros. De médicos respetables. —Rafael se puso de pie—. El punto es que nuestro bebé debería conocer mi voz.

—Nuestro bebé conoce tu voz porque hablas constantemente. A mí, a los trabajadores, a los olivos... —Elena lo besó—. Pero aprecio el sentimiento.

Un golpe en la puerta interrumpió el momento.

—¿Señora Domínguez? —La voz de Rosa—. Padre Miguel está aquí. Dice que está listo para comenzar las clases hoy si usted lo aprueba.

Elena miró a Rafael con emoción.

—La escuela. Abre hoy.

—Entonces vístete. —Rafael le entregó un vestido—. Tenemos historia que hacer.

El Aula - Una hora después Perspectiva de Rafael

Rafael nunca había visto a Elena tan nerviosa.

Ella estaba parada en el aula transformada, ajustando bancos que ya estaban perfectamente alineados, reorganizando libros que ya estaban organizados, verificando la pizarra por décima vez.

—Elena. Respira.

—¿Y si nadie viene? ¿Y si pusimos todo este esfuerzo y ninguna familia envía a sus hijos?

—Vendrán. —Rafael señaló por la ventana donde una docena de niños ya estaban reunidos afuera con sus padres, esperando que comenzaran las clases—. Mira. Diez familias. Exactamente como esperabas.

—Doce familias. Dos más vinieron esta mañana. —Elena se retorció las manos—. ¿Y si Padre Miguel no es buen maestro? ¿Y si los niños no aprenden? ¿Y si...?

Rafael la besó para silenciarla.

—Deja de anticipar desastre. Todo estará bien.

—Hablas como si supieras el futuro.

—Hablo como alguien que confía en que hicimos nuestra tarea. Padre Miguel es excelente. Los niños están ansiosos. Los padres son solidarios. —Rafael tomó sus manos—. Ahora deja que suceda.

Padre Miguel entró, luciendo más como académico que sacerdote en su sotana simple y gafas. Era cuarenta y tantos, con cabello comenzando a encanecerse pero ojos todavía brillantes con entusiasmo.

—Señora Domínguez, Señor Domínguez. ¿Estamos listos?

—Tan listos como estaremos. —Elena respiró profundo—. Los niños están afuera. Doce en total. Edades de seis a catorce. La mayoría no sabe leer en absoluto.

—Perfecto. Comenzaremos con lo básico. Alfabeto, números simples, construcción de confianza. —Padre Miguel sonrió—. No se preocupe, Señora. He enseñado en circunstancias mucho más desafiantes. Estos niños tienen ventaja: padres que quieren que aprendan. Eso es mitad de la batalla.

—¿Y la otra mitad?

—Paciencia. Persistencia. Y creer que cada niño puede aprender, sin importar su estación de nacimiento. —Padre Miguel miró entre ellos—. Lo cual, claramente, ustedes ya creen. O no estaríamos aquí.

Rafael apretó la mano de Elena.

—Traigamos a los niños.

Los siguientes treinta minutos fueron caos controlado.

Doce niños inundaron el aula, ojos amplios con asombro ante el espacio brillante y limpio. La mayoría nunca había estado dentro de un edificio con tantos libros. Algunos nunca habían sostenido una pluma.

Padre Miguel los organizó con paciencia en los bancos por edad, aprendiendo nombres, estableciendo reglas básicas.

—Esta es un aula —decía—. Un lugar donde todos son iguales. No importa si tu padre es trabajador o artesano. No importa si eres niño o niña. Aquí, todos aprenden juntos.

Una niña pequeña, no más de siete, levantó su mano tímidamente.

—¿Señor Padre? ¿Incluso las niñas pueden aprender a leer?

—Especialmente las niñas. —Padre Miguel sonrió—. Algunas de las personas más inteligentes que conozco son mujeres. Incluyendo nuestra benefactora, Señora Domínguez, quien diseñó esta escuela entera.

Doce pares de ojos se volvieron hacia Elena, quien se ruborizó.

—Yo... bueno, el Padre Miguel es demasiado amable. Fue esfuerzo conjunto.

—¿Usted sabe leer, Señora? —preguntó un niño mayor.

—Sí. Y escribir. Y matemáticas, astronomía, múltiples idiomas... —Elena sonrió—. La educación abrió el mundo entero para mí. Espero que haga lo mismo por ustedes.

—¿Puedo aprender astronomía? —La niña pequeña lucía esperanzada—. Quiero saber sobre las estrellas.

—Absolutamente. —Elena se arrodilló frente a ella—. ¿Cómo te llamas?

—Carmen. Carmen Ruiz.

—Bueno, Carmen Ruiz, si trabajas duro y aprendes tus letras, algún día puedo mostrarte mi observatorio. Y puedes mirar las estrellas a través de un telescopio real.

Los ojos de Carmen se iluminaron como si Elena acabara de prometer el mundo.

Lo cual, Rafael se dio cuenta, en cierto modo lo había hecho.

Después de que las clases comenzaran apropiadamente —Padre Miguel guiando a los niños a través del alfabeto mientras ellos repetían después de él— Rafael y Elena salieron silenciosamente.

Afuera, Elena se apoyó contra la pared del edificio, lágrimas corriendo por su rostro.

—¿Por qué estoy llorando de nuevo? No estoy triste. Estoy feliz.

—Embarazo. Te hace emocional. —Rafael la abrazó—. Pero también, acabas de cambiar la vida de doce niños. Eso merece lágrimas felices.

—¿Lo hicimos, verdad? Realmente lo hicimos. La escuela está abierta.

—Oficialmente abierta. —Rafael besó su cabeza—. Tu madre estaría orgullosa. La mía también.

—Espero que tengas razón. —Elena se limpió los ojos—. Porque esto es solo el comienzo. El próximo año, queremos veinte estudiantes. El año siguiente, cuarenta. Eventualmente, una escuela completa con múltiples maestros, currículo avanzado...

—Un paso a la vez. —Rafael la guió hacia la casa—. Por ahora, has hecho lo imposible. Celebremos eso.

Esa tarde - Complicación Menor Perspectiva de Elena

Elena estaba en su oficina, revisando libros de contabilidad, cuando sintió el primer calambre.

No era dolor, exactamente. Solo... incomodidad. Tensión en su abdomen bajo, como si algo estuviera apretando.

Se movió en su silla, tratando de encontrar una posición más cómoda. El calambre se alivió, luego regresó más fuerte.

—Ouch. —Elena puso su mano sobre su vientre—. Está bien, pequeño. Sea lo que sea que estés haciendo ahí dentro, cálmate.

El calambre se intensificó. Y luego, para su horror, sintió algo húmedo.

Elena miró hacia abajo. Pequeña mancha de sangre en su vestido.

El pánico golpeó instantáneamente.

—Rosa —llamó, su voz subiendo—. ¡Rosa!

Rosa apareció en segundos, tomando una mirada a la cara de Elena y corriendo inmediatamente a su lado.

—¿Qué pasa?

—Sangre. Hay sangre. —Elena temblaba ahora—. El bebé. Algo está mal con el bebé.

—Cálmate. Respira. —Rosa levantó el vestido de Elena, inspeccionando. La mancha era pequeña, no un flujo—. Esto podría no ser nada. Pero buscaremos a Doña Mercedes. Ahora.

—No puedo perder este bebé. No puedo...

—No lo harás. —Rosa la sostuvo con firmeza—. Pero necesitas recostarte. Ahora. Y alguien necesita encontrar a Rafael.

—Está en los olivares con Miguel inspeccionando el nuevo sistema de riego...

—Entonces alguien irá a buscarlo. —Rosa la ayudó a levantarse cuidadosamente—. Ven. A tu cama. Acuéstate de lado izquierdo, como enseñó Doña Mercedes.

Tomás apareció en la puerta.

—¿Qué necesitan?

—Encuentra a Rafael. Dile que Elena necesita descanso pero no es emergencia. Todavía. Y envía a alguien por Doña Mercedes. Rápido. —Rosa ayudó a Elena a la cama—. Todo estará bien, niña. Probablemente solo es esfuerzo. Has estado trabajando demasiado.

—La escuela... los libros de contabilidad... las mejoras...

—Pueden esperar. Tu bebé no puede. —Rosa la arropó—. Ahora quédate quieta. Sin moverse hasta que llegue la partera.

Elena se acostó, su mano presionada protectoramente sobre su vientre, rezando a un Dios en quien no estaba completamente segura de creer.

Por favor, pensó. *Por favor no me quites esto. No después de todo lo que hemos pasado. No cuando finalmente estamos construyendo algo bueno.*

Perspectiva de Rafael

Rafael corrió desde los olivares a la casa más rápido de lo que había corrido en su vida.

Tomás había dicho que no era emergencia, pero Elena necesitaba descanso. Lo cual en código probablemente significaba algo estaba mal pero no estaban diciendo qué.

Irrumpió en su dormitorio a encontrar a Elena acostada en la cama, pálida pero consciente, con Rosa sosteniendo su mano.

—¿Qué pasó?

—Pequeño sangrado. Calambres. —Elena trataba de sonar tranquila pero su voz temblaba—. Probablemente nada. Pero...

Rafael estaba junto a ella en un instante, tomando su otra mano.

—¿Dónde está Doña Mercedes?

—En camino. —Rosa se puso de pie—. Mientras tanto, Elena necesita descanso completo. Sin moverse, sin estrés, sin trabajo.

—De acuerdo. Cualquier cosa. —Rafael besó la mano de Elena—. Estarás bien. El bebé estará bien.

—No lo sabes. No puedes saber...

—Lo sé porque me niego a aceptar cualquier otra posibilidad. —Rafael se subió a la cama junto a ella, sosteniéndola cuidadosamente—. Te quedas aquí. Descansas. Y yo me quedo contigo. Todo lo demás puede esperar.

—Pero la hacienda...

—Puede manejarse sin nosotros por unos días. Miguel sabe qué hacer. Rosa supervisará la casa. Y yo... yo no voy a ninguna parte. —Rafael la abrazó más fuerte—. Estamos juntos en esto. ¿Recuerdas?

Elena comenzó a llorar.

—Tengo miedo.

—Yo también. Pero enfrentaremos esto como enfrentamos todo lo demás. Juntos.

Doña Mercedes llegó treinta minutos después, examinando a Elena a fondo mientras Rafael esperaba afuera, paseándose como animal enjaulado.

Cuando finalmente salió, su expresión era neutra.

—¿Bien? ¿Qué está mal? ¿Es el bebé...?

—El bebé está bien. —Doña Mercedes levantó su mano—. El corazón es fuerte, movimiento es bueno. Esto fue probablemente solo esfuerzo excesivo. Común en primer embarazo.

—¿Entonces está bien? ¿Ambos están bien?

—Por ahora, sí. Pero necesita reposo en cama. Dos semanas, mínimo. Sin trabajo, sin estrés, sin actividad física más allá de caminar al baño. —Doña Mercedes lo miró seriamente—. Y Señor Domínguez, necesita asegurarse de que siga estas órdenes. Su esposa tiene tendencia a ignorar consejos médicos cuando tiene trabajo que hacer.

—Me aseguraré. —Rafael asintió firmemente—. Dos semanas. Reposo completo.

—Bien. Y después de eso, no más de cuatro horas de trabajo al día. Necesita priorizar este embarazo sobre todo lo demás.

—Lo hará. Se lo prometo.

Cuando Doña Mercedes se fue, Rafael entró a encontrar a Elena mirando furiosamente el techo.

—Dos semanas. Dos semanas enteras acostada en cama como inválida.

—Dos semanas curándose y dándole a nuestro bebé el mejor chance. —Rafael se sentó en el borde de la cama—. Elena, te asustaste hoy. Me asustaste. No podemos arriesgarnos así de nuevo.

—Pero la hacienda...

—Sobrevivirá sin ti por dos semanas. Y después de eso, ajustaremos. Menos horas, más delegación, sea lo que sea necesario. —Rafael tomó su mano—. Porque este bebé, nuestro futuro, es más importante que cualquier proyecto o mejora o plan.

Elena cerró los ojos, lágrimas escapando.

—Tienes razón. Lo sé que tienes razón. Es solo... me siento tan impotente.

—Entonces déjame ser fuerte por ti. Déjame manejar cosas mientras te curas. —Rafael besó su frente—. Somos socios. Significa que nos turnamos llevando la carga.

—¿Y si me aburro terriblemente?

—Entonces te traeré libros. Rompecabezas. Mis encantadoras compañía. —Rafael sonrió levemente—. Pero te quedarás en esta cama durante dos semanas si tengo que sentarme en ti.

—Esa es imagen perturbadora.

—Entonces coopera.

Elena casi sonrió.

—Eres insufrible cuando te preocupas.

—Acostúmbrate. Porque planeo preocuparme constantemente durante los próximos cinco meses.

Una semana después - Sobreprotección Perspectiva de Elena

Rafael se había vuelto absolutamente ridículo.

Elena había pensado que era sobreprotector antes. Pero después del sangrado, había alcanzado niveles de absurdo que desafiaban creencia.

—No —estaba diciendo ahora—. Absolutamente no puedes levantarte para alcanzar ese libro.

—Está a un metro de distancia. En la mesa. Puedo alcanzarlo perfectamente...

—Puede requerir estirarse. Estirarse podría causar tensión. Tensión podría causar más sangrado. —Rafael saltó de su silla, agarrando el libro y entregándolo a ella—. Aquí. ¿Ves? Fácil.

—Rafael. Me estoy volviendo loca. He estado en cama durante una semana. Una semana entera de no hacer nada excepto leer y mirar el techo. Necesito moverme.

—Puedes caminar al baño.

—¡Necesito moverme más que eso! —Elena arrojó el libro a un lado—. Estoy perfectamente sana. El sangrado se detuvo después de dos días. Doña Mercedes dijo que probablemente era solo esfuerzo. Puedo levantarme.

—Doña Mercedes dijo dos semanas de reposo en cama. Ha sido una semana. Eso significa una semana más.

—Voy a matarte. Lenta y dolorosamente.

—Puedes matarme en una semana. Después de que se acabe el reposo en cama.

Elena lo miró con frustración pura.

—¿Así es como será los próximos cinco meses? ¿Tú tratándome como porcelana delicada que podría romperse en cualquier momento?

—Sí. —Rafael se sentó en el borde de la cama—. Elena, te vi asustada. Realmente asustada. Pensando que podrías perder a nuestro bebé. Y me di cuenta de que si algo pasara... si te pasara a ti o al bebé... no podría soportarlo. —Su voz se quebró—. Así que sí, voy a ser sobreprotector. Voy a ser ridículamente cuidadoso. Porque no puedo perderte.

La rabia de Elena se derritió instantáneamente.

—No vas a perderme. Soy fuerte. El bebé es fuerte.

—Lo sé. Pero el miedo no es racional. —Rafael tomó su mano —. Así que aguántame. Por favor. Solo por esta semana más. Luego te prometo que me calmaré.

—¿Me lo prometes?

—Probablemente no. Pero fingiré.

Elena rio a pesar de su frustración.

—Eres imposible.

—Pero me amas de todos modos.

—Desafortunadamente, sí. —Elena tiró de él hacia abajo para un beso—. Está bien. Una semana más de reposo en cama. Pero después de eso, vuelvo al trabajo. Ligero, pero trabajo.

—De acuerdo. Y yo... trataré de ser menos ridículo.

—Apreciado.

Rafael se acostó junto a ella, ambos mirando el techo.

—¿Sabes qué me di cuenta? —dijo Elena después de un momento.

—¿Qué?

—Por primera vez en mi vida, alguien me cuida. Me protege. Se preocupa por mi bienestar más que por mi utilidad. —Se volvió hacia él—. Es molesto. Pero también... agradable. En cierto modo.

—Alguien siempre debió cuidarte. Tu madre, tu padre... ellos deberían...

—Mi madre hizo lo que pudo antes de morir. Mi padre... hizo lo mejor que pudo con las habilidades que tenía. —Elena tocó su mejilla—. Pero tú, Rafael, me cuidas de manera que nadie más ha hecho. Y aunque a veces es sofocante, principalmente es... amor. Eso es lo que es. Amor desordenado, imperfecto, sobreprotector.

—Te amo tan mal que duele. —Rafael besó su palma—. Y sí, eso se manifiesta en sobreprotección ocasional. O constante. Pero viene de buen lugar.

—Lo sé. —Elena se acurrucó contra él—. Entonces cuidémonos mutuamente. Tú me cuidas durante este embarazo. Y yo me aseguraré de que no te trabajes hasta la muerte tratando de manejar la hacienda completamente solo.

—Trato.

Se quedaron así, sosteniendo el uno al otro, dos personas aprendiendo a navegar el matrimonio, el embarazo y las complejidades de construir vida juntos.

Afuera, el sol se estaba poniendo sobre los olivares. En el aula nueva, Padre Miguel probablemente estaba terminando lecciones del día. En Sevilla, vidas continuaban sin conciencia de los pequeños milagros ocurriendo en esta hacienda.

Pero aquí, en este momento, Rafael y Elena tenían todo lo que necesitaban.

El uno al otro. Un bebé creciendo. Y esperanza para futuro que estaban construyendo juntos.

Dos semanas después - Visitante Inesperado Perspectiva de Rafael

Rafael estaba en su oficina, revisando contratos de envío, cuando Rosa entró luciendo inusualmente tensa.

—Hay alguien aquí para verte. Del arzobispado.

El estómago de Rafael se hundió.

—¿Del arzobispado? ¿Por qué?

—No dijo. Solo que necesita hablar contigo sobre la escuela. —Rosa bajó su voz—. Tiene dos guardias con él.

—Mierda. —Rafael se puso de pie—. ¿Dónde está Elena?

—Descansando. Doña Mercedes finalmente le dio permiso para levantarse hoy, así que está en el jardín tomando aire. No le he dicho sobre el visitante todavía.

—Bien. Mantenla ahí. No quiero que se estrese. —Rafael se enderezó, alisando su chaqueta—. ¿Dónde está el visitante?

—En la sala. Esperando.

Rafael caminó hacia la sala, preparándose mentalmente para batalla.

El hombre que esperaba era cincuenta y tantos, vestido con sotana negra formal de funcionario de iglesia. Delgado, con rostro severo y ojos que evaluaban todo.

—Señor Domínguez. Soy Padre Sebastián Ortega, representante del Arzobispo de Sevilla. —No ofreció su mano—. Necesitamos discutir su... escuela.

—Por supuesto. Siéntese. —Rafael gesticuló hacia una silla, manteniendo su tono educado pero firme—. ¿Qué le gustaría saber?

Padre Sebastián se sentó con postura rígida.

—Se nos informa que está educando a niños comunes. Incluyendo gitanos. Sin supervisión apropiada de iglesia.

—Estamos educando a niños locales, sí. Con Padre Miguel, sacerdote respetado, como maestro principal. —Rafael se sentó frente a él—. Todo completamente legal y apropiado.

—Padre Miguel no tiene autorización oficial de arzobispado para enseñar. Y contenido de educación no ha sido aprobado por

autoridades eclesiásticas. —Padre Sebastián sacó documento—. Según ley canónica, toda educación debe ser supervisada por iglesia. Para asegurar que no se enseñe herejía.

—No estamos enseñando herejía. Estamos enseñando lectura, escritura, aritmética básica. Habilidades que estos niños necesitan para vivir vidas productivas.

—¿Y quién decide qué libros leen? ¿Qué ideas se exponen a? —Padre Sebastián se inclinó hacia adelante—. Señor Domínguez, iglesia tiene responsabilidad de proteger almas de fieles. Educación no supervisada puede llevar a pensamiento peligroso.

Rafael sintió que su templanza comenzaba a deslizarse.

—Pensamiento peligroso. ¿Como qué? ¿Conocer alfabeto? ¿Poder contar?

—Como cuestionar orden natural de sociedad. Como creer que trabajadores comunes deberían tener mismas oportunidades que nobles. —Los ojos de Padre Sebastián eran fríos—. Estas ideas, cuando están arraigadas en jóvenes, llevan a descontento. Rebelión incluso.

—O llevan a sociedad más educada, más productiva. —Rafael se obligó a mantener voz nivelada—. Padre Sebastián, tengo máximo respeto por iglesia. Pero educación de estos niños no es asunto suyo.

—Todo lo que afecta almas es asunto de iglesia. —Padre Sebastián se puso de pie—. Le daré advertencia, Señor Domínguez. Si su escuela continúa sin supervisión apropiada, nos veremos obligados a tomar acción. Eso podría incluir cierre forzado. O investigación por Inquisición.

La palabra cayó como piedra en agua quieta.

Inquisición.

Rafael se puso de pie lentamente.

—¿Me está amenazando?

—Estoy informándole de consecuencias posibles. —Padre Sebastián caminó hacia puerta—. Piénselo, Señor Domínguez. ¿Vale la pena arriesgar todo que ha construido por escuela pequeña para niños que probablemente nunca usarán lo que aprenden?

—Sí. Absolutamente vale la pena.

—Entonces es tonto. —Padre Sebastián se detuvo en entrada —. Y tonto que desafía iglesia rara vez termina bien.

Cuando se fue, Rafael se quedó mirando puerta cerrada, su mente girando.

Inquisición. La palabra que cada español temía. Organización que podía destruir vidas con simple acusación de herejía.

Había sabido que hacer cambios atraería oposición. Pero no había anticipado que iglesia vendría tras ellos tan rápido.

Elena entró momentos después, luciendo sonrojada de sol.

—Rosa me dijo que tuvimos visitante. ¿Quién era?

Rafael consideró mentir, protegerla del estrés. Pero habían prometido honestidad.

—Representante de arzobispo. Sobre escuela.

El rostro de Elena se puso pálido.

—¿Y?

—Dice que necesitamos supervisión de iglesia. O enfrentamos cierre. Posiblemente investigación de Inquisición.

—Mierda. —Elena se sentó pesadamente—. ¿Qué hacemos?

—No lo sé todavía. Pero no vamos a cerrar escuela. No después de todo el trabajo que hemos puesto. No cuando esos niños finalmente están aprendiendo. —Rafael se arrodilló frente a ella—. Encontraremos manera. Siempre lo hacemos.

—¿Y si Inquisición viene? Rafael, eso no es amenaza vacía. Pueden...

—Lo sé. Pero también sé que tenemos aliados. Floridablanca apoya reforma educativa. Tiene influencia sobre iglesia. —Rafael tomó sus manos—. Voy a escribirle. Explicar situación. Pedir su intervención.

—¿Y si dice que no?

—Entonces luchamos de todos modos. Porque rendirse no es opción.

Elena lo miró por largo momento.

—¿Sabes que estás siendo terco e imprudente?

—Sí.

—¿Y sabes que pondrás a nuestra familia en riesgo desafiando iglesia?

—Sí.

—Bien. Solo quería asegurarme de que entendías consecuencias. —Elena sonrió débilmente—. Porque estoy contigo. Cien por ciento. Pase lo que pase.

Rafael la besó profundamente.

—No merezco una esposa como tú.

—Lo sé. Soy extraordinaria. —Elena se recostó contra él—. Entonces escribamos esa carta. Y preparémonos para batalla.

Porque estaba claro ahora: su trabajo transformando hacienda, educando niños, desafiando siglos de tradición, había puesto diana en sus espaldas.

Y la iglesia, con toda su poder e influencia, acababa de declarar guerra.

CAPÍTULO 17
Batallas y Bendiciones

20 de mayo de 1790 - Cinco meses de embarazo Perspectiva de Elena

Elena ya no podía ocultar su embarazo.

Su vientre se había redondeado considerablemente, empujando contra la tela de incluso sus vestidos más sueltos. Se movía diferente ahora, con la leve torpeza de alguien cuyo centro de gravedad había cambiado. Y el bebé —su bebé, su milagro— se movía constantemente. Patadas, vueltas, pequeños golpes que la hacían sonreír incluso en medio de reuniones serias.

Como ahora, cuando estaba sentada en la oficina con Rafael y Bernardo, discutiendo la carta que habían recibido de Madrid esa mañana.

—Entonces Floridablanca básicamente nos dice que procedamos con cautela pero que continuemos —estaba diciendo Bernardo—. No es respaldo completo, pero tampoco es rechazo.

—Es político. —Rafael releía la carta—. Dice que apoya reforma educativa 'en principio' pero que debemos 'respetar tradiciones y autoridades establecidas' mientras lo hacemos.

—En otras palabras, quiere que eduquemos a los niños pero que no enojemos demasiado a la iglesia. —Elena sintió una patada particularmente fuerte y puso su mano sobre su vientre—. Imposible hacer ambas cosas.

—¿Estás bien? —Rafael estaba a su lado inmediatamente—. ¿El bebé...?

—El bebé está perfectamente bien. Solo decidió dar una patada en medio de conversación importante. —Elena sonrió—. Aparentemente tiene opiniones sobre política.

—Entonces definitivamente es tu hijo. —Rafael puso su mano sobre su vientre, esperando. Un momento después, otra patada,

esta lo suficientemente fuerte para que sintiera—. Oh. Dios mío. ¿Eso fue...?

—Nuestro bebé. Diciéndote hola. —Elena cubrió su mano con la suya—. Fuerte, ¿verdad?

—Increíble. —Los ojos de Rafael estaban húmedos—. Es realmente real. Hay realmente un bebé ahí dentro.

—Sí, Rafael. Por eso he estado engordando y vomitando durante cinco meses. —Elena rodó los ojos cariñosamente—. ¿Recién ahora lo procesas?

—Es diferente sentirlo. —Rafael se arrodilló frente a ella, ambas manos en su vientre ahora—. Hola, pequeño. Soy tu papá. Te he estado esperando.

Bernardo tosió discretamente.

—¿Debo regresar más tarde?

—No. Lo siento. —Rafael se puso de pie, aunque mantuvo una mano en el hombro de Elena—. Estábamos discutiendo la carta de Floridablanca.

—Correcto. —Bernardo gesticuló hacia el documento—. La pregunta es: ¿cómo procedemos? ¿Tratamos de negociar con el arzobispado? ¿O continuamos como estamos y arriesgamos confrontación?

—Negociar significaría concesiones. Probablemente supervisión de iglesia, restricciones sobre qué enseñamos, quizás incluso limitaciones sobre qué niños pueden asistir. —Elena sacudió la cabeza—. Eso derrota todo el propósito.

—Pero continuar como estamos significa arriesgar que la Inquisición realmente se involucre. —Rafael se pasó la mano por el cabello—. Y eso no es riesgo solo para nosotros. Es riesgo para Padre Miguel, para las familias que envían a sus hijos, para todos asociados con la escuela.

—¿Entonces qué sugieres? ¿Que nos rindamos? ¿Que cerremos la escuela porque la iglesia no aprueba? —La voz de Elena se elevó—. Rafael, hay doce niños aprendiendo a leer ahora mismo. Doce futuros que estamos cambiando. No podemos simplemente...

—No estoy sugiriendo que nos rindamos. —Rafael se arrodilló frente a ella de nuevo—. Estoy sugiriendo que seamos estratégicos.

Que encontremos manera de continuar mientras minimizamos riesgo para todos involucrados.

—¿Cómo?

—No lo sé todavía. Pero lo descubriremos. —Rafael miró a Bernardo—. ¿Cuál es nuestra posición legal exactamente? ¿Puede la iglesia realmente cerrar escuela en propiedad privada?

—Es complicado. —Bernardo sacó otro documento—. Técnicamente, tienen autoridad sobre toda educación religiosa. Pero están enseñando materias seculares: lectura, escritura, aritmética. No teología. Así que su reclamo es... débil.

—¿Pero?

—Pero la Inquisición no siempre se preocupa por tecnicismos legales. Si deciden que eres amenaza, pueden actuar. —Bernardo los miró seriamente—. He estado investigando casos recientes. En los últimos cinco años, tres escuelas similares fueron cerradas. Dos maestros fueron investigados por herejía. Uno fue encarcelado.

El silencio cayó sobre la oficina.

Finalmente, Elena habló:

—¿Entonces vivimos con miedo? ¿Dejamos que la amenaza de Inquisición dicte nuestras decisiones?

—Vivimos con cautela. —Rafael tomó su mano—. Elena, sé que no quieres escuchar esto. Pero tienes cinco meses de embarazo. Nuestro bebé llega en tres meses. No puedo arriesgarte, arriesgar a nuestro hijo, por esto.

—Es exactamente por nuestro hijo que necesitamos hacer esto. —Elena puso su mano libre sobre su vientre—. Quiero que nuestro bebé crezca en mundo donde educación no esté restringida por clase o aprobación de iglesia. Donde cada niño tenga chance de aprender, de crecer, de ser más que lo que su nacimiento dicta.

—Y también quiero que nuestro bebé crezca con ambos padres vivos y libres. —Rafael tocó su mejilla—. No como yo crecí. No huérfano, no perseguido, no definido por tragedia.

Elena sintió lágrimas picar en sus ojos.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Compromiso temporal. —Rafael miró a Bernardo—. Invitamos representante de arzobispado para observar las clases.

Mostramos que no estamos enseñando nada herético. Demostramos que esto es educación legítima, útil. Y mientras tanto, trabajamos por respaldo más fuerte de Floridablanca.

—¿Y si eso no funciona?

—Entonces reevaluamos. Pero al menos habremos intentado el camino de menor riesgo primero. —Rafael apretó su mano—. ¿De acuerdo?

Elena quería argumentar. Quería insistir en que lucharan sin compromiso. Pero miró su vientre redondeado, sintió otra patada de su bebé, y se dio cuenta de que Rafael tenía razón.

Tenían más que perder ahora. Más que solo ellos mismos.

—De acuerdo. Pero si vienen y tratan de cerrar la escuela de todos modos...

—Entonces luchamos. Con todo lo que tenemos. —Rafael la besó—. Pero démosle al diplomacia una chance primero.

Una semana después - La Visita Perspectiva de Rafael

Padre Sebastián regresó, esta vez acompañado por dos sacerdotes más del arzobispado. Rafael y Elena los recibieron con formalidad educada, ocultando su ansiedad detrás de cortesía aristocrática.

—Padre Sebastián. Gracias por aceptar nuestra invitación. —Rafael gesticuló hacia el aula—. Como solicitó, hemos arreglado para que observe una clase típica. Completamente sin editar, sin preparación especial. Solo educación ordinaria.

—Veremos. —Padre Sebastián miró a Elena, su atención claramente yendo a su vientre redondeado—. Señora Domínguez. Veo que está esperando.

—Sí. En aproximadamente tres meses. —Elena mantuvo su tono neutral—. Lo cual hace que este asunto sea aún más importante para mí. Quiero que mi hijo crezca en mundo con más oportunidades educativas, no menos.

—Nobles sentimientos. Pero la educación sin guía apropiada puede ser peligrosa. —Padre Sebastián se volvió hacia el aula—. ¿Procedemos?

Caminaron hacia el aula donde Padre Miguel estaba a mitad de lección. Los doce estudiantes estaban sentados atentamente

mientras él enseñaba aritmética básica usando piedras como ayudas visuales.

—Si Juan tiene cinco manzanas y le da dos a su hermana, ¿cuántas le quedan? —estaba preguntando Padre Miguel.

Una docena de manos se levantaron. La pequeña Carmen, que se había vuelto la estudiante estrella, prácticamente saltaba en su asiento.

—Carmen, ¿puedes resolverlo?

Carmen saltó al frente, organizando las piedras en grupos.

—Juan comienza con cinco. —Puso cinco piedras en fila—. Luego da dos a su hermana. —Movió dos piedras a un lado—. Así que quedan tres. Cinco menos dos es igual a tres.

—¡Excelente! —Padre Miguel sonrió—. ¿Todos vieron cómo Carmen usó objetos reales para visualizar el problema? Esa es una habilidad importante. Las matemáticas no son solo números abstractos. Son herramientas para entender el mundo.

Padre Sebastián observaba con expresión inescrutable mientras la lección continuaba. Padre Miguel pasó de aritmética a práctica de lectura, haciendo que cada niño leyera en voz alta de un texto simple sobre agricultura.

Los niños tropezaban ocasionalmente, pero estaban claramente aprendiendo. Carmen leía con fluidez. Un niño mayor llamado Miguel había mejorado dramáticamente en solo seis semanas.

Cuando la lección terminó y los niños fueron despedidos para el almuerzo, Padre Sebastián se volvió hacia Padre Miguel.

—¿Puedo ver su plan de estudios?

—Por supuesto. —Padre Miguel sacó sus notas—. Comenzamos cada día con oraciones. Luego rotamos entre materias: lectura por la mañana, aritmética después del almuerzo, escritura práctica al final del día. Una vez por semana, Señora Domínguez da lección sobre ciencias naturales o astronomía.

—¿Astronomía? ¿Para niños trabajadores?

—¿Por qué no? —intervino Elena—. El conocimiento del cielo ayudó a marineros navegar, a agricultores predecir estaciones, a

pensadores entender lugar de la humanidad en la creación de Dios. Es perfectamente apropiado.

—¿Y qué textos usa?

—Para lectura, textos estándar aprobados por el sistema educativo español. Para aritmética, desarrollé mis propios materiales basados en problemas prácticos que estos niños enfrentarán. —Padre Miguel le entregó el plan de estudios completo—. Como puede ver, no hay nada herético. Solo educación básica que cualquier niño debería recibir.

Padre Sebastián revisó los documentos minuciosamente. Minutos pasaron en silencio tenso.

Finalmente, habló:

—Debo admitir, esto es... más riguroso de lo que anticipé. Y, aparentemente, no herético.

Rafael sintió que algo de la tensión en su pecho se aliviaba.

—Entonces, ¿informará al arzobispo que la escuela es apropiada?

—Informaré que no encontré evidencia de herejía en los materiales presentados hoy. —Padre Sebastián devolvió el plan de estudios—. Sin embargo, el arzobispo puede aún requerir supervisión periódica. Y si se reporta cualquier enseñanza inapropiada en el futuro...

—No habrá ninguna. —Elena se adelantó—. Padre Sebastián, entiendo sus preocupaciones. La iglesia tiene derecho de proteger a los fieles. Pero también tiene deber de apoyar el bienestar de todos los hijos de Dios. ¿Y no es el conocimiento parte de ese bienestar?

Padre Sebastián la estudió.

—Es muy elocuente, Señora Domínguez. Para una mujer.

—Mi educación me sirvió bien. Me gustaría que otros tuvieran las mismas oportunidades. —Elena sostuvo su mirada—. Incluyendo mi propio hijo. Quien aprenderá que el conocimiento es don de Dios, no amenaza a la autoridad de Dios.

Un largo silencio. Entonces, sorprendentemente, Padre Sebastián asintió.

—Informaré al arzobispo que esta escuela, aunque inusual, no presenta amenaza inmediata a la fe. —Miró a Rafael—. Pero será

vigilado, Señor Domínguez. Un paso en falso, y esta conversación será muy diferente.

—Entendido. Gracias por su consideración justa. —Rafael extendió su mano.

Después de una pausa, Padre Sebastián la estrechó.

—Que Dios los guíe en sus esfuerzos. Y bendiga su próximo hijo.

Cuando los sacerdotes se fueron, Elena casi colapsó contra Rafael.

—No puedo creer que funcionó.

—Todavía no ha funcionado completamente. Pero es comienzo. —Rafael la abrazó cuidadosamente—. Lo hiciste bien. Esa parte sobre el conocimiento siendo don de Dios fue brillante.

—Fue sincero. —Elena se recostó contra él—. Y esperanzadamente suficiente para mantener la Inquisición alejada de nosotros.

Padre Miguel se acercó, luciendo aliviado.

—Entonces, ¿continuamos?

—Continuamos. —Rafael asintió—. Pero cautelosamente. Nada que pudiera interpretarse como herejía. Nada que dé excusa a la iglesia para cerrar esto.

—Entendido. —Padre Miguel sonrió—. Y señora Domínguez, debo decir: su defensa de la educación fue inspiradora. Estos niños tienen suerte de tenerla como defensora.

—Estos niños son nuestro futuro. —Elena tocó su vientre—. Todos los niños lo son. Merecen chance de aprender, crecer, ser más que lo que el nacimiento les dio.

Dos semanas después - La Carta de Floridablanca Perspectiva de Elena

La segunda carta del Conde de Floridablanca llegó en junio, justo cuando Elena entraba en su sexto mes de embarazo.

Rafael la abrió en su oficina, Elena leyendo por encima de su hombro mientras su bebé pateaba protestando por la incomodidad de inclinarse.

—Quieto, pequeño —murmuró ella—. Papá está leyendo algo importante.

Rafael leyó en voz alta:

"Señor Domínguez,

He sido informado por el arzobispado de Sevilla sobre su escuela experimental. También he recibido su carta describiendo los desafíos que enfrenta al implementar reforma educativa.

Es mi opinión que España debe modernizarse para competir con otras naciones europeas. Parte de esa modernización requiere fuerza laboral más educada. Sin embargo, también debemos respetar el lugar de la iglesia en nuestra sociedad.

Por lo tanto, he negociado compromiso con el arzobispo:

Su escuela puede continuar operando con las siguientes condiciones: 1. Supervisión trimestral por representante de iglesia 2. Instrucción religiosa diaria incluida en plan de estudios
3. Sin enseñanza de materiales que contradigan doctrina de iglesia 4. Reporte anual al arzobispado sobre progreso de estudiantes

A cambio, el arzobispo ha acordado no interferir con sus operaciones diarias y reconocer su escuela como institución educativa legítima.

Esto no es solución perfecta, pero es práctica. Le sugiero que la acepte.

Además, tomo nota de su próximo hijo. Las felicitaciones están en orden. España necesita más familias como la suya: progresistas pero respetuosas de tradición.

Su servidor, El Conde de Floridablanca"

Elena se dejó caer en una silla, procesando.

—Lo hicimos. Realmente lo hicimos. La escuela es oficial.

—Con condiciones. —Rafael releía la carta—. Supervisión trimestral, instrucción religiosa, reportes anuales...

—Condiciones que podemos vivir con ellas. —Elena tomó la carta—. Rafael, esto es victoria. Tal vez no perfecta, pero victoria real. La escuela permanece abierta. Los niños siguen aprendiendo. Y tenemos respaldo del Primer Ministro.

Rafael se arrodilló frente a ella.

—¿Estás segura? Estas condiciones significan menos autonomía. Más supervisión. Compromiso de nuestros principios originales.

—Nuestros principios originales eran educar a niños que de otro modo nunca aprenderían a leer. Ese principio permanece intacto. —Elena tocó su mejilla—. Todo lo demás es... pragmatismo. Y a veces el pragmatismo es necesario para lograr cosas realmente importantes.

—¿Cuándo te volviste tan sabia?

—El embarazo me da perspectiva. O tal vez solo estoy demasiado cansada para luchar batallas pequeñas cuando batalla grande ya está ganada. —Elena sonrió—. De cualquier manera, aceptamos el compromiso. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Rafael besó su vientre redondeado—. ¿Escuchaste eso, pequeño? Tu madre acaba de negociar paz con iglesia y gobierno. Eres aún bebé no nacido y ya estás viviendo en mundo mejor por su trabajo.

Una patada fuerte respondió, haciéndolos reír a ambos.

—Creo que el bebé aprueba —dijo Elena.

—O protesta por toda la política que discutimos en su presencia.

—Ese es mi hijo. Ya impaciente con burocracia. —Elena se puso de pie con esfuerzo—. Ayúdame. Necesito caminar. Mi espalda está matándome.

Rafael la ayudó inmediatamente, sosteniéndola firmemente mientras se estiraba.

—¿Has estado de pie demasiado tiempo de nuevo?

—He estado existiendo demasiado tiempo. Todo duele ahora. Mi espalda, mis pies, mis... bueno, todo. —Elena hizo una mueca—. Doña Mercedes dice que es normal. El bebé está creciendo, presionando en todo. Pero Dios, no recuerdo que mi madre mencionara esta parte.

—Porque tu madre fue dama apropiada que no discutió incomodidades corporales. —Rafael la guió hacia su dormitorio—. Vamos. Descanso. Doctor ordenó.

—Doña Mercedes es partera, no doctora.

—Experta médica ordenó descanso. —Rafael la ayudó a recostarse en la cama—. Y yo lo voy a hacer cumplir.

—Tirano.

—Esposo preocupado. —Rafael comenzó a masajear sus pies hinchados—. ¿Mejor?

—Mmm. Mucho. —Elena cerró los ojos—. ¿Sabes qué me di cuenta?

—¿Qué?

—En tres meses, seremos padres. Tres meses. Y no tengo idea de lo que estoy haciendo.

—Nadie lo sabe. Es parte del trato. —Rafael continuó masajeando—. Pero lo descubriremos. Juntos. Como todo lo demás.

—¿Y si soy madre terrible?

—Serás madre magnífica. Ya eres madre magnífica, preocupándote por este bebé, cuidándote, luchando por crear mundo mejor. —Rafael se movió para masajear su espalda baja—. Nuestro hijo es muy afortunado de tenerte.

—Nuestro hijo va a ser muy mimado por ti. Ya puedo verlo. Te negándote a dejar que haga cualquier cosa remotamente peligrosa o aventurero.

—Absolutamente no. Nuestro hijo será completamente protegido en todo momento. —Rafael sonrió cuando Elena lo golpeó juguetonamente—. Está bien, tal vez permita algo de aventura. Supervisionada. Cuando sea mayor.

—¿Como qué edad? ¿Treinta?

—Veinticinco. Soy razonable.

Elena rio, el sonido convirtiéndose en bostezo.

—Lo siento. Estoy exhausta constantemente ahora.

—Entonces duerme. —Rafael se acostó junto a ella, colocando su mano protectoramente sobre su vientre—. Yo vigilaré.

—¿Vigilarás mientras duermo?

—Siempre. —Rafael la besó—. Alguien tiene que asegurarse de que ambos estén a salvo.

Elena se acurrucó contra él, sintiendo el calor de su cuerpo, la fuerza de sus brazos, el amor en cada toque.

—Te amo —murmuró, ya medio dormida.

—Te amo también. Ambos. —Rafael habló con su vientre—. Cuídense mutuamente mientras duermen. Los veré cuando despierten.

Mientras Elena se deslizaba en el sueño, sintió a su bebé moverse una vez más. Como si respondiera a la voz de su padre. Reconociéndolo incluso desde el vientre.

Y en ese momento, todo —las batallas con la iglesia, el estrés de transformar la hacienda, las incertidumbres del embarazo— todo valió la pena.

Porque estaban construyendo familia. Estaban creando amor. Y pronto, tendrían hijo que representaría todo lo que habían luchado por lograr.

Un nuevo comienzo. Una nueva generación. Un futuro donde educación y amor no estaban restringidos por clase o circunstancia de nacimiento.

Era todo lo que Marisol había querido para Rafael. Y ahora, estaban pasándolo adelante.

Dos semanas después - Preparando la Habitación del Bebé Perspectiva de Rafael

Rafael estaba parado en lo que pronto sería la habitación del bebé, mirando el espacio vacío e intentando imaginarlo lleno de vida.

Era habitación grande en el segundo piso, cerca de su dormitorio principal pero con su propia entrada. Ventanas grandes dejaban entrar luz del sol. Vista daba a los olivares donde su madre estaba enterrada.

Parecía... correcto.

—¿Qué piensas? —Elena entró, sosteniendo su espalda mientras caminaba—. ¿Demasiado grande? ¿Demasiado lejos de nuestro dormitorio?

—Creo que es perfecta. —Rafael caminó hacia la ventana—. Mira. Puedes ver la tumba de mi madre desde aquí. Nuestro hijo crecerá mirando el lugar donde yace su abuela. Conociendo su historia.

Elena se unió a él en la ventana, tomando su mano.

—Eso es hermoso. Y algo triste.

—Ambos. Como la mayoría de las cosas importantes. —Rafael se volvió hacia ella—. Quiero colgar su retrato aquí. El que traje de México. Para que nuestro hijo sepa su rostro.

—Me encanta eso. —Elena apretó su mano—. ¿Qué más?

—Cuna aquí. —Rafael gesticuló—. Cerca de la ventana para luz matutina. Mesa para cambiar ahí. Silla para mecerse allá, para que puedas amamantar cómodamente.

—¿Notaste cómo asumes que estaré amamantando?

—Bueno, sí. ¿No lo harás?

—Probablemente. Pero podrías haberlo preguntado. —Elena sonrió para mostrar que estaba bromeando—. ¿Qué más?

—Estantes para libros. Muchos. —Rafael caminó por la habitación—. Porque nuestro hijo será lector. Como lo fui yo. Como tú eres.

—Presionando mucho al bebé no nacido.

—No presionando. Esperando. Hay diferencia. —Rafael se volvió hacia ella—. Elena, quiero que esta habitación sea... refugio. Lugar donde nuestro hijo se sienta a salvo, amado, valorado. No importa qué pase afuera en el mundo.

—Lo será. —Elena caminó hacia él—. Porque estará lleno de amor. Nuestro amor, amor de Rosa, amor de todos en esta hacienda que están esperando este bebé casi tanto como nosotros.

Rafael puso ambas manos en su vientre, sintiendo los movimientos constantes ahora.

—Hola, pequeño. Estamos preparando tu habitación. Tu lugar especial. Donde papá te leerá cada noche. Donde mamá te enseñará sobre estrellas. Donde aprenderás que eres amado más de lo que palabras pueden expresar.

El bebé pateó fuerte, como si aprobara.

—Definitivamente tu hijo —dijo Elena—. Ya respondiendo a discursos largos con violencia física.

—Eso fue aprobación, no violencia.

—Mis costillas no están de acuerdo.

Rafael se arrodilló, hablando directamente al vientre de Elena.

—Lo siento, pequeño. No sabía que tus patadas lastimaban a mamá. Tal vez... más suave la próxima vez?

Otra patada, más fuerte.

—O no. —Rafael rio—. Está bien. Seas fuerte. Como tu madre. Lucha por espacio. Hazlos saber que estás aquí.

—Por favor no animes comportamiento agresivo en nuestro hijo no nacido. —Elena le ayudó a ponerse de pie—. Será suficientemente desafiante sin tu influencia.

—Nuestro hijo será perfecto. —Rafael la besó—. Porque es nuestro.

Pasaron la siguiente hora planificando la habitación en detalle. Dónde iría cada mueble, qué colores pintarían las paredes, qué decoraciones colgarían.

Rosa apareció eventualmente, llevando telas.

—Para cortinas —explicó—. Y ropa de cama de cuna. Pensé que tal vez la Señora querría elegir.

Elena hojeó las telas, tocando cada una.

—Esta. —Eligió una suave, blanco crema con delicados bordados de olivos—. Porque esta hacienda, estos árboles, son parte de herencia de nuestro hijo.

—Hermosa elección. —Rosa sonrió—. Comenzaré a coser mañana. Y señora, sobre el bautizo...

—¿Bautizo?

—Para el bebé. Después del nacimiento. Necesitará ser bautizado apropiadamente. —Rosa vaciló—. Y con el arzobispo ahora consciente de su familia, tal vez quiera hacerlo... oficialmente. En la catedral de Sevilla.

Elena miró a Rafael, viendo su propia incertidumbre reflejada.

—¿Catedral de Sevilla? Eso es... muy público.

—También es declaración. —Rafael consideró—. Declaración que nuestro hijo es legítimo, reconocido, parte de sociedad española. No bastardo escondido. No vergüenza secreta. Sino heredero apropiado de Hacienda de las Estrellas.

—Eso es importante para ti. —No era pregunta.

—Sí. Porque yo nunca tuve eso. Nunca fui reconocido, bautizado, legitimado. —Rafael tocó el vientre de Elena—. Quiero que nuestro hijo tenga todo lo que me negaron. Incluido reconocimiento público de su derecho de existir.

Elena entendió inmediatamente. Esto no era sobre pompa o exhibición. Era sobre Rafael asegurándose de que su hijo nunca

sintiera la vergüenza, la exclusión, el rechazo que él había experimentado.

—Entonces catedral de Sevilla. Bautizo público. Anunciando al mundo que nuestro hijo nació de amor, no vergüenza. —Elena sonrió —. Y invitaremos a todos. Nobles que nos desprecian, familias que admiramos, trabajadores que dependen de nosotros. Todos serán testigos.

—¿Estás segura? Será gran evento. Mucho estrés...

—Estoy segura. —Elena tomó su mano—. Porque tienes razón. Es declaración que necesita hacerse. No solo por nuestro hijo. Por cada bastardo, cada hijo ilegítimo, cada niño a quien se le dice que no pertenece. Les mostramos que el amor crea familia. No ley, no aprobación de iglesia, no linaje. Amor.

Rafael la besó profundamente.

—¿Cómo me volví tan afortunado?

—Sobreviviste cosas horribles. El universo te debía algo bueno. —Elena se recostó contra él—. Y en tres meses, recibiremos esa cosa buena. Nuestro bebé. Nuestro futuro.

Rosa tosió discretamente.

—¿Debo comenzar a planificar el bautizo entonces?

—Por favor. —Rafael asintió—. Grande. Público. Declaración que este niño es amado, querido, bienvenido en este mundo.

—Lo haré. —Rosa sonrió—. Y señor, señora... su hijo es muy afortunado. Tener padres que luchan tan duro por su futuro antes de que siquiera nazca.

Cuando Rosa se fue, Rafael y Elena se quedaron solos en la futura habitación del bebé, sosteniéndose mutuamente, imaginando el día cuando ya no estaría vacía.

Cuando se llenaría con llanto de bebé, risas, primeros pasos, primeras palabras.

Cuando su familia, su milagro, sería completo.

—Tres meses más —murmuró Elena.

—Tres meses más. —Rafael puso su mano en su vientre—. Y luego todo cambia.

—Todo ya ha cambiado. —Elena cubrió su mano—. Pero en tres meses, mejora aún más.

Y parados allí, en la habitación bañada por el sol con vista a los olivares donde Marisol Santacruz descansaba en paz, Rafael y Elena sintieron algo que ninguno había esperado hace un año:

Esperanza perfecta, sin complicaciones, para futuro que habían construido juntos.

CAPÍTULO 18
Los Días Finales

15 de julio de 1790 - Siete meses de embarazo Perspectiva de Elena

Elena se despertó a las tres de la mañana con la necesidad urgente de orinar. De nuevo.

Era la cuarta vez esa noche. El bebé —ahora significativamente más grande— estaba presionando contra su vejiga constantemente, resultando en viajes interminables al orinal.

Se levantó con cuidado, tratando de no despertar a Rafael, pero él se sentó inmediatamente.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Es el bebé?

—Es mi vejiga. Que tu hijo está usando como almohada. —Elena aceptó su ayuda para levantarse—. Vuelve a dormir.

—No puedo dormir cuando estás levantada.

—Rafael, esto sucede cuatro veces por noche ahora. Si no duermes cada vez, colapsarás de agotamiento. —Elena caminó cuidadosamente hacia el orinal—. Estoy bien. Solo embarazada.

Pero Rafael ya estaba de pie, encendiendo una vela, asegurándose de que tuviera luz suficiente para ver.

Este era su vida ahora. Rafael anticipando cada necesidad, cada incomodidad, cada posible peligro. Era dulce. Era sofocante. Era ambos.

Cuando regresó a la cama, él la ayudó a acomodarse, acomodando almohadas detrás de su espalda, debajo de su vientre, entre sus rodillas.

—¿Mejor?

—Por ahora. Hasta que tenga que orinar de nuevo en una hora. —Elena suspiró—. Honestamente, ¿cómo las mujeres hacen esto múltiples veces? Estoy exhausta y el bebé ni siquiera ha nacido todavía.

—Porque valen la pena. —Rafael puso su mano en su vientre, ahora tan grande que él no podía rodearlo completamente—. ¿Verdad, pequeño? Valdrás la pena todo esto que estás poniendo a mamá.

Una patada fuerte respondió, directamente en las costillas de Elena.

—¡Auch! Ese fue mi hígado.

—Lo siento. —Rafael se inclinó, hablándole a su vientre—. Más suave, pequeño. Mamá necesita sus órganos intactos.

—No creo que esté escuchando. —Elena se movió, tratando de encontrar una posición que no resultara en alguna parte de su cuerpo siendo pateada—. Dios, quedan todavía seis semanas. ¿Cómo voy a sobrevivir seis semanas más de esto?

—Un día a la vez. Con mucho descanso, comida apropiada, y yo mimándote excesivamente. —Rafael se acostó junto a ella, su mano permaneciendo en su vientre—. ¿Cuándo es tu próxima visita con Doña Mercedes?

—Pasado mañana. Dice que ahora necesita verme semanalmente, para asegurarse de que todo está progresando apropiadamente. —Elena bostezó—. Aunque qué puede hacer si las cosas no están progresando apropiadamente, no lo sé. No es como si pudiera detener el parto o acelerarlo.

—Puede asegurarse de que estés tan saludable como sea posible. Eso importa. —Rafael besó su hombro—. Ahora duerme. Necesitas tu descanso.

—No puedo dormir. Demasiado incómoda. —Elena se movió de nuevo—. Y el bebé está teniendo fiesta ahí dentro. Aparentemente decidió que tres de la mañana es tiempo de baile.

—¿Quieres que te lea? A veces eso calma al bebé.

—Puedes intentarlo. Aunque nada ha funcionado las últimas tres noches.

Rafael alcanzó el libro en su mesita de noche —un volumen de poesía que había estado leyéndole al vientre de Elena durante semanas— y comenzó a leer en voz baja.

Su voz era profunda, calmante, hipnótica. Elena cerró los ojos, escuchando las palabras lavarse sobre ella.

Y notablemente, el bebé comenzó a calmarse. Las patadas se desaceleraron, luego pararon.

—Funciona —susurró Elena—. Sigue leyendo.

Rafael continuó, su voz manteniéndose constante y baja hasta que tanto Elena como el bebé finalmente se durmieron.

Dos días después - Visita de Doña Mercedes
Perspectiva de Rafael

Rafael esperaba afuera del dormitorio mientras Doña Mercedes examinaba a Elena, paseándose en el pasillo como había hecho durante cada visita.

Odiaba no poder estar dentro. Odiaba no saber qué estaba pasando. Odiaba sentirse tan impotente.

Finalmente, la puerta se abrió. Doña Mercedes salió, su expresión neutral.

—¿Y bien? ¿Está todo bien? ¿El bebé está sano? ¿Elena está...?

—Ambos están bien. —Doña Mercedes levantó su mano—. Pero necesito hablar con usted sobre qué esperar en las próximas semanas.

El estómago de Rafael se hundió.

—¿Qué pasa?

—Nada malo. Solo... realidades. —Doña Mercedes gesticuló hacia su oficina—. ¿Podemos sentarnos?

La siguió, su mente ya imaginando docenas de posibles desastres.

Una vez sentados, Doña Mercedes sacó sus notas.

—Su esposa está en su séptimo mes. El bebé es grande —muy grande— lo que sugiere nacimiento en cuatro a cinco semanas en lugar de las seis que anticipamos.

—¿Eso es malo?

—No necesariamente. Algunos bebés llegan temprano y están perfectamente sanos. Pero significa que necesitamos estar preparados antes. —Doña Mercedes le entregó una lista—. Estas son las cosas que necesito que prepare: Sábanas limpias, mucho agua hervida, toallas, tijeras esterilizadas, hilo fuerte para el cordón umbilical. Y brandy. Mucho brandy.

—¿Para qué?

—Para esterilizar instrumentos. Y posiblemente para darle a su esposa si el dolor se vuelve insoportable. —Doña Mercedes lo miró seriamente—. Señor Domínguez, necesito que entienda: el parto es el momento más peligroso en la vida de una mujer. Incluso con la mejor atención, las cosas pueden salir mal.

—¿Qué cosas?

—Sangrado excesivo. Bebé en posición incorrecta. Cordón envuelto alrededor del cuello. Trabajo de parto que se detiene a mitad de camino. —Doña Mercedes enumeró cada posibilidad con brutal honestidad—. He atendido cientos de partos. La mayoría van bien. Pero algunos no. Y necesita estar preparado para esa posibilidad.

Rafael sintió que se le revolvía el estómago.

—¿Está diciendo que Elena podría morir?

—Estoy diciendo que el parto siempre conlleva riesgo. Pero su esposa es joven, saludable, fuerte. Las probabilidades están a su favor. —Doña Mercedes se inclinó hacia adelante—. Lo que necesito de usted es confianza. Cuando comience el trabajo de parto, usted estará asustado. Querrá intervenir, controlar, arreglar. Pero no puede. Solo puede confiar en mí para hacer mi trabajo, y confiar en su esposa para hacer el suyo.

—No sé si puedo hacer eso.

—Tendrá que hacerlo. Porque si entra en pánico, ella entrará en pánico. Y el pánico hace que el parto sea más difícil. —Doña Mercedes puso su mano en su brazo—. Sé que es aterrador. Pero millones de mujeres han hecho esto. Su esposa lo hará también.

Rafael asintió, aunque no se sintió reconfortado.

—¿Qué más necesito saber?

—Cuando comience el trabajo de parto —contracciones regulares, ruptura de aguas— me envía por inmediatamente. No espere. No piense que es falsa alarma. Mejor que llegue temprano que tarde.

—¿Cuánto tiempo dura normalmente?

—Primer bebé, en cualquier lugar de seis a veinticuatro horas. A veces más. —Doña Mercedes se puso de pie—. Será largo. Será

difícil. Pero al final, tendrán un bebé. Y todo el dolor será olvidado.

—Eso es lo que dice la gente. Pero no estoy seguro de creerlo.

—Créalo. He visto a madres que juraron nunca tener otro hijo cambiar de opinión seis meses después. El amor por el bebé supera el recuerdo del dolor. —Doña Mercedes caminó hacia la puerta—. Ahora vaya con su esposa. Necesita descansar, y necesita que usted deje de preocuparse tan visiblemente. La está poniendo nerviosa.

Rafael entró a encontrar a Elena sentada en la cama, luciendo agotada.

—¿Qué dijo?

—Que ambos están bien. Que el bebé es grande. Que podría llegar temprano. —Rafael se sentó junto a ella—. Y que necesito dejar de preocuparme tan obviamente porque te está poniendo nerviosa.

—Tiene razón. Tu pánico es contagioso. —Elena tomó su mano—. Rafael, estaré bien. Las mujeres hacen esto todo el tiempo.

—Las mujeres mueren haciéndolo todo el tiempo también.

—No voy a morir. —Elena sostuvo su mirada—. Soy demasiado terca. Y tengo demasiado por vivir. Tú, el bebé, la escuela, la hacienda... No voy a dejarte manejar todo eso solo.

—Promete.

—No puedo prometer eso. Nadie puede. —Elena tocó su mejilla—. Pero puedo prometer que lucharé. Con todo lo que tengo. Por ti, por nuestro bebé, por nuestro futuro.

Rafael la abrazó tan fuerte como se atrevió con su vientre entre ellos.

—No puedo perderte. No ahora. No después de todo lo que hemos construido.

—No lo harás. —Elena se recostó contra él—. Pero Rafael, si algo sale mal... si tengo que elegir entre yo y el bebé...

—No.

—Escúchame. Si tengo que elegir, eliges al bebé. ¿Entiendes? Salvas a nuestro hijo.

—No voy a tener esa conversación. —Rafael se apartó—. Porque no va a pasar. Ambos van a sobrevivir. Los dos.

—Rafael...

—Los dos. —Su voz se quebró—. No puedo elegir entre ustedes. No me pidas que haga eso.

Elena vio la angustia genuina en su rostro y decidió no presionar.

—Está bien. Entonces nos aseguraremos de que no sea necesario elegir. —Tocó su mejilla—. Pero necesitas prometerme algo.

—¿Qué?

—Si me pongo difícil durante el trabajo de parto, si grito o maldigo o digo cosas horribles... no las tomes personalmente. Doña Mercedes dice que las mujeres en trabajo de parto dicen cosas que no quieren decir.

—¿Como qué?

—Como que te odio por hacerme esto. O que nunca volveré a tener sexo contigo. O varias maldiciones creativas que probablemente inventaré en el momento. —Elena sonrió débilmente —. Solo... recuerda que es el dolor hablando, no yo.

—Lo recordaré. Y te amaré sin importar qué digas. —Rafael besó su frente—. Aunque espero que no me maldigas demasiado creativamente. Tengo un ego frágil.

—Tu ego sobrevivirá.

—Tal vez. —Rafael se acostó junto a ella—. Elena, tengo miedo.

—Yo también. —Elena entrelazó sus dedos—. Pero estamos en esto juntos. Como todo lo demás.

25 de julio - El Susto Perspectiva de Elena

Elena estaba bajando las escaleras, sosteniendo la barandilla cuidadosamente, cuando sintió que algo húmedo escurría por su pierna.

Miró hacia abajo. Líquido claro manchando su vestido, goteando en el suelo.

¿Se me rompió la fuente? pensó con pánico. *Pero es demasiado temprano. Faltan cinco semanas...*

Dio otro paso y sintió un calambre agudo en su abdomen. No como las patadas usuales del bebé. Algo diferente. Más doloroso.

—Rosa —llamó, su voz subiendo—. ¡Rosa!

Rosa apareció de la cocina, vio el líquido, y su rostro se puso pálido.

—Dios mío. ¿Rompiste aguas?

—No lo sé. Podría ser... —Otro calambre, más fuerte esta vez, cortando sus palabras—. Dios. Eso duele.

—Siéntate. Ahora. —Rosa la guió hacia la silla más cercana—. Tomás, busca a Rafael. Y envía a alguien por Doña Mercedes. ¡Ahora!

Los siguientes minutos fueron borrosos. Elena sentada en la silla, calambres viniendo más frecuentes. Rosa sosteniéndola, murmurando tranquilizaciones. Tomás corriendo para buscar a Rafael.

Y luego Rafael estaba allí, su rostro blanco de pánico.

—¿Qué pasó?

—Creo que... podría estar en trabajo de parto. —Elena agarró su mano mientras otro calambre golpeaba—. Pero es demasiado temprano. Cinco semanas demasiado temprano.

—Llevémosla a la cama. —Rafael la levantó, cargándola escaleras arriba a pesar de sus protestas de que podía caminar.

Para cuando llegaron al dormitorio, el líquido había parado. Y los calambres, aunque todavía presentes, eran menos intensos.

Elena se acostó, su corazón golpeando.

—¿Qué si el bebé viene ahora? ¿Cinco semanas temprano? ¿Estará bien?

—Estará bien. Tiene que estar bien. —Rafael sostenía su mano tan fuerte que dolía—. Doña Mercedes viene. Ella sabrá qué hacer.

La partera llegó veinte minutos después, luciendo seria mientras examinaba a Elena.

—¿El líquido continúa?

—No. Se detuvo hace unos minutos.

—¿Y los calambres?

—Más lentos. Menos intensos.

Doña Mercedes examinó cuidadosamente, luego se enderezó.

—Buenas noticias: no rompiste aguas. Lo que experimentaste fue probablemente el bebé presionando contra tu vejiga, causando pequeña filtración de orina. Común en embarazo tardío.

Elena sintió alivio inundarla.

—¿Entonces no estoy en trabajo de parto?

—No. Los calambres que sentiste fueron contracciones de Braxton Hicks. Esencialmente, tu cuerpo practicando para el parto real. También común. —Doña Mercedes se sentó en el borde de la cama—. Pero esto es advertencia. Tu cuerpo se está preparando. El bebé podría venir en cualquier momento en las próximas semanas.

—¿Pero cinco semanas es demasiado temprano?

—Cuatro semanas sería más ideal. Pero si el bebé decide venir ahora, hay buena probabilidad de supervivencia. Los pulmones deberían estar suficientemente desarrollados. —Doña Mercedes miró entre Elena y Rafael—. Pero necesitas descansar más. Sin escaleras innecesarias. Sin trabajo. Sin estrés. Tu cuerpo te está diciendo que disminuyas la velocidad.

—He estado disminuyendo la velocidad...

—No lo suficiente. —Doña Mercedes se puso de pie—. De ahora en adelante, reposo en cama hasta que llegue el bebé. Puedes levantarte para usar el baño, caminar por la habitación brevemente. Pero sin salir de esta habitación. Sin trabajo. Sin nada que pudiera desencadenar trabajo de parto prematuro.

Elena quería argumentar. Tenía trabajo que hacer, la hacienda que manejar, la escuela que supervisar...

Pero miró a Rafael, vio el miedo genuino en sus ojos, y asintió.

—De acuerdo. Reposo en cama. Hasta que llegue el bebé.

—Buena chica. —Doña Mercedes empacó sus instrumentos—. Enviaré instrucciones con Rosa sobre cuidado apropiado. Y Señor Domínguez...

—¿Sí?

—Su esposa necesita calma. No pánico. Cuando ella entre en trabajo de parto —y lo hará, probablemente pronto— necesita sentirse segura, no aterrorizada. ¿Puede darle eso?

Rafael asintió, aunque Elena podía ver el esfuerzo que le costaba.

—Puedo. Lo haré.

Cuando Doña Mercedes se fue, Rafael se sentó junto a Elena, sosteniendo su mano.

—Me asustaste.

—Me asusté a mí misma. —Elena tocó su vientre—. Pensé que lo estaba perdiendo. O que venía demasiado temprano y estaría enfermo o débil o...

—Pero no está pasando. El bebé está bien. Tú estás bien. —Rafael besó su mano—. Así que ahora descansas. Y yo me aseguro de que tengas todo lo que necesitas sin tener que levantarte.

—Rafael, no puedes poner tu vida en pausa solo para cuidarme.

—Puedo y lo haré. —Rafael tocó su mejilla—. Elena, casi te perdí hoy. Pensé que el trabajo de parto había comenzado demasiado temprano, que algo estaba mal, que tú o el bebé podrían... —Su voz se quebró—. No voy a correr ese riesgo de nuevo. Así que sí, voy a pausar todo. La hacienda puede esperar. El trabajo puede esperar. Solo tú y el bebé importan ahora.

Elena sintió lágrimas picar en sus ojos.

—¿Cuándo te volviste tan perfecto?

—No soy perfecto. Soy aterrorizado. Hay diferencia. —Rafael se acostó junto a ella—. Pero te amo. Y amo a este bebé. Y haré lo que sea necesario para mantenerlos a ambos a salvo.

Se quedaron así, sosteniéndose mutuamente, sintiendo al bebé moverse entre ellos. Recordatorio de por qué todo —el miedo, la incomodidad, la anticipación— valía la pena.

10 de agosto - Preparativos Finales Perspectiva de Rafael

Rafael había transformado su dormitorio en algo parecido a hospital.

Siguiendo las instrucciones de Doña Mercedes al pie de la letra, había reunido pilas de sábanas limpias, docenas de toallas, agua fresca constantemente disponible. Había instrumentos

esterilizados envueltos en tela limpia. Suficiente brandy para esterilizar un ejército.

Y Elena, en el centro de todo, cada vez más grande, más incómoda, más lista para que esto terminara.

—¿Tienes todo? —preguntaba por tercera vez ese día.

—Tengo todo. —Rafael levantó la lista que Doña Mercedes había provisto, verificando cada ítem de nuevo—. Sábanas, toallas, agua, instrumentos, brandy, hilo, tijeras...

—Hierbas. Para el dolor y el sangrado. Doña Mercedes dijo que necesitabas hierbas específicas.

—Las tengo. Rosa las preparó ayer. —Rafael se sentó junto a ella—. Elena, estamos tan preparados como podemos estar. Ahora solo esperamos.

—Odio esperar. —Elena se movió incómodamente—. He estado esperando durante ocho meses. Estoy lista para que este bebé salga ya.

—El bebé vendrá cuando esté listo.

—El bebé podría apresurarse. Estoy muy incómoda. —Elena tocó su vientre enorme—. Siento que voy a explotar. Literalmente explotar.

—No vas a explotar. —Rafael puso su mano junto a la de ella —. Pero entiendo. Parece imposible que haya un bebé humano completo ahí dentro.

—Un bebé humano muy grande, según Doña Mercedes. Quien dice alegremente que podría ser trabajo de parto difícil por el tamaño. —Elena hizo una mueca—. Como si necesitara más razones para estar nerviosa.

—El tamaño significa saludable. Fuerte. Eso es bueno.

—Fácil para ti decirlo. No tienes que empujar este bebé gigante fuera de tu cuerpo.

—Si pudiera hacerlo por ti, lo haría. —Rafael besó su frente—. Pero como no puedo, haré lo siguiente mejor: estaré contigo. Cada momento. Sosteniéndote, apoyándote, amándote.

—Doña Mercedes dice que los esposos normalmente no están en la sala durante el parto. Que es trabajo de mujeres.

—No me importa lo que normalmente se hace. Estaré allí. A menos que no quieras que esté...

—Quiero que estés. —Elena apretó su mano—. No quiero hacer esto sola. Incluso con Doña Mercedes y Rosa, quiero que estés ahí.

—Entonces estaré ahí. —Rafael se acostó junto a ella, su mano permaneciendo en su vientre—. ¿Sabes qué me di cuenta?

—¿Qué?

—Hace un año, ni siquiera nos conocíamos. Yo estaba en México, planeando venganza. Tú estabas aquí, pensando que pasarías tu vida sola estudiando estrellas. —Rafael sonrió—. Y ahora míra nos. Casados, enamorados, a punto de ser padres.

—Mucho puede cambiar en un año.

—Todo puede cambiar en un año. —Rafael besó su sien—. Hace un año, estaba definido por odio. Ahora estoy definido por amor. Por ti, por este bebé, por la vida que estamos construyendo.

—¿Alguna vez extrañas eso? La simplicidad de solo tener una misión, un propósito?

—No. Porque esto —tú, el bebé, nuestra familia— es mejor que cualquier misión. Es más significativo que la venganza jamás podría ser. —Rafael pausó—. ¿Tú extrañas tu vida anterior? Antes del matrimonio, antes del embarazo?

Elena consideró honestamente.

—Extraño mi cuerpo. Definitivamente extraño poder ver mis propios pies. Pero ¿mi vida? No. Esta vida, caótica y complicada y aterradora como es, es mejor. Porque es nuestra. Juntos.

—Juntos. —Rafael la abrazó tan cerca como el bebé permitía —. Siempre juntos.

Una patada fuerte golpeó su mano, haciéndolo reír.

—Y pronto seremos tres. Tres personas juntas, construyendo futuro que ninguno de nosotros podría haber imaginado hace un año.

—Cuatro si cuentas al segundo bebé que eventualmente tendremos.

—¿Segundo bebé? —Rafael la miró—. ¿Ya estás planeando el segundo?

—Eventualmente. No inmediatamente, Dios no. Pero sí. Quiero que nuestro hijo tenga hermano. O hermana. Quiero familia grande, ruidosa, llena de amor. —Elena sonrió—. Después de que sobreviva tener este.

—Sobrevivirás. —Rafael puso su frente contra la de ella—. Y serás madre increíble. Y eventualmente, cuando estés lista, tendremos otro bebé. Y construiremos esa familia grande, ruidosa, llena de amor.

—Prométemelo.

—Te lo prometo. —Rafael la besó suavemente—. Ahora descansa. Necesitas tu fuerza para cuando comience el trabajo de parto.

—No puedo descansar. Demasiado incómoda. Y el bebé sigue pateando.

—Entonces te leeré hasta que te duermas. —Rafael alcanzó su libro—. Como siempre hago.

Y lo hizo. Leyó poesía en voz baja y constante hasta que tanto Elena como el bebé finalmente se calmaron en sueño.

Mientras la observaba dormir, su mano descansando protectoramente en su vientre, Rafael sintió ola de emoción tan fuerte que casi dolía.

Amor. Miedo. Anticipación. Esperanza.

Todo mezclándose en su pecho hasta que apenas podía respirar.

En cualquier día ahora —quizás mañana, quizás la próxima semana— su vida cambiaría para siempre. Se convertiría en padre. Elena se convertiría en madre. Serían familia completa.

Y aunque la idea lo aterrorizaba, también lo emocionaba más que nada en su vida.

Porque este bebé, este milagro que estaban a punto de traer al mundo, representaba todo por lo que habían luchado.

Amor triunfando sobre odio. Esperanza triunfando sobre desesperación. Futuro triunfando sobre pasado.

Y en unos días, sostendrían ese futuro en sus brazos.

20 de agosto - La Última Noche Perspectiva de Elena

Elena se despertó a medianoche con sensación extraña.

No dolor, exactamente. Solo... presión. Como si el bebé hubiera bajado, asentándose más profundo en su pelvis.

Se movió, tratando de ponerse cómoda, y sintió líquido filtrándose de nuevo. Pero esta vez, más. Y diferente.

Su corazón comenzó a acelerarse.

—Rafael —susurró—. Despierta.

Él se sentó inmediatamente, años de supervivencia en las calles dándole reflejos rápidos.

—¿Qué pasa?

—Creo que... creo que esta podría ser real. —Elena puso su mano en su vientre—. Hay líquido. Y presión. Y el bebé se siente... diferente. Más bajo.

Rafael encendió una vela, examinando el líquido en las sábanas.

—Es claro. Como agua. No como antes.

—Lo sé. —Elena sintió primer calambre real, diferente de las contracciones de práctica—. Oh. Eso fue... eso fue contracción real.

—¿Estás segura?

—Bastante segura. Doña Mercedes dijo que sabría la diferencia cuando llegara. —Otro calambre, más fuerte—. Sí. Definitivamente real.

Rafael ya estaba en movimiento, vistiéndose rápidamente.

—Voy por Doña Mercedes. Rosa se quedará contigo. No te muevas. No hagas nada excepto respirar.

—Rafael. —Elena lo detuvo—. Podría ser falsa alarma de nuevo. Podría no ser...

—O podría ser real. Y no voy a arriesgarme. —Rafael la besó rápidamente—. Te amo. Volveré tan pronto como pueda. Con Doña Mercedes.

Mientras salía corriendo, Elena se recostó, su mano en su vientre, sintiendo otra contracción construyéndose.

Esto es real, pensó. *Realmente está pasando. Voy a tener un bebé. Hoy. O mañana. Pero pronto.*

Rosa entró, luciendo preocupada pero calmada.

—¿Cómo te sientes?

—Asustada. Emocionada. Como que podría vomitar. —Elena sonrió débilmente—. ¿Es normal sentir todas esas cosas a la vez?

—Completamente normal. —Rosa comenzó a cambiar las sábanas—. Ahora respira. Lentamente. Dentro y fuera. Las contracciones se pondrán peor antes de mejorar.

—Eso no es reconfortante.

—No se supone que lo sea. Se supone que sea honesto. —Rosa le ayudó a ponerse un camisón limpio—. Pero valdrá la pena. Cuando sostengas a tu bebé, olvidarás todo el dolor.

—Eso es lo que todos dicen. Todavía no estoy convencida.

Otra contracción golpeó, más fuerte que la anterior. Elena jadeó, agarrando la mano de Rosa.

—Dios. Está empeorando.

—Bueno. Significa que tu cuerpo está haciendo lo que debe. —Rosa sostuvo su mano firmemente—. Respira conmigo. Dentro... y fuera... dentro... y fuera..."

Para cuando Rafael regresó con Doña Mercedes treinta minutos después, las contracciones venían cada diez minutos.

El trabajo de parto había comenzado oficialmente.

Y en algún lugar entre doce y veinticuatro horas, Elena y Rafael conocerían a su hijo.

Su familia estaría completa.

Y todo —cada batalla, cada miedo, cada momento de duda— habría valido la pena.

CAPÍTULO 19
El Nacimiento

21 de agosto de 1790 - 2:00 AM Perspectiva de Elena

El dolor era diferente a cualquier cosa que Elena hubiera imaginado.

No era solo físico, aunque ciertamente lo era. Era profundo, primordial, consumidor. Olas de presión y agonía que barrían sobre ella cada pocos minutos, dejándola jadeante y sudorosa.

—Respira —decía Doña Mercedes por centésima vez—. Dentro por la nariz, fuera por la boca. Con la contracción, no contra ella.

—No puedo —jadeó Elena—. Duele demasiado. No puedo...

—Puedes. Y lo harás. —Doña Mercedes presionó una toalla fría contra su frente—. Has estado en trabajo de parto durante dos horas. Estas son contracciones tempranas. Se pondrá peor antes de que mejore.

—¿Cómo es eso posible? ¿Cómo puede empeorar? —Elena agarró las sábanas mientras otra contracción golpeaba—. Dios, Dios, Dios...

Rafael estaba a su lado, sosteniendo su mano, su rostro pálido pero decidido.

—Lo estás haciendo increíble. Tan fuerte. Tan valiente.

—No me siento valiente. Me siento como si me estuvieran partiendo por la mitad. —Elena apretó su mano tan fuerte que probablemente dolía—. ¿Por qué alguien hace esto voluntariamente? ¿Múltiples veces?

—Porque el bebé vale la pena. —Rafael besó su frente—. Nuestro bebé valdrá todo esto.

—Eso espero. Porque si no, nunca voy a perdonarte por hacerme esto.

—Justo. —Rafael casi sonrió—. Puedes culparme tanto como necesites.

La contracción pasó, dejando a Elena exhausta y temblorosa.

—¿Cuánto tiempo más?

—Horas —dijo Doña Mercedes sin rodeos—. Tu cuello uterino apenas está dilatado dos centímetros. Necesitas llegar a diez antes de que puedas empujar.

—¿Horas? No puedo hacer esto durante horas.

—Puedes. Y lo harás. —Rosa apareció con agua fresca—. Bebe. Necesitas mantener tu fuerza.

Elena bebió obedientemente, aunque su estómago se rebeló contra el líquido.

—¿Y si no puedo hacerlo? ¿Y si soy demasiado débil?

—No eres débil. —Rafael se sentó en el borde de la cama—. Elena, eres la mujer más fuerte que conozco. Enfrentaste a nobles, desafiaste a la iglesia, construiste una escuela. Puedes hacer esto.

—Esas cosas no dolieron físicamente.

—No. Pero requirieron coraje. Y tienes tanto coraje. —Rafael tocó su mejilla—. Solo tienes que encontrarlo de nuevo. Por unas horas más.

Elena cerró los ojos, reuniendo su fuerza.

Podía hacer esto. Millones de mujeres lo habían hecho antes que ella. Su propia madre lo había hecho. La madre de Rafael lo había hecho.

Marisol, pensó. *Ayúdame. Guíame a través de esto.*

Otra contracción comenzó a construirse.

4:30 AM Perspectiva de Rafael

Rafael nunca había sentido tan impotente.

Había sobrevivido calles, minas, la construcción de una fortuna desde nada. Había enfrentado a un asesino, ganado un juicio imposible, transformado una hacienda en bancarrota.

Pero no podía hacer nada para aliviar el dolor de Elena.

Solo podía sostenerla mientras las contracciones venían cada vez más cerca, más fuertes, más brutales. Solo podía limpiar su frente, ofrecerle agua, murmurar palabras tranquilizadoras que sonaban vacías incluso a sus propios oídos.

—La odio —jadeaba Elena después de una contracción particularmente mala—. Te odio por hacerme esto.

—Lo sé. Está bien. Puedes odiarme.

—Y nunca vamos a tener sexo de nuevo. Nunca. Esto es tu culpa y estoy hecha con todo eso. —Elena lo miró con furia salvaje —. ¿Entiendes?

—Completamente. —Rafael escondió una sonrisa. Doña Mercedes había advertido sobre esto: las mujeres en trabajo de parto decían cosas que no querían decir.

—No te rías de mí.

—No me estoy riendo. Te estoy tomando completamente en serio. Sin sexo. Nunca más. Entendido.

—¡Rafael!

Otra contracción golpeó, cortando su indignación. Esta fue peor, haciéndola gritar.

Doña Mercedes verificó su progreso.

—Cuatro centímetros. Apenas a mitad de camino.

Elena comenzó a llorar.

—No puedo. No puedo hacer esto. Es demasiado. Duele demasiado.

—Puedes. —Doña Mercedes era firme pero amable—. Y lo harás. Porque tu bebé está viniendo, te guste o no. Así que puedes colapsar, o puedes reunir tu fuerza y atravesar esto.

—Eso no es muy reconfortante.

—No se supone que lo sea. Se supone que sea motivador. —Doña Mercedes preparó más toallas—. Ahora respira. La próxima hora será la más difícil.

Rafael sostuvo a Elena a través de esa hora. A través de contracciones que venían cada tres minutos, luego cada dos, luego casi sin pausa. A través de gritos que rasgaban su corazón. A través de lágrimas que empapaban su camisa.

Y a través de todo, siguió murmurando:

—Te amo. Eres tan fuerte. Puedes hacer esto. Estoy aquí. No estás sola.

6:00 AM - Transición Perspectiva de Elena

Elena había perdido todo sentido de tiempo.

Todo era solo dolor. Olas interminables de agonía que no dejaban espacio para respirar, para pensar, para ser cualquier cosa

excepto dolor encarnado.

—Necesito empujar —jadeó—. Doña Mercedes, necesito empujar ahora.

—Todavía no. No estás completamente dilatada. Si empujas demasiado pronto, te desgarrarás.

—¡No me importa! ¡Necesito empujar!

—Jadea. No empujes. Solo jadea. —Doña Mercedes demostró respiración rápida y superficial—. Como esto.

Elena trató de obedecer, pero cada instinto en su cuerpo gritaba que empujara. La presión era insoportable, como si el bebé estuviera tratando de salir a la fuerza.

—No puedo... no puedo no empujar...

—Puedes. Mira me. —Doña Mercedes sostuvo su mirada—. Jadea conmigo. Pequeñas respiraciones. Hee-hee-hee-hee.

Rafael se unió, jadeando junto a ella, luciendo completamente ridículo pero haciéndola funcionar de todos modos.

Juntos, jadearon a través de la siguiente contracción. Y la siguiente. Y la siguiente.

Finalmente, después de lo que pareció eternidad, Doña Mercedes verificó de nuevo.

—Diez centímetros. Completamente dilatada. —Sonrió—. Elena, es hora. En la próxima contracción, empujas.

—Gracias a Dios. —Elena apenas podía hablar—. Pensé que nunca...

La contracción golpeó, interrumpiéndola.

—¡Empuja! —ordenó Doña Mercedes—. Empuja hacia abajo, como si estuvieras teniendo movimiento intestinal. Todo tu peso en ello.

Elena empujó con cada pedazo de fuerza que le quedaba. Empujó hasta que vio estrellas, hasta que pensó que podría romperse por la mitad, hasta que...

—Bien, bien. Descansa. —Doña Mercedes estaba entre sus piernas, monitoreando—. El bebé está bajando. Lo veo coronando.

—¿Coronando? —Rafael lucía entre emocionado y aterrorizado—. ¿Eso significa...?

—Significa unas pocas empujones más. —Doña Mercedes miró a Elena—. La próxima va a arder. Es la cabeza saliendo. Pero después de eso, el peor está atrás.

—¿Arder? ¿Qué tan... —Otra contracción, cortando la pregunta.

—¡Empuja!

Elena empujó. Y Doña Mercedes tenía razón. Ardía. Como fuego líquido, como ser desgarrada en dos, como...

—¡La cabeza está fuera! —Doña Mercedes trabajaba rápidamente—. Una más, Elena. Un empujón grande más y tendrás a tu bebé.

—No puedo. Estoy demasiado cansada. No puedo...

—Puedes. —Rafael sostenía su mano, lágrimas corriendo por su rostro—. Un empujón más, amor. Solo uno más. Y luego conoceremos a nuestro bebé.

Elena reunió toda fuerza restante que tenía. Cada pedacito de voluntad, de terquedad, de puro coraje obstinado.

Y empujó.

Sintió que el bebé se deslizaba fuera en un torrente de líquido y alivio.

Y luego —el sonido más hermoso que jamás había escuchado — un grito.

Fuerte, enojado, lleno de vida.

Su bebé. Llorando. Respirando. Vivo.

Perspectiva de Rafael

Rafael vio a su hijo entrar al mundo.

Pequeño, cubierto de sangre y sustancia blanca, arrugado y rojo y absolutamente perfecto.

Doña Mercedes trabajó rápidamente, limpiando la boca del bebé, cortando el cordón, limpiando el pequeño cuerpo.

—¿Es...? —Rafael apenas podía hablar—. ¿El bebé está bien?

—El bebé está perfecto. —Doña Mercedes sonrió, envolviendo al bebé en una manta limpia—. Diez dedos de manos, diez dedos de pies, pulmones fuertes. Completamente saludable.

—¿Y Elena? —Rafael se volvió hacia su esposa, quien estaba recostada contra las almohadas, exhausta pero sonriendo.

—Ella también está bien. Algunos desgarros menores, pero nada serio. Se recuperará completamente. —Doña Mercedes colocó al bebé envuelto en los brazos de Elena—. Felicitaciones. Tienen una hija.

Una hija.

Rafael se quedó helado, mirando al pequeño bulto en los brazos de Elena.

Una niña. Habían tenido una niña.

Se acercó lentamente, como temiendo que si se movía demasiado rápido, el momento se rompería.

Elena apartó la manta, revelando una carita pequeña con ojos bien cerrados, una pequeña nariz, labios perfectos.

—Hola, pequeña —susurró Elena—. Finalmente te conocemos.

Los ojos del bebé parpadearon abiertos, oscuros y curiosos, mirando directamente a su madre.

Y Rafael sintió algo quebrarse en su pecho. Algo que había estado cerrado durante treinta y dos años, protegido detrás de capas de rabia y dolor.

Se abrió completamente.

Se sentó en el borde de la cama, tocando la mejilla de su hija con un dedo tembloroso.

—Ella es... no tengo palabras.

—Perfecta. —Elena sonrió a través de lágrimas—. Ella es perfecta.

—Como su madre. —Rafael besó la frente de Elena—. Gracias. Por esto. Por ella. Por darnos familia.

—La hicimos juntos. —Elena le pasó cuidadosamente el bebé —. Conoce a tu padre, pequeña.

Rafael tomó a su hija en sus brazos, atónito por cuán ligera era, cuán frágil, cuán increíblemente preciosa.

Ella bostezó, un pequeño sonido perfecto, y se acurrucó contra su pecho.

Y en ese momento, Rafael entendió.

Entendió por qué su madre había arriesgado todo por él. Por qué había soportado abuso y humillación solo para mantenerlo a

salvo.

Porque este amor —este amor feroz, consumidor, incondicional por esta pequeña persona— no dejaba espacio para nada más.

—Te amo —susurró a su hija—. Más de lo que sabía que era posible. Te protegeré, te cuidaré, me aseguraré de que nunca dudes de tu derecho de existir.

El bebé agarró su dedo con su pequeña mano, sosteniendo fuerte.

Y Rafael supo que haría cualquier cosa —absolutamente cualquier cosa— para mantener a esta niña a salvo.

8:00 AM Perspectiva de Elena

Elena observaba a Rafael sostener a su hija, hablándole en voz baja sobre todos los lugares que le mostraría, todas las cosas que le enseñaría.

—...y hay biblioteca llena de libros. Aprenderás a leer antes de que puedas caminar, te lo prometo. Y observatorio donde mamá te enseñará sobre estrellas. Y olivares donde tu abuela está enterrada...

Su voz se quebró en esa palabra. *Abuela*.

—Ella habría amado conocerte —continuó Rafael—. Tu abuela Marisol. Era sabia, amable, valiente. Como tu madre. Y te habría amado tanto.

Elena sintió lágrimas picar de nuevo en sus ojos.

—¿Cómo deberíamos llamarla?

Rafael la miró, sorprendido.

—¿No has elegido nombre?

—Tenía ideas. Pero quiero que lo decidamos juntos. —Elena extendió sus brazos—. Tráela aquí.

Rafael colocó cuidadosamente al bebé de vuelta en sus brazos. La pequeña se estiró, bostezó, luego se acomodó contra el pecho de Elena, buscando instintivamente.

—Tiene hambre —dijo Doña Mercedes—. Déjala intentar amamantar. Podría tomar algunos intentos, pero ella aprenderá.

Con la guía de la partera, Elena ayudó al bebé a prenderse. Dolió al principio —todo dolía después del parto— pero luego la

pequeña estaba succionando, y Elena sintió la conexión más profunda que jamás había experimentado.

Esta era su hija. Su bebé. Parte de ella.

—Marisol —dijo en voz baja—. Deberíamos llamarla Marisol. Por tu madre.

Rafael se quedó completamente quieto.

—¿Estás segura? Es tu elección...

—Estoy segura. —Elena miró a la bebé amamantando—. Tu madre merece ser recordada. Honrada. Y qué mejor manera que darle su nombre a nuestra hija.

—Marisol Domínguez. —Rafael probó el nombre—. Suena... bien. Se siente correcto.

—Entonces está decidido. —Elena tocó la mejilla del bebé—. Hola, Marisol. Bienvenida al mundo, pequeña. Tienes dos padres que te aman más de lo que las palabras pueden expresar, y un legado de fuerza de la abuela cuyo nombre llevas.

Marisol dejó de amamantar por un momento, sus ojos oscuros mirando directamente a Elena. Casi como si entendiera.

Luego regresó a su trabajo, succionando con determinación que hizo sonreír a Elena a pesar de su agotamiento.

—Definitivamente tu hija. Ya terca.

—Mi hija. Nuestra hija. —Rafael se sentó junto a ellas, rodeando a ambas con su brazo—. Familia.

Doña Mercedes terminó de limpiar, dejando instrucciones con Rosa sobre cuidado postparto, luego discretamente dejó a la nueva familia sola.

El sol de la mañana se filtraba a través de las ventanas, bañando la habitación en luz dorada.

Y en esa luz, tres personas se sentaban juntas: Elena, exhausta pero radiante. Rafael, llorando libremente ahora que no había audiencia. Y Marisol, apenas dos horas de edad, completamente ajena al hecho de que su existencia había cambiado todo.

Medio día Perspectiva de Rafael

Rafael no podía dejar de mirarla.

Marisol estaba dormida en sus brazos, tan pequeña que cabía en el espacio entre su codo y su mano. Respirando suavemente, ocasionalmente haciendo pequeños sonidos que derretían su corazón.

Elena dormía también, finalmente descansando después de doce horas de trabajo de parto.

Así que Rafael se sentaba en la silla de mecedora junto a la ventana, sosteniendo a su hija, mirándola dormir.

Tenía cabello oscuro, como él. Pero su nariz era de Elena, perfectamente recta y delicada. Sus dedos eran largos, como los de Elena también.

Una perfecta mezcla de ambos.

—Hola, Marisol —susurró—. Sé que acabas de llegar, pero ya tienes tanto que decirte.

El bebé se movió, acurrucándose más cerca contra su pecho.

—Primero, sobre tu nombre. Lo llevas por mi madre. Tu abuela. Ella murió cuando yo tenía doce años, así que nunca te conocerá. Pero ella te habría amado tanto. —Rafael tocó la mejilla del bebé—. Era gitana, lo que significa que tú también tienes sangre gitana. Algunas personas dirán que eso te hace menos. No les creas. Tu herencia es hermosa, rica, valiosa.

Marisol bostezó, mostrando encías rosadas sin dientes.

—Segundo, sobre tus padres. Tu madre es la mujer más inteligente que conozco. Más inteligente que yo, ciertamente. Te enseñará sobre estrellas, matemáticas, ciencia. Te enseñará que tu mente es tu herramienta más poderosa. —Rafael sonrió—. Y yo... trataré de enseñarte sobre negocios, sobre honor, sobre cómo navegar el mundo que a veces no será amable contigo.

Los ojos del bebé parpadearon abiertos, mirándolo directamente.

—Tercero, y más importante: eres amada. Incondicionalmente, completamente, para siempre. No importa qué hagas, quién te conviertas, qué elijas. Serás amada. —La voz de Rafael se quebró—. Mi madre me amó así. Y ahora sé por qué. Porque este amor que siento por ti... no tiene límites. No tiene condiciones. Solo... es.

Lágrimas corrían por su rostro ahora, pero no le importaba.

—Te prometo, Marisol: nunca dudarás de tu lugar en este mundo. Nunca sentirás la vergüenza que yo sentí. Nunca te preguntarás si mereces amor, educación, oportunidades. —Rafael la besó suavemente—. Porque te daremos todo. Y lucharemos contra cualquiera que intente quitártelo.

Un golpe suave en la puerta. Rosa asomándose.

—¿Señor? Hay... visitas. Padre Miguel, Bernardo, Tomás. Todos quieren conocer al bebé.

Rafael miró a Elena, todavía durmiendo profundamente.

—Déjalos entrar. Pero silenciosamente. Elena necesita descansar.

Los tres hombres entraron de puntillas, rostros iluminándose al ver al bebé.

—Tan pequeña —susurró Padre Miguel—. ¿Cómo se llama?

—Marisol. Por mi madre. —Rafael ajustó la manta alrededor de ella—. Marisol Domínguez.

—Hermoso nombre. —Tomás se limpió los ojos—. Su abuela estaría honrada.

—Será bautizada —dijo Rafael—. En la catedral de Sevilla. Públicamente. Quiero que todo el mundo sepa que esta niña es amada, reconocida, legítima.

—Como debería ser. —Bernardo sonrió—. Felicitaciones, Rafael. Eres padre.

—Soy padre. —Rafael miró a su hija, todavía anonadado por el hecho—. Tengo hija.

—Y ella tiene padre que claramente ya la adora. —Padre Miguel tocó la cabeza del bebé—. Que Dios la bendiga. Y los bendiga a todos.

Después de que los visitantes se fueran, Rafael regresó a su silla de mecedora, Marisol todavía dormida en sus brazos.

Miró por la ventana hacia los olivares donde su madre estaba enterrada.

—Lo logramos, mamá —susurró—. Tengo familia. Tengo hija. Tengo todo lo que me dijiste que valía la pena luchar. —Hizo una

pausa—. Y la nombramos por ti. Para que tu nombre continúe. Para que nunca seas olvidada.

El viento susurró a través de los olivos, sonando casi como aprobación.

Y Rafael, sosteniendo a su hija nombrada por su madre muerta, sintió círculo completarse.

Marisol Santacruz había muerto por darle vida, por protegerlo, por asegurarse de que sobreviviera.

Y ahora, treinta y dos años después, otra Marisol había nacido. Llevando el nombre adelante. Continuando el legado.

Era justicia de un tipo diferente. No venganza, sino continuación. No fin, sino nuevo comienzo.

Y era perfecto.

Esa noche Perspectiva de Elena

Elena despertó a oscuridad, momentáneamente desorientada.

Luego todo regresó: el trabajo de parto, el dolor, el momento milagroso cuando Marisol nació.

Marisol.

Giró la cabeza, encontrando a Rafael en la silla de mecedora junto a su cama, sosteniendo al bebé dormido.

—¿Cuánto tiempo dormí?

—Unas seis horas. —Rafael sonrió—. Necesitabas el descanso. Has hecho mucho trabajo.

—¿Y tú? ¿Dormiste?

—No podía. Seguía mirándola. —Rafael se acercó, sentándose en el borde de la cama—. Elena, ella es perfecta. Absolutamente perfecta.

—Déjame verla.

Rafael le pasó cuidadosamente al bebé. Marisol se movió, su rostro arrugándose, luego se acomodó contra Elena con suspiro satisfecho.

—Ya sabe dónde pertenece —dijo Elena en voz baja—. Contigo, conmigo. Con familia.

—¿Cómo te sientes? —Rafael tocó su mejilla—. Físicamente, quiero decir.

—Como que fui golpeada por carruaje. Todo duele. —Elena hizo una mueca—. Pero mirándola... todo vale la pena.

—Eso es lo que todos dicen. Ahora lo creo.

Marisol comenzó a hacer ruidos de hambre. Elena, con la ayuda de Rafael, logró hacer que se prendiera para amamantar de nuevo.

Mientras el bebé comía, Elena miró a Rafael.

—¿Sabes qué me di cuenta?

—¿Qué?

—Hace nueve meses, ni siquiera me gustabas. Pensabas que eras comerciante arrogante tratando de comprar tu camino a la sociedad. —Elena sonrió—. Y ahora eres el hombre que amo. El padre de mi hija. Mi socio en todo.

—Hace nueve meses, pensaba que eras dama noble mimada que nunca había trabajado un día en su vida. —Rafael tocó el cabello de Marisol—. Y ahora eres la mujer más extraordinaria que conozco. La madre de mi hija. Mi todo.

—Mucho puede cambiar en nueve meses.

—Todo puede cambiar en nueve meses. —Rafael la besó suavemente—. Y en los próximos nueve meses, cambiará de nuevo. Aprenderemos a ser padres. Marisol crecerá, aprenderá, se convertirá en su propia persona. Nuestra familia evolucionará.

—¿Y en nueve meses después de eso?

—Tal vez otro bebé. Si estás dispuesta. —Rafael sonrió ante su expresión—. Está bien, tal vez dieciocho meses. O veinticuatro. No hay prisa.

—Pregúntame de nuevo en un año. Después de que haya olvidado cuánto dolió esto. —Elena miró a Marisol—. Pero sí. Eventualmente. Quiero que tenga hermano o hermana.

—Entonces eso es lo que tendremos. —Rafael rodeó a ambas con su brazo—. Familia grande, ruidosa, llena de amor. Exactamente como planeamos.

Marisol terminó de amamantar, inmediatamente quedándose dormida de nuevo.

Elena la meció suavemente, cantando canción de cuna que su propia madre una vez había cantado para ella.

Y Rafael se unió, su voz profunda armonizando con la de ella, creando algo nuevo de melodías antiguas.

Familia. Amor. Legado.

Todo lo por lo que habían luchado, todo lo que habían sobrevivido, había llevado a esto.

A este momento. A este bebé. A este amor perfecto e incondicional.

Y era más de lo que cualquiera de ellos había soñado posible.

Tres días después - La Presentación Perspectiva de Rafael

Rafael estaba parado en el olivar, sosteniendo a Marisol cuidadosamente mientras caminaba hacia la tumba de su madre.

Elena caminaba junto a él, todavía moviéndose lentamente pero insistiendo en estar allí para esto.

Rosa y Tomás los seguían a distancia respetuosa.

Cuando llegaron a la lápida, Rafael se arrodilló, sosteniendo a Marisol para que pudiera ver el nombre tallado.

—Mamá, quiero que conozcas a alguien. —Su voz se quebró —. Esta es Marisol. Tu nieta. La nombramos por ti.

El bebé miró la piedra, sus ojos oscuros curiosos.

—Ella tiene tu nombre. Tu fuerza. Tu legado. —Rafael tocó la lápida con una mano, sosteniendo a su hija con la otra—. Y me aseguraré de que sepa sobre ti. Sobre tu sabiduría, tu bondad, tu coraje. Sabrá que vienes de amor, no vergüenza.

Elena se arrodilló junto a él, poniendo su mano en su hombro.

—Ojalá pudieras conocerla, Marisol. Nuestra pequeña Marisol. Pero de alguna manera, creo que puedes. Creo que estás observando. —Elena tocó la cabeza del bebé—. Y espero que estés orgullosa. De Rafael, de lo que hemos construido, de la familia que hemos creado.

El viento susurró a través de los olivos, haciendo bailar las hojas.

Y por un momento —solo un momento— Rafael casi podía escuchar la voz de su madre.

Estoy orgullosa, mi corazón. Siempre he estado orgullosa.

—Te amo, mamá —susurró—. Y me aseguraré de que tu nieta sepa que fue amada por ti incluso antes de nacer.

Marisol eligió ese momento para hacer pequeño sonido —no llanto, solo reconocimiento. Como si ella también sintiera la conexión a la mujer cuyo nombre llevaba.

Rafael se puso de pie, ayudando a Elena a levantarse también.

Juntos, caminaron de vuelta a la casa, su hija dormida entre ellos.

Detrás de ellos, la lápida brillaba en el sol:

MARISOL SANTACRUZ 1757 - 1781 Amada Madre, Sanadora Sabia, Mujer de Dignidad Su Luz Continúa en Aquellos Que Ama

Y ahora, esa luz brillaba en nueva Marisol.

Continuando el legado. Llevando el nombre adelante.

Asegurando que Marisol Santacruz nunca sería olvidada.

CAPÍTULO 20
Legado

15 de febrero de 1791 - Seis meses después Perspectiva de Elena

Elena despertó al sonido de balbuceos felices del cuarto de niños.

Marisol, ahora de seis meses, había descubierto su voz y le encantaba usarla. Especialmente al amanecer.

—Tu turno —murmuró Elena, empujando a Rafael suavemente.

—Le tocó a mí anoche. A las dos de la mañana. Y a las cuatro. —Pero Rafael ya estaba levantándose, alcanzando su bata—. Aunque nunca me cansaré de esa sonrisa matutina.

Elena lo observó salir, luego se permitió cinco minutos más de sueño glorioso.

Que se convirtieron en diez cuando escuchó a Rafael cantando en el cuarto de niños —terriblemente desafinado, como siempre— mientras cambiaba a Marisol.

Finalmente se levantó, encontrándolos en la silla de mecedora. Rafael sostenía a Marisol, quien agarraba su dedo con sus manos gorditas mientras él le leía de un libro de botánica.

—Rafael. Ella tiene seis meses. No entiende botánica.

—La exposición temprana construye conexiones neuronales. Leí estudios. —Rafael no levantó la vista del libro—. Además, le gusta el sonido de mi voz.

Marisol eligió ese momento para arrebatar el libro y metérselo en la boca.

—Sí. Claramente absorta en el material. —Elena tomó el libro baboseado, intercambiándolo por un anillo de dentición—. Ven. Es hora de que coma. Comida real, no libros de papá.

Llevó a Marisol de vuelta a su dormitorio, amamantándola mientras Rafael desapareció para vestirse.

Su hija había crecido hermosamente en seis meses. Ya no era el bebé diminuto y arrugado del nacimiento. Ahora tenía mejillas regordetas, muslos gorditos, y una sonrisa que iluminaba habitaciones enteras. Su cabello oscuro se había espesado, rizándose en las puntas. Sus ojos —todavía oscuros pero mostrando indicios de aclararse a marrón cálido— estaban siempre curiosos, siempre explorando.

Y su personalidad... Dios, su personalidad.

Terca como Rafael. Curiosa como Elena. Determinada a su manera, incluso a los seis meses.

Cuando algo captaba su interés, no se distraería hasta que lo entendiera completamente. Cuando no quería hacer algo —como dormir— hacía sus sentimientos absolutamente claros.

—Eres exactamente como tu padre —murmuró Elena mientras Marisol amamantaba—. Obstinada, decidida, convencida de que el mundo debería girar a tu alrededor.

Marisol pausó en su alimentación, mirando a Elena con expresión que claramente decía: *¿Y qué tiene de malo eso?*

Elena rio.

—Nada, pequeña. Nada en absoluto.

Más tarde esa mañana - La Hacienda Perspectiva de Rafael

Rafael caminaba por los olivares con Miguel Torres, inspeccionando los árboles que habían estado tan enfermos el año anterior.

—Mira esto. —Miguel tocó ramas que ahora estaban verdes y saludables—. El nuevo sistema de riego, la poda apropiada, el tratamiento del suelo... todo funcionó. Producción subió treinta por ciento este año.

—Treinta por ciento. —Rafael sonrió—. Eso es... significativo.

—Más que significativo. Es transformacional. —Miguel se volvió hacia él—. Señor Domínguez, tengo que admitir: estaba escéptico. Sobre sus nuevos métodos, sobre los cambios, sobre todo. Pero estaba equivocado. Y le debo disculpa.

—No debes nada. El escepticismo es saludable. Nos hace cuestionar, mejorar, asegurarnos de que estamos en el camino

correcto. —Rafael le estrechó la mano—. Pero aprecio la honestidad. Y aprecio tu disposición para intentar algo nuevo.

Continuaron caminando, discutiendo planes para la próxima temporada. Más árboles para plantar, nuevas técnicas para probar, expansión de la operación.

Cuando regresó a la casa, encontró a Elena en la oficina, revisando libros de contabilidad con Marisol en un moisés a sus pies.

—¿No se supone que deberías estar descansando? —Rafael se inclinó para besarla—. Doña Mercedes dijo que todavía necesitas recuperación completa.

—Estoy completamente recuperada. Han pasado seis meses. —Elena no levantó la vista de los números—. Y estos libros no se revisarán solos.

—Podría revisarlos yo.

—Podrías. Pero no lo harías tan minuciosamente. —Elena finalmente levantó la vista, sonriendo—. Además, me gusta el trabajo. Me extrañaba.

Rafael se sentó en el borde del escritorio.

—¿Entonces cómo nos va?

—Bien. Mejor que bien. —Elena señaló números—. Producción de olivos subió treinta por ciento, como Miguel probablemente te dijo. Vino también está mejorando —veinte por ciento más que el año pasado. Y los nuevos acuerdos comerciales que negociaste con comerciantes en Cádiz están trayendo precios más altos.

—¿Entonces estamos rentables?

—Extremadamente. Pagamos todas las deudas, reinvertimos en mejoras, y todavía tenemos reservas sustanciales. —Elena cerró el libro mayor—. Rafael, transformaste esta hacienda de bancarrota a próspera en menos de dos años. Eso es... extraordinario.

—Lo hicimos. Juntos. —Rafael tocó su mejilla—. Tus ideas sobre riego, diversificación de cultivos, relaciones con trabajadores. Mi conocimiento de comercio, contactos de negocios, capital. No habría funcionado sin ambos.

—Socios. —Elena sonrió—. Como siempre.

Marisol eligió ese momento para decidir que había dormido suficiente, haciendo ruidos cada vez más insistentes.

Rafael la levantó, mecándola suavemente.

—Hola, pequeña. ¿Tenías buena siesta?

Marisol respondió agarrando su nariz y tirando.

—Auch. Sí, te extrañé también.

Elena observó, su corazón hinchándose como lo hacía docenas de veces al día.

Este era su vida ahora. Esposo que amaba. Hija que adoraba. Hacienda que prosperaba. Propósito que importaba.

Un año atrás, había sido mujer noble sola enfrentando matrimonio forzado y ruina financiera.

Ahora era esposa, madre, dueña de propiedad, educadora.

Todo había cambiado. De maneras que nunca podría haber predicho.

Y era mejor —mucho mejor— de lo que alguna vez había soñado.

La Escuela - Esa tarde Perspectiva de Elena

Elena visitaba la escuela regularmente, aunque ahora traía a Marisol con ella en chal tejido que permitía cargar manos libres.

La clase había crecido a dieciocho estudiantes ahora. Niños de familias trabajadoras, algunos gitanos de Triana, incluso dos niñas de familias nobles locales cuyos padres progresistas querían que sus hijas recibieran educación apropiada.

Padre Miguel estaba a mitad de lección de matemáticas cuando Elena entró silenciosamente.

—Si María tiene ocho manzanas y le da tres a su hermano, ¿cuántas le quedan?

Las manos se levantaron. Padre Miguel eligió a un niño nuevo —hijo de trabajador gitano que apenas había comenzado hace dos meses.

—¿Tomás?

El niño se paró, nervioso pero determinado.

—Cinco. Ocho menos tres es cinco.

—¡Excelente! —Padre Miguel sonrió—. ¿Puedes mostrárnoslo en la pizarra?

Tomás caminó al frente, escribiendo cuidadosamente: 8 - 3 = 5

Sus números eran un poco temblorosos, pero legibles. Para niño que no sabía escribir su nombre hace dos meses, era progreso milagroso.

Elena sintió lágrimas picar en sus ojos. Esto era por lo que habían luchado. Estos niños, aprendiendo, creciendo, convirtiéndose en más de lo que su nacimiento había dictado.

Después de la clase, Padre Miguel se acercó.

—Señora Domínguez. Y la pequeña Marisol. —Tocó la cabeza del bebé suavemente—. ¿A qué debemos este honor?

—Solo visitando. Viendo el progreso. —Elena miró alrededor del aula—. Dieciocho estudiantes. Eso es...

—Seis más que cuando comenzamos. Y tengo lista de espera de otros cinco. —Padre Miguel se veía complacido pero preocupado —. Honestamente, estoy alcanzando mi límite. No puedo enseñar apropiadamente a más de veinte estudiantes solo.

—Entonces necesitamos segundo maestro.

—Que requiere más fondos...

—Tenemos fondos. La hacienda es rentable ahora. —Elena se movió para calmar a Marisol, que comenzaba a hacer ruidos de hambre—. Encuentra candidato apropiado. Alguien que comparta nuestra visión. Y lo contrataremos.

—¿Estás segura? Eso es compromiso significativo.

—Completamente segura. —Elena sonrió—. Padre Miguel, esta escuela es tan importante como cualquier otra cosa que hacemos aquí. Vale la inversión.

—Entonces comenzaré a buscar. —Padre Miguel se inclinó—. Sabes, cuando acepté esta posición, no estaba seguro de qué esperar. Proyecto experimental de nobles ricos jugando a filántropos. Pero esto... —Gesticuló hacia el aula—. Esto es real. Está haciendo diferencia real.

—Ese era el punto. —Elena tocó su brazo—. Gracias, Padre Miguel. Por creer en esto. Por hacer que funcione.

Cuando se fue, Rafael estaba esperando afuera.

—¿Escuchaste?

—Cada palabra. —Rafael acomodó el chal de Marisol—. Segundo maestro. Expansión. Eres imparable.

—Somos imparables. —Elena se recostó contra él—. Y solo vamos a crecer desde aquí. El próximo año, veinte estudiantes. El año después, cuarenta. Eventualmente, escuela completa con múltiples maestros, currículo completo, reputación que atrae familias de toda Andalucía.

—Ambiciosa.

—Realista. Si los resultados continúan siendo tan buenos, las familias querrán enviar a sus hijos aquí. Incluso nobles. Especialmente si continúan viendo que nuestros estudiantes superan a aquellos en escuelas tradicionales. —Elena sonrió—. Vamos a cambiar educación en España. Un estudiante a la vez.

20 de febrero - Preparaciones para el Bautizo Perspectiva de Rafael

La Catedral de Sevilla era magnífica de maneras que Rafael había olvidado.

Había evitado este lugar durante años después de regresar de México. Demasiadas memorias de ser excluido, rechazado, hecho sentir como si no perteneciera.

Pero ahora estaba aquí para reclamar su lugar. Y el lugar de su hija.

El sacerdote que realizaría el bautizo —Padre Antonio, progresista que había apoyado su escuela— lo saludó cálidamente.

—Señor Domínguez. Gracias por elegir nuestra catedral para este evento sagrado.

—Gracias por aceptar realizarlo. —Rafael miró alrededor del espacio vasto—. Será... público. Muchos invitados.

—Entiendo. Y apropiado. El bautizo es declaración pública de fe, de bienvenida en comunidad de creyentes. —Padre Antonio sonrió—. Su hija será bienvenida apropiadamente.

Discutieron detalles: tiempo, lecturas, música. Rafael había contratado coro completo, orquesta pequeña, flores elaboradas.

Nada sobre este bautizo sería pequeño o privado.

Sería declaración que Marisol Domínguez pertenecía. Completamente, públicamente, sin vergüenza.

Cuando regresó a casa, Elena estaba en pánico sobre vestidos.

—Ninguno me queda apropiadamente. Todavía estoy... más redonda que antes de Marisol. —Gesticuló frustrada a su armario—. Y no puedo usar algo que no me quede bien para evento tan público.

—Estás hermosa. —Rafael la abrazó desde atrás—. Tuviste bebé hace seis meses. Tu cuerpo cambió. Eso es normal, natural, nada de qué avergonzarse.

—Fácil para ti decir. Tu cuerpo no cambió.

—No. Pero mi perspectiva sí. —Rafael la giró para enfrentarlo —. Elena, eres madre ahora. Creaste vida. Tu cuerpo hizo algo milagroso. Unos pocos centímetros extra aquí o allá no cambian el hecho de que eres la mujer más hermosa que conozco.

Elena se derretió contra él.

—Eres bueno con palabras cuando quieres.

—Solo cuando son verdaderas. —Rafael besó su frente—. Ahora, ¿qué hay del vestido azul? El de seda? Siempre luciste increíble en ese.

—No me queda...

—Entonces lo hacemos alterar. O compramos uno nuevo. Tenemos dinero. —Rafael la guió hacia la cama—. Siéntate. Respira. El bautizo no es hasta mañana. Tiempo suficiente para resolver esto.

Rosa apareció en la puerta, sosteniendo a Marisol, quien había despertado de su siesta y claramente quería a su madre.

Elena tomó al bebé, quien inmediatamente se acurrucó contra su pecho.

—¿Ves? —dijo Rafael—. Ella piensa que eres perfecta. Y ella es juez experta de estas cosas.

Elena rio a pesar de su ansiedad.

—Tiene seis meses. Su opinión es sesgada.

—Exactamente. Sin prejuicios de sociedad, sin estándares imposibles. Solo amor puro. —Rafael se sentó junto a ellas—. Confía en su juicio.

21 de febrero - El Bautizo Perspectiva de Elena

La Catedral de Sevilla estaba llena.

Elena había esperado quizás cincuenta invitados. Pero cuando entraron —ella, Rafael, y Marisol en su vestido de bautizo de encaje — había al menos cien personas llenando los bancos.

Trabajadores de la hacienda. Familias de estudiantes de la escuela. Nobles locales, algunos curiosos, algunos genuinamente solidarios. Comerciantes con quienes Rafael hacía negocios. Incluso representantes del gobierno —enviados por Floridablanca para observar.

Todo Sevilla, parecía, había venido a presenciar el bautizo de Marisol Domínguez.

Rafael sostenía a Marisol, quien lucía absolutamente angelical en su vestido blanco. Al menos por el momento.

Padre Antonio comenzó la ceremonia, su voz resonando en el vasto espacio.

—Nos reunimos hoy para dar la bienvenida a Marisol Elena Domínguez a la familia de Dios. Para bautizarla en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Elena apenas podía concentrarse en las palabras. Estaba demasiado consciente de las miradas. De los susurros.

¿Sabían quién era Rafael? ¿Qué sabían sobre su herencia gitana? ¿Estaban juzgando?

Entonces sintió que Rafael tomaba su mano, apretando firmemente.

Estamos juntos en esto, decía la presión. *No importan ellos. Solo nosotros.*

Elena respiró profundo, enfocándose en su hija.

Marisol era completamente ajena a la significación del momento. Solo miraba alrededor con ojos amplios y curiosos, ocasionalmente haciendo sonidos de bebé que hacían sonreír a la congregación.

Padre Antonio continuó:

—Marisol lleva nombre de su abuela paterna. Marisol Santacruz, mujer de sabiduría y gracia que no está con nosotros hoy en cuerpo pero cuyo espíritu vive en esta niña.

Rafael se tensó apenas. Elena apretó su mano más fuerte.

—Esta niña nace de amor. De unión entre Rafael Domínguez Santacruz y Elena de Mendoza y Domínguez. Dos familias, una nueva. Dos historias, una nueva historia. —Padre Antonio miró a la congregación—. Y hoy, públicamente, en esta catedral sagrada, declaramos que Marisol Domínguez es amada, bienvenida, reconocida como hija de Dios e hija de España.

Llevó a Marisol a la pila bautismal, sumergiendo su cabeza tres veces mientras decía las palabras antiguas.

Marisol, predeciblemente, decidió que no le gustaba estar mojada y comenzó a llorar.

El sonido llenó la catedral, haciendo eco de las paredes de piedra.

Y Elena sintió ola de amor tan feroz que casi la derribó.

Este era su bebé. Su hija. Llorando vigorosamente, anunciando su presencia al mundo.

Estoy aquí, decía ese llanto. *Soy Marisol Domínguez. Y importo.*

Padre Antonio devolvió al bebé llorando a Rafael, quien inmediatamente comenzó a calmarla.

—Marisol Elena Domínguez, te doy la bienvenida a la iglesia de Dios. Que crezcas en fe, en sabiduría, en amor. —Bendijo su cabeza—. Y que siempre sepas que eres hija de Dios, sin importar qué diga el mundo.

Las últimas palabras fueron claramente dirigidas a Rafael, quien asintió con gratitud.

La ceremonia continuó con oraciones, lecturas, bendiciones. Marisol eventualmente se calmó, chupando su dedo y mirando las velas con fascinación.

Y cuando Padre Antonio finalmente declaró:

—La bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, desciende sobre ustedes y permanece con ustedes para siempre.

La congregación respondió: —Amén.

Pero Elena escuchó algo más en ese amén.

Aceptación. Reconocimiento. Bienvenida.

Marisol había sido oficialmente, públicamente, declarada como perteneciente.

Ya no bastarda. Ya no vergüenza secreta. Sino hija legítima de familia respetada.

Exactamente lo que Rafael había querido para ella.

La Recepción - Esa tarde Perspectiva de Rafael

Habían organizado recepción elaborada en la hacienda después del bautizo.

Mesas cargadas de comida. Vino fluyendo libremente. Música tocando. Y más invitados de los que Rafael había anticipado —al menos ciento cincuenta personas llenando su casa y terrenos.

Estaba parado en terraza, observando la multitud, sosteniendo a Marisol mientras Elena circulaba, jugando a anfitriona perfecta.

Padre Miguel se acercó, copa de vino en mano.

—Bastante declaración que hiciste hoy.

—Ese era el punto. —Rafael ajustó el agarre de Marisol, quien estaba comenzando a cansarse de todo la atención—. Quería que todo el mundo supiera: mi hija es legítima, reconocida, valorada.

—Misión cumplida. —Padre Miguel bebió—. Sabes, cuando conocí por primera vez, pensaba que eras solo otro noble rico jugando a reformador. Pero estaba equivocado. Realmente te importa. Realmente estás tratando de cambiar cosas.

—Estoy tratando de construir mundo donde mi hija nunca experimente lo que yo experimenté. —Rafael miró a Marisol—. Donde su herencia gitana es motivo de orgullo, no vergüenza. Donde su género no limita su educación o oportunidades. Donde es juzgada por su carácter, no su nacimiento.

—Noble objetivo. Uno que tomará tiempo para lograr.

—Tengo tiempo. —Rafael sonrió—. Y terquedad. Y esposa brillante que no me deja renunciar incluso cuando quiero.

—Entonces tal vez, solo tal vez, lograrás algo imposible.

Bernardo se unió a ellos, luciendo inusualmente serio.

—Rafael, hay alguien aquí que quiere hablar contigo. Dice que es importante.

—¿Quién?

—Representante del Rey. Del tribunal real en Madrid.

El estómago de Rafael se hundió.

—¿Qué quiere el tribunal real conmigo?

—No dijo. Solo que necesita hablar contigo privadamente. —Bernardo bajó su voz—. No parece hostil. Pero tampoco amigable exactamente.

Rafael le pasó Marisol a Padre Miguel.

—Cuídala. Volveré pronto.

Encontró al representante esperando en su oficina —hombre de cincuenta y tantos en vestimenta formal de corte, sosteniendo documento con sello real.

—Señor Domínguez. Soy Don Carlos Méndez, secretario del Consejo Real. —No ofreció su mano—. Tengo asunto oficial que discutir.

—¿Qué tipo de asunto?

Don Carlos desenvolvió el documento.

—El Rey Carlos IV, en reconocimiento de sus contribuciones a reforma educativa y desarrollo económico de Andalucía, ha decidido otorgarle título formal. Efectivo inmediatamente, es Don Rafael Domínguez Santacruz, reconocido noble de España con todos los derechos y privilegios pertinentes.

Rafael se quedó completamente inmóvil.

—¿Qué?

—Un título. Nobleza formal. —Don Carlos extendió el documento—. El Conde de Floridablanca fue específicamente persuasivo argumentando por esto. Señaló su éxito en negocios, su escuela innovadora, sus esfuerzos en modernizar agricultura española. El Rey estuvo de acuerdo.

—Yo... no sé qué decir.

—Un 'gracias' sería apropiado. —Don Carlos casi sonrió—. No es honor pequeño, especialmente para alguien de... orígenes no tradicionales.

Orígenes no tradicionales. Código elegante para hijo bastardo gitano.

Pero ahora, aparentemente, era noble. Oficialmente. Con documento del Rey para probarlo.

—¿Esto es real? ¿No broma elaborada?

—Completamente real. El documento lleva sello real. Tu título es legítimo como cualquiera en España. —Don Carlos hizo una pausa —. Aunque debo advertir: algunos nobles tradicionales no estarán contentos. Te verán como advenedizo. Como amenaza al orden establecido.

—Que vean lo que quieran. —Rafael tomó el documento, apenas creyendo lo que sostenía—. He sido llamado peor que advenedizo.

—Entonces úsalo bien. Tu título te da influencia. Acceso. Voz en asuntos que importan. —Don Carlos se inclinó—. Felicitaciones, Don Rafael. Y felicitaciones por tu hija. Que crezca en España mejor que la que heredas.

Cuando Don Carlos se fue, Rafael se sentó pesadamente en su escritorio, mirando el documento.

Don Rafael Domínguez Santacruz.

Noble de España.

No bastardo. No gitano rechazado. Sino noble reconocido.

Su madre habría llorado.

Esa noche Perspectiva de Elena

Elena encontró a Rafael en el observatorio, mirando estrellas con Marisol dormida en sus brazos.

—Aquí estás. La gente está preguntando por ti.

—Necesitaba momento. Para procesar. —Rafael no se volvió —. ¿Sabías sobre el título?

—¿Qué título?

—El Rey me hizo noble. Oficialmente. Don Rafael Domínguez Santacruz. —Pasó el documento a Elena—. Floridablanca argumentó por ello. Aparentemente persuasivamente.

Elena leyó el documento, sus ojos ampliándose.

—Rafael. Esto es... extraordinario.

—Es irónico. —Rafael finalmente la miró—. Pasé treinta y dos años siendo rechazado por nobleza. Y ahora soy uno de ellos. Oficialmente.

—¿Cómo te sientes sobre eso?

Rafael consideró.

—Honestamente, no lo sé. Parte de mí quiere rechazarlo. Decirle al Rey que mantenga su título, que no lo necesito ni lo quiero. —Pausó—. Pero otra parte... otra parte piensa en Marisol. En cómo este título la protege. Le da legitimidad que ni siquiera nuestro matrimonio podría proporcionar completamente.

—Entonces lo aceptas. Por ella.

—Por ella. Y para honrar a mi madre, quien nunca tuvo reconocimiento que merecía. —Rafael tocó la cabeza de Marisol dormida—. Pero no cambia quién soy. Todavía soy hijo de Marisol Santacruz. Todavía tengo sangre gitana. Todavía soy mismo hombre que era ayer.

—Sé que lo eres. —Elena se paró junto a él, mirando las estrellas—. Pero Rafael, piensa en lo que esto significa. No solo para Marisol. Para la escuela. Para otros como tú que son rechazados por sociedad.

—¿Qué quieres decir?

—Eres noble ahora con herencia gitana obvia. Que defiende educación para todos. Que desafía tradiciones. Que se niega a avergonzarse de su historia. —Elena sonrió—. Eres prueba viviente que sangre no determina valor. Eso es poderoso.

Rafael se quedó en silencio por largo momento.

—Mi madre solía decirme que algún día, el mundo vería lo que ella veía: que yo valía tanto como cualquier noble de nacimiento. Que mi sangre gitana era regalo, no maldición. —Su voz se quebró—. Pensaba que estaba siendo optimista. Que nunca viviría para ver ese día.

—Pero lo hiciste. —Elena tomó su mano libre—. Viviste para verlo. Y ahora Marisol crecerá en mundo donde su herencia gitana es reconocida, celebrada, incluso por Rey.

Marisol se movió en brazos de Rafael, haciendo pequeño sonido satisfecho en su sueño.

—Escucha eso, pequeña —susurró Rafael—. Tu papá es noble ahora. Lo que significa que tú eres también. Señorita Marisol Domínguez, hija de nobles, heredera de hacienda, descendiente de gitanos españoles. —Besó su cabeza—. Y completamente, perfectamente amada.

Elena se recostó contra su hombro, los tres mirando estrellas juntos.

—¿Sabes qué me di cuenta? —dijo en voz baja.

—¿Qué?

—Hace un año, nos casamos. Dos extraños unidos por necesidad, desconfianza, agendas separadas. —Elena sonrió—. Y ahora míra nos. Esposo y esposa que realmente se aman. Padres de hija hermosa. Nobles de España transformando hacienda y desafiando tradiciones. Es... mucho en un año.

—Todo cambió en un año. —Rafael la besó—. Pregunta es: ¿qué cambiará en próximo año?

—Mmm. Tal vez otro bebé. —Elena tocó su vientre plano—. Eventualmente. No todavía, pero eventualmente.

—Hermano o hermana para Marisol.

—Exactamente. Familia grande que planeamos. —Elena pausó —. Y tal vez... expansión de escuela. Segundo edificio, más maestros, currículo completo.

—Ambiciosa como siempre.

—Alguien tiene que soñar grande. —Elena sonrió—. Además, ahora tenemos título noble que nos respalda. Eso abre puertas.

—Puertas que usaremos sabiamente. —Rafael ajustó su agarre de Marisol—. Para construir mundo mejor. No solo para Marisol. Para todos los niños como ella.

—Y para nosotros. —Elena se volvió hacia él—. Rafael, somos felices. ¿Verdad?

—Increíblemente felices. Aterradoramente felices. —Rafael descansó su frente contra la de ella—. A veces me despierto y pienso que debo estar soñando. Que esto —tú, Marisol, esta vida— no puede ser real.

—Es real. —Elena tocó su mejilla—. Y solo va a mejorar. Porque estamos juntos. Porque nos amamos. Porque nos negamos a aceptar mundo como es y seguimos construyendo mundo como debería ser.

Estuvieron así por largo momento, familia de tres bajo estrellas que habían guiado a generaciones antes de ellos.

Finalmente, Rafael habló:

—Deberíamos regresar. La gente seguirá buscándonos.

—Que busquen. —Elena lo besó—. Dejemos que tengan unos minutos más solo nosotros. Solo nuestra familia. Antes de regresar a mundo.

—De acuerdo. Unos minutos más.

Se quedaron en observatorio, sosteniéndose mutuamente, su hija dormida entre ellos, mientras estrellas brillaban arriba y futuro se extendía adelante.

Lleno de posibilidad. Lleno de promesa. Lleno de amor.

Tres días después - Reflexiones finales Perspectiva de Rafael

Rafael estaba parado bajo olivo donde su madre estaba enterrada, sosteniendo a Marisol en un brazo mientras tocaba lápida con otro.

—Lo logramos, mamá. Todo lo que dijiste que valía la pena luchar: amor, familia, propósito. —Su voz se quebró—. Tengo todo.

El viento susurró a través de hojas, sonando casi como voz de su madre.

Lo sé, mi corazón. Siempre supe que lo harías.

—Y nombramos nuestra hija por ti. Para que tu nombre continúe. Para que nunca seas olvidada. —Rafael levantó a Marisol para que pudiera ver lápida—. Mira, pequeña. Esa es tu abuela. Marisol Santacruz. La mujer más valiente que conocí. Mujer que me enseñó que amor siempre gana, que bondad siempre importa, que valor no viene de nacimiento sino de elecciones.

Marisol tocó la piedra con sus dedos pequeños, balbuciendo como si respondiera.

Elena se unió a ellos, envolviendo su brazo alrededor de cintura de Rafael.

—¿Hablando con tu madre de nuevo?

—Poniéndola al día. Contándole sobre título, sobre bautizo, sobre todo. —Rafael se recostó contra Elena—. Creo que habría estado orgullosa.

—Sé que habría estado orgullosa. —Elena besó su hombro—. Rafael, transformaste dolor y rabia en algo hermoso. Tomaste peor

momento de tu vida y lo usaste para construir futuro mejor. Eso es... extraordinario.

—No podría haberlo hecho sin ti.

—Lo sé. —Elena sonrió—. Pero tampoco yo podría haberlo hecho sin ti. Somos socios. Siempre.

Rafael se volvió hacia ella, besándola profundamente mientras Marisol hacía ruidos de protesta por ser aplastada entre ellos.

—Lo siento, pequeña. —Rafael la liberó—. Solo amando a tu mamá.

—Tendrá que acostumbrarse a eso. —Elena tomó a Marisol—. Vamos. Es hora de su siesta. Y probablemente también necesitas una.

—No estoy cansado.

—Mentiroso. Has estado despierto desde amanecer trabajando en libros de contabilidad. —Elena comenzó a caminar de vuelta a casa—. Siesta. No negociable.

Rafael la siguió, mirando atrás una vez más a tumba de su madre.

Gracias, pensó. *Por todo. Por tu amor, por tu sacrificio, por tu fe en mí incluso cuando yo no tenía fe en mí mismo.*

Viviré vida que valga la pena. Lo prometo. Por ti, por Marisol, por Elena, por cada persona que alguna vez se le dijo que no era suficientemente buena.

Probaré que estaban equivocados. Todos ellos.

Y mientras caminaba hacia casa —hacia su esposa, su hija, su futuro— Rafael Domínguez Santacruz, noble de España, hijo de Marisol Santacruz, esposo de Elena, padre de pequeña Marisol, sintió algo que había esperado durante treinta y dos años.

Paz completa.

No porque su pasado se había ido. Siempre llevaría esas cicatrices.

Sino porque finalmente había transformado ese pasado en futuro digno de vivir.

Y eso, más que cualquier título o riqueza o venganza, era victoria verdadera.

EPÍLOGO DE LA SERIE
Vista previa del Libro Dos

Tres años después - 1794

Marisol, ahora de tres años y medio, corría por olivares con su hermano pequeño Diego (dieciocho meses) tratando de mantener el ritmo detrás de ella.

Elena, embarazada de seis meses con su tercer hijo, los observaba desde terraza.

—¡Más lento, Marisol! Tu hermano no puede seguir el ritmo.

—¡Entonces necesita ser más rápido! —gritó Marisol, sin reducir velocidad.

Rafael se rio.

—Definitivamente tu hija.

—Nuestra hija. Y tu terquedad. —Elena se recostó contra él—. ¿Crees que estamos listos para tres?

—No. Pero estaremos bien de todos modos. —Rafael besó su cabeza—. Siempre lo estamos.

La escuela ahora tenía cuarenta y dos estudiantes, tres maestros, y reputación que atraía familias de toda Andalucía. La hacienda prosperaba. Su matrimonio era sólido.

Y nuevos desafíos esperaban: revolución en Francia enviando ondas de choque a través de Europa. Llamados de reforma resonando a través de España. Y familia joven navegando todo mientras criaban niños y construían legado.

Pero eso era historia para otro día.

Por ahora, Rafael y Elena observaban sus hijos jugar bajo sol de Andalucía, sosteniendo al otro, mirando hacia futuro con esperanza y amor y promesa de más aventuras por venir.

Continuará en Libro Dos: "Herederos del Cambio"